JANE MACKENNA



La Bruma de las Highlands

Ediciones

La Bruma de las Highlands

Jane Mackenna

Título original: La Bruma de las Highlands
© Nombre autor y año publicación: Jane Mackenna 2025
Diseño de portada: Leydy García
Corrección: Noni García

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

SINOPSIS

Escocia, 1550. En el imponente Castillo Duart, donde la bruma parece envolver secretos olvidados, Kylian MacLean lucha por encontrar su lugar en un mundo lleno de traiciones y deberes familiares. Como hijo de Lachlan MacLean, su destino parece estar marcado, pero todo cambia cuando conoce a Deirdre, una mujer misteriosa con un pasado que nadie se atreve a mencionar.

Entre pasillos oscuros y antiguas leyendas, Kylian y Deirdre se ven atrapados en una historia que los une más de lo que imaginan. Mientras los secretos salen a la luz y el peligro acecha, deberán decidir si enfrentan su destino o se dejan consumir por la bruma que los rodea.

Para que te sumerjas en la historia como yo lo he hecho aquí tienes el QR de la playlist que he hecho especialmente para Kylian y Dreidre



Prólogo



Castillo Duart, Isla de Skye 1550.

La noche ha caído sobre el hogar de los MacLean bajo un silencio sepulcral. Mi esposa, una vez más, ha dado a luz un bebé muerto, no hay motivos para festejar como todos esperaban, de nuevo, tengo que enterrar a un hijo, que ni siquiera ha tenido derecho a la vida.

—¿Por qué tantos golpes, querida Julieth? —pregunto a la nada mientras se emborracho—. ¿Me estás castigando por volver a casarme?

Por supuesto, no obtengo respuesta alguna, solo el crepitar del fuego se escucha en la sala desierta, por lo que cuando poco después escucho unos pasos, me giro para ver a mi hijo Kylian observarme desde la entrada. Me apresuro a levantarme para ir hasta él y cogerlo en brazos, es tan parecido a su madre que muchas veces incluso me duele mirarlo, ya que me recuerda lo que perdí hace tiempo.

—¿Qué haces despierto, hijo? —pregunto—. ¿Tu hermana está bien?

—Duerme, padre —responde en voz baja—. ¿Mi hermanito ya ha nacido? —cuestiona con la ilusión de un niño que no conoce todavía la oscuridad de la vida.

—Lo ha hecho —asiento—. Pero ya no está con nosotros —intento que el pesar no haga mella en mí.

—¿Otra vez, padre? —cuestiona desilusionado—. ¿Es mi culpa?

—Por supuesto que no —exclamo horrorizado—. ¿Por qué piensas semejante disparate?

—Karen siempre me lo dice —se encoge de hombros, intentando aparentar que no le duele el desprecio de su madrastra—. Asegura que es culpa de Morrigan y mía.

—No la escuches —espeto deseoso de ahorcarla con mis propias manos—. El dolor le hace decir cosas que no siente. No sabe lo que sale por su boca, Kylian, tú no tienes la culpa de nada.

—¿Seguro, esposo? —la voz de Karen me sorprende, a mi hijo lo sobresalta, dejándome claro el miedo que le tiene.

—¿Qué demonios haces levantada? —cuestiono, incorporándome y dejando a Kylian en el suelo, soy muy consciente de los celos que mi

esposa siente por mis hijos, aunque solo por los de Julieth, a Kael lo ignora por completo—. Acabas de dar a luz.

—A un niño muerto —sisea—. De nuevo, vuelvo a fallarte.

—No lo has hecho —intento razonar con ella mientras observo cómo se dirige hacia la chimenea, frunzo el ceño porque no sé qué se propone—. Ya me has dado dos hijos, Karen. Tengo tres varones y una mujer, no necesito más.

—Por supuesto —espeta tras una carcajada—. Ya tienes a tu heredero y a tus adorados Kylian y Morrigan. Los bastardos que te recuerdan a mi querida prima —se burla.

—Contén tu lengua, Karen —advierto, comenzando a enfurecer—. Ni siquiera des a entender que no amo a todos mis hijos por igual.

—¡No lo haces! —brama, y mi hijo se esconde tras de mí temblando —. No miras a Bran y Elvin como los miras a ellos —escupe, lanzando una mirada de odio al niño que tiembla a mis espaldas.

—Kylian, regresa a tu alcoba —ordeno con firmeza, pues no quiero que sea testigo de una pelea más entre mi esposa y yo, no quiero que siga envenenando su mente—. Ahora, hijo.

Para salir, debe pasar cerca de la chimenea y ninguno de los dos puede imaginar lo que está a punto de suceder. No me he dado cuenta de que mi esposa lleva una pequeña daga en su mano que ha calentado en el fuego sin darnos cuenta mientras escupía su rabia, por lo que, cuando mi hijo pasa por su lado, lo coge con brusquedad, y aunque este intenta luchar por soltarse, con solo ocho años no tiene mucho que hacer.

—¿Qué haces, Karen? —grito asustado—. Suéltalo —ordeno al ver la daga al rojo vivo en su otra mano y la mirada desquiciada.

—Puede que así ya no te recuerde tanto a tu querida Julieth —gruñe para después posar la daga sobre el rostro de mi hijo, quien brama de dolor.

Corro hasta ellos y le doy un puñetazo a mi esposa que le hace perder el sentido, y cojo a Kylian entre mis brazos mientras corro escaleras arriba pidiendo que venga la curandera de inmediato. Todos en el castillo despiertan ante los gritos de dolor de mi pequeño, que cubre su rostro con sus manos en un intento de aliviar el sufrimiento que debe estar padeciendo.

—Aguanta, pequeño —le pido preocupado—. Van a curarte.

—Padre… —solloza—. ¿Por qué? —pregunta dolorido, consigo apartar sus manos y lo que veo me parte el corazón y remueve el estómago.

Mi hijo mayor aparece junto a los demás a causa del revuelo, le pido que se lleve a Morrigan porque comienza a llorar en cuanto ve el rostro desfigurado de su hermano. Me parece que trascurre una eternidad hasta que la curandera acude a mi llamado, ella ha traído al mundo a todos mis hijos y, cuando ve lo sucedido, hace una mueca que me deja saber que Kylian jamás volverá a ser el mismo.

Tras la cura, le da unas hierbas para que duerma, porque no ha parado de gritar mientras sufría una tortura que era necesaria para intentar revertir el daño sufrido. Al salir de la alcoba en compañía de la mujer, ella me mira con tristeza, sé de antemano que no va a gustarme lo que va a decir.

—No sé si perderá el ojo. —Cierro los míos mientras dejo fluir las lágrimas—. Y la cicatriz no va a desaparecer. Ha quedado marcado para siempre, *laird*.

—Voy a matarla —siseo furioso—. Terminaré con su miserable existencia.

—Piense en sus hijos pequeños —rebate la buena mujer—. Necesitan a su madre.

—No necesitan a una desquiciada en sus vidas —exclamo—. Ha desfigurado a Kylian por celos.

—*Laird*, debió saber que Karen odiaría a sus hijos igual que detestó a su prima por arrebatarle lo que consideraba suyo —dice en confianza—. Ella sabe que no la ama, no al menos como a Julieth.

—Jamás volveré a amar de ese modo —respondo—. Y ahora mucho menos, ¿cree que va a ganar mi amor dañando a lo que más quiero en este mundo?

—Debe decidir qué hacer con ella —replica—. Vendré a curar al muchacho todos los días. ¿Atiendo a su esposa? —pregunta alejándose.

—Que la suban a su alcoba y la encierren —sentencio—. No quiero verla, o la mataré con mis propias manos.

***

Los días han pasado y Kylian se recupera despacio. Gracias al cielo no ha perdido el ojo, aunque la marca que recorre su mejilla no desaparecerá jamás. No quiere salir de su alcoba, no deja siquiera que Morrigan lo vea, y cuando lo hago yo, no me dirige la palabra. Lo ocurrido le ha cambiado y temo que sea para siempre, ya no es aquel niño risueño que correteaba junto a su hermana, sus ojos se han ensombrecido y se ha vuelto taciturno, incluso hiriente, cuando habla.

—No puedes pasarte los días aquí encerrado —le digo una vez más —. Debes salir, Kylian.

—¿Para qué? —cuestiona, mirando por la ventana—. No quiero que me observen como un monstruo, padre.

—Solo deben acostumbrarse —rebato—. No dejes que esto te cambie, muchacho —suplico.

—No es mi culpa —escupe mirándome, dejando ver su herida—. Han sido tus decisiones, padre, y yo he pagado las consecuencias. Unas que llevaré sobre mi piel hasta el día de mi muerte, mientras que no has sido capaz de desterrar a esa perra del castillo por lo que me ha hecho.

Observo al niño frente a mí y me doy cuenta de que el Kylian que conocía murió la noche que Karen le desfiguró el rostro y yo no pude evitarlo. La culpa me asfixia cada día más y es algo que al igual que a él me acompañará hasta mi último aliento, porque no solo le he fallado como padre, también le he fallado a ella, a la mujer que más he amado en mi vida y a la que juré que protegería a nuestros hijos.

—No puedes comprenderlo ahora, hijo mío, pero he hecho lo que he creído mejor —intento explicarle—. Tus hermanos necesitan a su madre, mas juro que ella jamás volverá a acercarse a ti.

—Créeme, padre —se carcajea—. Bran y Elvin no necesitan a esa perra en sus vidas. Debes cuidar tu espalda, pues los está haciendo a su imagen y semejanza, y cuando quieras darte cuenta, no voy a estar aquí para protegerte.

—¿Qué demonios significa eso? —pregunto, asustado, ante la posibilidad de que cometa alguna locura que lo aparte de mi lado para siempre.

—En cuanto sea lo suficiente mayor para salir de Duart, lo haré para no volver jamás —sentencia, respondiéndome con inquina—. Tú has hecho tu elección y yo la mía.

—Puede que ahora me odies, que sientas que no te quiero —le digo, apesadumbrado, encaminándome hacia la puerta—. Pero todo lo que he hecho en mi vida ha sido pensar en vosotros, ruego a Dios porque te haga comprender eso.

Al salir, me encuentro a mi princesa con la mirada más triste que le he visto en sus ojos verdes desde la muerte de su madre. Me agacho para quedar a su altura y me mira a la espera de que le diga que puede pasar, y me parte el alma cuando debo negar muy despacio.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿Kylian me odia?

—No —me apresuro a decir mientras la cojo en brazos para alejarla de allí—. Solo está dolido y enfadado con lo que le ha sucedido.

—Padre, a mí no me importa que esté marcado —dice acongojada —. Le quiero igual, le echo de menos…

—Yo también.

Lo que no sabía era que ese sentimiento me iba a acompañar por el resto de mi vida, ya que mi hijo nunca volvería a ser el mismo.

En cuanto cumplió catorce años, se marchó del castillo para no volver jamás, cumpliendo así la promesa que me hizo años atrás.

Capítulo 1



Solway-Tweed
Kylian MacLean, 1568

—Debo regresar a Duart —le digo a mi segundo al mando—. He recibido una misiva donde me informan de que mi padre se está muriendo y desea verme.

—¿Todavía le odias? —pregunta, bebiendo de su vaso, nos encontramos en una de las tabernas que hay en la frontera donde llevo combatiendo años con los malditos ingleses.

—Creo que nunca lo he hecho —concedo—. Tomó una decisión y yo hice lo mismo.

—Entonces, ¿tienes ganas de regresar? —continúa interrogando—. No has visto a tu familia en mucho tiempo. ¿Cuándo fue la última vez?

—Me marché con catorce años y no he vuelto desde entonces —respondo indiferente—. Si viera a mi hermana, ni siquiera sé si la reconocería; cuando me fui, era una niña, ahora debe ser toda una mujer. Respondiendo a tu otra pregunta, no precisamente —me encojo de hombros—. Pero debo hacerlo. En cuanto mi padre fallezca, Kael le sucederá y podré marcharme de nuevo para no volver en mi vida, nada me ata allí, pues me siento un intruso.

—Es tu hogar —rebate mi amigo.

—Dejó de serlo el día en que mi madre murió —replico—. Sabiendo poco después que su prima ocuparía su lugar. Duart ahora es un lugar frío muy parecido al mismo infierno, prefiero estar en un campo de batalla que vivir allí. Al menos, sé cuándo van a atacarme, entre aquellas paredes ni siquiera verías venir al enemigo.

Nunca lo admitiré en voz alta, pero muchas veces me he arrepentido de mi decisión. Todos estos años he temido que le ocurriera algo a Morrigan en mi ausencia porque la dejé con esa bruja que marcó mi rostro y mi vida para siempre. Acaricio mi marca inconscientemente recordando el dolor, el olor a carne quemada y el miedo que sentí aquella noche.

—Creo que exageras —replica Thomas—. Habla el niño que se marchó de allí, ahora eres un hombre hecho y derecho, el Lobo de las Highlands, ¿crees que alguien se atrevería a enfrentarse a ti?

—No si quiere seguir respirando —farfullo tras dar otro trago a mi bebida, hago un gesto a la muchacha de la taberna para que traiga más *whisky*—. Si esa zorra cree que sigue dándome miedo, está muy equivocada. No la maté cuando pude hacerlo por mi padre, pero, cuando el muera, no habrá nadie que proteja su miserable existencia.

—Sus hijos —añade con sorna—. ¿También matarías a tus propios hermanos?

—Ella se ha encargado de que me odien tanto como yo la detesto —me encojo de hombros—. Para mí solo tengo un hermano mayor, que es Kael, y Morrigan.

—Mucha gente desea una familia numerosa —espeta con molestia —. Y tú que la tienes reniegas de ella. Yo crecí sin hermanos, y cuando mis padres murieron, me quedé solo.

—Para mí es un incordio —escupo—. No los necesito en mi vida.

—¿Ni siquiera a Morrigan? —pregunta, incrédulo, ante mi frialdad—. Es tu hermana pequeña…

—Ella es la única que me ha hecho dudar de si mi exilio fue acertado —concedo—. He sufrido al pensar en lo que podría estar pasando en manos de mi madrastra. Por lo que, cuando mi padre muera, si quiere marcharse, la apoyaré, la sacaré de ese maldito infierno.

—¿No está casada? —cuestiona con aparente desinterés, pero le conozco y no me engaña.

—No que yo sepa —respondo escueto, no me gusta el interés que muestra por la única persona que todavía me importa—. Imagino que a mi llegada a Duart me enteraré.

—¿Quieres que te acompañe? —termina cuestionando—. Si tan preocupado estás…, llevo demasiado tiempo cuidando de tu trasero para que terminen matándote en tu propio hogar.

—No lo harán —me carcajeo—. No soy una amenaza para ninguno. Al morir mi padre, Kael asumirá el mando, se le ha instruido para ello desde que nació, es él quien debería cuidar su espalda.

—¿Tampoco te importa su seguridad? —blasfemo ante tal interrogatorio que comienza a enfadarme, ya que me hace cuestionarme muchas cosas en las cuales no quiero pensar. Ahondar en el pasado no sirve de nada, hace mucho tiempo que aprendí esa

lección y odio que me haga sentir como un bastardo por no preocuparme por mis hermanos.

—Basta —dejo con fuerza mi vaso vacío sobre la mesa de madera —. No tengo que darte explicación alguna y me importa poco si me juzgas por lo que crees que es correcto o no, no sabes nada de lo que he pasado en Duart.

Me levanto lanzando la silla lejos de mí, me da igual que todos en la taberna me estén mirando, saben muy bien quién soy y no van a atreverse a mover un solo dedo contra mí. Los murmullos comienzan a escucharse, por lo que salgo raudo, harto de que siempre, allá donde vaya, todos deban susurrar sobre mi apariencia. Puedo escuchar los pasos apresurados de Thomas tras de mí y, aun así, sé que no va a detenerme, sabe que no debe tocarme, no cuando estoy en este estado.

—Kylian, detente —grita tras de mí—. MacLean —brama, consiguiendo que me detenga. Respiro con rapidez y no por la caminata, sino por la rabia que comienza a invadirme y que consumiría todo de mí si dejo que todos los recuerdos lleguen a mi mente.

—No me des órdenes —siseo sin volverme mientras aprieto mis puños en un intento vano de contenerme—. Sabes que lo mejor para ti es que te alejes de mí hasta que me calme, así que largo —ladro, comenzando de nuevo a caminar.

Me dirijo hacia las caballerizas, busco a mi caballo y, al encontrarlo, intento calmarme acariciando su pelaje negro. Mi animal parece darse cuenta de mi estado de ánimo porque golpea mi hombro como si intentara llamar mi atención.

—No sucede nada, viejo amigo —susurro al tiempo que mi mano vaga por su lomo, maravillándome de su suavidad—. Black, debemos volver a casa —suspiro mientras relincha, pareciera que me entiende —. Lo sé, prometí no regresar, pero padre está muriendo…

Un breve silencio me permite percatarme de que alguien camina con sigilo acercándose, por lo que saco mi daga y reacciono por instinto. El grito ahogado de puro terror de la mujer que tiene el filo del cuchillo en su cuello se escucha alto y claro, frunzo el ceño sin comprender qué demonios hace aquí a altas horas de la noche. Al

fijarme mejor, me doy cuenta de que es la muchacha de la taberna, bajo mi arma muy despacio a la espera de que me dé una explicación.

—¿Pretendes que te rebane el cuello? —pregunto molesto—. ¿Qué buscas?

—A usted, mi señor —responde con voz temblorosa—. Creo que puedo hacerle olvidar…

Dejo de escucharla hablar porque ahora sé lo que busca, el problema es… ¿puedo dárselo? No muchas mujeres se sienten atraídas por mí, les asquea mi rostro marcado o me temen por todo lo que se dice de mí. No dejo que termine su perorata, mi mano cubre su nuca y la vuelvo contra la pared más cercana para quedar tras ella, que jadea sorprendida.

—No necesito charla —siseo contra su oído—. ¿Estás segura de esto? Nunca he tenido que forzar a una mujer y no voy a comenzar ahora.

El silencio nos envuelve, solo escucho su rápida respiración. Comienzo a impacientarme porque todo lo que llevo dentro parece a punto de hacerme estallar, por lo que no estoy dispuesto a seguir esperando por su respuesta.

—¡Habla! —apremio con frialdad—. ¿Lo deseas?

—Sí —jadea al fin—. Es lo que quiero y…

—Pues cierra la boca —ordeno con brusquedad mientras mis manos se pierden bajo su falda.

***

Poco después, arreglo mi ropa y de reojo observo cómo la mujer intenta hacer un esfuerzo por disimular lo que acaba de suceder entre nosotros. No puedo evitar sonreír con ironía, ha sido ella la que me ha buscado y, aun así, ahora intenta ocultarlo.

—Lárgate antes de que te vea alguien —escupo con indiferencia, llamando su atención, me mira algo sorprendida—. Ahora —insisto, viendo un atisbo de miedo en su mirada—. No quiero problemas.

Parece reaccionar y se marcha cabizbaja y apresurada. Observo a mi caballo, que a corta distancia ha sido testigo mudo de lo que ha pasado con la muchacha. No me avergüenzo, de vez en cuando necesito que mis instintos más primarios sean saciados, y a pesar de

mi aspecto, siempre encuentro alguna mujer deseosa, como la que acaba de salir corriendo. Finalmente, me dejo caer al lado de mi animal dispuesto a pasar la noche junto a él, no quiero ver a nadie en estos momentos y encontrarme con mi segundo al mando solo servirá para que acabe partiéndole ese apuesto rostro que tanto le gusta presumir.

Cierro los ojos dispuesto a dormir…

No sé cuánto tiempo ha trascurrido cuando los vuelvo a abrir aterrado, cubro mi rostro con mi mano intentando aliviar la sensación de agonía. Cada vez que las pesadillas me asaltan, juro que es como si volviera a sentir esa daga al rojo vivo sobre mi mejilla. Jadeo en busca de aire mientras el sudor empapa mi ropa a pesar del frío del invierno aquí en la frontera, me levanto con brusquedad, todo mi cuerpo tiembla de rabia contenida recordando todo lo que esa maldita mujer me hizo en el pasado sin que pudiera defenderme.

—Maldita sea —siseo con ganas de golpear cualquier cosa a mi paso—. Tendría que haber acabado con su miserable existencia hace mucho…

Salgo de las caballerizas para descubrir que está a punto de amanecer, observo a mi alrededor para darme cuenta de que Thomas dormita bajo un árbol cercano. No puedo evitar que un sentimiento de culpa me invada, no importa cuántas veces deba soportar mi mal carácter y mis demonios, su lealtad para conmigo jamás ha sido puesta en duda. Es lo más parecido a un verdadero hermano que tengo desde que tengo uso de razón, ya que Kael creció apartado de todos nosotros, con Bran y Elvin, con ellos nunca tuve la oportunidad de forjar el vínculo ya que su madre se encargó de que me odiaran tanto como yo lo hago ahora.

Solo Morrigan, la princesa MacLean, tiene un lugar en mi corazón. Cuando éramos pequeños, me encargaba de que el veneno de nuestra madrastra no le salpicara a ella. Además de marcarme, esa maldita bruja también quebró mi carácter y alejé a mi hermana como si fuera la culpable cuando era el ser más inocente que habitaba en Duart.

Perdido en mis pensamientos, no me he dado cuenta de que Thomas ha abierto sus ojos y me observa fijamente a la espera de mi

próximo movimiento. En su mirada no veo enfado o reproche cuando debería brillar con violencia, es lo único que merezco por mi comportamiento. Me acerco con paso firme para informarle de que debo partir de inmediato, no tengo tiempo que perder si quiero llegar a tiempo de ver a mi padre con vida.

—¿Estás más tranquilo? —pregunta a modo de saludo mientras se levanta.

—Debo marchar —digo por toda respuesta—. Volveré lo más pronto posible. Mantente con vida mientras tanto —ordeno con brusquedad, sin querer reconocer que me siento culpable por dejarle aquí.

La frontera es un lugar en constante tensión entre ingleses y escoceses, y ambos nos hemos cuidado las espaldas desde el principio, dejarlo atrás se siente como una traición. Me doy media vuelta y me dirijo de nuevo hacia las caballerizas para ir a por mi caballo, tan ensimismado me hallo en mis pensamientos que no me doy cuenta de que mi amigo me sigue hasta que me encuentro sobre mi montura dispuesto a salir a todo galope.

—¿Qué demonios…? —cuestiono incrédulo—. Podría haberte pasado a Black por encima, imbécil —exclamo.

—Ladra todo lo que quieras —dice mientras se dirige a por su caballo y lo observo sin creer lo que estoy viendo—. ¿Creías que te ibas a marchar sin mí? ¿Qué demonios vas a hacer si te encuentras con los Border Reivers?

—Matarlos —me encojo de hombros—. No necesito niñera, Thomas.

—Pero necesitas un amigo —rebate, llegando a mi lado—. ¿Nos vamos? —pregunta, animado, mientras se adelanta a paso lento hasta salir de las caballerizas.

Suspiro sabiendo que de nada sirve continuar discutiendo, es cabezota como él solo y no tengo tiempo ni ganas de disuadirlo a golpes, aunque muy en el fondo no lo hago porque lo necesito a mi lado. Al menos, tendré a alguien en Duart que no desee mi muerte.

Capítulo 2



Kylian MacLean
Rumbo a Duart Castle.

Avanzamos despacio y en silencio porque todavía estamos muy cerca de la frontera. Ambos estamos alerta, esperando que los salteadores nos caigan encima como las ratas que son, no es que les tenga miedo, es que no tengo tiempo para perderlo. Sé que es muy difícil pasar por esta zona y que los Border Reivers que la dominan no salgan a nuestro encuentro, sobre todo, porque su líder ha sido un quebradero de cabeza para mí desde hace años.

—¿Por qué demonios no atacan? —farfulla mi amigo tan molesto como yo—. No creo que nos dejen salir de aquí con tanta facilidad.

—Nos siguen desde que hemos salido —replico sin duda alguna—. Longbow atacará cuando se canse de jugar —me alzo de hombros porque no le tengo miedo a ese bastardo.

Durante años ha sido una piedra en mi camino, un maldito fantasma que vaga a su antojo por la frontera haciendo su santa voluntad. Ningún clan ha confesado para entregárnoslo y siempre visten de negro, por lo que desconozco a cuál pertenece, pero si de algo estoy seguro es de que debe ser un *laird*. Nadie se atreve o quiere traicionarlo revelándome su identidad, es en lo único que he fallado desde mi llegada aquí, no he podido terminar con esa maldita banda de ladrones.

Una flecha surca el aire pasando por delante de mi rostro, detengo mi montura con brusquedad haciendo que Black se alce sobre sus patas traseras. Escucho cómo Thomas blasfema desenvainando su espada y yo observo tranquilo varios hombres salen de entre los árboles. Vestidos de negro, como es su costumbre, y con sus rostros medio cubiertos para ocultar su maldita identidad, no hacen nada, solo nos rodean mientras su líder sale a paso lento con su acostumbrado caminar como si dominara estas malditas tierras.

—¿Nos abandonas por fin, MacLean? —pregunta con sorna—. ¿Tu rey te ordena y tú obedeces como el perro que eres?

—Cierra la boca, malnacido —sisea Thomas dispuesto a desmontar —. ¿Cómo te atreves siquiera a dirigirle la palabra?

—Dile a tu amigo que guarde silencio —ordena uno de los Border Reivers—. O puede que continúe su camino sin lengua.

Alzo una de mis cejas, la que tengo sana, ante semejante amenaza. No les temo, son un grupo de rebeldes que dudo siquiera que sepan por qué luchan, lo único que consiguen es generar más tensión en la frontera. Con una simple señal, hago que mi amigo se calle mientras desmonto con tranquilidad para acercarme a mi rival, que me observa imposible, además, por cómo le brillan sus ojos azules puedo imaginarme que debe estar sonriendo.

—Dile a tus perros que no amenacen —le digo una vez frente a él —. O puede que hoy decida menguar un poco el número de imbéciles que te siguen como corderos.

Una daga aparece en mi cuello desde atrás, me tenso y escucho cómo Thomas desmonta dispuesto a acabar con el bastardo que ha osado amenazar mi vida. Longbow pierde ese brillo pícaro de sus ojos dejándome claro que quien sea el insensato que sostiene la daga es importante para él, al fin he conseguido averiguar uno de sus puntos débiles, y no puedo evitar sonreír complacido.

—¿De qué te ríes, estúpido? —pregunta mi atacante con voz extraña—. Puedo rebanarte el cuello antes de que tu hombre siquiera me roce con su espada. Por lo que es mejor que borres esa sonrisa complaciente de tu rostro.

—No lo harás —digo con una seguridad que hace que el filo que roza mi piel tiemble—. Longbow, ¿terminamos esto tú y yo, o derramamos más sangre?

—Aparta la daga —ordena entre dientes. Tras unos instantes, mi atacante se aleja a regañadientes, me giro para ver cómo dos de ellos lo alejan, frunzo el ceño porque parece un hombre menudo, demasiado joven para estar aquí—. ¿Qué decías, MacLean?

—Tendría que haber acabado contigo hace mucho —gruño—. No tengo tiempo que perder, mi padre se está muriendo, por lo que acabemos con esto de una maldita vez.

Desvaino mi espada y espero que haga lo mismo, pero, de nuevo, me sorprende al no moverse. Me preparo para un ataque por sorpresa, este no llega, maldigo perdiendo la paciencia ante su pasividad, y si fuera otro, ya hubiera lanzado un ataque, pero, a

pesar de ser mi enemigo, es un hombre al que he llegado a respetar mal que me pese.

—¿A qué demonios esperas? —bramo furioso—. Ataca de una maldita vez, imbécil.

—Ya tendremos ocasión de luchar, MacLean —dice con una seriedad rara en él—. Vuelve al hogar, sabe Dios cuántos años llevas fuera luchando una guerra que no es la tuya.

—Claro que es mía —siseo—. Mientras haya un solo inglés en suelo escocés, seguiré en la lucha.

—Puede que algún día te des cuenta de que no somos enemigos —suspira, haciendo un gesto para que sus hombres se retiren—. Buen viaje.

Se marchan igual que han llegado, como una maldita aparición. De eso se valen, conocen estas tierras como la palma de su mano y eso les permite ganar terreno con facilidad.

—¿Qué diantres ha sido eso? —pregunta Thomas igual de sorprendido que yo—. Malditos Border Reivers.

—No lo sé —reconozco en voz baja—. Continuemos, no puedo perder el tiempo porque corre en mi contra.

Montamos y salimos a galope porque necesito llegar a Duart, aunque sea de noche, no pienso pasarla en el camino sabiendo que puede que no llegue a ver a mi padre con vida. No nos detenemos a descansar hasta que no llegamos a Mull, es entonces cuando hacemos un alto para que los caballos recobren el aliento o no llegarán a nuestro destino, ya es noche cerrada, y si no conociera las tierras que me vieron nacer, no sería sensato avanzar con tan poca luz.

—Falta poco —dice Thomas, observando a su alrededor—. ¿Cómo te sientes?

—Como si me dirigiera al patíbulo —escupo con sorna—. Con suerte, nuestra estancia en Duart será corta.

—Eso significaría que tu padre… —comienza a decir, asiento para que no continúe—. Hermano, sé lo que es ser huérfano y es un dolor que no desaparece.

—Lo soy desde hace años, Thomas —replico—. Puede que mi padre siga con vida, pero cuando decidió darme la espalda a favor de esa

zorra, algo entre nosotros se quebró.

—Debes perdonarlo —insiste—. Debe poder descansar en paz, Kylian.

—Continuemos —ordeno, zanjando la conversación—. Quedan unas pocas millas.

Cuando poco después diviso Duart tras más de diez años fuera, mi corazón comienza a golpear con fuerza en mi pecho. Todo parece en calma, los vigías impiden nuestro paso tal y como deben hacer; a fin de cuentas, es imposible que me reconozcan, ya que seguramente eran unos niños cuando me marché de aquí.

—Abrid el maldito portón —ordena Thomas—. Kylian MacLean regresa por llamado del *laird*.

—¿Kylian? —cuestiona el más joven—. ¿No lucha en la frontera? Debe estar muerto porque no ha regresado en años…

—Abre la puerta, chico —digo hastiado—. No me hagas enfurecer.

—No tengo órdenes de abrir a nadie cuando la noche ha caído —grita—. Mi *laird* no nos ha informado de que nadie fuera a llegar.

—Llama a Kael —ordeno, intentando mantener la poca paciencia de la que dispongo—. ¡Hazlo! —bramo furioso ante su pasividad—. Cuando entre, voy a molerlo a golpes —siseo para mí mismo.

—¿Qué es todo este alboroto? —pregunta una nueva voz—. ¿Qué sucede?

—Unos intrusos —explica el joven—. Dice ser su hermano y…

—¿Mi hermano? —pregunta mientras veo una persona acercase —. ¿Kylian?

—Abre la maldita puerta, Elvin. —Lo he reconocido porque su cabello casi rojizo es inconfundible y parece no haber cambiado con los años

—Ya le habéis escuchado, estúpidos —grita enfadado—. ¿Por qué lo dejáis en la puerta como un maldito vagabundo?

—No sabíamos si decía la verdad y…

Dejo de prestar atención cuando al fin el portón de Duart se abre para darme la bienvenida. No esperaba grandes festejos, pero que ninguno estuviera avisado de mi posible llegada deja claro en qué posición sigo encontrándome dentro de este maldito castillo.

Cuando entramos al patio, puedo ver que mi hermano pequeño y tres muchachos más nos esperan. Desmonto al igual que Thomas y, al encontrarme frente a frente con el menor de los MacLean, no lo reconozco como familia, el vínculo que debía existir desde su nacimiento no existe.

—Bienvenido, hermano —dice Elvin con aparente sinceridad—. Padre no estaba seguro de si acudirías a su llamado, Morrigan no dudaba de que lo harías, pero…

—¡Kylian! —un grito femenino me sorprende, y lo siguiente que sé es que un cuerpo menudo impacta contra el mío y su olor me trasporta a mi infancia—. Has vuelto —solloza contra mi cuello—. Sabía que lo harías.

—Morrigan —susurro, devolviéndole el abrazo con fuerza—. Dios mío, cómo has crecido —me deshago de su agarre—. Deja que te vea.

La contemplo y por un momento me quedo sin aliento porque es como si viera a mi madre. Ella seguramente no recordará mucho de la mujer que nos dio la vida, pero es su viva imagen, tengo que hacer un esfuerzo por no romper a llorar como aquel niño que fui, recordando el dolor de su pérdida y todo lo que significó después para nuestras vidas.

—Eres toda una mujer —susurro emocionado, conmovido por todo lo que me he perdido, lo que me han arrebatado.

—Y tú todo un hombre —solloza—. Te he echado tanto de menos, pensé que no volvería a verte.

De nuevo, se lanza a mis brazos, y aunque no me gusta mucho el contacto físico, no puedo negarle nada a mi hermana, la cual he abandonado por años y, aun así, no parece odiarme.

—Qué conmovedor. —Abro los ojos al escuchar esa voz irónica para ver cómo Bran, que ya no es aquel mocoso que dejé atrás, se acerca mirándome como si fuera un insecto al que aplastar—. El hijo pródigo ha vuelto…

—Bran —interviene Elvin—. No empieces, se lo prometiste a padre.

—No hice tal cosa —escupe con rabia—. Dije que no le tocaría —se encoge de hombros.

Me doy cuenta de que se ha convertido en un joven fuerte y apuesto. Sonrío ante la idea de que sea capaz de tocarme si yo no quiero, creo que tiene mucha confianza en sí mismo si cree que puede vencerme de algún modo.

—Sigues siendo igual de imbécil que cuando me fui —replico con hastío, viendo cómo se enfurece todavía más—. Espero que te mantengas alejado el tiempo que esté aquí —le advierto, separándome de Morrigan—. De ese modo, nos llevaremos bien.

—No te atrevas a darme órdenes, bastardo —gruñe, acercándose demasiado rápido, por lo que aparto a mi hermana y Thomas la cubre con su cuerpo, sé que no me tengo que preocupar por ella mientras él esté cerca porque sabe lo importante que es para mí—. ¿Proteges a mi hermana de mí? —se carcajea, deteniéndose—. Nunca le haría daño.

—Bran, basta —interviene ella con firmeza dando un paso al frente sin temor—. Deja a Kylian en paz, ¿no puedes estar contento por su regreso? —pregunta esperanzada.

—Por supuesto que no —escupe—. Tenía la esperanza de que le hubieran rebanado el pescuezo en la frontera y así nos ahorraba el mal trago de ver su feo rostro —se carcajea hasta que Morrigan lo abofetea, consiguiendo que se calle.

—Jamás digas algo así en mi presencia —sisea—. Kylian es mi hermano, al igual que tú, Kael o Elvin, y no pienso permitir que te refieras a él de ese modo. No tiene la culpa de lo que hizo la desquiciada de tu madre. —Tiembla de furia, y yo me maravillo por la mujer en la que se ha convertido.

—Cuidado, hermanita —advierte, me tenso ante la amenaza implícita en su tono de voz—. No menciones a mi madre…

—Basta. —Miro hacia las escalinatas que llevan al interior del castillo para ver, por primera vez en casi doce años, a la señora de Duart, la mujer de mi padre—. ¿Cómo os atrevéis a formar semejante alboroto en el estado en que se encuentra mi esposo? Kylian, acabas de llegar y ya perturbas la paz de mi hogar…

Capítulo 3



Kylian

—Siempre es un placer volver a verte, Karen —replico con sorna, sin molestarme en ocultar el desprecio que siento por ella—. Debería decir que lo siento, pero no me gusta mentir. Controla a tu hijo si quieres tener paz en Duart —aconsejo, subiendo los escalones, dispuesto a ver a mi padre sin que nadie más ose impedírmelo—. ¿Dónde está?

—No olvides quién soy —dice entre dientes—. ¿No aprendiste nada? —se burla, señalando mi cicatriz, aprieto mis puños para que mi mano no apriete su cuello hasta dejarla sin vida—. En su antigua alcoba —responde cuando siento que mi hermana se posiciona a mi lado.

—Ven, Kylian —me coge la mano y tira de mí—. Vayamos a ver a padre, después tenemos mucho que contarnos.

—Thomas —llamo a mi amigo—. Asegúrate de comer algo y descansa, te lo has ganado.

—¿Ahora llevas quien cubra tus espaldas, hermano? —escucho cómo se burla Bran—. Parece que tienes miedo de lo que pueda pasarte en Duart…

Mi intención es detenerme para cerrarle la boca de una vez, pero mi hermana tira de mí alejándome mientras escucho cómo mi amigo replica a mi hermano, no dudo que lleguen a los golpes si el mocoso no ceja en su empeño de buscar pelea.

—No le hagas caso —aconseja—. No ha cambiado nada y Karen no ha ayudado a suavizar su carácter.

—No me importa lo más mínimo —farfullo, dejándome guiar—. Solo he venido a ver a padre… —guardo silencio cuando me doy cuenta de lo que he dicho en voz alta, maldigo para mí mismo porque no quiero que piense que ella no me ha importado lo suficiente como para no regresar—. No he querido decir…

—Sé a qué te refieres —interrumpe—. No te culpo por no regresar. Puede que me haya dolido tu ausencia como una herida abierta durante todos estos años, que me hicieras falta en incontables ocasiones, pero no te culpo por escapar de este infierno.

La detengo preocupado por lo que puedo percibir en sus palabras, ella se niega a mirarme, y un pensamiento me asalta llenándome de terror al pensar que haya ocupado mi lugar al marcharme.

—¿A qué te refieres, Morrigan? —pregunto, cogiéndola por los antebrazos para que no escape.

—Podemos hablar en otro momento, padre te está esperando y él es más importante —replica—. Kylian, le queda poco tiempo, creo que ha esperado a verte para…

Se rompe, comienza a llorar y la abrazo como debería haber hecho todos estos años de ausencia. Dejo que se desahogue porque siento que lo necesita, seguramente, ha tenido que ser fuerte durante mucho tiempo y la inminente pérdida de nuestro padre será un duro golpe para ella.

—¿Qué sucede, Morrigan? —Una voz potente de hombre nos sorprende y mi hermana se tensa entre mis brazos—. ¿Por qué estás abrazada a un hombre? —exige saber con firmeza.

—Robert —exclama, alejándose de mí—. Es mi hermano Kylian —se apresura a aclarar al hombre que debe tener casi el doble de la edad de Morrigan—. Te presento a mi esposo —me dice con una sonrisa trémula.

—¿Esposo? —pregunto incrédulo, dirigiendo mi mirada de ella a él y viceversa sin poder creer que sea el marido de mi hermosa hermanita.

—¿Tú eres el hijo de Lachlan? —cuestiona desconfiado, hasta que muestro la cicatriz que suelo tomarme la molestia de ocultar lo máximo posible, es cuando me doy cuenta de que ya no duda—. Vaya, así que mi mujercita tenía razón —exclama con burla—. Acudes al llamado de tu padre.

Alzo mi ceja sana porque no me gusta el tono con el que se dirige a mí, me importa poco que sea el marido de mi hermana, no pienso permitir que nadie me falte al respeto en mi propio hogar, ya no. Sin responderle, miro a Morrigan, que, con un gesto casi imperceptible, me insta a que entre a la alcoba de nuestro progenitor, algo dentro de mí me dice que no debería dejarla sola, sin embargo, le hago caso.

Al abrir la puerta, el hedor de la muerte me golpea haciendo que me tambalee. Intento asimilar lo que mis ojos contemplan muy abiertos por la impresión, debería estar acostumbrado porque he arrebatado la vida innumerables veces, pero nada me ha preparado para esto. Cuando mi padre gira su rostro hacia mí y tiende su mano temblorosa en un ruego mudo, reacciono cerrando la puerta y acercándome con rapidez a su llamado.

—Padre… —susurro conmocionado cuando mi mano cubre la suya, solo es piel y hueso—. ¿Cómo has llegado a esto…? —no me salen las palabras y siento que todo el resentimiento que durante años me ha atormentado desaparece.

—Kylian —jadea con esfuerzo—. Hijo mío, has venido…

—¿Creías que no lo haría? —pregunto—. Deberías haberme mandado llamar mucho antes.

—No hubieras venido —niega imperceptiblemente—. Ahora era el momento porque no me queda mucho tiempo y necesito de alguna manera enmendar mis errores.

Guardo silencio porque no termino de comprender a que se refiere. No he tenido tiempo para preguntar o cerciorarme por mí mismo, pero parece que aquí se ha detenido el tiempo y que nada ha cambiado.

—Sé que jamás me perdonaste que me casara tan rápido después de la muerte de tu madre —continúa—. Casarme con una mujer a la que no amaba fue mi segundo error.

—Padre, no necesito que… —aprieta mi mano para ordenarme silencio.

—Yo sí lo necesito —rebate con firmeza, parece que saca fuerzas de donde no las tiene para hablar—. Creí que Karen sería una buena madre para Kael, que ya había perdido dos, y para vosotros. No mostró su verdadera cara hasta que ya era demasiado tarde, Bran había nacido y Elvin estaba en camino.

Cierro los ojos recordando aquel tiempo. El dolor por haber perdido a la mujer que me había dado la vida había sido tan intenso que hoy en día todavía me pregunto cómo pude soportarlo. Lo cierto es que no sé si su mente está nublada por el dolor, pero no recuerdo que las cosas fueran así exactamente. Para mí, Karen siempre fue

trasparente, tal vez conmigo ni siquiera se molestaba en ocultar su odio.

—Todos cometemos errores, padre —digo para romper el tenso silencio, porque no puedo decirle que le comprendo, ya que estaría mintiendo, y si algo me caracteriza es que soy mortalmente franco.

—Pero mi error lo pagaste tú —susurra mientras una lágrima abandona uno de sus ojos—. ¿Crees que tus gritos de agonía no me atormentan cada día? —pregunta con tristeza—. Te vi convertirte en un niño huraño, frío y lleno de odio, cuando hasta el momento habías sido todo lo contrario.

—No he venido para esto —digo incómodo, rehuyendo su mirada—. Deja el pasado en paz, viejo, y reúne fuerzas para reponerte —ordeno entre dientes, sabiendo por su apariencia que eso ya no es posible.

—Sabes tan bien como yo que ha llegado mi hora —replica sin un atisbo de temor en su mirada—. Me reuniré al fin con tu madre —sonríe—. Lo que debo pedirte es un último esfuerzo por tu parte. Kael va a necesitar tu ayuda. —Comienzo a negar, de nuevo, un fuerte apretón me silencia—. Escúchame —demanda desesperado—. No confío en Karen y Bran, si lo dejas solo…

—¿Por qué no te deshiciste de ella? —exclamo—. No tengo por qué hacer tu trabajo sucio, padre. Kael ya es mayorcito para cuidar sus espaldas; si es tan estúpido como para confiar en esa harpía y el bastardo de su hijo…

—Estás hablando de mi sangre —amonesta—. No importa cómo sea, cuáles sean sus defectos o sus errores, sigue siendo mi hijo.

—Entonces deja que se maten entre ellos —siseo, levantándome furioso—. No voy a mover un solo dedo por entrometerme.

—¿Ni siquiera por Duart? —cuestiona—. ¿Por tu hermana…?

—No la metas en esto —le advierto furioso—. ¿Cómo pudiste casarla con ese hombre? No me gusta —replico, paseándome de un lado a otro como un animal enjaulado.

—Fue una unión ventajosa —responde sin más, se nota lo cansado que está, y me siento culpable por mi comportamiento, egoísta incluso.

—¿Para quién? —cuestiono—. Por lo que he visto ahí fuera, no para ella.

—¿Crees que te he mandado llamar por eso? —comienza a toser y me apresuro a acercarle agua para que beba, le sostengo la cabeza porque ni siquiera tiene fuerzas para eso—. Dios —jadea, dejándose caer sobre los almohadones de nuevo—. No me queda tiempo, Kylian —implora.

—¿La curandera por qué no está aquí contigo? —pregunto incrédulo.

—Ya no puede hacer nada por mí —responde—. ¿Qué sentido tiene que se mantenga a mi lado si no puede salvarme? No quiero a nadie rondando mi lecho hasta que ya no esté aquí para verlo.

—Creo que eres el primer moribundo que no desea tener compañía —inquiero con sorna, intentando aliviar el nudo de mi garganta—. Puedes pedirme que me encargue de Morrigan; si es necesario, acabaré con su esposo si lo que ella desea es la libertad. Mas no me pidas que me quede en Duart para impedir que tus hijos se maten entre ellos.

—¿Y a quién debería pedírselo? —escupe molesto—. Solo confío en ti, hijo mío. ¿Tanto te cuesta proteger a los tuyos? Eres un MacLean…

—Lo soy desde mi nacimiento, padre —interrumpo, odiando que utilice semejante artimaña para obligarme a algo que no deseo hacer —. No he visto que durante estos años eso te haya importado.

—Sé que debí ordenar tu regreso hace mucho —exclama torturado —. Pero pensé que vivir alejado de Karen sería lo mejor.

—¿Para ella, o para mí? —interrogo—. Viejo, será mejor que guardes las fuerzas, no las gastes intentando convencerme. Creo que no me conoces —suspiro—. No hay poder sobre la faz de la Tierra que me obligue hacer algo que no quiero hacer.

—Si tanto odias a Karen, no dejes que ella gane —gruñe, viéndose acorralado—. Si Bran consigue llegar a ser *laird* cuando ya no esté, ella habrá ganado, no la dejes.

—Haberlo pensado antes —rebato, encogiéndome de hombros—. Tú te casaste con ella y tuviste hijos con esa zorra. No es mi problema que no sepas controlar a ese mocoso, ¿a qué le temes, padre? Creo que hay algo que no me cuentas…

Capítulo 4



Deirdre Lindsay

—*M*e parece muy injusto, hermano —refunfuño mientras recorremos las millas que nos separan del clan MacLean—. ¿Por qué debo ser yo la que se sacrifique?

—Porque eres mujer —responde sin inmutarse—. Sabes que, si de mí dependiera, esta unión no se realizaría, pero padre cree que es ventajoso para ambos clanes.

—Qué gracioso —siseo con ganas de golpearlo, de reojo observo cómo cabalga muy tenso a mi lado, el ceño fruncido le confiere un aspecto bastante amenazador—. ¿Qué harás sin mí?

—Nos arreglaremos —espeta mirándome—. No es tu deber, Deirdre.

—¿Por qué no? —cuestiono ofendida—. ¿Crees que solo los hombres pueden defender su país?

—¿De verdad es necesaria esa pregunta, hermana? —replica ofendido—. Eres quien mejor me conoce y me duele que me cuestiones —amonesta.

—Lo siento —me disculpo, avergonzada, sabiendo que no tengo razones para atacarlo a él, ya que es el hombre al que respeto sin dudar, incluso más que a nuestro padre, con el que siempre me he sentido algo distanciada. Creo que mi sangre escocesa es más fuerte que la inglesa y no podemos entendernos—. Estoy furiosa por el destino que me ha tocado en suerte, ¿por qué no puedo decidir cómo vivir?

—No tiene por qué ser tan malo —rebate John—. Kael MacLean tiene fama de ser un hombre justo, te tratará bien, y si no lo hace, acabará ensartado en mi espada.

—Eso podría hacerlo yo misma —me jacto risueña.

—Cierto —asiente con orgullo—. Te he enseñado bien. Solo debes darle una oportunidad; si no puedes con ello, yo mismo iré a por ti y me enfrentaré a padre.

—No es un mal hombre —suspiro—. Solo que le enseñaron que el deber para con su país y familia es lo primero. Cree que de este modo todo quedará solucionado, pero lo que sucede en la frontera no va a detenerse porque yo me case con un MacLean.

—Lo sabe —rebate—. Pero, como dices, es una persona de rectos principios, es así como lo criaron y todavía cree que los matrimonios arreglados tienen poder.

—No comprendo por qué —espeto—. Él escogió a madre.

—Por eso mismo —asiente pensativo—. Creo que piensa que, al elegir el amor que sentía por madre, decepcionó a sus padres y a su patria.

—¿Y debo pagarlo yo? —cuestiono, sintiéndome cada vez más cerca de perder mi libertad—. Cuando lleguemos a Duart, todo habrá

acabado para mí, sabes que no soy como todas las mujeres, que sueñan con su boda casi desde su nacimiento. Nunca he deseado casarme, John.

—Maldición, Deirdre —exclama—. No me lo hagas más difícil. ¿Crees que para mí es fácil llevarte hasta los MacLean y dejarte allí a tu suerte? Eres mi hermana pequeña, te he cuidado durante toda mi vida, y ahora padre pretende que me desentienda y…

—Alto ahí —interrumpo—. Sabes que puedo cuidar de mí misma. Y tal vez, como dices, no sea tan malo —intento sonreír porque me siento una egoísta, debería saber que todo este asunto no está siendo sencillo para John y, aun así, he seguido quejándome como una niña pequeña.

Uno de los hombres de mi hermano silba llamando nuestra atención. John se aleja para llegar a su encuentro y discuten en voz baja, ceñuda intento comprender qué demonios está pasando sin conseguirlo. Todo queda olvidado cuando, tras recorrer unas pocas millas, veo a lo lejos el majestuoso castillo de Duart, bastión de los MacLean y mi próximo hogar. Espoleo mi caballo para llegar hasta mi hermano, ambos nos comunicamos con una simple mirada, la suerte está echada.

—¿Preparada? —pregunta cuando cruzamos el portón y entramos al patio donde parece que todo el clan se ha reunido para darnos la bienvenida, aunque por cómo nos observan, dudo mucho que estén contentos.

—Supongo —me encojo de hombros sonriendo para que nadie sepa en realidad cómo me siento en estos momentos—. ¿Quién es Kael? —susurro al darme cuenta de que hay varios hombres junto a una mujer de porte regio y rictus amargo.

—El más mayor —responde—. El de la barba castaña.

Me fijo en el hombre que se supone va a convertirse en mi esposo, y aunque no puedo decir que es apuesto, no me desagrada del todo, podría haber tenido peor suerte. Al detener mi montura, espero que mi hermano me ayude a desmontar como se espera de una damisela como yo, mostrándome sumisa y tímida cuando no soy ninguna de las dos cosas.

—Bienvenidos a Duart —exclama la mujer que no me ha dado buena espina en cuanto la he visto—. Disculpad a mi esposo, está demasiado enfermo como para levantarse, por lo que me ha pedido que os reciba yo en su lugar.

—*Lady* Karen —saluda John, dejándome saber que es mi futura suegra. Pues no nos vamos a llevar bien—. Para nosotros es un honor que nos recibáis en vuestro hogar. Siento escuchar que su esposo esté enfermo, espero se reponga lo más pronto posible.

—Lamentablemente, no va a ser así —responde ella con una frialdad que me hiela la sangre en las venas—. Kael —llama, y de inmediato, el que se supone es mi prometido se acerca a su lado—. ¿No le dices nada a *lady* Deirdre?

—Bienvenida —responde, mirándome con sus ojos oscuros—. Espero que el viaje haya sido tranquilo y sin sobresaltos.

—Lo ha sido —respondo como se espera de mí—. Gracias por vuestra preocupación.

—Entremos —replica la mujer—. Vuestros aposentos están preparados. Debéis estar agotados por el largo viaje.

—Me quedaré lo necesario —replica mi hermano—. Tengo asuntos que atender en mi hogar.

—Imagino que sí —sonríe con falsedad, puedo darme cuenta de que no nos quiere realmente aquí—. Lo idóneo sería esperar a que mi esposo esté bien para que Kael y Deirdre puedan casarse, pero, como he dicho, eso no va a ser posible —intenta parecer afligida, mas no logra engañarme—. Por lo que he dispuesto que puedan unirse en dos días.

Contengo el aliento porque no imaginaba que mi sentencia fuera en firme con tanta presteza.

Al llegar al salón, me doy cuenta de que han preparado un pequeño refrigerio, aunque lo cierto es que ahora no tengo apetito, por lo que lo único que me apetece es esconderme en el aposento que me haya sido asignado. Sería una grosería esconderme, y aunque me importe poco si se sienten ofendidos estas personas que para mí son completamente extraños, mi educación no me lo permite.

—Podemos esperar si deseáis asearos —una voz dulce que no había escuchado hasta ahora llama mi atención, y cuando localizo de quién

se trata, me quedo impresionada por su belleza, debe ser poco mayor que yo, aun así, parece tener mil años a sus espaldas.

—Morrigan —amonesta la señora de Duart—. Nadie te ha preguntado, no te tomes atribuciones que no te corresponden.

—Lo siento, Karen —susurra, bajando la mirada avergonzada, me doy cuenta de que John la observa al igual que yo.

—Podemos comer algo y después descansar antes de la comida —salgo en defensa de la joven porque no me ha gustado lo que he visto—. Seguro que los hombres de mi hermano están hambrientos, mi señora.

—Por supuesto —asiente, apretando los labios molesta—. Morrigan, encárgate de ello —ordena como si fuera una criada, pero no va vestida como tal, por lo que imagino debe ser la hija del *laird*, entonces, ¿por qué es tratada de este modo?

La muchacha se marcha y procedemos a sentarnos, Kael lo hace a mi lado e intento comportarme con soltura, mi hermano frente a mí no me quita los ojos de encima. Nuestra anfitriona presenta a los dos jóvenes que se han mantenido al margen; el mayor, Bran, solo inclina su cabeza para saludar, su gesto de hastío no me pasa desapercibido, el menor, llamado Elvin, parece menos imbécil y saluda con cortesía.

—Kael es hijo de la primera mujer de mi esposo —continúa explicando—. Morrigan y su hermano mayor lo son de la segunda.

Miro de reojo a mi prometido, que se mantiene tenso como la cuerda de un arco, aprieta con fuerza los cubiertos que sostiene en sus manos. Si de una cosa puedo estar segura es de que esta familia no está bien avenida y no me extraña con la esposa que tiene el *laird.*

—¿Estás bien? —le pregunto, llamando su atención, me mira sorprendido—. Supongo que no debes estar contento de que te obliguen a cargar conmigo—susurro, una sonrisa comienza a dibujarse en sus labios.

—No me quejo —replica—. Eres hermosa, de buena familia y es una unión ventajosa —enumera, recordándome las palabras de mi padre.

—¿No deseas algo más para tu matrimonio? —cuestiono muy interesada.

—No —niega, rehuyendo mi mirada, sé que miente—. He sido criado para ser quien lidere a mi gente cuando mi padre ya no esté, siempre he sabido que mi matrimonio no sería por amor.

—Das por hecho entonces que no vas a poder amarme nunca —replico sin inmutarme.

—No he querido decir eso —intenta excusarse avergonzado—. Debes perdonarme si te he ofendido…

—Pido una cosa del hombre con el que debo casarme —interrumpo —. Que sea sincero conmigo. No soporto las mentiras, de mí puedes esperar lo mismo.

—Hablas como una mujer mucho más mayor —alaba complacido—. Creo que podemos ser buenos amigos, ¿qué te parece, Deirdre?

No tengo oportunidad de responder porque un hombre entra como una tromba al salón. Su imponente figura empequeñece todo a nuestro alrededor, la mirada de desprecio que nos dirige a los presentes me deja impresionada, ni siquiera la cicatriz que atraviesa su atractivo rostro es suficiente para que pueda obviar el odio que brilla en sus ojos negros.

—Mi padre yace en su lecho agonizando mientras vosotros coméis —exclama furioso—. ¿Ni siquiera merece que sus hijos estén con él en sus últimos momentos? —grita, acercándose para con las dos manos lanzar la mesa y todo lo que hay sobre ella al otro lado de la sala.

—¿Te has vuelto loco? —exclama Bran, encarándolo, aunque puedo ver que en el fondo le teme, su madre se levanta con parsimonia observándole—. Respeta a nuestros invitados, maldito bastardo.

Sus ojos se encuentran con los míos y un escalofrío recorre mi espalda, contengo un jadeo sorprendida por semejante reacción en mi cuerpo. Luego asesta un puñetazo al que supongo es su hermano tumbándolo en el suelo.

—Ingleses —escupe con asco—. Id con padre de inmediato —ordena con ferocidad, parece dispuesto a arrasar con cuanta persona se atraviese en su camino, y no dudo ni por un momento de que podría hacerlo sin despeinarse.

Capítulo 5



Kylian

Solo llevo un día en Duart y ya deseo marcharme con todas mis fuerzas. Es como si estar entre estas cuatro paredes envenenara mi mente y mi alma, convirtiéndome en la peor versión de mí mismo.

Lo que pide mi padre de mí es mucho más de lo que estoy dispuesto a dar, no he podido hablar con mi hermana, mas me he dado cuenta de que su esposo no la deja sola si me encuentro cerca, lo que ha levantado mis sospechas más todavía. Si cree que va a poder alejarla de mí es que no me conoce, no pienso irme de este maldito infierno hasta que no sepa con certeza que ella va a estar bien; durante años le he fallado, no voy a seguir haciéndolo. En cuanto a quedarme para convertirme en el niñero de Kael, no pienso hacerlo; cuando mi padre ya no esté en este mundo, me marcharé para no volver.

Me dirijo a su alcoba para asegurarme de que está tranquilo y bien cuidado, pero al entrar me doy cuenta de que no le queda mucho tiempo. Su tos ha empeorado, arde en fiebre y apenas es capaz de abrir sus ojos.

—Padre —le llamo sin respuesta—. Maldita sea, no me hagas esto.

—Morrigan —susurra—. Elvin, Bran… —llama a mis hermanos, por lo que salgo de la alcoba corriendo para ir en su busca y lo que encuentro me revuelve las tripas.

Enfurezco porque me doy cuenta de que el poder que tiene Karen va a ser un verdadero problema para Kael, y aunque no debería importarme, lo hace. Lanzo la mesa repleta de comida al demonio al darme cuenta de que bajo el techo de Duart se encuentran nuestros enemigos, ordeno a los bastardos de mis hermanos ir a la alcoba de nuestro progenitor tal y como él lo ha pedido.

—No he luchado años en la frontera para acoger en Duart a malditos ingleses —siseo, dispuesto a desenvainar mi espada.

—Siempre supe que eras lo más parecido a un animal, Kylian —interrumpe Karen—. Pero esto es imperdonable —alza la voz—. Ellos son Lindsay —aclara como si eso mejorara en algo mi descontento—. Deirdre es la futura esposa de tu hermano, y la eligió tu padre antes de enfermar.

—Muy conveniente que lo digas ahora que no es capaz de hablar —acuso sin creer una maldita palabra—. ¿Kael? —no me molesto siquiera en mirarlo, solo puedo observar a la pequeña rubia que está a su lado.

—Es cierto —responde sin que su voz tiemble—. Fue padre el que creyó conveniente unir nuestras familias. Por lo que te pido que seas educado con nuestros invitados, hermano.

Suelto una carcajada que no soy capaz de contener ante semejante situación. Mi padre está muriendo y ellos celebran una unión que, por muy ventajosa que sea, no va a cambiar el hecho de que Kael tiene el enemigo en casa. Morrigan corre escaleras arriba, me doy cuenta de reojo, Elvin se escabulle imitándola.

—Si vuelves a golpearme —dice Bran levantándose, sonrío porque le ha costado hacerlo—, no creas que no puedo devolvértela.

—Hazlo —le reto, está dispuesto a abalanzarse, pero Kael lo impide.

—Basta —brama—. Si realmente padre está muriendo, es el momento de acompañarlo hasta su último aliento.

Susurra algo a la muchacha y sale apresurado del salón, lo sigo tras echar un último vistazo sin molestarme en asegurarme de que Bran no vaya a saltar sobre mí en cuanto le dé la espalda. Al entrar de nuevo en la alcoba, Morrigan solloza sobre el pecho del hombre moribundo que con las pocas fuerzas de las que dispone acaricia el cabello de su hija, un nudo se forma en mi garganta impidiéndome respirar con facilidad.

Sé el momento exacto en el que da su último aliento porque mi hermana alza el rostro, conmocionada, y un grito desgarrador rompe el silencio del castillo. Me acerco a ella para apartarla e intentar que se tranquilice antes de que sea presa de un ataque de nervios, lucha contra mí por no separarse del cuerpo sin vida de nuestro progenitor que nos mira ya sin ver.

—Debes tranquilizarte —susurro mientras intento que me mire a mí y no al cuerpo sin vida que yace en el lecho, no quiero que lo recuerde de este modo—. Él no querría esto, debes ser fuerte.

—Ya no puedo más —balbucea como en un trance, frunzo el ceño porque dudo de que esté hablando solo de lo que acaba de suceder —. Kylian —me mira implorante—, dime que no vas a volver a

marcharte —suplica—. No me dejes sola, no ahora que padre ya no está.

Maldigo mi mala suerte, porque una simple súplica hace tambalear mi firme decisión de marcharme de este lugar lo más pronto posible. Ahora tendré que quedarme hasta saber qué demonios sucede en la vida de mi hermana pequeña.

—Salid todos —la voz de Karen me tensa, me enerva sin que pueda evitarlo, miro sobre el hombro de mi hermana para verla parada en la puerta sin mostrar la menor señal de dolor por la pérdida sufrida—. Debo arreglar a mi esposo.

—Es nuestro padre —rebato entre dientes.

—También lo era todos estos años en los que no ha merecido ni una carta o visita por tu parte —rebate con frialdad—. He dicho que me dejéis sola con él —vuelve a ordenar.

Sus hijos son los primeros en obedecer, sobre todo, Bran, que ni siquiera se ha acercado al lecho. Morrigan tira de mí mientras Kael nos sigue en silencio, cabizbajo, como si todo el peso del mundo recayera ahora sobre sus espaldas.

—Enhorabuena, hermano —espeta Bran una vez estamos en el pasillo y la puerta de la alcoba se cierra dejándonos fuera por completo—. Ya eres el nuevo *laird* de los MacLean.

Sus palabras destilan veneno y sus ojos una envidia difícil de disimular. Su hermano menor lo mira con reproche, imagino que opina como los demás, no es el momento ni el lugar para hablar del futuro. Morrigan limpia su llanto y lo observa con furia, se acerca hasta quedar frente a él, quien alza una ceja interrogante sin que su sonrisa burlona desaparezca de su rostro.

—Ten un poco de respeto —sisea—. Padre todavía está caliente en su lecho y tú solo piensas en quién va a guiar al clan. Siempre has sabido que sería Kael, por mucho que ansíes su puesto, jamás será tuyo.

—Contén tu lengua —replica—. ¿Tu esposo todavía no te ha enseñado a guardar silencio y no meterte en asuntos que no te incumben?

—Mi clan me incumbe, mi hermano mayor también, por lo que no voy a callarme —alza el mentón—. Aprende de una maldita vez cuál

es tu lugar —lo empuja, y cuando me doy cuenta de que está dispuesto a devolver el golpe, me apresuro a intervenir.

—Ni lo sueñes —espeto, metiéndome en medio—. Jamás oses alzar tu mano sobre ella.

—El hermano pródigo —se burla—. ¿Dónde estabas cuando recibía castigos peores?

—Bran —exclama Morrigan—. Cállate —ordena.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, apretando con fuerza mis puños, intentando que la ira no se apodere de mí—. ¿Morrigan? —cuestiono, mirándola de reojo.

—Nada —se apresura a responder—. Ya sabes cómo es nuestro hermano…

—Desaparece de mi vista —escupo, empujándolo lejos—. Eres veneno, al igual que la bruja de tu madre.

Elvin reacciona, se lo lleva a rastras y sisea algo muy cerca de su oído mientras su hermano lucha contra él, me importa poco si se matan entre ellos. Quedamos solos Morrigan y yo, parece que quiera escapar, ya que mira hacia todos lados buscando una escapatoria que no le pienso dar.

—Habla, hermana —digo intentando serenarme—. ¿Por qué consentiste en casarte con ese hombre?

—¿Consentir? —pregunta, con sorna, mirándome al fin—. ¿Crees que, si me hubieran dado la más mínima posibilidad de elegir, estaría casada con él?

—Padre nunca… —comienzo a decir balbuceando, intentando comprender—. No puedo creer que no tuviera en cuenta tus preferencias, Morrigan.

—No intentes comprender lo sucedido en tu ausencia, Kylian —suspira pesarosa—. Deja las cosas como están, por favor.

—¿Pretendes que me quede de brazos cruzados? —cuestiono ofendido—. Si crees que voy a mirar para otro lado si tu esposo no te trata como debe, estás muy equivocada.

Unos pasos apresurados nos sorprenden, y al girarme, veo cómo el bastardo que está casado con mi hermana viene a nuestro encuentro.

—Acabo de enterarme, querida. Había salido para encargarme de algunos asuntos por orden de *lady* Karen —dice, llegando hasta ella y

abrazándola—. No puedo creer que ya no esté con nosotros —me resulta tan hipócrita que ruedo los ojos, los de mi hermana me piden en silencio que me mantenga callado—. Siento no haber estado a tu lado en tan amargo trance.

—No importa, Robert —dice ella, apartándose incómoda—. Mis hermanos han estado conmigo.

Por fin me mira y puedo constatar una vez más que no me quiere aquí, se ve amenazado por mi presencia, por lo que me cruzo de brazos disfrutando de su incomodidad. Nos retamos con la mirada, lo que no sabe es que a mí no puede intimidarme y que he acabado con la vida de hombres por mucho menos.

—Imagino que volverás a la frontera en cuanto tu padre sea enterrado —me dice con aparente indiferencia.

—Por supuesto que no —interrumpe mi hermana—. Kylian me ha prometido pasar un tiempo en Duart.

—Pero, querida —rebate, sonriendo casi con desprecio—, seguro que, siendo un guerrero con tanta experiencia, es muy necesario en Solway-tweed.

—Me importa poco —contradice de nuevo, su esposo frunce el ceño —. Creo que ha servido bastantes años a la corona como para que ahora no pueda pasar un poco de tiempo con su familia.

—Mi intención —intervengo, llamando la atención de ambos— es quedarme hasta asegurarme de que las personas que quiero estén a salvo.

—¿A qué te refieres? —pregunta, fingiendo una inocencia que estoy seguro no posee—. En Duart todos estamos a salvo. Puede que para un hombre que lleva años rodeado de barbarie eso sea imposible de comprender, sin embargo, puedo asegurarte que no corremos peligro alguno.

—¿Seguro? —cuestiono con sorna—. Déjame que sea yo quien decida eso. El clan en estos momentos es débil porque su *laird* acaba de morir.

—Kael es su sucesor —replica—. ¿O creías que llegando a estas alturas ibas a serlo tú?

—¡Robert! —exclama Morrigan—. Basta, Kylian jamás ha ansiado el puesto de nuestro hermano mayor.

—Cierto —asiento, acercándome a paso lento, el hombre retrocede, me encanta cuando lo hacen—. No temas, Robert —pronuncio su nombre entre dientes—. No pienso quedarme más de lo necesario, en cuanto Duart sea lo que fue antaño, me marcharé. Se lo prometí a mi padre y eso es lo que pienso hacer.

No tiene por qué saber que estoy diciendo una verdad a medias, pues jamás se lo prometí, pero ahora acabo de decidir que es lo menos que el hombre que me dio la vida se merece. Quiero que, allá donde esté, pueda ver que todo marcha bien en su clan, que los años de esfuerzos no fueron en vano y, por supuesto, no pienso dejar que esa harpía gane. Solo por el recuerdo de mi madre, Duart se merece volver a ser lo que era cuando ella vivía.

—No hagas semejantes promesas, Kylian —la repelente voz de mi madrastra eriza cada bello de mi cuerpo, me giro para comprobar que ha abierto la puerta sin que me diera cuenta y que observa con sus ojos de halcón—. No tienes por qué hacer nada, los MacLean ya tienen quien vele por ellos, ¿no crees que Kael sea capaz? —pregunta con ironía.

—No me cabe la menor duda porque le enseñó el mejor *laird* que han tenido esta gente en generaciones —espeto—. Pero mi hermano tiene un gran problema que pienso solucionar por él —me jacto, sacándola de quicio, lo puedo ver en su rictus tenso.

—¿Qué es? —se cruza de brazos—. Por favor instrúyenos.

—Tú —escupo—. Tú y tus hijos, sois serpientes dispuestas a matar por el poder. ¿Crees que no sé qué toda tu vida has envenenado a Bran en contra de nosotros?

—Siempre has sido un miserable bastardo —sisea furiosa, la bofetada que recibo gira mi rostro—. Voy a encargarme de que te marches de aquí de una maldita vez para no volver jamás. Deberían haberte destripado en la frontera y haber traído tu cabeza en un saco.

Morrigan se interpone entre nosotros empujándola, la furia refulge en sus ojos tan oscuros como los míos. Me tenso a la espera de que Karen no se quede de brazos cruzados, pero mi hermana no parece temerle.

Capítulo 6



Deirdre

—¿Por qué demonios nos han invitado si el *laird* tenía un pie en la tumba? —pregunto perpleja cuando todos abandonan el salón tras el estallido de furia del hombre de cabello oscuro—. ¿Quién en su sano juicio haría algo así?

—Una persona sin respeto alguno —replica mi hermano—. Creo que la señora del castillo tiene más poder del que pensaba —dice ceñudo —. Duart ahora mismo está en guerra, hermana, y no estoy seguro de querer dejarte aquí.

—John, no pienso moverme de aquí —rebato con decisión—. Me necesitan.

—¿Kael, o su hermano? —pregunta, conociéndome demasiado bien —. Deirdre…

—No continúes —le ordeno—. No cuestiones mis decisiones, por favor. Voy a cumplir con lo que se espera de mí.

—No voy a poder estar aquí indefinidamente y lo sabes —me advierte—. Debes tener mucho cuidado, no solo con nuestro secreto, sino con los habitantes de este castillo.

—Te lo prometo —asiento sonriente, más tranquila ahora que he tomado la decisión de quedarme sabiendo que es lo correcto—. No debes preocuparte por mí, creo que podré controlar a los lobos que habitan Duart.

Poco tiempo después, aparecen Elvin y Bran. Por su seriedad, no me cabe la menor duda de que su padre ha fallecido y siento no haber podido conocer al gran *laird* de los MacLean. El que parece estar más afectado es el menor, de cabello rojizo y ojos marrones, no se parece a sus hermanos mayores, pero sí puedo distinguir rasgos con Bran. Este último no me gusta, hay algo en él que me hace desconfiar y no dudo que sea de los que causen problemas de ahora en adelante.

—Lamento mucho vuestra pérdida —digo no solo por educación, sino porque me siento realmente culpable por haber llegado en semejante momento.

—¿Por qué deberías? —cuestiona Bran con ironía—. No conocías a nuestro padre.

—Cierto —concedo sin poder creer con la frialdad con la que se comporta—. Pero el simple pensamiento de perder a mi padre… —guardo silencio, mirando de reojo a mi hermano, que observa la escena de brazos cruzados.

—Eres mujer —se encoge de hombros como si esa fuera suficiente razón para ser más débil—. Además, no sabes cómo era el gran

MacLean —dice con rabia.

—Detén tu lengua, Bran —ordena su hermano con voz temblorosa —. Al menos, respétalo después de muerto.

—Cuidado, hermanito —advierte—. Sabes que no me gusta que nadie me diga lo que tengo que hacer, mucho menos tú.

Termino comprendiendo dos cosas; la primera es que Elvin, aunque lo intenta, no es malo. La segunda es que Bran, haciendo honor a su nombre, es un cuervo que es capaz de arrancar los ojos a cualquiera que se atraviese en su camino, sin importar si es familia o no, y eso lo convierte en alguien peligroso, sobre todo, porque dudo que tenga honor.

—No creo que discutir en estos momentos sea lo más conveniente —amonesto, su mirada acerada se dirige a mí.

—No te creas con algún derecho —espeta—. Todavía no eres la esposa de Kael y ahora puede que nunca lo seas —se jacta—. O tal vez quedes viuda antes de tiempo —continúa burlándose.

—Puede que no lo sepas —interviene mi hermano—, pero Deirdre ya es la mujer de Kael. —Lo miro asombrada—. Tu padre y el mío prácticamente los casaron por poderes. Supongo que el *laird* MacLean quería impedir justamente esto —lo señala con desprecio—. Mi hermana es la nueva señora de Duart, al menos, durante un año y un día, ese fue el acuerdo.

—¿Qué demonios dices? —exclamo incrédula—. ¿Me has mentido?

—No hubieras venido de no hacerlo. —Sé que se arrepiente, que se siente culpable, pero eso no aligera mi carga—. Y debías hacerlo. No todo era mentira, el enlace se celebrará porque es lo que exigí a padre para apoyarle en semejante locura.

—No pienso celebrar nada cuando acaba de morir el *laird* —replico —. Kael debe estar destrozado…

Las carcajadas del que es ya mi cuñado me interrumpen y debo contenerme para no golpearlo. Elvin bufa y lo fulmina una vez más con la mirada para después salir del salón como alma que lleva el diablo.

—Eres demasiado ingenua para vivir en Duart —se burla—. ¿Seguro que quieres dejarla aquí? —pregunta a mi hermano.

—Si osas amenazarla una vez más, serás enterrado con tu padre —sisea John, moviéndose a una velocidad pasmosa, ya que cuando me quiero dar cuenta, lo tiene cogido por el cuello y lo alza varios palmos del suelo—. Puede que le quite trabajo al nuevo *laird* antes de marcharme —continúa diciendo con furia—. Conozco a los bastardos como tú.

—Tú siempre haciendo amigos, Bran —la voz de Kylian nos sorprende a todos; aun así, ni John afloja su agarre ni él hace nada por ayudar a su hermano—. ¿Qué has dicho esta vez? —pregunta, hastiado.

—Controla a tu hermano —advierte el mío todavía con la furia impresa en sus palabras—. O puede que antes de marcharme acabe con él.

—Por favor —hace un ademan con la mano—. No seré yo quien te detenga.

John, al fin, lo deja caer al suelo, Bran comienza a toser y a luchar por recuperar el aire. Nos observa a todos con odio mientras se levanta, otro hombre ya habría desenvainado su espada, lo que me confirma que no es una persona que ataque de frente.

—Te arrepentirás de esto —gruñe—. Recuerda mis palabras, bastardo inglés.

Los tres vemos cómo se marcha, y una vez solos, Kylian dirige toda su inquina hacia nosotros porque ya no está su hermano, al cual parece odiar más que a nosotros, que somos intrusos en su hogar. Por un instante, me tenso cuando ambos hombres se retan a la espera de que se abalancen y comiencen a luchar en un intento vano de demostrar su superioridad.

—¿Nos hemos visto antes? —pregunta con el ceño fruncido—. ¿Sois Lindsay? —continúa con una muesca de asco—. No comprendo por qué mi padre querría unirse con los ingleses.

—Somos mitad escoceses —increpo—. Mi padre es un barón inglés, mi madre no lo es.

—No te confundas —se carcajea—. Las Lowlands son inglesas —rebate—. A mis ojos, no eres mejor que esos bastardos con los que compartes sangre y los cuales he matado a cientos a lo largo de los años.

—Cuidado —ladra mi hermano—. Recuerda quién es ella en Duart.

—Nadie —replica sin inmutarse—. ¿Crees que Karen va a ceder su lugar? Si fuera tú, no la dejaría rodeada de una jauría de lobos.

—Tiene gracia que seas tú justamente quien lo mencione —ríe John, paseándose por el salón—. Tú, que eres conocido como el Lobo MacLean.

—Veo que mi reputación me precede —se jacta—. Lo que no comprendo entonces es por qué habéis cometido la estupidez de venir hasta aquí.

—Se supone que no te encontraríamos en Duart —se encoge de hombros, mi ceño se frunce al darme cuenta de que está hablando demasiado, veo la desconfianza brillar en los ojos negros con más intensidad que hace unos instantes.

—Parece que sabéis mucho de mí —espeta tensándose—. ¿Sois quién decís ser? —cuestiona—. Si descubro que estáis mintiendo, pienso arrancaros las tripas.

—Eso no será necesario —intercedo en el momento que el que ya es mi esposo y yo desconocía hace acto de presencia—. Siento mucho tu pérdida.

Asiente por toda respuesta tras dedicarme una mirada de disculpa, imagino que él sí sabía la verdad. La única estúpida que desconocía el alcance de lo que nuestros padres habían dispuesto para nosotros he sido yo.

—¿Podríamos hablar en privado? —pregunta, asiento y lo sigo hasta que nos encontramos en una sala mucho más pequeña que parece abandonada. Me pregunto para qué serviría antaño—. Me gustaría disculparme —comienza a decir llamando mi atención—. No estuve de acuerdo en que no fueras informada, sin embargo, no pude detenerlos.

—Comprendo —replico, intentando escoger con cuidado mis palabras—. Imagino que tampoco querrías este matrimonio —rehúye mi mirada, dándome la respuesta que necesito—. ¿Qué vamos a hacer? —frunce el ceño, mirándome de nuevo—. Somos unos extraños que se han visto obligados a que los demás nos aboquen a una unión que no deseamos.

—Ahora soy el *laird* —dice, observando a su alrededor—. Todo aquí me pertenece, y creo que, por primera vez en mi vida, tengo el control. ¿No crees? Desde mi nacimiento, he hecho lo que se esperaba de mí, ahora ha llegado el momento de hacer lo que me plazca, por lo que he pensado en anular este sinsentido.

—¿Perdón? —pregunto sin estar segura de haber escuchado bien—. El Handfasting no puede romperse hasta que no trascurre el año y un día, Kael.

—¿Quién lo dice? —cuestiona inquieto—. Ahora yo soy quien manda, Deirdre.

—Si se me permite inmiscuirme… —de nuevo, esa voz, me giro con rapidez y le dejo claro que me parece un grosero—. Kael, vas a tener batallas más importantes que cargar con una esposa inglesa.

—Pues hazlo tú —exclama—. Estoy harto, Kylian. Mientras tú has podido salir de aquí, yo he sido prácticamente un cautivo en Duart. No quiero seguir viviendo mi vida para los demás…

—Muérdete la lengua —escupe, mirándome casi con asco—. No te estoy diciendo que no hagas lo que te plazca, solo que debes elegir la prioridad en tus batallas, y por mucho que odie el hecho de estar emparentado con ingleses, te deben preocupar mucho más Karen y Bran, incluso Elvin.

—Estás tan acostumbrado a la guerra que ves enemigos allá donde vas —rebate, negando tristemente con la cabeza—. ¿Pretendes que los eche de Duart? ¿Que los mate, tal vez?

—No te recordaba tan estúpido —espeta—. Llevas años conviviendo con ellos, ¿de verdad piensas que te van a dejar en paz? Esa perra quiere para su hijo tu puesto, y no va a parar hasta lograrlo.

—Eso ya lo sé —alza la voz—. Pero no soy capaz de matarlo, Kylian. Es mi maldito hermano, al igual que tú.

Me siento una intrusa, el pelinegro así me lo hace sentir lanzándome una mirada poco amistosa. Me cruzo de brazos dejándole claro que no pienso moverme, soy la esposa de su hermano le guste o no, por lo que no tengo porque marcharme.

—Supongo que por eso padre quería que me quedara —farfulla—. ¿Tengo que encargarme yo, *laird*?

—No vas a hacer nada —ordena—. No pienso ordenar nada hasta no estar seguro de lo que se proponen. Por el momento, nuestro padre se merece un entierro digno, después veremos cómo proceder.

—Kael, creo que… —comienzo a decir preocupada.

—¿Quién te crees que eres para intervenir en asuntos del clan? —brama Kylian interrumpiéndome.

—Basta —espeta mi esposo—. Trátala con el respeto que merece, hermano. Ella es mi esposa, te guste o no.

—El respeto se gana —contradice—. Jamás respetaré a nadie que tenga sangre inglesa —termina entre dientes—. Cuida tu espalda, Kael. Puede que ni siquiera te den tregua ante la muerte de padre.

Se marcha dejándome el corazón latiendo con rapidez dentro de mi pecho, y no es por miedo. Puede que el gran Lobo MacLean aterrorice a la gente con su imponente presencia, a mí no.

—Discúlpale —dice Kael avergonzado—. Mi hermano tiene un temperamento peculiar, antes no era así —termina diciendo más para sí mismo.

—No debes preocuparte por mí —sonrío con sinceridad—. Kael, lo que ha dicho es cierto, creo que deberíamos dejar el asunto de nuestra unión para cuando no tengas tantos frentes abiertos.

—¿Estás dispuesta a perder tiempo de tu vida por mí? —cuestiona sorprendido—. ¿Por un clan que no es el tuyo?

—Sí —asiento—. Puedo ser tu amiga, puedo ser tu apoyo. Creo que estás rodeado de demasiadas sombras, déjame dar un poco de luz a tu oscuridad.

Capítulo 7



Kylian

*S*oy capaz de escuchar cómo Kael intenta disculpar mi comportamiento y cómo su supuesta esposa le pide tiempo, ¿por qué? No confío en ella ni un su hermano, incluso al verlo por primera vez me ha resultado familiar, he rechazado ese pensamiento porque no sería descabellado que hayamos luchado en la frontera.

Sin embargo, escucharla pedirle que le deje ser su luz entre tanta oscuridad me ha hecho apretar los puños con fuerza porque ella no sabe lo que es vivir entre tinieblas. Aunque debo concederle que sea la primera mujer que no me ha mirado horrorizada ante mi aspecto, uno que ya no oculto porque hace mucho que dejó de importarme lo que opinara la gente a mi alrededor.

—¿Dónde está tu hermano? —me giro para ver a la viuda de mi padre impasible tras de mí, con esa compostura regia que quiere aparentar ante los demás, pero sé que eso no existe y es una maldita desquiciada—. Te he preguntado…

—Te he escuchado —interrumpo—. Está hablando con su esposa —señalo tras de mí—. ¿Lo buscas para algo importante, madre? —escupo con ironía, sonrío complacido al ver cómo se tensa y me mira dejando ver su verdadera cara una vez más.

—¿Cuándo vas a marcharte? —cuestiona—. Tu padre será enterrado mañana al amanecer.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunto de vuelta—. Creo que me quedaré un poco más…

—Vas a salir por esa puerta y no regresar —sisea con sus mejillas enrojecidas por la furia apenas contenida—. Márchate antes de que tenga que acabar con…

No la dejo terminar porque mi mano cubre su cuello y cierro poco a poco para dejarla sin aire, me complace comprobar cómo pierde la valentía y comienza a observarme con miedo.

—Debería acabar con tu miserable existencia ahora mismo —siseo iracundo—. Podría partirte el cuello sin esfuerzo alguno, maldita bruja.

—Hazlo —grazna, arañando mi antebrazo con saña—. Siempre fuiste un maldito cobarde, por eso huiste de Duart.

Aprieto hasta que ya no es capaz de escupir su veneno, aunque sus palabras ya han hecho mella en mí. De repente, una mano menuda aparece posándose sobre mi brazo llamando mi atención, se trata de Deirdre, que niega con la cabeza con aparente frialdad, teniendo en cuenta que estoy a punto de matar a mi madrastra.

—No lo hagas —dice con firmeza—. No así.

—No te metas —le gruño más como un animal que como un hombre—. Márchate.

—No —replica, ganándose una mirada de odio por mi parte—. Suéltala, Kylian —ordena como si tuviera algún derecho sobre mí, lo peor es que le hago caso sin saber por qué.

Karen, al verse libre, jadea intentando volver a respirar con normalidad, sin embargo, yo solo puedo ver a la muchacha que ya era mi enemiga por ser quien es, pero que ahora se ha sentenciado a sí misma al inmiscuirse y creerse con el derecho de decirme lo que debo o no debo hacer. Ni siquiera soy consciente del momento en el que huye como la rata que es dejándonos solos a la inglesa y a mí.

—¿Quieres ocupar su lugar? —pregunto, intentando controlarme para no dejar viudo a mi hermano antes siquiera de que haya consumado el matrimonio—. Jamás vuelvas a inmiscuirte en mi camino.

—Estabas dejándote llevar por el odio —rebate sin apartar sus ojos de los míos, no veo miedo y no estoy seguro de si eso me molesta o me produce cierto respeto por la menuda mujer que no duda en presentar batalla ante mí, he visto hombres hechos y derechos huir por mucho menos—. Si vas a matarla, hazlo cuando tengas pruebas de sus delitos y nadie en el clan pueda acusarte de nada.

—¿Crees que no soy suficiente prueba? —espeto, señalando mi rostro desfigurado—. Esto es obra de ella, solo tenía ocho años cuando me destrozó y nadie movió un dedo para castigarla, ni siquiera mi padre.

—Lo siento mucho —susurra—. Sin embargo, creo que debes dejar todo ese odio atrás, de este modo solo consigues que ella gane. No dejes que tu pasado defina tu futuro, Kylian MacLean.

—Lo dices tú que has dejado que decidan por ti hasta con el hombre que debes compartir tu vida —replico con sorna—. No

intentes darme lecciones que no te he pedido, Inglesa.

—No he tenido elección —exclama—. Soy mujer.

—No me importa —interrumpo cansado de tanta charla—. No eres nadie en Duart, y mucho menos para mí, mantente apartada de mi camino hasta que salga de este maldito infierno.

Comienzo a alejarme cuando sus palabras dichas en apenas un susurro consiguen detenerme y tambalearme igual que si me hubiera golpeado con un mazo.

—Nunca saldrás de él si no consigues olvidar. Tú eres tu propio infierno.

No estoy seguro de cuánto tiempo trascurre, pero al girarme, ya no está tras de mí. Maldigo y continúo mi camino intentando olvidar su sentencia. ¿Qué demonios sabe ella? Mi desprecio crece no solo por quien es, sino por lo que representa, tal vez también tendría que deshacerme de la harpía con la lengua demasiado larga.

—¿Dónde diablos te habías metido? —le grito a mi segundo al mando—. No te he visto desde nuestra llegada.

—¿Me echabas de menos? —se burla—. Bueno, después de la hospitalidad de la bruja del castillo —cuchichea—, recibí una mejor de una de las criadas —alza sus cejas risueño—. Lamento tu pérdida, hermano.

—Sabía que venía para despedirme —replico, intentando no pensar en que mi padre ya no está en este mundo—. Sé que te dije que partiríamos de inmediato, pero no puedo dejar a Morrigan y Kael a su suerte… Mi hermana está casada con un desgraciado que no me gusta, y mi hermano mayor parece que vive ignorante de lo que le espera.

—Puede que no conciba la maldad —rebate Thomas—. Muchas personas son incapaces de hacerlo porque no está en su naturaleza.

—Maldita sea —farfullo—. No quiere escucharme, dice que no puede desterrarlos sin pruebas —exclamo frustrado—. Bran no oculta el odio que siente, pero no es estúpido, no va a atacar de frente.

—Entonces debemos ser más listos que él —replica mi amigo—. No debes preocuparte, nos iremos de aquí cuando todos aquellos que te importan estén a salvo. Una lástima que tu hermana esté ya casada.

—Thomas —advierto sin ganas de aguantar sus absurdas bromas—. Aunque preferiría que se casara contigo que con ese bastardo con el que se ha visto obligada a hacerlo. Es algo que pesará en mi conciencia hasta que muera, no estuve a su lado para impedirlo, por lo que ahora no voy a marcharme hasta estar seguro de que ella estará bien.

—Lo entiendo y sabes que cuido tu espalda —asiento sonriente sabiendo que me será leal hasta su último aliento—. Esto debería ser fácil —dice, cruzándose de brazos—. Aunque creo que esto es peor que vivir en la frontera.

—Puedes estar seguro —respondo, observando a nuestro alrededor, dándome cuenta de que la gente con la que crecí me mira con desconfianza y temor—. No confíes en nadie, no bajes la guardia ante nada, ya que no dudo que querrán acabar contigo por ser mi amigo.

Asiente con seriedad imitándome, para nosotros no es extraño sentirnos observados allá donde vamos, aquí somos intrusos, en la frontera también y por primera vez en mucho tiempo odio ese sentimiento, el de no pertenecer a ninguna parte. Supongo que, al estar en Duart, la tierra que me vio nacer, todo lo que había intentado olvidar regresa con más fuerza consiguiendo que me comporte como el niño que salió de aquí con el alma y el rostro destrozados.

—Mañana entierran a mi padre —informo entre susurros—. Y no estoy seguro de cuándo darán el golpe de gracia.

—En realidad, ¿les crees capaces? —cuestiona mientras caminamos para alejarnos del bullicio.

—Sí —asiento sin dudar—. Puede que Elvin solo se deje llevar, pero Bran está completamente corrompido y envenenado por su madre.

—Creo que exageras —rebate cuando volvemos hacia el castillo—. ¿Quién en su sano juicio cometería semejante locura?

—Alguien que ya hizo algo como esto —respondo, señalando mi cicatriz, él la observa impasible, a lo largo de los años ha aprendido a que no debe mirarme con nada parecido a la lástima si no quiere enfurecerme—. Ahora guarda silencio, volvemos a entrar en territorio enemigo.

—¿Habíamos salido de el? —pregunta con sorna.

—Kylian —me giro para encontrarme a Kael al lado de Karen—. Debemos anunciar la muerte de padre.

—Hazlo —me encojo de hombros—. ¿Qué te lo impide?

—Eras su hijo —rebate—. Creo que se merece que estés presente junto al resto de la familia cuando haga el anuncio.

—Tú eres el nuevo *laird*, Kael —replico mientras escucho el bufido de fastidio de Karen—. Me quedo por un solo motivo, hermano, y ese no es socializar con nuestra amorosa familia —me burlo lanzando una mirada a la mujer que me observa como si deseara que un rayo cayera sobre mí en este mismo instante.

—Déjate de tonterías —interrumpe, sorprendiéndome con su firmeza—. Puede que padre te permitiera comportarte como un mocoso, pero mientras permanezcas en Duart, obedecerás mis órdenes.

Doy un paso al frente dispuesto a demostrarle que no soy ningún mocoso, pero Thomas me detiene con firmeza, frunzo el ceño y contemplo la mano que sostiene mi brazo impidiéndome avanzar, aunque solo porque yo así lo quiero. Si fuera de otro modo, no habría fuerza humana capaz de detenerme.

—Por supuesto, *laird* —siseo—. Harías bien en recordar quién cubre tus malditas espaldas —gruño cuando pasa por mi lado, se detiene cuando quedamos frente a frente.

—Con más razón para que seas mi sombra, hermano —responde—. Acabemos con esto de una maldita vez —farfulla para sí mismo y lo sigo de mala gana.

Bran, al pasar por mi lado, golpea con fuerza mi hombro, Elvin lo sigue como un perro faldero, mientras que Morrigan se posiciona a junto a mí cogiendo mi mano con fuerza. La miro para darme cuenta de que ha llorado, me enfurece no saber por qué ni poder preguntarle en estos momentos.

Mientras Kael habla, soy muy consciente de la reacción de la gente del clan ante la muerte de mi padre, del hombre que los ha guiado durante más de veinticinco años. Muchos lloran, otros contienen la emoción a base de esfuerzo, al menos es un consuelo saber que

muchos lo recordarán incluso con el pasar del tiempo. El recuerdo del gran hombre que me dio la vida no se perderá como él tanto temía.

—¿Por qué has llorado? —pregunto en voz baja mirándola de reojo, se remueve inquieta—. Morrigan —exijo cuando no recibo respuesta.

—Basta, Kylian —replica entre dientes mirando al frente—. ¿No puedo llorar por la pérdida de padre? No todos somos como tú, tenemos sentimientos.

Ese golpe viniendo de ella duele más que si hubiera salido de la boca de Bran o Karen. Se supone que mi hermana pequeña debería conocerme un poco mejor, sé que no tengo derecho a enfadarme, ya que si no lo hace es porque yo mismo me encargué de alejar a todos de mí, después, en cuanto pude, me marché, por lo que debo ser casi un desconocido para la niña que solía corretear a mi lado.

Cuando todo termina, soy el primero en alejarme de esta charada. Ni siquiera me había dado cuenta de que los ingleses también han participado hasta que Kael ha anunciado su unión con la muchacha de cabello dorado y ojos azules. Semejante noticia no ha pasado desapercibida y no me extraña darme cuenta de que muchos no están contentos al tener en Duart una mujer que les va a recordar todo lo que sus compatriotas nos han arrebatado.

Escucho pasos tras de mí, supongo que Thomas se mantiene cerca, pero dejándome suficiente espacio por si estallo en uno de mis acostumbrados arrebatos. Mañana todo terminará porque mi padre será enterrado junto a mi madre, podría marcharme y mandarlo todo al infierno, siento que comienzo a asfixiarme en este maldito castillo.

—Mañana nos marchamos —decido, deteniendo mis pasos, mi amigo lo hace a mi lado—. Hablaré con Morrigan, me la llevaré a la fuerza si es necesario.

—No creo que sea lo correcto, Kylian —rebate el hombre que tengo a mi lado—. Y lo sabes, en el fondo no quieres hacerlo. Solo habla la rabia y el miedo que sientes en este momento.

—No tengo miedo a nada —le grito empujándolo.

—Entonces no huyas, o ellos volverán a ganar —responde sin inmutarse tras tambalearse—. Vamos a quedarnos, y solo saldremos de aquí cuando estemos seguros de que Duart queda en manos de tu hermano y todos están a salvo. Puede que tú no te hayas dado

cuenta, pero, tras el anuncio de la muerte de tu padre, muchos han reaccionado con preocupación y supongo que se debe a la bruja de tu madrastra.

—Maldición —bramo, sintiéndome un prisionero de nuevo—. Voy a hablar con Kael y Morrigan. No estaré aquí más de lo necesario, no puedo.

Me marcho sin darle opción a réplica; si sigo escuchándole, seguro que conseguirá convencerme, y temo no salir jamás de aquí. Al entrar al salón, al primero que encuentro es a mi hermano mayor, que, al verme aparecer, me observa en silencio a la espera de que sea yo quien hable.

—¿Vas a darme más problemas, hermano? —pregunta al fin, sentándose frente al fuego, parece cansado y todavía no ha comenzado su largo camino para guiar a los MacLean—. Dame una tregua, por favor.

—No soy tu enemigo, Kael —replico, sentándome frente a él—. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Lo sé? —cuestiona, encogiéndose de hombros—. No te conozco, Kylian —se lamenta mientras sus dedos aprietan el puente de su nariz y cierra los ojos con fuerza—. El dolor me está matando —sisea, frunzo el ceño al escucharlo.

—¿Qué te sucede? —pregunto preocupado—. ¿Debo llamar a la curandera?

—No —exclama—. No es nada, sufro de dolores de cabeza desde hace tiempo…

—¿Desde cuándo? —interrogo porque no recuerdo que cuando vivía aquí él sufriera ningún mal.

—No lo recuerdo —se encoge de hombros—. ¿De qué querías hablar? —cambia el rumbo de la conversación, dejándome claro que no quiere seguir hablando de su dolencia.

Capítulo 8



Deirdre

—*N*o es seguro quedarse en Duart —susurra mi hermano frente a la alcoba que me ha sido asignada—. Deberíamos regresar a casa.

—Tú mismo me has confirmado que ya estoy casada con Kael —rebato, negándome a marchar ahora—. No pienso huir, no he hecho nada, John. Cumpliré mi parte del trato; si en un año no ha

funcionado, podré regresar a mi vida sabiendo que padre va a dejarme en paz, al menos, durante un tiempo.

—¿Lo crees de verdad? —cuestiona con ironía—. Hermana, si le das un hijo a MacLean, no podrás marcharte jamás, a no ser que dejes a tu hijo atrás, y sé que no serías capaz de hacer algo así.

—Por supuesto que no —exclamo horrorizada y ofendida a partes iguales—. ¿Por quién me tomas?

—Te conozco, Deirdre —suspira—. Te quedas por él…

—Calla —ordeno con el corazón desbocado—. Me lo prometiste…

—¿Qué piensas hacer cuando debas consumar tu matrimonio? —me ruborizo ante su pregunta, sé por qué lo hace—. Aunque solo sea uno de prueba, sabes lo que se espera de ti.

—Déjame respirar, John —le pido, intentando que todo lo sucedido en tan poco tiempo no me sobrepase—. ¿Crees que sospecha? —no hace falta que le diga a quien me refiero.

—¿De ti? —niega sonriendo—. Ni en sus peores pesadillas —bromea—. De mí sí lo hace, lo he visto en sus ojos. Por un momento, temí que me reconociera. —Mira a ambos lados del largo pasillo en el que nos encontramos—. No es lugar para hablar de esto. Mañana, después del entierro, deberé marchar, piensa bien lo que quieres hacer.

Se aleja unas cuantas puertas, no me muevo hasta que no entra a su alcoba, me giro para hacer lo mismo. En cuanto cierro, quedándome sola en una estancia que no reconozco como mía, me doy cuenta de mi nueva realidad, no puedo evitar preguntarme qué me deparará el futuro entre estos muros. No dudo de la decisión que he tomado, después de todo, han sido los hombres de mi familia quienes me han empujado a ello, yo solo he decidido dejar de luchar contra lo que no puedo cambiar, ya que siempre he creído que las cosas suceden por alguna razón.

—Pienso conseguir lo que más anhela mi corazón —susurro para mí misma mientras me acomodo en el lecho dispuesta a dormirme, sabiendo que en un lugar extraño va a ser difícil conseguirlo.

***

Al despertar, no me cuesta recordar dónde me encuentro. Está amaneciendo, por lo que me levanto sin esperar que nadie venga a

ayudarme, busco a mi alrededor para encontrar el baúl que venía conmigo. Rebusco en el hasta encontrar mi vestimenta más sobria para lo que está por venir hoy, como esposa del *laird*, debo estar a la altura, y sé que va a ser difícil que los MacLean me acepten por mi sangre inglesa.

—Estoy acostumbrada a no ser aceptada en ningún lugar —me encojo de hombros, se ha convertido en rutina hablar conmigo misma—. En mi hogar no soy lo bastante inglesa, aquí no soy escocesa —duele reconocerlo en voz alta—. Pero me ganaré su afecto cueste lo que cueste.

Unos suaves golpes en la puerta me sorprenden cuando estoy a punto de trenzar mi cabello. Al dar permiso, es mi hermano quien entra con el semblante serio, él no se siente cómodo en este ambiente, sé que se siente como un prisionero cuando debe permanecer mucho tiempo en un mismo lugar. Me pregunto cómo va a conseguir hacer lo que se espera del futuro barón de Dudley y *laird* de nuestro clan, creo que mi padre no es consciente de la carga tan pesada que John lleva sobre sus hombros.

—Buenos días, hermano —saludo acercándome para darle un beso en la mejilla, que comienza a oscurecerse con su barba—. ¿Cómo has dormido?

—No lo he hecho —replica, guiñándome un ojo, sé lo que significa, por lo que suelto un bufido nada femenino—. ¿Estás lista? Todos esperan en el salón…

—¿Cuándo aprenderás a guardar lo que te cuelga entre las piernas? —me quejo—. Algún día va a traerte problemas.

—No me sermonees, Deirdre —espeta—. Date prisa. Tu nueva familia no parece muy contenta por tener que esperar a la maldita Inglesa. —Frunzo el ceño molesta—. Palabras dichas por el Lobo MacLean —aclara.

—Ni siquiera ha salido el sol —exclamo—. Maldito patán —farfullo.

—Déjales creer que realmente eres toda una florecilla inglesa —dice risueño—. Es una pena saber que no voy a estar aquí cuando se den cuenta de su error.

—Cállate —ordeno mientras abro la puerta—. ¿Quieres que alguien te escuche? —pregunto para girarme y golpearme contra algo duro

como la piedra—. ¡Auch! —me quejo.

—¿Qué no debemos escuchar, Inglesa? —pregunta una voz que siempre consigue ponerme los vellos de punta—. Debes aprender que en Duart nos levantamos antes del alba. Al menos, respeta a los muertos, debemos enterrar a mi padre y vamos con retraso por tu culpa.

Me contengo para no mandarlo al infierno, sin embargo, lo único que hago es agachar la mirada y susurrar una disculpa.

—Lo siento —muerdo mis palabras, mi hermano golpea mi espalda con disimulo—. Estaba cansada del viaje, no volverá a suceder.

—Al menos, eres capaz de arreglarte sola —escupe, dándose la vuelta, dispuesto a marcharse sin esperar para asegurarse de si le seguimos.

—Encantador —susurra mi hermano al pasar por mi lado.

Le sigo apresurada, ya que sus piernas son mucho más largas que las mías. En ocasiones, odio mi estatura, pero es la que el Señor me dio y he aprendido a superar los obstáculos que se me presentan. Al llegar al salón, compruebo que en realidad todos nos esperan, de nuevo, vuelvo a disculparme, los únicos que me sonríen son mi esposo, su hermano menor y la única muchacha entre tanto hombre, Morrigan.

—Ahora que ya estamos todos, podemos comenzar —dice mi suegra, al menos, la que actúa como tal, porque no es madre de mi esposo.

Todos salimos al patio donde se ha congregado todo el clan, los hijos del antiguo *laird* portan su cuerpo, los demás les seguimos en silencio, solo roto por el llanto de aquellos que deben despedirse del hombre que los ha guiado durante muchísimo tiempo. Al llegar al lugar del último descanso del padre de mi esposo, comienza la ceremonia, me mantengo al lado de Kael, a mi derecha mi hermano y frente a mí, con la mirada perdida como si su mente estuviera muy lejos de aquí, se encuentra Kylian. Mis ojos buscan a cada uno de los integrantes de la familia para ver reacciones muy distintas, Morrigan solloza entre su hermano y su marido, que parece hastiado, Elvin intenta no mostrar ninguna debilidad, mientras que Bran parece que debe contener una sonrisa.

Y la viuda… Karen prácticamente ni pestañea, me parece una mujer muy extraña en la que no se puede confiar en absoluto. Ni una lágrima, ni un lamento por el hombre con el que ha compartido su vida, que le ha dado a sus hijos, ¿cómo puede ser tan insensible?

—Todo ha terminado —susurra mi hermano, tan ensimismada he estado observando a mi nueva familia que ni siquiera me he dado cuenta de que el tiempo ha trascurrido—. Debo partir en breve —alzo mi mirada un poco asustada ante su inminente ausencia.

—Lo sé —le digo, intentando tragarme ese sentimiento para que no se marche más preocupado de lo que ya lo hace—. Voy a estar bien. Además, sé que volverás lo más pronto posible.

—No lo dudes —replica mientras comenzamos a alejarnos rodeados de la muchedumbre—. ¿Quieres que deje a alguno de mis hombres contigo?

—No —exclamo—. ¿Quieres que me odien todavía más? Debo intentar ganarme su aprecio. Y dejar aquí a alguno de tus hombres solo aumentará su desconfianza hacia mí.

—Sé que tienes razón, pero no soporto saber que te quedas sola —farfulla—. Como alguien ose tocarte un solo cabello de tu hermosa cabellera, voy a arrasar este maldito clan.

—Cuidado, inglés. —Y, de nuevo, esa voz parece que sale de la nada, que tiene la capacidad de aparecer y desaparecer a su maldito antojo—. Si vuelves a amenazar a mi gente, no saldrás de aquí con vida.

—¿Tu gente? —cuestiona mi hermano, volviéndose para encontrarnos con Morrigan y su hermano, la muchacha los mira con aprensión temiendo que en cualquier instante se abalancen el uno sobre el otro—. Llevas años fuera, Kylian.

—Por favor —interviene Morrigan—. Hoy no es el momento para esto…

—Es cierto —reconoce, mirándola apenado, alzo una de mis cejas ante su reacción para con la menuda morena—. Mis disculpas.

—¿No te largas? —pregunta Kylian, interponiéndose entre su hermana y el mío.

—Debería hacerlo —asiente—. Pero primero debo hablar con tu hermano… —añade mientras busca a mi esposo con la mirada—. No

pienso dejar a mi hermana entre esta manada de lobos sin que me dé su palabra de que la protegerá.

Coge mi mano para comenzar a andar de nuevo dejando a los hermanos MacLean atrás, miro sobre mi hombro para encontrarme con la mirada acerada del hermano de mi esposo, no disimula su odio hacia mí ni hacia lo que represento y, aun así, es el único que consigue de mí cualquier tipo de reacción.

—MacLean. —Reacciono mirando de nuevo al frente—. Al fin te encuentro.

—¿Sucede algo? —se preocupa de inmediato mirándome—. Lamento no haber estado a tu lado desde tu llegada, pero la muerte de mi padre…

—Lo comprendo —me apresuro a decir—. Lo que mi hermano quiere decir es que debe partir, no puede dejar sus obligaciones por largo tiempo.

Escucho un bufido, sé de quien proviene y aun así no me giro para comprobarlo.

—Quiero advertirte una cosa, MacLean —comienza a decir—. Mi hermana es lo más preciado para mí, así que harás bien en cuidarla, porque si le sucede cualquier cosa…

—Deja que le rebane el cuello, Kael —suplica entre dientes Kylian—. Un inglés menos del que preocuparnos.

—Tienes mi palabra de que a mi esposa no le va a pasar nada en Duart —responde el nuevo *laird* de los MacLean—. Puedes marchar tranquilo.

Mi hermano asiente con brusquedad, sé que odia dejarme atrás, nunca lo ha hecho. Aprieto su mano y me mira, sonrío para que se marche tranquilo, aunque comienzo a sentir un peso en mi corazón difícil de aliviar, sabiendo que puede pasar mucho tiempo antes de que pueda volver a verlo.

—Si necesitas algo, escríbeme —susurra—. Volveré a por ti de inmediato.

—Lo sé —asiento—. Te quiero.

—Y yo a ti, Pequeña —replica emocionado—. Cuídate —casi es una súplica que me hace cerrar los ojos, mientras una lágrima traicionera

desciende por mi mejilla, su pulgar la limpia con ternura—. No llores, volveremos a vernos.

Verlo marchar es lo más difícil que he tenido que ver en mi vida, ni siquiera salir de mi hogar sabiendo que con toda probabilidad no regresaría fue tan doloroso como observar cómo mi hermano desaparece en la lejanía. Me sorprendo cuando siento cómo cogen mi mano, al mirar a mi lado, descubro a Morrigan observando el horizonte al igual que yo.

—Sé lo que estás sintiendo —susurra—. Kylian ni siquiera se despidió de mí. Un día desperté y él ya no estaba. Volverás a verlo, Deirdre, esto no es un adiós.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —pregunto, ella no sabe que mi hermano arriesga su vida todos los días, y no estar a su lado va a ser una tortura para mí—. Jamás nos hemos separado… —guardo silencio para intentar controlar la emoción que me embarga, no pienso flaquear ahora.

—Todo pasa —intenta animarme—. Comprendo que va a ser difícil adaptarte, un clan extraño, una familia nueva… —enumera para después suspirar—. Además, debes añadir que has llegado en un momento en el que todo ha estallado a nuestro alrededor. Con la muerte de mi padre, todo va a cambiar.

—Creo que la Inglesa no necesita saber ciertas cosas, hermana — giro mi rostro ceñuda harta de que aparezca cuando menos lo espero para inmiscuirse en mis conversaciones privadas.

—Tienes una costumbre muy fea, Kylian. —Veo cómo se tensa y le lanza una mirada furiosa—. Recuerda que no es de buena educación escuchar conversaciones ajenas, mucho menos inmiscuirte.

—Mira, bruja —sisea, dando un paso hacia nosotras, es su hermana quien lo detiene—. Aparta —le ordena con aspereza.

—Detente —suplica Morrigan—. Dios santo, es una mujer, Kylian.

—Es una maldita inglesa —corrige con una mueca de asco—. No confíes en ella tan a la ligera. No sé qué pensaba padre aprobando esta unión, solo va a traer problemas.

Cuando se marcha, Morrigan no tarda en disculparse avergonzada ante el comportamiento de su hermano mayor. No la escucho

mientras observo su ancha espalda alejarse seguido de su amigo, el cual siempre le sigue de cerca, pareciendo su propia sombra.

—No debes preocuparte —la tranquilizo—. No me importa que tu hermano me odie —me encojo de hombros sonriendo—. Imagino que no es el único, debo conseguir que dejen de verme como una intrusa, y pienso conseguirlo.

—Vamos a buscar a Kael —suspira la morena—. No lo he visto desde que tu hermano ha partido. Debe aprender que no puede desatenderte de esta manera.

—No me importa, de verdad —me apresuro a decir mientras me coge de la mano para comenzar a tirar de mí hacia el interior del castillo.

—No dejes que te aparte —aconseja—. Es mi hermano y sé que no te hará daño a propósito, pero si no te das tu lugar, si él no te lo da, no importa lo que hagas. Jamás serás la señora de Duart.

—Puede que me marche dentro de un año —replico—. No quiero forzarle a nada, bastante ha hecho al casarse conmigo.

—Tú también te has sacrificado —rebate, llegando ante una puerta cerrada—. Créeme, sé de lo que te hablo, las mujeres somos las que más perdemos en un matrimonio de este tipo.

—No comprendo… —guardo silencio cuando abre la puerta empujándome dentro.

Capítulo 9



Kylian
Dos semanas después…

Mis nervios están crispados y solo siento la necesidad de golpear algo hasta que mis manos queden en carne viva. Esa maldita bruja no ha hecho ni un solo movimiento sospechoso desde la muerte de mi padre, la vigilo al igual que al bastardo de su hijo mayor, de Elvin se encarga Thomas.

Nada… Ni un solo paso en falso que nos haga sospechar que traman algo contra Kael, el cual parece que se ha relajado ante la paz que se respira en Duart.

—Maldito imbécil —siseo—. Va a conseguir que lo maten.

—Deja de mascullar —pide mi amigo mientras ambos practicamos con la espada; me siento observado, pero me importa poco—. Me pones de los nervios.

—No es el cuello de tu hermano el que debes proteger —replico entre dientes—. ¿Cómo se supone que debo ayudarlo si no me deja? —cuestiono frustrado.

—Soluciona el maldito problema por tu cuenta —sisea, devolviéndome el golpe—. Acaba de una vez para que podamos irnos de aquí. Tenías razón —concede—. He estado en muchos lugares, pero este castillo me da mala espina.

—Tengo un mal presentimiento —confieso, deteniéndome sudoroso y jadeante—. Es como si supiera que va a suceder algo sin poder hacer nada por detenerlo, y eso me está volviendo completamente loco.

Al regresar al castillo, me tenso al ver a Kael pasear con su dulce esposa. No puedo evitar gruñir al contemplar semejante escena frente a mis ojos, no sé cuál de los dos es más estúpido; si él por no querer ver el peligro al que se expone, o ella por tomarse tan a la ligera su estancia en Duart, sabiendo de antemano que se ha metido en medio de una guerra en la que ella es prescindible, diría incluso que Karen puede verla como una amenaza, por lo tanto, su cuello también puede correr la misma suerte que el de su esposo.

—Parece que han congeniado —espeta mi amigo tras de mí, alza las manos en son de paz cuando le lanzo una mirada acerada—. No

me mires así —replica—. Deberías alegrarte por ellos.

—¿Por qué debería? —cuestiono, caminando de nuevo—. Para mí ese matrimonio no supone ninguna ventaja, además, está casado con una *sassenach* —añado como si fuera lo peor que le pudiera pasar a un hombre.

—Es hermosa. Con ese cabello dorado y esos ojos tan azules como un cielo de verano… —contradice—. Además, por lo que se dice, solo es medio inglesa.

—Es de las Lowlands, Thomas —rebato—. Por lo tanto, es más inglesa que escocesa. Al mirarla, solo puedo recordar todo lo que esos malnacidos nos han hecho.

—Eres demasiado duro —recrimina—. Hemos matado a tantos como ellos a nosotros. Luchamos una guerra que no es nuestra, Kylian.

—¿No lo es? —exclamo comenzando a enfurecerme ante sus argumentos, me molesta que la defienda, y no logro comprender por qué—. Solo defendemos nuestra patria, el derecho a ser libres.

—Guarda silencio —dice, golpeando el costado—. Se acercan.

Me mantengo impasible hasta que llegan a nosotros, la esposa de mi hermano se mantiene en silencio mientras me observa, estoy tentado a lanzarle un gruñido para que entienda que me molesta su escrutinio, mas no lo hago, es una pérdida de tiempo.

—Hermano —saluda Kael—. Ya que Deirdre no pudo tener una celebración de bienvenida, ni por nuestra unión, he decidido que hoy es buen momento para hacer algo sencillo junto a todo el clan.

—¿Lo crees? —cuestiono, alzando mi ceja sana—. Sé que padre, allá donde esté, debe aprobar tu decisión, pero yo no.

No me pasa desapercibido el bufido de la muchacha, la ignoro, ya que he decidido hacerlo para que no consiga enfurecerme con tanta facilidad. Saberla bajo el mismo techo que yo es suficiente para enervarme.

—No he pedido tu aprobación, Kylian —me tenso porque ahora no tengo frente a mí a Kael, sino al *laird* MacLean—. Solo te informo para que estés pendiente de la seguridad de mi esposa.

—No soy su niñera —escupo—. Me he quedado para salvar tu pellejo, no el de ella.

—Es una maldita orden —alza la voz.

—Cuidado, hermano —siseo, acercándome a él—. No te he jurado fidelidad alguna, sigue tensando la cuerda y puede que te mande al infierno. Si me marcho, estás solo ante las hienas.

—Deja de amenazarme con marcharte —grita enfurecido—. Hazlo de una maldita vez si tanto lo deseas —me empuja, no retrocedo—. Lo hiciste una vez como el maldito cobarde que eres, así que…

No termina de hablar porque me abalanzo sobre él, el primer puñetazo impacta en su rostro, intenta defenderse y consigue golpearme, pero no es como yo, la rabia no lo domina como a un animal salvaje desprovisto de todo raciocinio.

—Basta —escucho que grita la Inglesa—. Haz algo, maldita sea —supongo que exige a mi amigo, que sabe que no es conveniente detenerme—. Van a matarse.

—El único que tiene probabilidades de perder la vida es tu esposo —rebate Thomas—. Y yo sí oso inmiscuirme.

Kael me golpea lanzándome al suelo, por lo que dispone de tiempo para levantarse, hago lo mismo más furioso porque la maldita voz de la inglesa me ha distraído. Cuando estoy dispuesto a abalanzarme sobre mi hermano de nuevo, la maldita intrusa se interpone en mi camino, me detengo con brusquedad para no llevármela por delante mientras intento calmar mi respiración y mi temperamento.

—¿Qué demonios crees que haces, estúpida? —le grito—. Apártate —le ordeno entre dientes con los puños apretados, es cuando Thomas interviene intentando contenerme.

—Basta, Kylian —susurra con firmeza—. Es una mujer, maldita sea.

—Si das un solo paso más y la dañas, hermano —dice Kael limpiándose la sangre del labio—, no tendré más remedio que actuar en consecuencia.

—Púdrete, hermano —escupo con ironía—. A partir de ahora, estás solo —doy media vuelta mientras digo—: Thomas, prepara nuestros caballos.

Entro al castillo para ir a la alcoba que me ha sido asignada, no la mía de cuando era niño, por supuesto. Karen ha querido dejarme muy claro dónde cree que pertenezco, Thomas y yo compartimos habitáculo en la zona de servidumbre. Si creía que de esa manera me

iba a humillar, está muy equivocada, solo yo decido cuándo salir de aquí, y lo acabo de hacer.

—Maldito bastardo desagradecido —gruño mientras me paseo por la estancia como un animal enjaulado. La furia, la importancia y la sensación de estar fallando a mi padre me ahogan.

Me encamino hacia la puerta en el momento que esta se abre y entra como una tromba Deirdre, quien la cierra de un portazo y me observa con enfado. Sus manos en sus caderas y su respiración errática me lo deja saber junto al brillo en su mirada.

—No vas a marcharte —espeta—. No puedes hacerlo, Kylian.

—No me des órdenes —siseo, acercándome hasta que consigo que retroceda hasta chocar contra la puerta—. Aparta para que pueda salir.

—No —exclama con valentía—. No pienso permitir que huyas y les des de nuevo la espalda.

—¿De nuevo? —cuestiono—. ¿Qué demonios sabrás tú? —escupo —. Ellos me la dieron hace mucho tiempo. Si el estúpido de tu esposo no es capaz de ver la amenaza que se cierne sobre él, ya no es mi problema.

La empujo para apartarla y me dispongo a salir cuando su grito me detiene y enfurece a partes iguales.

—¡Eres un maldito cobarde! —me tenso, aprieto los dientes hasta que duele—. El Lobo MacLean es un fraude que se escuda en una maldita cicatriz que…

Cierro de un portazo y en dos zancadas llego hasta ella, mi mano cubre su cuello, debo controlar mi fuerza para no partírselo, calla, aunque su mirada sigue desafiándome en silencio.

—Jamás vuelvas a dirigirte a mí o te mataré —escupo entre dientes con fiereza—. Solo por insultarme debería acabar con tu miserable vida, Inglesa.

—Hazlo —grazna—. No te contengas.

La suelto porque nunca una mujer ha conseguido enfurecerme tan rápido como esta. Ni siquiera Karen, que es la culpable de mis demonios, de mi tormento, puede conseguir semejante reacción por mi parte.

—Por favor —suplica cuando ya me encuentro en el pasillo dispuesto a salir de Duart sin mirar atrás—. Solo te pido esta noche, al igual que tú, sospecho de la paz que reina en el castillo. He intentado convencerle de que no necesito ninguna fiesta en mi honor, pero es muy cabezota.

Cierro los ojos y suelto el aire que he estado conteniendo desde que he escuchado su súplica. Quedarme un día más no supondrá ninguna diferencia, la única manera de terminar con todo es que Kael me permita actuar a mi manera, nunca me ha temblado el pulso cuando he tenido que impartir justicia.

Me marcho sin decir una palabra, aunque escucho cómo me llama unas cuantas veces. Salgo en busca de Thomas, pero me encuentro a mi hermana con sus ojos anegados en lágrimas esperándome. Al verla, siento como que también le estoy fallando a ella una vez más por dejar que mi resentimiento y mi furia guíen mis actos, tal y como hice en el pasado.

—Te vas —sentencia con brusquedad—. ¿Por qué? ¿Cómo eres capaz de dejarme de nuevo sin mirar atrás? —alza la voz, me doy cuenta de que la gente nos observa, por lo que la cojo de la mano y la arrastro hasta un lugar en el que podamos hablar en privado.

—Este no es mi sitio, Morrigan —replico sin mirarla; si lo hago, flaqueare.

—Duart es tu hogar, Kylian —rebate con fervor—. Nacimos aquí, ¿no puedes verlo?

—No —niego—. Solo puedo recordar el sufrimiento de perder a madre, lo perdido que me sentí después cuando padre se casó con una mujer que nos odiaba. Pero, sobre todo, no puedo olvidar el dolor tan atroz cuando esa zorra me destrozó la cara —escupo con rabia—. He sido herido en batalla innumerables veces, mi cuerpo está cubierto de cicatrices, y ninguna de ellas me ha infligido el mismo tormento que esta —señalo, girándome para que me mire.

Su pequeña mano se alza para acariciar la cicatriz, me tenso y, si fuera otra persona, la apartaría sin dudar, pero recuerdo que se trata de mi hermana pequeña, por lo que me obligo a soportar su escrutinio.

—Siento tanto lo que te hizo —susurra acongojada—. Muchas veces he deseado que me lo hubiera hecho a mí, al menos, no te habrías ido de mi lado, y ningún hombre se hubiera fijado en mí jamás.

—No digas eso —replico—. Si de algo me he alegrado cada día desde esa noche es que no fuiste tú a la que hirió. ¿Qué es lo que no me cuentas, Morrigan? ¿No eres feliz con ese hombre? Puedo matarlo por ti…

—No quiero que ensucies tus manos de sangre por mi causa —exclama horrorizada.

—Ya lo están —sonrío con tristeza—. No debes preocuparte por mí, solo dime que acabe con él y lo haré sin remordimiento alguno.

Una lágrima cae por su pálida mejilla mientras niega apesadumbrada. La abrazo porque para mí todavía sigue siendo esa niña pequeña que venía corriendo a mi cama en noches de tormenta.

—Kylian —mi amigo nos interrumpe—, ya está todo listo.

—No lo hagas —algo muere en mi interior al escucharla—. Por favor, no voy a poder soportarlo de nuevo, mucho menos el no saber si estás vivo o muerto.

—Morrigan —no encuentro las palabras porque de nuevo la estoy abandonando a su suerte, y ahora ni siquiera está nuestro padre para protegerla—. Ven con nosotros —digo de repente, sabiendo que es una locura.

—¿Cómo vas a llevar a una mujer a la frontera? —se inmiscuye Thomas.

—Maldición —blasfemo, viéndome atado de pies y manos—. Ni puedo ni quiero quedarme en Duart, Morrigan, ya no es mi hogar.

—¿Y dónde consideras que está? —pregunta—. ¿Vas a vivir toda tu vida para la guerra? ¿No quieres una familia?

Capítulo 10



Deirdre

*L*e he seguido y no me importa si enfurece por ello, sé que, si se marcha de nuevo, jamás se lo perdonara. Lo que no esperaba era ser testigo de la conversación con Morrigan, rezando en silencio porque ella tenga mejor suerte que yo en intentar detenerlo.

Cuando escucho cómo le pregunta sobre formar una familia, contengo el aliento. Los hombres como Kylian no ceden ante el

matrimonio con facilidad, son como fieras que, si las enjaulas, terminan pereciendo. Él ha nacido para ser un guerrero, un líder, eso lo sé yo y también mi esposo. Durante estas semanas, hemos conseguido llegar a ser grandes amigos, y ahora comprendo por qué se dejó llevar por su padre toda la vida, era lo que se esperaba del primogénito y además el que de verdad debía guiar a los MacLean se había marchado para no volver.

—No deseo formar una familia ni la necesito, Morrigan —responde sin que me sorprenda—. Si quisiera mocosos, podría tener bastardos sin ningún problema, hermana. No creas que por ser un monstruo todas las mujeres me huyen.

—No seas maleducado —reprende—. Recuerda con quién hablas. Jamás he insinuado que las mujeres pudieran no encontrarte atractivo —explica—. Solo deseo que seas feliz, Kylian.

—Deja de preocuparte por mí —exclama ofuscado, está perdiendo la poca paciencia de la que dispone y que parece que siempre guarda para su hermana—. Puedo cuidarme solo y no necesito a nadie en mi vida. Eres tú la que estás atada a un bastardo, no has querido contarme nada, pero no soy estúpido, Morrigan.

La escucho suspirar e imagino la batalla que libra contra sí misma. Si habla, sabe que Kylian acabará con la vida de su esposo, más que merecido lo tiene, mas he llegado a conocer a la morena y sé que no tiene ni una pizca de maldad en su corazón, que, por más que ese perro lo merezca, no hablará en su contra. En varias ocasiones he estado tentada a terminar con el asunto yo misma, sin embargo, eso solo conseguiría levantar más sospechas sobre mí y todavía no es el momento oportuno para revelar ciertas cosas.

—Si te marchas —me sobresalto ante el grito que escucho—, si vuelves a darnos la espalda, jamás te perdonaré. —Cierro los ojos ante su amenaza sabiendo que esas palabras solo consiguen hacerles daño a ambos—. Maldito cabezota —la escucho sollozar cuando unos pasos se alejan.

Asomo mi cabeza y la veo apoyada contra la pared con una mano en su vientre intentando contener el llanto sin conseguirlo. No puedo dejarla sola, por lo que me acerco y la abrazo. Si le extraña mi

llegada, no dice nada, permite que le dé un consuelo que necesita, aunque no sean mis brazos los que desee.

—No se irá —susurro, intentando convencerla y convencerme a mí —. No llores porque no va a dejaros sin protección.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —pregunta, sollozando contra mi cuello—. No lo conoces, ni siquiera yo lo hago ya…

Guardo silencio y dejo que se tranquilice, cuando la tormenta cesa, sé que ha pasado largo rato e imagino que deben estar buscándonos. Cuando la insto a regresar, parece retornar en sí y me mira aterrada, es la primera en salir rauda hacia el castillo, no nos cuesta nada llegar, después de todo, estábamos en el pequeño patio trasero. Como imaginaba, el temor de la morena se debe al hombre que la espera en el salón con cara de no estar muy contento con su esposa, me tenso de inmediato dispuesta a intervenir, no está en mi naturaleza permanecer impasible ante el maltrato hacia ninguna persona.

—¿Dónde demonios estabas? —pregunta, furioso, acercándose a ella, que permanece inmóvil y con la cabeza gacha.

—Lo siento, esposo —susurra—. Estaba hablando con Kylian y…

—El bastardo de tu hermano está causando muchos problemas — interrumpe entre dientes—. Deja de llorarle para que no se marche de Duart —ordena empujándola—. No lo quiero aquí.

—Basta —exclamo cuando veo en sus ojos que está dispuesto a seguir ultrajándola—. No ha sido su culpa, sino la mía. —Me observa con esos ojos saltones muy parecidos a los de un sapo—. Le he pedido que me acompañara, me siento muy sola en Duart.

—Pues que te acompañe tu esposo —escupe—. La mía no es ningún animal de compañía —el regaño hacia mí me importa poco, pero ver cómo la otra mujer se encoge por momentos termina enfureciéndome.

—¿Existe algún motivo por el cual no pueda pasar tiempo con mi cuñada? —pregunto con aparente inocencia, Morrigan alza la vista sorprendida, niega con la cabeza para que guarde silencio, pero no lo pienso hacer.

—No tengo por qué darte explicación alguna, mujer. —Su mirada me deja claro qué opina de mí—. Esto es una conversación privada,

harías bien en recordar tu lugar.

—Lo sé muy bien —respondo, alzando el mentón con orgullo—. Soy *lady* Deirdre, hija del barón de Dudley, nieta del *laird* Lindsay y esposa del *laird* MacLean, por lo tanto, la señora de Duart.

Sus carcajadas se escuchan por todo el salón, y cuando se calma lo suficiente como para que su panza deje de rebotar, se acerca hasta mí con pasos lentos, su esposa intenta detenerlo, pero una vez más la empuja. No me muevo ni un ápice porque no le temo, estoy más que preparada para dejarle claro que conmigo no va a poder, no consigue intimidarme y mucho menos que le tema.

—Eres una maldita inglesa —sisea muy cerca de mi rostro, hago una mueca de asco ante su aliento—. Una ramera que cree tener poder en este castillo por abrirse de piernas al imbécil que se cree *laird* —la burla hacia mi esposo y el insulto hacia mí terminan con mi paciencia. La bofetada que le propino resuena entre las paredes que nos rodean, mi mano arde y su mejilla se enrojece.

—Exijo respeto —exclamo, temblando de furia.

La mirada que me dirige cuando sus ojos vuelven a encontrarse conmigo me deja saber lo que va a hacer a continuación, alza su mano, escucho el grito ahogado de Morrigan, aunque solo puedo sostener la mirada del cobarde que tengo frente a mí. Nunca recibo el golpe porque aparece alguien tras de mí que lo impide.

—Puede que la deteste por ser quien es… —Kylian…—. Pero no deja de ser una mujer. No oses maltratar a ninguna en mi presencia si no quieres acabar con mi espada atravesando tu cuerpo.

—¿No te ibas? —pregunta entre dientes mientras se suelta con brusquedad del agarre de su cuñado.

—Parece que siempre lo sabes todo —replica el hombre que sigue tras de mí—. Espero que este comportamiento solo sea algo extraño en ti —lanza una mirada a Morrigan, que se ha mantenido inmóvil—. Porque, si te atreves a golpear a mi hermana, voy a matarte.

—No te metas en lo que no te incumbe, muchacho —escupe enfurecido—. ¿Por qué defiendes a la Inglesa? —cuestiona—. No me digas que también se abre de piernas para ti… —se burla, estoy dispuesta a abalanzarme sobre él de nuevo, pero Kylian me detiene.

—Cierra la boca —exclama—. No tocaría a la Inglesa ni por todo el oro del mundo —recalca.

—¿Qué sucede aquí? —Cierro los ojos al escuchar la voz de mi esposo—. ¿Deirdre? —pregunta en busca de las respuestas que no obtiene de inmediato—. ¿Robert?

—Nada —respondo, alejándome de los dos hombres que se miran como adversarios en estos momentos—. Morrigan, deberíamos comenzar a prepararnos para esta noche, ¿no te parece?

Cojo de la mano a la joven que tiembla, aunque intenta ocultarlo, y me la llevo del salón, a pesar de lo que acaba de suceder con el bastardo que tiene por esposo. No me detengo hasta que estamos en mi alcoba, al cerrar la puerta, ella se desmorona y siento unas ganas irrefrenables de matarlo.

—¿Hasta cuándo vas a permitirlo? —pregunto enfurecida, no con ella, sino con ese puerco—. Morrigan…

—¡No puedo hacer nada! —grita silenciándome—. ¿Crees que no me gustaría ser como tú? —cuestiona con sorna, debe ver algo en mi mirada—. Claro que me he dado cuenta, Deirdre —continúa burlándose—. No estoy segura de por qué ocultas tu verdadero carácter, solo sé que un hombre como Kael jamás podrá dominarte.

—No comprendes —interrumpo—. No oculto nada, Morrigan. Solo he enfurecido al ver el trato que te dispensa ese hombre.

—No vuelvas a inmiscuirte en mi matrimonio —espeta—. No ocasiones más problemas con Robert. Soy yo quien va a pagar tu exabrupto.

Sale de la alcoba sin darme tiempo a poder replicar. No tomo en cuenta sus palabras porque estoy segura de que es el miedo y la vergüenza quien hablan por ella, sin embargo, ahora debo añadir una nueva preocupación. Morrigan parece que, a pesar de su manera silenciosa de vivir, se da cuenta de muchas cosas, solo espero que no comience a dudar de mí.

—No puedo quedarme pensando en todo lo que puede suceder —digo para mí misma.

Ordeno que me preparen un baño y escojo uno de los mejores vestidos que traje desde mi hogar. Elijo uno de color azul oscuro que resalta mis ojos y mi cabello, el cual dejo suelto hasta mi cintura,

pellizco mis mejillas para darles algo de color y salgo de mi alcoba para ir en busca de Kael.

—Al fin aparece tu esposa —exclama Bran mientras desciendo las escaleras, el salón ya comienza a llenarse de gente. Las grandes mesas preparadas para el festejo que se ha organizado en mi honor.

Kael se acerca a mí con una sonrisa en sus labios que le devuelvo sin dudar, está muy apuesto con su cabello peinado hacia atrás. Toda la familia se encuentra reunida, mis ojos terminan de recorrer la estancia para comprobar que lo que tanto temía se ha cumplido, Kylian y su amigo no están por ninguna parte, no puedo más que sentirme desilusionada.

—Estás muy hermosa —alaba el hombre frente a mí—. No quiero ver esa mirada ensombrecida por la preocupación, esposa —sus palabras llaman mi atención—. No podemos eludir nuestro destino.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunto extrañada, por toda respuesta, sonríe más ampliamente y coge mi mano—. ¿Kael…?

—Silencio —susurra—. Disfruta, deja que mi gente te conozca, para que puedan llegar a ver lo que he visto en ti.

—¿Se ha marchado? —susurro de vuelta mientras sonrío a la gente que me saluda.

—No —niega—. Él cree que puede engañarme, pero sé cómo es. No se irá lejos dejándome a mi suerte. No olvides una cosa, Deirdre —se detiene para mirarme con fijeza—. No importa lo que Kylian muestre, en el fondo, muy muy en el fondo, sigue siendo ese niño dolorido, asustado y traicionado que salió de Duart creyendo odiar lo que antes había amado.

No comprendo por qué me dice algo así, ni el porqué de su comportamiento. Sin embargo, todo comienza y me es imposible interrogarle para poder tranquilizar mi desasosiego. La gente me pregunta cosas, se interesa en conocerme, por lo que no pienso hacerles desprecio alguno. En algún momento, pierdo a mi esposo de vista, muchos bailan, los niños juegan, los hombres beben.

Tiempo después, al sentarme a su lado, aunque intento llamar su atención, él no deja de hablar con sus hombres, no quiero discutir ni dejarle en ridículo delante de los suyos, así que guardo silencio y solo hablo cuando me preguntan. Morrigan, frente a mí, no alza la mirada;

su esposo, a su lado, por otra parte, se encarga de dejarme saber su descontento, ni me inmuto porque no le temo.

—Os he reunido aquí para que por fin pudierais conocer a mi esposa como es debido —las palabras de Kael me sobresaltan, alza su copa, muchos lo imitan—. Salud a la nueva señora de Duart —brama, los aplausos no se hacen esperar. Enrojezco ante la atención que recibo, pero bebo de mi copa.

Ante el primer contacto con mi lengua, frunzo el ceño y escupo con disimulo, huelo y mi corazón da un vuelco. Me levanto con brusquedad tumbando mi silla, el ruido silencia todo lo que nos rodea, doy un manotazo a la copa de mi esposo para darme cuenta de que he llegado demasiado tarde porque está vacía. Jadeo cuando su mirada se encuentra con la mía, no hay sorpresa, ni interrogantes en sus ojos pardos; cuando tose por primera vez su sangre, mancha mi cara y vestido.

Los gritos de horror no se hacen esperar. Morrigan, histérica, se acerca hacia nosotros cuando Kael cae de rodillas. Lo sujeto sin éxito mientras comienza a ahogarse con su propia sangre, exijo que vayan en busca de la curandera sabiendo que no hay nada que pueda hacer, por lo que mis lágrimas comienzan a fluir.

—¿Por qué? —pregunto en voz baja, de nuevo, solo recibo una sonrisa—. Lo sabías, maldita sea —lo mezo contra mí observando cómo palidece con rapidez.

—¿Hermano? —Morrigan llora arrodillada a nuestro lado—. ¡Llamad a la maldita curandera! —grita de nuevo—. Te pondrás bien. —Mi esposo coge su mano y ella guarda silencio.

—Deja que Kylian se encargue de todo —jadea—. No luches contra sus decisiones, pequeña. Es hora de que seas libre, no pude impedir tu infierno, pero él va a arreglar mis estropicios.

—No hables —le pido temblando—. Guarda tus fuerzas…

—Diane… —susurra una y otra vez, miro a mi cuñada interrogante, pero no parece sorprendida.

Alguien llega corriendo y se abalanza sobre el cuerpo prácticamente inerte de mi esposo; cuando me doy cuenta de que se trata de una muchacha a la que he visto en varias ocasiones en la distancia, frunzo el ceño. Morrigan sale corriendo, dejándome todavía más

sorprendida, es como si todo el mundo se hubiera vuelto loco a mi alrededor.

—Kael —solloza—. No puedes hacer esto, no puedes…

—Perdóname —cada vez le cuesta más hablar—. Por todo, Diane.

Es lo último que dice, el joven *laird* de los MacLean, mi esposo, acaba de morir en mis brazos. La joven solloza mientras acaricia su rostro con mano temblorosa, por mi parte, cierro sus ojos, que han comenzado a perder el brillo de la vida intentando no romperme, porque necesito vengar su muerte, ha sido asesinado en su propio hogar, por su propia familia, y no pienso quedarme de brazos cruzados.

El portón del salón se abre de par en par, todos observamos al recién llegado, que no es otro que el Lobo MacLean. Camina raudo hacia donde su hermano yace sin vida, cuando nuestras miradas se encuentran, veo la desconfianza, el dolor y el remordimiento por haberle fallado brillar en sus pupilas.

—¿Dónde demonios estabas? —le grito, levantándome aun con las manos manchadas de sangre, se tensa, pero no dice nada—. Mira lo que han hecho —le empujo, manchando su pecho con la sangre de su propio hermano—. ¡Te lo dije! —acuso con furia entre dientes.

—Voy a matarlos —sisea—. Debió dejar que lo hiciera hace mucho.

—Ahora ya no sirve de nada —continúo iracunda, siento ganas de golpearlo porque no estaba al lado de Kael para impedir este asesinato—. Eres tan culpable como ellos.

Veo que mis palabras le afectan, aunque intenta encajar el golpe con el orgullo intacto. Puede que esté siendo cruel e injusta, pero el dolor que siento, la rabia apenas contenida, no me deja pensar con claridad, mi juicio se ve nublado por la sed de venganza que pienso obtener, aunque sea lo último que haga, con ayuda del Lobo MacLean o sin ella.

Capítulo 11



Kylian

*E*scucho gritos y dejo de hablar con Thomas en estado de alerta. Después el silencio envuelve el castillo y un mal presentimiento comienza a embargarme, por lo que cuando las puertas se abren y veo cómo mi hermana sale corriendo, no lo pienso dos veces para correr hacia ella.

—¡Lo han matado! —solloza contra mi pecho—. Lo han hecho…

Cierro los ojos mascullando una maldición entre dientes llena de rabia, pero no tengo tiempo para lamentarme.

—Quédate con ella —le ordeno a mi amigo, que asiente preocupado al verme marchar solo.

Al entrar, lo que veo me deja sin aliento, pero no muestro mi dolor, a los enemigos jamás se les muestra debilidad y lo que tengo por delante es demasiado importante como para flaquear ahora. Kael yace en el suelo, inerte, rodeado de sangre mientras una muchacha llora su muerte y su esposa me observa furiosa. Cuando se levanta para encararme, no le respondo, ya que sé que en el fondo tiene razón, mas no puedo evitar desconfiar de ella; después de todo, es inglesa, aunque parezca que apreciaba a mi hermano.

—¡Karen! —bramo, buscándola entre la gente—. ¡Bran! —grito de nuevo esta vez con más furia.

La primera en aparecer es la esposa de mi padre, que no muestra signo alguno de pena ante la muerte de uno de los hijos del hombre que decía amar. Desenvaino mi espada dispuesto a atravesar su negro corazón, pero Elvin aparece y la coloca tras de él. Lo reconozco, me ha dolido y sorprendido ese gesto, aunque al menos ahora sé con quién está su lealtad.

—Apártate o tú también caerás —gruño—. ¡Ahora! —bramo, dispuesto a acabar con él si es necesario.

—No puedes culparla sin estar seguro —replica el más joven—. No dejes que tu odio te ciegue, Kylian. Nuestro hermano no hubiera querido eso, y lo sabes.

—No se lo podemos preguntar, ¿verdad, Elvin? —cuestiono con rabia—. Habla, maldita bruja —ordeno a la mujer que ha permanecido impasible y en silencio.

—No tengo nada que decir —alza el mentón.

—Madre —exclama su hijo—. Dile que no has tenido nada que ver, que jamás harías daño a Kael…

—¿Por qué no? —interrumpo—. Mírame, hermano —le ordeno—. Mi rostro es obra suya. Y la zorra de tu madre siempre ha ansiado que el bastardo de su hijo ocupe el puesto que nunca le ha correspondido.

—¿Y a quién si no? —el bramido de Bran mientras la gente se aparta para dejarle paso nos interrumpe—. ¿Tú? —cuestiona con sorna—. ¿El cobarde que abandonó a Duart y a su gente a su suerte?

No puedo rebatir sus acusaciones porque son ciertas, su sonrisa victoriosa no se hace esperar, y es en este justo momento en el que me doy cuenta de que ha sido él, puede que su madre lo haya ayudado, tal vez no, pero el responsable de la muerte de mi hermano mayor es Bran.

—Voy a matarte —sentencio con frialdad, pierde su sonrisa, puedo ver en sus ojos el momento exacto en el que comprende que lo sé todo, o al menos lo que realmente importa—. Acabaré con tu miserable vida por lo que has hecho.

—No tienes pruebas, estúpido —escupe—. ¿Vas a matarme para que te deje el camino libre y ocupar el lugar de Kael?

—Yo sí las tengo —grita una voz de mujer con voz temblorosa, cuando todos miramos hacia atrás, descubro que se trata de la misma que abrazaba a mi hermano, se levanta del suelo y se acerca a nosotros—. Él lo sabía, no era tonto —dice, intentando controlar el llanto—. Le supliqué que detuviera este despropósito, pero…

—¿De qué demonios hablas, ramera? —pregunta Karen a punto de abalanzarse sobre la muchacha, Elvin la detiene.

—Kael no era estúpido, aunque en muchas ocasiones hiciera ese papel —dice—. Sabía muy bien que Bran quería ocupar su lugar. —Mira a este con odio—. Lo que nadie sabe es que se lo hubiera dado con gusto —solloza—. Pero era tan noble, tan bueno, que prefería llevar esa carga él sobre sus hombros y no sus hermanos menores.

—Está desvariando —escupe Karen con inquina—. Sacadla de aquí —ordena como si fuera un incordio.

—Solo puede sacarme de aquí mi *laird* —replica, alzando el mentón.

—Lo haré encantado —replica Bran, dando varios pasos hacia ella mientras todos lo observamos actuar como dueño y señor de Duart.

—Tú nunca serás mi *laird* —escupe la chica con asco a los pies—. Ni tampoco el que eligió Kael.

El silencio nos envuelve, y comienzo a sentir el peso de las miradas sobre mí. Morrigan se acerca y coge mi mano, la sonrisa que me ofrece me revuelve las tripas, sé lo que significa, nunca quise ser la persona que guiara a mi gente.

—Mientes —brama Bran, dándole una bofetada que la tira al suelo —. Voy a matarte por semejante injuria, ¿quién eres tú a parte de la ramera de Kael?

Jadeos se escuchan mientras Deirdre la ayuda a levantarse para después encararse con Bran con una ferocidad que me sorprende.

—El hombre que yace en el suelo envenenado por su propio hermano era mi esposo —sentencia—. Y en innumerables ocasiones me dejó saber que Kylian era la persona que él había elegido para ocupar su lugar si algún día él ya no pudiera hacerlo.

—Todos son mentiras —grita—. Merezco ser el *laird* de los MacLean —exclama—. Durante años, he peleado por defenderlos, mientras que el bastardo de Kylian se fue con el rabo entre las piernas como el perro que es.

—Kylian ha pasado media vida luchando en la frontera, maldito imbécil —sisea, a punto de abalanzarse sobre él, algo en mi interior reacciona a su defensa—. Lo que tú has hecho es un juego de niños en comparación. Tu hermano ha luchado para defender su país, para que tú y los tuyos pudierais vivir en paz siendo libres.

—Tiene gracia que una maldita inglesa lo defienda con tanto fervor —se burla, viéndose acorralado—. ¿Sabes a cuántos de los tuyos ha matado, estúpida? Incluso acabaría con tu miserable vida si pudiera. Harías bien en recordarlo, ya no tienes a tu esposo para protegerte —se burla.

La detengo antes de que se lance sobre él, la cojo por su diminuta cintura para impedir que Bran le haga daño, no sé por qué me importa, ni desde cuándo, lo único que tengo claro es que no va a hacerle daño en mi presencia, es algo que le debo a Kael.

—Resolvamos esto como hubiera querido padre —interviene Morrigan—. Luchad por el puesto, el ganador será el que merezca guiar a los MacLean.

—No pienso luchar contra él —replica ofendido—. Merezco el puesto…

—¿Tienes miedo? —hablo por primera vez desde que ha comenzado todo este infierno—. Eres el Cuervo MacLean —me burlo —. No deberías temer enfrentarte a mí.

—Mi hijo no te teme —sentencia su madre entre dientes—. Bran se ha ganado el derecho de ser el próximo *laird*, tú solo eres un estorbo, un extraño entre tu propia gente.

—Muérdete la lengua, maldita bruja —brama mi hermana, sorprendiéndonos a todos—. Mi hermano es mucho más hombre, leal y valiente que tu hijo —sisea—. Kylian fue el elegido por Kael y no hay más que hablar.

—Morrigan, no te metas —ordena su esposo, que ha permanecido en un rincón—. No hables así a Karen.

—No voy a luchar contra Bran por el puesto de *laird* —alzo la voz para que todos me escuchen—. Voy a hacerlo para poder matarlo por ser el asesino de su propio hermano.

—¿Vas a creer a una ramera? —cuestiona con sorna—. Nadie me ha visto envenenarlo —se jacta y consigue su sentencia de muerte.

—¿Cómo sabes que lo han envenenado? —pregunta Morrigan—. Has sido tú —susurra conmocionada—. Pensé que había sido Karen, que… ¿Cómo has podido hacerlo? —grita desgarrada—. Maldito bastardo —golpea su pecho—. Cuidó de ti cuando eras un mocoso y…

La aparta de un empujón, impido que caiga al suelo, es el detonante para que la deje al cuidado de Deirdre y acabe con esto de una vez por todas.

—Prepárate para morir, Bran —siseo con mi espada en la mano—. Lucha contra mí, maldito cobarde.

—Parece que te importa más un empujón a la estúpida de tu hermana que la muerte de tu hermano —se burla, desenvainando al fin—. Acabaré con el gran Lobo MacLean. No sabes lo harto que estaba de escuchar a padre y a Kael hablar sobre ti como si fueras un maldito dios, como si fueras el responsable de salvar la frontera.

El alarido que lanzo nace de la rabia más absoluta y del sentimiento de haberle fallado a mi hermano mayor. Mientras lucho contra Bran, no puedo dejar de recordar cada momento vivido junto a Kael. La gente se aparta para dejarnos espacio y por el temor de ser alcanzada por algún mandoble de nuestras espadas. Por extraño que parezca, el silencio solo es interrumpido por el choque de nuestros aceros, todos a nuestro alrededor expectantes a lo que sucede se mantienen en silencio.

—¿De verdad vas a matarme, hermano? —se burla cuando el filo de mi arma le corta en el antebrazo.

—Tú has matado a Kael —siseo—. Y me matarías a mí en cuanto te diera la espalda…

—No lo dudes —gruñe cuando mi codo golpea en su estómago—. Jamás debiste volver.

La patada que me lanza consigue hacerme tambalear, escucho cómo alguien grita mi nombre, mi error es mirar hacia atrás para ver a Deirdre mirarme con preocupación antes de que sienta cómo la espada de Bran penetra mi carne.

—Maldita —siseo, golpeo con fuerza el costado de mi hermano y vuelvo sentir cómo el filo corta de nuevo al salir—. Va a conseguir que me mate —farfullo, mirando cómo mana la sangre de la herida en mi costado.

—Parece que el gran Lobo MacLean sangra como cualquier mortal —se burla con una sonrisa victoriosa—. ¿Esto es todo lo que tienes para mí?

—Acaba con él de una maldita vez, Kylian —la Inglesa se ha acercado a nosotros—. Deja de jugar —exclama, frunzo el ceño porque parece que habla como si me hubiera visto luchar en alguna ocasión.

—Hazle caso a la ramera inglesa —se carcajea—. Acabemos con esto de una vez, así podré tomar posesión de todo lo que hay en Duart, incluido ella —una sonrisa ladina se dibuja en su rostro.

Maldigo al comenzar a sentirme algo mareado, pero saco fuerzas al ver el cuerpo de Kael todavía en el suelo, como si fuera un perro que no mereciera siquiera ser levantado. Bran no se espera mi reacción, por lo que es fácil conseguir herirlo de nuevo, esta vez en la pierna,

me mira con furia para redoblar sus ataques. Algo dentro de mí golpea con fuerza, como una especie de voz que me apremia, que me dice que haga lo correcto y acabe, que imparta justicia, y mi espada al fin atraviesa su pecho.

Gritos ahogados se escuchan junto al gemido de dolor y una mirada incrédula en sus ojos antes de caer de rodillas ante mí. Puedo darme cuenta de cómo la vida se escapa poco a poco y soy incapaz de sentir remordimiento por acabar con alguien de mi propia sangre, ¿en qué me convierte eso?

—¡Bran! —el bramido de Karen es estremecedor, llega a su lado en el momento justo en el que arranco mi espada de su pecho, la sangre de su hijo mancha su cara y vestido—. Hijo mío…

Elvin se mantiene a cierta distancia, pero soy capaz de ver cómo sus ojos a duras penas contienen las lágrimas. Morrigan corre hacia mí cuando me tambaleo y ordena que se prepare todo para curarme. Mientras todo eso sucede con lo que me parece una lentitud pasmosa, soy capaz de escuchar los susurros de la gente.

—Kylian, estás sangrando mucho —exclama mi hermana—. Vamos, tienes que curarte.

—Kael… —digo mareado—. Él…

—No podemos hacer nada por nuestro hermano —interrumpe guiándome—. Le has vengado, estoy segura de que estaría orgulloso de ti, siempre lo estuvo. No me pidas que sea testigo de tu muerte también.

Cierro los ojos cuando un dolor sordo traspasa mi pecho al ser consciente de que jamás volverá, que le han arrebatado la vida de una manera vil y cobarde solo por poder, por envidia. Me dejo guiar hasta mi alcoba y me recuesto sobre el pequeño lecho mareado, agotado.

Capítulo 12



Kylian

—*N*o llaméis a la curandera —espeto—. Puedo curarme yo mismo o Thomas.

—Esa maldita mujer todavía no ha aparecido —farfulla Deirdre, abro los ojos sorprendido por verla aquí.

Mi amigo entra como una tromba con gesto preocupado, casi descompuesto podría decirse. Se acerca para apartar mi ropa y ver qué tan herido estoy, incluso yo al mirar hacia abajo maldigo por lo que veo.

—La curandera está muerta —informa—. Alguien le ha rajado el pescuezo.

—Dios santo —jadea mi hermana—. ¿Y quién va a curarte?

—Puedo hacerlo yo —se ofrece la viuda de mi hermano, una rabia inmensa me invade—. Sé hacerlo.

—¿No deberías estar junto a tu esposo? —exclamo—. ¿Ni siquiera se merece que estés a su lado ahora que lo han matado como a un perro?

—Si te hubieras molestado en hablar más con él —rebate con rabia —. Si le hubieras conocido en realidad, sabrías que querría que te curara para impedir que te desangres como un cerdo.

—Kylian, por Dios —replica mi hermana—. Acaba de quedarse viuda, ¿de verdad crees que no lo apreciaba al menos?

—No llevaban ni un mes casados —farfullo mientras Thomas intenta limpiar la herida con el agua que ha traído una de las criadas—. ¿Dónde está la perra de Karen? —pregunto—. ¿Elvin?

—Junto a Bran —responde mi amigo—. Debes levantarte de este maldito lecho para poner orden, y acabar lo que has empezado. Eres el nuevo *laird* de los MacLean.

—Maldita sea —bramo para después gemir de dolor—. ¿Cómo se le ocurre dejarme semejante carga? —pregunto más para mí mismo.

—Confiaba en ti —responde la Inglesa—. Y pensaba que serías mejor líder que él, Kael siempre soñó con ser libre, envidiaba eso de ti —recalca—. Ahora ya lo es…

—Pobre Diane —susurra Morrigan, llamando mi atención, frunzo el ceño antes de preguntar.

—¿Quién demonios es ella? —cuestiono, siseando cuando la rubia comienza a toquetear mi herida abierta—. ¿Quién te ha dicho que me cures? —siseo—. Thomas —reclamo.

—Amigo, semejante herida no me atrevo a ser yo quien la cure —se encoge de hombros—. Deja que tu cuñada lo haga.

—Maldito inútil —gruño—. ¿Morrigan?

—Diane es la muchacha de la que nuestro hermano estuvo siempre enamorado —responde, mirando de reojo a Deirdre—. Padre no lo permitió. Por lo que Kael tuvo que resignarse, pero jamás dejó de amarla, lo siento —se disculpa con la Inglesa, que no deja de hacer su tarea.

—Ya lo sabía —responde, dejándonos sorprendidos—. Éramos amigos —alza la mirada para encontrar la mía—. Hablamos mucho, llegué a apreciarlo de verdad y él a mí. Sin embargo, ninguno de los dos teníamos un corazón que entregar.

—¿Y eso qué demonios significa? —exclamo—. Ten cuidado —espeto.

—No te quejes tanto —rebate sin inmutarse—. Todavía no he comenzado a coser, no sé si sería mejor cerrar la herida con…

—¡Ni se te ocurra! —grito aterrorizado, sabiendo a qué se refiere—. Como te acerques a mí con una daga al rojo vivo, pienso destriparte.

Palidece, pero no me arrepiento por mi amenaza porque el terror domina mi raciocinio. Finalmente, asiente y se prepara para coser una herida que con absoluta certeza lo mejor sería quemar, pero prefiero pasar por el calvario de sentir cómo me cosen a volver a soportar el olor a carne quemada.

Thomas y Morrigan han salido en algún momento de la alcoba dejándonos solos. El pulso de la Inglesa no tiembla cuando comienza a coser mi costado, solo el crepitar del fuego rompe el silencio que nos envuelve, observo cómo se mueve sin vacilar, su gesto de concentración consigue sacar en mí una sonrisa, ya que no estoy seguro de que ella misma sea consciente de que se muerde la lengua cada vez que la aguja pincha mi piel.

—Lo siento —susurra cuando ha terminado y esparce un ungüento sobre la herida—. No he querido causarte ningún daño —explica ante

mi ceño fruncido, solo me mira de reojo—. No he recordado lo de tu cicatriz, solo quería curarte, que dejaras de sangrar y…

—¿Me estás diciendo que ha sido capaz de obviar mi cicatriz? —cuestiono—. No es algo que se pueda hacer con facilidad.

—Puede que para los demás sea imposible hacer tal cosa —se encoge de hombros—. Pero para mí eres Kylian, el Lobo MacLean, y ahora mi nuevo *laird*.

No me gusta que hable de mí de esa manera, sobre todo, porque a mis ojos sigue siendo mi enemiga, una forastera en mis tierras, la viuda de mi hermano. Se siente antinatural que esté a mi lado hablando como si tal cosa, cuando el cuerpo sin vida de su esposo yace sobre nuestras cabezas.

—Para mí siempre serás una maldita *sassenach* —le hago saber mi descontento ante la situación—. Imagino que, ahora que Kael está muerto, volverás con los tuyos, cuanto antes mejor, mujer.

Me observa por lo que parece una eternidad, no soy capaz de leer algo en sus hermosos ojos azules. Parpadea un par de veces antes de volver a hablar, dejándome muy claro lo que piensa de mi exabrupto.

—Puede que me veas así —rebate, alzando el mentón—. Pero soy mucho más que mi mitad inglesa, Kylian MacLean.

—Ve a ocuparte de mi hermano —ordeno molesto—. Ordena a Thomas que encierra a la perra de Karen en las mazmorras, y si Elvin se entromete, que haga compañía a su madre.

Se tensa, pero, finalmente, asiente dirigiéndose hacia la puerta con el porte de una reina, a pesar de su menuda estatura. Se detiene antes de salir de la estancia, mira sobre su hombro antes de hablar de nuevo.

—Descansa —dice sin acritud—. Me ocuparé de todo hasta que tú puedas levantarte de ese lecho.

No me deja opción a replicarle para decirle que no se tome atribuciones que no le corresponden. Ya no es la señora de Duart, es la viuda de mi hermano, nada más. Dejo caer mi cabeza contra los almohadones agotado, la herida me duele, el cuerpo también, pero es algo soportable, ya que estoy acostumbrado a ser herido en batalla, tampoco es nuevo para mí el sentimiento de pérdida, pero sí el de sentir que le he fallado a Kael. Debí escuchar a mi intuición y

matar antes a Bran, aunque eso supusiera una discusión con mi hermano mayor, pero, al menos, seguiría con vida.

Enterré a mi madre a muy temprana edad destruyendo todo mi mundo, todo lo que conocía y amaba cambió de la noche a la mañana. No hace ni un mes que enterré a mi padre y ahora debo hacerlo con uno de los mejores hombres que he conocido. Puede que no fuera un guerrero como yo, pero hubiera guiado bien a los MacLane, no lo dudé ni por un momento y no logro comprender el motivo para que él lo hiciera.

—Maldito idiota —siseo entre dientes mientras lucho para que el nudo que tengo en la garganta no me ahogue, maldigo cuando una lágrima recorre mi mejilla a pesar de que mis párpados están fuertemente cerrados—. Me has hecho llorar —acuso al aire—. No lo hacía desde aquella noche…

La puerta se abre y me apresuro a limpiar todo rastro de debilidad. Es Elvin a quien tengo frente a mí cuando abro los ojos, me mira furioso, le devuelvo la mirada impasible, esperando que diga lo que ha venido a decir, aunque puedo imaginarme el porqué de su visita.

—No puedes encerrar a mi madre como si fuera un animal —grita —. ¿No has tenido suficiente con matar a mi hermano? —cuestiona.

—Antes él ha matado al mío —rebato, alzando la voz—. Lo ha hecho como un maldito cobarde, al menos, yo lo he hecho luchando limpiamente.

—¿Seguro? —se ríe—. Eres el Lobo MacLean. Un maldito asesino que no tiene piedad ni con los de su propia sangre. ¿No te das cuenta de que os estáis matando por el maldito poder…?

—¡No fui yo quien empezó esta guerra, estúpido! —bramo interrumpiéndole—. Fue tu madre. Ella se ha encargado de destruir esta familia, era un maldito niño cuando me desfiguró, y ahora no dudo que ha sido la instigadora para que el bastardo de Bran acabara con Kael.

—Puede que tanto ella como Bran tuvieran razón —replica con los puños apretados—. Puede que siempre hayas querido ser el *laird* de los MacLean y has acabado con todos para llegar a serlo, ¿es eso, hermano? —sonríe con ironía, veo que Karen ha hecho muy bien su

tarea durante todos estos años envenenando la mente de sus dos hijos, tanto como para que Elvin dude de mí y yo de él.

—Si quisiera eso, te habría matado a ti también —rebato incorporándome—. Si vuelves a acusarme de no tener honor, me olvidaré de que eres mi hermano y acabaré también contigo.

—Lo harás de todos modos —se encoge de hombros—. Solo espero que seas tú quien lo haga, no envíes a tu perro para hacerlo. —Se marcha, cerrando de un portazo que debe haberse sentido en todo el castillo, y escucho gritos, por lo que estoy a punto de volver a levantarme para ver qué demonios sucede cuando mi hermana entra en la alcoba.

—¿Qué te ha dicho Elvin? —pregunta—. No debes preocuparte por nada, hermano. Thomas y Deirdre se han encargado de todo…

—¿Crees que voy a quedarme aquí tumbado con todo lo que está sucediendo? —cuestiono, levantándome con dificultad, gruño ante el dolor que me recorre, pero no me detengo hasta que estoy de pie, me cubro con la manta—. Sal para que pueda cambiarme, Morrigan.

—No pienso permitirlo —alza el mentón—. Vuelve a la cama —ordena con firmeza, me reiría si no tuviera el cadáver de mi hermano esperando ser enterrado, a una zorra en las mazmorras y a un hermano clamando venganza.

—Basta, Morrigan —espeto, y como no sale de la estancia, me cambio frente a ella, que se gira avergonzada—. Te dije que salieras.

—Eres un puerco —farfulla—. Por el amor de Dios, no era necesario ver lo que he visto.

—¿Alguien ha causado problemas? —pregunto, volviéndome vestido por completo—. ¿Hermana? —presiono ante su silencio—. ¿Debo preguntar a Thomas? Él va a informarme de todos modos.

—Robert —responde al fin—. Estaba de acuerdo en que Bran fuera el *laird* y no Kael…

—¿Crees que ha tenido algo que ver? —cuestiono furioso—. ¿Por qué no me avisaste de algo así, Morrigan? —cuestiono—. No puedo ir a ciegas.

—No lo creo —replica no muy convencida—. Es un cobarde, Kylian.

—Esos son los más peligrosos —escupo—. Prepárate para quedar viuda, hermana, al fin voy a librarte de su yugo.

—No puedes luchar ahora —exclama siguiéndome—. Estás herido —intenta detenerme, pero me deshago de su agarre avanzando por el largo y frío pasillo.

—Tu fe en mí es encomiable, Morrigan —bromeo molesto—. Soy capaz de acabar con esa alimaña con las manos atadas a la espalda, maldición.

—¿Qué haces levantado? —brama Thomas, alzo una ceja ante su tono de voz hacia mí—. Hace unas horas sangrabas como un cerdo, ¿te has vuelto loco?

—¿Crees que puedo estar tumbado sabiendo todos los problemas que tengo? —cuestiono—. Espero que la Inglesa haya tomado el mando de Duart temporalmente, necesito que se encargue del funeral de su esposo mientras acabo lo que he empezado.

—Kylian —me detiene Thomas—. He escuchado a la gente, muchos no están conformes —explica preocupado—. Dicen que Bran no tuvo un juicio justo y mucho menos su madre.

—¿Cómo se atreven? —exploto—. ¿Ese maldito bastardo mató a Kael y yo debía dejarlo vivir?

—Sabes lo que opino —replica—. Lo hubiera matado mucho antes por ti. Pero ahora eres el *laird* y…

—Por eso mismo —le grito interrumpiéndolo—. Si debo ocupar un lugar que no me corresponde, cargar con el peso que supone tener que guiar a un clan entero, lo mínimo que espero es que mi gente me apoye.

—¿Y cómo pretendes hacerlo si has estado fuera casi la mitad de tu vida? —la voz de la Inglesa hace que me gire para verla bajar las escaleras—. Eres casi tan intruso como yo.

—Nadie ha pedido tu opinión —espeto—. Kael…

—Todo está dispuesto para que mañana pueda recibir sepultura —interrumpe con tristeza—. La curandera que ha sido encontrada muerta… —cuestiona.

—Si no tiene familia, nos encargaremos nosotros —sentencio—. ¿Quién demonios se encargará de curar a los enfermos y heridos? —pregunto frustrado.

—Puedo hacerlo yo —se ofrece—. Ya has visto que soy capaz de coser heridas.

—No estarás aquí para que se te encomiende esa tarea —rebato—. Debemos informar a tu hermano de lo sucedido, supongo que tu padre disculpará que los MacLean hayan cumplido menos tiempo de lo pactado.

Agacha la mirada y el gesto de apretar los puños no me pasa desapercibido, a pesar de que intenta ocultarlo bajo los pliegues de su falda, todavía manchada de la sangre de Kael y mía. Morrigan me lanza una mirada acerada, lo que me recuerda que me he levantado del lecho para acabar con ese bastardo de Robert.

—¿Dónde está esa rata? —pregunto a mi hermana, se encoge de hombros y maldigo—. No debe andar lejos. ¿Thomas?

—La última vez lo vi bajando a las mazmorras —responde de inmediato.

—¿Y no lo detuviste? —cuestiono incrédulo—. Dime que al menos no puede soltar a esa zorra —le pido mientras me apresuro a llegar a mi destino antes de que sea tarde.

—Claro que no —bufa siguiéndome—. ¿Crees que soy estúpido?

—No hagas que te responda a eso ahora mismo —gruño, bajando las escaleras lo más rápido que la herida del costado me lo permite—. Reza para que sigan allí abajo…

Al llegar, le hago una señal para que se detenga al escuchar susurros. Frunzo el ceño intentando comprender qué es lo que dicen, por lo que lo más despacio posible nos acercamos sin ser vistos, veamos que traman los malditos.

—Te dije que no era buena idea hacerlo en medio de una celebración —amonesta.

Capítulo 13



Deirdre

*L*os sigo porque no confío en el temperamento de Kylian. Es algo que se ha vuelto ya una costumbre para mí, es mi manera de cubrir sus espaldas.

—No podía esperar —exclama la mujer—. Ese bastardo no iba a marcharse. Debíamos acabar con Kael lo antes posible —sisea con

odio—. Ese malnacido ha matado a mi pobre Bran.

—¿Qué esperabas? —cuestiona Robert—. No siempre ibas a poder salirte con la tuya, Karen —amonesta—. Ahora, por tu culpa, estamos metidos en problemas en vez de gobernar a los MacLean como aseguraste.

Cubro mi boca para no jadear ante el nuevo descubrimiento. No solo es un miserable que maltrata a su mujer, sino que también es un maldito traidor. Rezo para que Thomas sea capaz de contener a Kylian lo suficiente como para obtener una confesión completa que los condene a ambos, de modo que la gente del clan no cuestione la decisión del nuevo *laird*.

—No te quejes tanto, querido —se burla—. Gracias a mí te casaste con esa estúpida de Morrigan convirtiéndote en un MacLean. Hemos sido mi hijo y yo quienes hemos hecho el trabajo sucio, nunca moviste un dedo por acabar con mi esposo o con sus hijos.

Escucho un gruñido y soy yo la que me muevo para avanzar rápida y silenciosa hasta llegar donde los dos hombres permanecen escondidos. Abrazo a Kylian por la espalda, se tensa e intenta soltarse hasta que susurro:

—Quédate quieto o jamás sabremos la verdad. —Tiembla por la rabia contenida—. Tenemos que saber qué más han hecho, y de ellos no obtendrás una confesión si no es de este modo.

—Tuviste miles de oportunidades de matar a la insípida de tu esposa —sigue con saña—. Un golpe mal dado en una de tus palizas y hubiera bastado.

—Me gustaba demasiado jugar con ella en la cama como para matarla —bromea, cierro los ojos sabiendo que su muerte será lenta y dolorosa—. Además, ¿por qué debía encargarme del viejo? Eso no era parte del plan, querida mía.

—Tampoco que te metieras en mi lecho —rebate la mujer—. Ahora soy la única que está tras unos barrotes y que ha perdido a su primogénito mientras tú puedes seguir con tu vida. Por lo que te aconsejaría que me saques de aquí, Robert, porque, si caigo, tú también lo harás.

—Si vuelves a amenazarme, rajaré tu cuello como el de esa vieja. —Así que ha sido él quien ha matado a la pobre curandera—. Se

negó a darme ningún tipo de veneno, era fiel a los MacLean —se burla.

—Ahora —susurro soltándolo, en ese preciso momento su espada es desenvainada y da un paso al frente revelando su presencia—. Sin piedad —susurro sedienta de sangre. Yo misma sería capaz de vengar la muerte de Kael, no porque lo amara, pero sí había llegado a apreciarlo y sé que era un buen hombre que tenía toda una vida por delante.

—Siempre supe que eras una maldita serpiente venenosa —lo escucho gruñir—. Eres una maldita ramera, una asesina…

—Pero si tenemos aquí al nuevo *laird* —se burla la mujer, aparentemente sin miedo al haber sido descubierta, lo que me hace pensar que no debe estar en sus cabales, o no ha escuchado de lo que es capaz el Lobo MacLean—. ¿Qué se siente al tener las manos manchadas con la sangre de tus hermanos?

—Mis manos no están manchadas con su sangre —rebate entre dientes—. Jamás permitiste que Bran fuera mi hermano, y él ha terminado con la vida del que sí lo era. Y ahora acabaré con las vuestras —anuncia con voz ronca, mortalmente seria, tanto que es capaz de helar la sangre en mis venas—. Mataste a mi padre, al hombre que se suponía amabas.

—Ese patán siempre amó a la zorra de tu madre —grita golpeando los barrotes—. Nunca me dio una maldita oportunidad —sisea—. Le di todo y jamás fue suficiente. Nunca dejó de llorar por los rincones por su amada Julieth.

—Lo sabías —espeta Kylian—. Eras conocedora de los sentimientos de mi padre y, aun así, no paraste hasta que él se casó contigo. No le culpes por tus errores, por tus celos y envidias.

Thomas se mueve para impedir el paso de la rata de Robert, que intenta huir mientras Kylian está demasiado cegado con Karen.

—No des un paso más o le ahorraré trabajo a mi amigo —sisea con la espada contra el pecho del cobarde—. No creas que vas a salir de aquí con vida, no por ser un traidor, sino por haber osado tocar a Morrigan.

—Es mi esposa —exclama—. Puedo hacer con ella lo que me venga en gana.

El malnacido no dice nada más porque una daga se posa en su cuello desde atrás. No puedo más que sonreír cuando Kylian aparece y él solo palidece y comienza a temblar.

—Debería destriparte —dice entre dientes—. Pero solo voy a mandarte al infierno.

Dicho esto, raja el cuello de Robert, que jadea llevándose las manos al lugar en un intento vano de contener el flujo de sangre, mis ojos se cierran cuando varias gotas impactan en mi rostro, me limpio y escucho cómo cae al suelo, y al abrirlos de nuevo, en los suyos ya no hay rastro de vida.

—Al fin Morrigan es libre —digo, impasible, buscando la mirada de Kylian—. ¿Qué piensas hacer con Karen?

—Por el momento, se queda aquí abajo —sentencia—. Ella tendrá un juicio ante todo el mundo, quiero que sepan, si no lo hacen ya, quién es esta harpía. Thomas, lanza el cadáver de este cerdo fuera de nuestras tierras.

Salgo tras él prácticamente corriendo porque me cuesta seguirle el ritmo, sus piernas son mucho más largas que las mías. Al llegar al salón de nuevo, vemos que Morrigan nos espera apretando sus manos con firmeza y un gesto de preocupación en su hermoso rostro.

—Ya eres una mujer libre —anuncia su hermano, ella reacciona suspirando y lanzándose a sus brazos mientras le agradece una y otra vez—. Deberías habérmelo dicho antes —amonesta—. Solo de pensar lo que has tenido que pasar a manos de ese bastardo me revuelve las tripas.

—No lo pienses —replica, alejándose y limpiando el rastro de las lágrimas—. Eso ha quedado en el pasado, es algo que deseo olvidar con todas mis fuerzas.

Finalmente, cabecea poco convencido, sin embargo, poco se puede hacer ya. Morrigan tiene razón; lo sucedido no se puede cambiar y lo mejor para ella es que logre olvidar el calvario por el que se vio obligada a pasar.

—Escribe a tu hermano, Inglesa —salgo de mis pensamientos para alzar la mirada y encontrar la de Kylian—. Dile lo sucedido, que venga a por ti lo antes posible.

—Quiero enterrar a mi esposo —rebato con fervor—. Al menos, podrías tener un poco más de respeto hacia mí.

—El respeto se gana y el mío no lo obtendrás jamás —escupe—. Te quiero fuera de Duart en menos de una semana o yo mismo te desterrare.

Se marcha dejándome enfurecida y sin opción a rebatirle de nuevo. Lo observo alejarse y me pregunto a dónde se dirige. Podría volver a seguirle, pero acorralarlo no es buena idea, al menos, no en este momento.

—Deberías darte un baño —dice Morrigan—. Estás llena de sangre de diferentes personas y no parece molestarte.

La miro intentando encontrar en sus gestos algún indicio de que sospecha de nuevo, no muchas mujeres soportarían la sangre y mucho menos ver tanta violencia como lo he hecho yo en pocas horas. El cansancio también comienza a hacer mella en mí, todo ha sucedido tan rápido que no ha sido hasta ahora que acuso el no haber dormido desde ayer.

—Sí —asiento con la mente muy lejos de aquí—. Debería hacerlo —miro mi ropa, incluso mis manos están manchadas. Lo que Morrigan no sabe es que no es la primera vez que tengo sangre en ellas—. ¿Cómo te sientes? —pregunto antes de marcharme.

—Libre —sonríe con tristeza—. ¿Soy horrible por sentirme de ese modo?

—Por supuesto que no —replico—. Ese cerdo se merecía morir como lo ha hecho. Espero que arda en el maldito infierno.

—Solo siento la pérdida de Kael —solloza, abrazándose a sí misma —. Puede que no sintiera lo mismo que por Kylian, pero, aun así, él siempre estuvo para mí a su manera.

—Entiendo lo que quieres decir —asiento, recordando a John, no concibo mi vida sin él—. Deberías descansar, mañana va a ser un día duro.

—No puedo dejarle solo. —Mira por donde ha desaparecido Kylian con preocupación—. Puede que parezca un hombre que no necesita a nadie, sin embargo, sigue siendo como aquel niño asustado al ver cómo todos los que lo rodeaban lo miraban con asco después de que esa perra le quemara la cara.

—Creo que deberías dejarle solo unas horas —aconsejo—. Acaba de matar a su hermano, por muy desgraciado que este fuera —escupo —. Demasiada muerte el día de hoy, además, debe asumir por sí mismo que ahora es el nuevo *laird*.

—No te marcharás sin despedirte, ¿verdad? —cuestiona antes de retirarse abatida.

—Por supuesto que no —intento tranquilizarla—. No pienso irme de Duart sin despedirme de ti, Morrigan.

Tras un breve cabeceo, sube las escaleras y me quedo en medio del salón siendo consciente de que debería seguir el mismo consejo que le he dado a Morrigan, sin embargo, miro de nuevo hacia las escaleras que descienden hacia las mazmorras sintiendo la rabia recorrer de nuevo mi cuerpo sabiendo que la mujer que ha matado a mi esposo sigue allí abajo y que posiblemente no recibirá el castigo que merece. Corro a mi alcoba y rebusco en mi baúl algo que llevo mucho sin usar, salgo rauda y me escondo hasta que veo cómo Thomas sale con el cadáver de Robert, dejando sola a la antigua señora del castillo.

Desciendo las escaleras con parsimonia intentando templar mi temperamento, recordando cada uno de los consejos de mi hermano, la persona que mejor me conoce en este mundo, mucho más que las personas que me dieron la vida.

—¿Quién anda ahí? —grita al escuchar los pasos—. Vaya, pero si es la viuda de Kael —se burla sentada en el suelo mientras me muestro.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila sabiendo todo lo que has hecho? —cuestiono entre dientes.

—¿Y qué he hecho? —devuelve, encogiéndose de hombros—. Sois unos estúpidos —escupe—. Kael era el peor de todos, incapaz de reconocer la maldad humana, aunque convivió conmigo durante años.

—Eres una maldita zorra sin corazón —replico furiosa—. Si fuera Kylian, obtendrías el mismo destino que tu amante.

—¿Y lo vas a hacer tú? —se levanta y se acerca hasta que solo nos separan los barrotes, su sonrisa de suficiencia enciende la mecha.

Actúo con rapidez y, sin que se lo espere, mi mano izquierda la ha cogido por el cabello y mi derecha empuja el filo de mi daga en su

cuello. Le muda el gesto a uno de puro terror, por lo que es mi turno de sonreír complacida ante su reacción, ahora mismo no me importa dejar al descubierto uno de mis mayores secretos.

—Lo haría —confirmo sin vacilar—. Si no fuera porque perjudicaría a Kylian. Podría rebanarte el cuello con un simple movimiento de mi mano y no iba a pesar sobre mi conciencia.

—¿Quién eres en realidad? —sisea, cambiando el miedo más absoluto por la furia—. Nos has tenido engañados como la maldita perra inglesa que eres. ¿Crees que cuando el bastardo de Kylian se entere no seguirás mis pasos? —cuestiona con sorna—. No soporta la traición. —Un temblor recorre mi cuerpo, pero no cambio el gesto, no puedo darle el poder de saber que sus palabras calan en mí—. Y mucho menos a los ingleses, va a echarte de Duart a patadas.

—Solo después de ver cómo te cuelgan —siseo, apretando la daga, consiguiendo que un hilito de sangre recorra el cuello—. Espero que ardas en el infierno.

La empujo alejándola de mí y cae al suelo mirándome con un odio desmedido, no dudo que le gustaría acabar con mi vida si pudiera hacerlo. Me alejo ocultando la daga entre mis faldas para que nadie descubra lo que acabo de hacer, que es mucho menos de lo que me hubiera gustado. Todavía no es el momento de dar a conocer de lo que realmente soy capaz. Y por la prisa que tiene Kylian por sacarme de su vida, dudo que vayan a averiguarlo, lo que no sabe es que no se lo voy a poner tan fácil. Pienso obedecer su orden y llamar a John, pero bajo mis condiciones.

Capítulo 14



Kylian

*E*l alba despunta sin que haya dormido en absoluto. Sentado frente a la ventana, veo cómo el sol comienza a salir tras las montañas que nos rodean, aunque unas nubes oscuras amenazan con ocultarlo. Ha llegado el momento de que Kael descanse al lado de mi padre y de su madre, se merece un entierro digno del hijo de un laird.

No he conseguido dominar la rabia, la furia o la desazón que produce en mí el hecho de que mi hermano haya muerto, siento que le he fallado y las últimas palabras que le dije pesan en mi corazón como una losa que no creo ser capaz de quitarme de encima jamás.

—Lo siento tanto, hermano —susurro al aire mientras me levanto de mi asiento, sabiendo que no puedo seguir escondido en mi alcoba —. Nunca quise ocupar el lugar que te pertenecía por derecho.

Al salir, me sorprende encontrar a la Inglesa frente a mi puerta, frunzo el ceño sin comprender el motivo por el que ha decidido venir hasta aquí.

—Buenos días —susurra, gruño porque de buenos no tienen nada —. ¿Cómo estás? —cuestiona, cruzando sus manos delante de su falda de color oscuro.

—¿Qué demonios haces aquí? —espeto, pasando por su lado dispuesto a seguir mi camino—. No corras tras de mí —siseo nervioso —. ¿No tienes nada que hacer?

—Todo está dispuesto —replica a mi lado—. ¿No vas a responderme? —insiste.

Me detengo sin que ella se lo espere y choca contra mi espalda, escucho su gemido de sorpresa, miro sobre mi hombro para encontrarme su mirada de reproche.

—Podrías tener más cuidado, *laird* —me reclama, pasando por mi lado para posicionarse ante mí—. Tu espalda es como un muro de piedra. Por favor, ten cuidado con la herida, cualquier movimiento brusco podría abrirla.

—No te he pedido que me sigas, Inglesa. Deja que me ocupe de mí mismo —farfullo—. Creía que te había dejado claro que no te quiero cerca de mí. ¿Has escrito a tu hermano?

—Lo he hecho —asiente—. Pero no por los motivos que crees —se encoge de hombros—. Solo lo he hecho para informarle de todo lo que ha acontecido en Duart.

—Entonces prepara todo para tu partida —sentencio—. Tu estancia aquí ha terminado, tu presencia aquí ya es innecesaria. Si de algo va a servirme ser el nuevo *laird*, es para no tener bajo mi techo a una *sassenach*.

—¿Ni siquiera vas a respetarme el día que entierro a mi esposo? —cuestiona—. No solo tú sufres, Kylian, apreciaba a Kael.

—No hagas que me repita, mujer —replico, apartándola para continuar avanzando—. Deja que entierre a mi hermano en paz —ordeno.

No volvemos a hablar, aunque no se separa de mí, suspiro aliviado al encontrar a Morrigan en el salón junto a Thomas y a Elvin. No me gusta su presencia, sin embargo, no tengo pruebas contra él, ni yo mismo estoy seguro de que sea culpable de nada.

—¿Preparados? —pregunto, todos asienten—. Démosle el adiós que merece.

Volver a la colina donde mis padres están enterrados no es facil, mucho menos para enterrar a mi hermano mayor, asesinado de la manera más vil. A mi derecha, la Inglesa; a mi izquierda, mi hermana arropada por Elvin. La gente que ha venido hasta aquí para despedir a Kael se mantiene en silencio solo roto por los sollozos ahogados.

Cuando todo termina y uno a uno abandonan el lugar, me obligo a mí mismo a moverme para alejarme, de nada sirve regodearse en las pérdidas que nos impone la vida. Se supone que ahora todo seguirá igual, el tiempo ni retrocede ni se detiene por mucho que lo deseemos, y ahora me veo obligado a asumir una responsabilidad que nunca he querido.

—¿Has decidido qué hacer con mi madre? —pregunta Elvin en cuanto entramos a la sala, no respondo, me duele demasiado la cabeza y tengo demasiado en que pensar—. ¡Kylian! —brama ante mi silencio.

—No vuelvas a gritarme —espeto sin mirarle—. ¿Qué esperas que haga? —Al fin dirijo mi mirada hacia él para verlo tenso, parado frente a mí, ojeroso y como si hubiera envejecido en dos días.

—Déjala marchar —responde tras un breve silencio—. Ya has matado a su hijo…

Estallo en carcajadas ante lo inverosímil de la situación. Puedo llegar a entender que no conciba el mal para su madre, pero que se atreva a pedirme que la deje libre me hace creer que soy imbécil.

—Sabes por qué maté a Bran —respondo—. ¿Pretendías que también lo dejara con vida? ¿Crees que no hubiera acabado contigo si te hubieras interpuesto en su camino? —Su silencio y sus puños apretados me dan la respuesta que se niega a darme.

—Lo entiendo —sisea—. Pero mi madre es una mujer y…

Alzo la mano interrumpiéndolo de nuevo. Comienzo a perder la paciencia y no quiero pagar con él todas mis frustraciones porque muy muy en el fondo sé que Elvin es distinto a su madre y a su hermano, por ello sigue respirando.

—Si vas a decirme que es una pobre mujer indefensa, ahórratelo —suspiro hastiado, sintiendo que la sombra de Karen no va a desaparecer jamás—. Es peligrosa, malvada, sibilina y no la quiero en mi clan. O la mato, o la destierro, Elvin, pero yo no soy ni nuestro padre ni Kael. —Veo cómo su mirada se oscurece—. No soy capaz de perdonarla, no solo por lo que me hizo a mí, sino porque he descubierto que ella mató a padre, no solo a nuestro hermano.

—Puede que fuera Bran —la defiende—. Ella lo amaba —exclama incrédulo, veo cómo palidece.

—Lo amaba tanto que era amante de Robert —sentencio—. Puedo entender que te cueste ver la realidad respecto a ella porque es la mujer que te dio la vida, pero los hechos no se pueden cambiar.

—¿Qué debo hacer entonces? —cuestiona, pasándose una mano por su cabello rojizo—. ¿Ver cómo la matas?

—No lo veas —me encojo de hombros, puede que sea un bastardo sin corazón, pero no soy capaz de sentir compasión por esa bruja—. Deja que pese sobre mi conciencia, no sobre la tuya.

—Me pides que le dé la espalda a mi madre —golpea la mesa que nos separa y Thomas, que hasta ahora se ha mantenido al margen, se posiciona a mi lado—. Siempre he sabido que eras un bastardo sin piedad.

—Para Karen ya no me queda ninguna —asiento—. La odio tanto como ella a mí. No te pido que la traiciones, puedes retarme, Elvin.

—Kylian, ¡no! —grita Morrigan—. No podré soportarlo de nuevo. Sois mis hermanos —solloza—. Por favor, Elvin.

—No me supliques —gruñe nuestro hermano—. ¿Qué clase de hijo sería si no intentara salvarla?

—No se lo merece —rebate mi hermana—. Hirió a Kylian cuando solo era un niño indefenso, mató a padre y a Kael y, aun así, ¿no eres capaz de ver su maldad?

—¿La ves en él? —replica señalándome—. ¿Crees que es mejor que ella? Ha sido capaz de matar a Bran y a tu esposo a sangre fría.

—Tu madre recibirá un juicio justo ante la gente del clan —sentencio—. Y no porque yo así lo desee. Por mí le hubiera rebanado el pescuezo ayer después de escuchar todo lo que había hecho y que desconocía. Si se decide que es culpable, será colgada, puedes quedarte para verlo o marcharte, tú decides.

Una vez más, sale furioso, cegado por una lealtad hacia su madre difícil de comprender para mí. Me dejo caer en mi asiento, uno que ocupó mi padre y Kael antes que yo, y que siento que estoy usurpando. Morrigan, Thomas y la Inglesa me observan, no me gusta ser el centro de atención, sin embargo, ninguno de los tres se mueve a la espera de que vuelva a hablar, consiguiendo sacarme de quicio.

—¿No tenéis nada que hacer? —pregunto—. ¿Tal vez el equipaje? —cuestiono, mirando a la rubia de ojos azules.

—No hasta que llegue mi hermano —se encoge de hombros—. Por lo que si deseas mi ayuda en algo…

—Jamás —gruño—. El día que necesite la ayuda de una inglesa se congelará el infierno.

—Nunca digas nunca, Lobo —se burla—. ¿Quieres que me haga cargo del castillo?

—Puede hacerlo Morrigan, ella al menos es una MacLean —replico.

—Yo también lo soy —alza el mentón con orgullo—. Que no se te olvide.

—Ni lo has sido ni lo serás —siseo—. Morrigan, encárgate de todo, ocupa el lugar que siempre debió ser tuyo.

—Pero, hermano, cuando te cases… —Alzo la mano para acallarla.

—No digas estupideces —escupo—. ¿Quién en su sano juicio va a casarse con un monstruo?

La intrusa en mi hogar bufa y le lanzo una mirada poco halagüeña que no la amilana ni un poco. Estoy deseando perderla de vista, alejarla de mí para que deje de hacerme sentir cosas a las que no quiero poner nombre, eso significaría darle una importancia que me niego a concederle.

—Eres el *laird*, por lo que necesitas herederos —dice—. ¿No sabes cuáles son tus obligaciones?

—Si Morrigan vuelve a casarse, sus hijos pueden serlo, incluso Elvin o su descendencia —rebato—. No pienso condenar a ninguna mujer a soportarme.

—Kylian MacLean el mártir —se burla riendo—. Deja de pensar que todo gira en torno a ti —espeta—. Deberías hacer lo que se espera de ti y punto.

—¿Osas darme lecciones? —siseo, levantándome con lentitud y acercándome hasta quedar frente a la diminuta muchacha que tiene la osadía de devolverme cada golpe sin pestañear—. ¿Tú? —me burlo empujándola por el hombro con uno de mis dedos—. ¿Una maldita inglesa que no sabe ni lo que es el honor?

—Al menos, he cumplido lo que se esperaba de mí y volveré a hacerlo. —Alza la mirada para desafiarme—. ¿Harás tú lo mismo llegado el caso? —No comprendo a lo que se refiere, por lo que mi ceño se frunce todavía más.

—No te incumbe —replico, alejándome cuando un carraspeo llama mi atención, miro hacía mi amigo, que nos observa de brazos cruzados y con una mirada que no me gusta nada—. Fuera de mi vista —ordeno, señalando la salida—. La próxima vez que nos veamos espero que sea para decirme que te marchas de Duart.

—Como guste, *laird* —responde con ironía mal disimulada mientras me hace una reverencia digna de un rey, gruño frustrado porque me gustaría retorcerle el pescuezo con mis propias manos.

—Maldita mujer —siseo, observando cómo se aleja seguida de mi hermana, que, tras lanzarme una mirada acusatoria, ha decidido salir corriendo, llamándola voz en grito—. ¿Se puede saber de qué te ríes? —exijo a mi amigo.

—Creo que no eres consciente del espectáculo que sois juntos —se carcajea—. Hay fuego entre vosotros, hermano.

—¿Te has vuelto loco? —exclamo incrédulo—. Detesto su simple presencia, estoy deseando que el perro de su hermano venga a por ella y se la lleve al lugar del que nunca debió salir.

—¿Estás seguro de ello? —presiona sin perder la sonrisa—. Porque creo que muy en el fondo deseas a la inglesa.

—Si vuelves a decir algo semejante, pienso romperte cada uno de los huesos de tu cuerpo —amenazo y no es en vano—. Jamás he tocado a una maldita *sassenach*, y no pienso comenzar ahora.

—¿Te recuerdo que en la frontera has yacido con alguna? —pregunta, palmeando mi hombro.

—Rameras —escupo—. Y muchas de ellas eran mitad escocesas.

—Deirdre también lo es —rebate—. Se te acaban las excusas, querido amigo.

—Haz algo de provecho —ordeno empujándolo.

—¿Como qué? —cuestiona—. Dime lo que deseas que haga por ti y lo haré, ya lo sabes.

—Desde hoy, y si así lo quieres, eres mi segundo al mando —anuncio—. No podré regresar a la frontera, al menos, no por ahora, y el rey deberá entenderlo. Si tú deseas hacerlo, lo entenderé y respetaré tu decisión.

—¿Crees que te voy a dejar solo? —pregunta ofendido—. Llevamos media vida juntos y no pienso abandonarte ahora. ¿No crees que el puesto debería ser para tu hermano?

—No —niego sin dudar—. Necesito a mi lado gente en la que pueda confiar, y él todavía no me ha demostrado lealtad alguna.

Capítulo 15



Deirdre

*C*uatro días después de enterrar a mi esposo, observo cómo llegan varios caballos desde la ventana de mi alcoba. Sé quién es y, aunque lo ame con todo mi corazón, no puedo evitar temer que mi plan no salga como deseo.

Aliso la falda de mi vestido y arreglo mi cabello con nerviosismo, solo hace unas semanas desde la última vez que vi a mi hermano y se siente como si hubiera pasado media vida lejos de él. Desciendo las escaleras intentando serenar mi corazón, y al salir, descubro que Morrigan y Kylian están dando la bienvenida a John, más bien solo ella, porque su hermano se mantiene al margen con una cara de hastío que no se molesta en disimular.

—¿No vas a saludarme, hermana? —pregunta, extrañado, abriendo sus brazos, no lo pienso dos veces para lanzarme y que me envuelva entre ellos—. Te he echado de menos, pequeña.

—Y yo a ti —un nudo en mi garganta me impide hablar con normalidad.

—¿Qué ha sucedido, Deirdre? —cuestiona cuando nos separamos, mirándome a los ojos en busca de la verdad más absoluta.

—No es necesaria tanta cháchara —interrumpe el nuevo *laird*—. Como sabes, mi hermano ha fallecido, tu hermana es su viuda, nada más, por lo que su presencia en Duart ya no es necesaria.

—Desde luego, tu hospitalidad es abrumadora —se burla John, mirándolo por primera vez desde su llegada—. He viajado lo más rápido posible tras recibir la carta de mi hermana, al menos, deja que bebamos algo.

Lo escucho gruñir, pero es Morrigan quien toma el mando de la situación, no se echa atrás a pesar de que su hermano la mira de una forma que haría temblar al hombre más valiente.

—Por supuesto que sí —asiente, sonriendo con timidez—. Todo está dispuesto.

Entramos al salón, a pesar de escuchar cómo Kylian maldice, su amigo susurra algo que no soy capaz de entender; sin embargo, ahora que mi hermano está a mi lado, siento fuerzas renovadas para presentar batalla si es necesario.

Un tenso silencio se instala en la sala, los hombres no parecen tener deseos de hablar. Morrigan es demasiado tímida, por lo que creo que se siente intimidada ante la presencia imponente de mi hermano, que es igual de alto y fuerte que el *laird* MacLean. La única diferencia es que donde John es luz, nuestro anfitrión es oscuridad; mi hermano rubio de ojos tan claros como los míos herencia de

nuestro padre, Kylian de cabello oscuro y una mirada tan fría que compite con los inviernos en estas tierras tan salvajes.

—Tenemos que hablar, MacLean —anuncia mi hermano, consiguiendo que mi corazón golpee con fuerza en mi pecho.

—¿Sobre qué? —cuestiona sin mirarlo—. Yo no soy mi padre, por lo que no me interesa ninguna alianza.

—Puede que no te interese, sin embargo, mi padre y el tuyo llegaron a un acuerdo. —Kylian, por primera vez, lo mira impaciente —. Una unión de un año y un día, el plazo no se ha cumplido, *laird.*

—¿Y qué culpa tengo yo de que mi hermano haya sido asesinado? —pregunta con brusquedad.

—Ninguna, por supuesto —asiente—. He sabido por mi hermana que lo vengaste y que *lady* Karen está a la espera de un juicio justo. Lo que quiero decir es que Kael no solo te ha dejado a cargo del clan, sino también de su viuda.

Me lanza una mirada casi de repulsión que me tensa en mi asiento a la espera de cualquier cosa que pueda decir, sus reacciones suelen ser impredecibles, ya que su carácter es explosivo.

—¿Has perdido el juicio? —brama, levantándose y tirando la silla al suelo en el proceso, su pecho sube y baja con brusquedad—. No pienso casarme con una inglesa —escupe, lanzándome una nueva mirada, dejando claro su odio hacia mí.

—El acuerdo fue claro, Kylian —presiona mi hermano sin echarse atrás—. Un año y un día, no menos. Deirdre será una magnífica esposa, ha sido criada para ello y puede darte hijos que…

—No necesito una yegua de cría —interrumpe, golpeando la mesa —. No necesito una maldita esposa ni hijos, mucho menos nada de lo que pueda ofrecer tu hermana. Llévatela de vuelta —ordena, dispuesto a salir del salón como alma que lleva el diablo.

—No sé si eres consciente de tu situación —continúa John sin aflojar su asedio—. Tu posición ahora mismo pende de un hilo. La zorra de tu madrastra tiene aliados que tú desconoces incluso dentro de tu propio clan, eres débil ahora mismo, MacLean. —Puedo ver cómo cada músculo de su cuerpo se tensa ante las palabras de mi hermano—. Necesitas una esposa, créeme, si ocupas el lugar de Kael en el trato, juro que seré tu aliado en esta contienda.

—¿Qué saco de todo esto? —sisea entre dientes volviéndose—. Si quiero una ramera que caliente mi lecho, puedo elegirla yo mismo. Por lo demás, puedo seguir como hasta ahora, me ocuparé de mis asuntos como lo he hecho siempre.

—Hermano —dice Morrigan preocupada—. ¿No puedes pensarlo al menos? —pregunta con tiento—. No es tan descabellado, después de todo, si luego no resulta, el matrimonio queda disuelto.

—¿Quieres que me quede con la mujer de Kael? —cuestiona furioso —. ¿También debo criar a su bastardo si se da el caso?

—Eso no sucederá —hablo por primera vez desde que nos hemos sentado—. Él y yo jamás compartimos el lecho.

—¿Debo creer en tu palabra? —pregunta con sorna.

—Solo serán unos meses, prometo ayudarte en todo lo posible…

—¡Ni quiero ni necesito tu ayuda! —me interrumpe a voz en grito—. Marchaos de mis tierras, no volveré a repetirlo.

—¿De verdad quieres una guerra con los Lindsay? —interroga John, perdiendo la paciencia—. Porque, si desprecias a mi hermana de nuevo, si no le das el lugar que le corresponde, voy a arrasar contigo.

—Podría matarte y a ella también, así acabaría con el problema — amenaza, volviendo sobre sus pasos dispuesto a abalanzarse sobre mi hermano, sediento de sangre—. ¿Eso es lo que quieres, imbécil?

—No —exclamo asustada—. Por favor, solo dame una oportunidad. —Odio suplicar, pero no quiero marcharme, no ahora.

Thomas se acerca hasta su amigo y le susurra durante unos minutos que me parecen eternos. No sé de qué hablan, solo puedo ver que Kylian sigue furioso. Morrigan llega a mi lado y coge mi mano para darme consuelo, mientras que mi hermano observa expectante, no dudo que esté ansioso por hacer sangrar al nuevo *laird*.

—Puede quedarse —sentencia. Morrigan me regala una sonrisa de triunfo que no adorna por mucho tiempo su rostro al escuchar lo que todavía tiene que decir—. Pero no pienso tocarla. ¿Queréis un matrimonio? Lo tendréis —sonríe con cinismo—. Pero no mezclaré mi sangre con la de ella.

—Un año es demasiado tiempo —responde John—. Veremos qué ocurre entonces. Por mi parte, prometo ofrecerte ayuda siempre que la precises. ¿Cuándo va a ser juzgada tu madrastra?

—Mañana —informa de mala gana—. Si no vas a llevarte a tu hermana, puedes regresar a tu hogar. Tener una inglesa en mis tierras es más que suficiente, los ánimos no están muy tranquilos estos días y tener forasteros en Duart no va a calmarlos.

—Por eso precisamente voy a quedarme —replica decidido—. Vas a necesitar ayuda.

—¿De ti? —cuestiona riendo—. Lo dudo. He vivido sin tu apoyo hasta ahora y puedo seguir haciéndolo, barón.

—No lo digas muy alto —farfulla mi hermano, le golpeo con mi pie, gruñe y me lanza una mirada de advertencia—. No vuelvas a hacerlo —amonesta.

—Kylian, deja que se queden —interrumpe de nuevo Morrigan—. Como dice, no sabemos quién apoya a Karen y quién no.

—Tú deberías saberlo —rebate—. Has vivido aquí toda tu vida.

—Lo mismo puedo decir de ti —replica enfadada—. No pagues conmigo tu malhumor, hermano. Si no sabes a qué atenerte con tu gente es porque no has estado aquí para ellos, ni para saber quién te es leal y quien no. Ni se te ocurra culparme a mí.

John silba ante el estallido de la morena mientras observa cómo se marcha airada. Kylian blasfema y me mira como si fuera la culpable de todos sus males, alzo una de mis rubias cejas interrogante, eso parece enfurecerlo más porque aprieta su fuerte mandíbula como si así intentara controlarse.

—Kael me dijo que sospechaba de un pequeño grupo —informo, llamando la atención de los tres hombres que quedan en la sala—. Algo sobre los que siempre estuvieron de acuerdo con el último matrimonio del antiguo *laird*.

—¿Se puede saber por qué hablaba sobre eso contigo? —pregunta frustrado—. Una simple mujer incapaz de ser de ayuda alguna —niega como si no lo pudiera creer—. Nunca llegué a comprender a Kael.

—Tal vez fuera porque lo escuchaba y aprendí a apreciar sus virtudes —espeto, cruzándome de brazos—. Tú nunca te paraste a hacerlo, solo hablabas con él para exigir, para cuestionar.

—¡Quería protegerle! —me contradice—. Me quedé solo para salvarlo y le he fallado, no hace falta que me lo recuerdes —escupe.

—No era mi intención —susurro, sintiéndome culpable—. Solo intentaba que entendieras que no soy tu enemiga, nunca lo he sido, y mientras Kael vivió, mi intención siempre fue apoyarlo y ayudarle.

—¿Incluso ahora que sabes que nunca te amó y que tenía una amante? —pregunta, intentando hacerme daño.

—Sabía que no podía entregar su corazón —alzo el mentón con el orgullo magullado—. Pero él al menos tenía uno —escupo antes de marcharme para lamer mis heridas—. Maldito patán.

—No te rindas. —Alzo la mirada para encontrar a Morrigan en lo alto de las escaleras. La subo a paso rápido porque no quiero que nadie nos escuche hablar sobre asuntos tan privados como estos—. Estoy segura de que, si alguien puede salvar a mi hermano, esa eres tú.

—¿Por qué dices eso? —pregunto, llevándola hasta mi alcoba, y al cerrar la puerta, sigo insistiendo—. Morrigan, me odia.

—Odia lo que representas —corrige—. Eres mitad inglesa y para él va a ser difícil de obviar, pero que insista tanto en perderte de vista me hace sospechar que te ve como un peligro para él.

—No lo creo —niego, riéndome ante lo inverosímil de esa teoría—. Además, aunque no fuera mitad inglesa, creo que no le gusto como mujer.

—Ni un ciego podría resistirse a tu belleza —exclama incrédula—. ¿Acaso no sabes lo hermosa que eres?

—Pues tus hermanos son bastante resistentes a ese hecho —intento bromear—. Ni Kael ni Kylian han caído prendados de mi belleza.

—Kael, como bien sabes, ya amaba a otra mujer —replica—. Y los MacLean solo entregamos nuestro corazón una vez. —Frunzo el ceño ante su confesión—. Mi padre se casó tres veces, sin embargo, solo amó a una de ellas, mi madre.

—¿Quieres decir que solo os enamoráis una vez? —pregunto, intentando asimilar algo tan importante—. Tal vez lo que le ocurrió a tu padre solo fue algo aislado…

—No —rebate convencida—. Kael pensaba lo mismo. —La miro impresionada—. Lo siento, siento mucho no haber sido sincera contigo, pero era algo que debía decirte él, no yo.

—No importa —le resto importancia porque no pienso culparla por ser leal a su hermano—. Ni siquiera estoy enfadada con Kael. Si siguiera vivo, pasado un año yo misma le hubiera liberado para que fuera feliz con la mujer que amaba.

—Y por cosas como estas es por lo que estoy segura de que eres la única que puede salvar a Kylian —dice sonriente, aliviada—. Solo tú puedes sacarlo del infierno en el que ha vivido durante demasiados años. ¿Lo harás? —pregunta ansiosa, como si se aferrara a la idea de que soy la única posible salvadora de su amado hermano.

Capítulo 16



Kylian

—Realmente estupendo —farfullo—. Ahora debo cargar con una esposa que no deseo. Si Kael no estuviera bajo tierra, yo mismo acababa con él.

—Sigo aquí —replica el inglés—. No olvides que estás hablando de mi hermana, *laird*.

—Nadie te obliga a escucharme —rebato entre dientes—. Eres libre de marcharte y llevarte a tu adorada hermana contigo —añado con ironía.

—No te lo pondré tan fácil —niega con esa estúpida sonrisa que siempre adorna su atractivo rostro y que me encantaría borrar de un puñetazo, no puedo evitar sentir que lo conozco, pero no consigo recordar de qué—. Ya sabes las condiciones, MacLean. Un año, ni un día menos.

—Malditos Lindsay —escupo—. ¿Por qué mi padre haría tratos con vosotros? Ni siquiera sois buenos guerreros.

—Cuidado —advierte ahora mortalmente serio—. Puedo demostrarte qué tan bueno soy cuando gustes. No insultes a los míos, yo no he insultado a los tuyos, exijo el mismo respeto.

Doy un paso al frente dispuesto a aceptar su desafío, pero Thomas, que siempre se mantiene al margen y en silencio, me retiene. Lo miro, niega con la cabeza pidiéndome una calma de la que no dispongo.

—No, Kylian —dice sin aflojar su férreo agarre—. Sabes que tiene razón, no seas obtuso. Tienes problemas más grandes con los que lidiar; cuando todo acabe, si quieres, te ayudo a patearle el trasero hasta las Lowlands.

—No lo soporto —gruño—. Con tener a su hermana bajo el mismo techo que yo, es suficiente, maldita sea.

—Debes ser inteligente y pensar con la cabeza fría —rebate—. Tu maldito carácter siempre nos trae problemas —escupe—. Míralo —me insta y lo hago para recibir una sonrisa burlesca por su parte—. Sabe que su simple presencia te enfurece y lo disfruta.

—Deja que le pegue un puñetazo —le pido entre dientes, mi amigo no afloja su agarre—. Thomas —advierto, sintiendo como todo mi

cuerpo tiembla—. Suéltame de una vez.

Lo hace consciente de que hay límites que no puede sobrepasar conmigo. Ahora es mi turno de sonreír con suficiencia cuando veo cómo el inglés se tensa a la espera de mi ataque, uno que no va a llegar por mucho que lo desee. Aunque odie reconocerlo, mi mejor amigo tiene razón, tengo cosas más importantes de las que ocuparme y puede que la ayuda del barón me sea útil.

—¿Cuándo debe celebrarse este matrimonio? —pregunto, intentando ser práctico—. Como sabes, debo ocuparme antes de la zorra que tengo encerrada en las mazmorras.

—No intentes buscar una salida —advierte—. Que decida ella —se encoge de hombros—. Después de todo, ha vuelto a ser obligada a casarse con un hombre que no la quiere.

—Pobrecita —me burlo—. El único que sale perdiendo aquí soy yo. No deseo una esposa y menos inglesa.

—Espero ver el día en el que te tragues tus palabras —dice, rodeando la mesa—. Voy a disfrutarlo muchísimo. —Al pasar por mi lado, susurra—: Veamos quién pierde…

—Bastardo —escupo cuando observo cómo se marcha—. Algún día acabaré con él.

—Olvídate de ellos —amonesta Thomas a mi lado de brazos cruzados—. Acabemos de una vez con esto. No entiendo por qué debemos esperar, eres el *laird*, tu palabra es ley.

—Le prometí a Elvin que tendría un juicio —respondo frustrado—. Por eso mismo, Thomas, mi palabra es ley, por lo que debo dar ejemplo por mucho que desee acabar con su vida yo mismo.

—Ni tu hermano ni mucho menos ella se merecen esa merced por tu parte —exclama.

—Kylian, debes aprender a controlarte. —Morrigan entra de nuevo en la sala—. ¿No aprendiste nada de padre? —pregunta, acercándose con paso lento.

—Sí —asiento con brusquedad—. A no casarme, y me veo obligado a ello, al menos, él eligió a sus esposas.

—¿Puedes dejar de autocompadecerte? —exclama, golpeando el suelo con uno de sus pies, algo que solía hacer mucho cuando era una niña—. Deja de pensar en ti, Kylian. No eres el único que debe

sacrificarse, todos en algún momento de nuestras vidas lo hemos hecho.

Sus reproches me dejan mudo, sintiendo que tiene razón y que me sigo comportando como ese niño dolido, asustado y lleno de odio que se marchó de aquí porque no era capaz de vivir con el hecho de que mi padre no me eligió a mí por sobre todas las cosas. Al mirarla, tan joven, tan menuda, no puedo más que sentirme orgulloso por la mujer en la que se ha convertido por sí misma, ya que, a pesar de todo lo que ha tenido que soportar, no se compadece, ni culpa a nadie por su triste destino, sino que lo afronta con la ferocidad de un guerrero, dándome una lección mucho más valiosa que todo lo que haya podido aprender en el campo de batalla.

—Lo siento —digo al fin—. Tienes razón —reconozco, acercándome hasta ella para abrazarla—. Acabas de asestarme un duro golpe, pequeña —susurro contra su cabello, escucho cómo ríe contra mi pecho—. Siempre has sido mucho más lista que yo.

—Para ser más lista, no me fue muy bien —bromea, apartándose y limpiando algunas lágrimas de sus ojos—. Todos nos equivocamos, hermano. Lo importante aquí es lo que vas a hacer a partir de ahora.

—Kael debió dejarte a ti al mando —farfullo ante su inteligencia—. Siempre sabes qué decir o hacer en cada momento.

—Tonterías —replica, golpeando mi pecho—. Jamás fui capaz de empuñar un arma o disparar un arco. Tú vas a ser un magnífico *laird,* no permitas que nadie diga lo contrario.

—Kael lo hubiera hecho mucho mejor —sentencio convencido de ello—. Sin embargo, ya no está y debo asumir la tarea que me encomendó, aunque me encantaría molerlo a golpes por ello.

—Algún día podrás hacerlo —responde con una sonrisa triste—. Estoy segura de que algún día nos volveremos a reunir y tendrás tu oportunidad.

—No me gusta verte triste —susurro—. Ni él lo querría tampoco, así que sonríe, Morrigan.

***

Me encuentro sentado frente a todos los que han querido venir a ser testigos del juicio de Karen. Observo y escucho mientras permanezco en silencio, como ya me había advertido Thomas, un

grupo reducido parece ser ferviente defensor de la señora de Duart, me pregunto si saben la clase de demonio que es, o por el contrario ellos mismo son igual de malvados que ella.

—¿Qué has podido averiguar? —pregunto a mi amigo, que permanece tras de mí—. ¿Qué sabes de ellos?

—Imagino que los conoces o no los recuerdas —frunzo el ceño—. Fueron leales a tu padre toda su vida, pero en algún momento tu madrastra consiguió su lealtad.

—Maldita víbora —siseo, preguntándome como lo consiguió—. ¿Sabes que les prometió?

—Poder —responde—. Al igual que con el difunto esposo de tu hermana. Les ofreció lo que todo hombre desea. —Asiento, comprendiendo que, si quiero que mi gente me respete y sea leal, debo acabar con toda la podredumbre.

—Comencemos —grito para llamar la atención y que guarden silencio de una maldita vez—. Como sabéis, estamos aquí para decidir si *lady* Karen es culpable o inocente.

—Claro que es inocente, muchacho —exclama uno de sus aliados—. No me gusta cómo has tomado el poder —vocifera—. No creo que tu padre quisiera esto cuando ordenó traerte de vuelta.

—Tampoco creo que quisiera morir a manos de su esposa —espeto, todos comienzan a murmurar—. Yo mismo, junto a Thomas y *lady* Deirdre, escuchamos de su propia boca cómo lo hizo y por qué.

—La palabra de una inglesa no nos sirve de mucho —escupe otro—. Y tú eres poco más que un extraño.

Me tenso, soy consciente de que mi futura esposa todavía no es muy querida en Duart. Al igual que yo, mi gente tiene recelos con su procedencia; sin embargo, no logro comprender por qué no me gusta que se hable de ella de ese modo, sobre todo, porque yo mismo pienso cosas peores de ella.

Me doy cuenta de que el inglés que está sentado a mi izquierda se tensa, su hermana a su lado permanece callada, aunque con un semblante serio y los labios apretados dando buena cuenta de su descontento.

—No oséis cuestionar mi sinceridad —bramo furioso—. Puede que no me consideréis apto para ser vuestro *laird* y os doy la razón —

concedo, veo rostros sorprendidos—. Nunca quise serlo, pues le correspondía a Kael por derecho, pero no fui yo quien acabó con su vida, sino Bran, y por ello yo acabé con la suya. ¿Tenéis algo que decir a eso? —pregunto. Tras varios minutos de silencio, me queda claro que, aunque fueran leales al hijo de Karen, la que movía los hilos era ella.

—Veo que no —asiento, sonriendo con cinismo—. ¿Quién creéis que ordenaba tales fechorías? Bran era un guerrero, pero se dejaba manejar por su madre, quien desde muy pequeño le enseñó a odiar a su propia sangre.

—¿No serás tú quien estás envenenado por el percance que te ocurrió de pequeño? —vuelve a cuestionar el mismo hombre.

—¿Percance? —siseo, mirándolo con furia—. ¿Llamas a quemarme la mejilla con una daga un accidente, viejo? —cuestiono, a punto de levantarme para enseñarle la diferencia—. Lo hizo porque me odiaba y siempre lo ha hecho.

—Igual que tú a ella —replica, alzándose de hombros—. Ha tenido que vivir a la sombra de tu madre toda su vida.

—Nadie le dijo que lo hiciera —espeto—. No estamos aquí para debatir el pasado, sino para juzgarla por la muerte de mi padre y de Kael.

—Sin pruebas —insiste—. Muchacho, ser *laird* es algo más que matar a tus enemigos. Has acabado con uno de tus hermanos a sangre fría, ¿quién dice que no ordenaste la muerte de Kael? —cuestiona.

—Es curioso que la curandera apareciera muerta —cabeceo—. Viejo, solo habita en Duart una persona a la que he deseado matar desde que era un niño y nunca lo he ocultado. Soy un guerrero, quien vuelva a poner mi honor en entredicho tendrá que medirse con mi espada.

Hago un gesto a Thomas para que vaya a por mi madrastra, es hora de acabar con esto de una vez. Mientras tanto, espero escuchando los murmullos de mi gente, los ingleses cuchichean entre ellos, por lo que golpeo la mesa con mi puño ordenando que cierren la boca.

Karen entra a la sala con el mentón alzado y mirada decidida, nada de llantos ni ruegos, no los esperaba. Su orgullo le impide mostrar miedo ni pedir una clemencia que sabe no va a obtener de mí.

—¿Sabes por qué estás aquí? —pregunto como una simple formalidad—. ¿Sabes de qué se te acusa?

—No intentes engañar a nuestra gente —masculla alzando la voz—. No voy a obtener de ti un veredicto justo. Ya me has juzgado y sentenciado, ya que esto es lo que siempre has querido.

—Te equivocas —sonrío, levantándome de mi asiento—. Lo que siempre he soñado es acabar con tu vida con mis propias manos, no ahorcada.

—No tienes pruebas, Kylian —se burla en voz baja—. No podrás probar nada; si me matas, jamás obtendrás la lealtad de los MacLean.

—¡Sí las tiene! —Todos miramos hacia el fondo de la sala, alguien se levanta y de inmediato me doy cuenta de que se trata de la amante de Kael, demacrada, como si hubiera envejecido mil años en pocos días, y se acerca hasta estar frente a mí sin inmutarse—. Puede que pocos lo sepan porque no hace mucho que llegué aquí —alza la voz sin apartar los ojos de mí—. Pero soy la nieta de la curandera que fue asesinada porque se negó a matar a su *laird*, fue la forma de silenciarla.

—¿Por qué? —pregunto, sabiendo de antemano su respuesta—. ¿Quién fue a la cabaña esa noche? ¿Fue Bran?

—Sí —todos comienzan a hablar—. Pero ¡no iba solo! —De nuevo, el silencio—. *Lady* Karen lo acompañaba.

—¡Mientes, maldita ramera! —grita enfurecida, Thomas la detiene antes de que se abalance sobre la muchacha—. ¿Qué te ha prometido a cambio de acusarme? —exige saber con rabia.

—Nada —responde sin inmutarse ante el caos que ha creado—. El *laird* no me ha pedido que haga nada, mucho menos que mienta, ya que nadie sabía la relación que me unía a Kael —su voz comienza a temblar—. Habéis matado al hombre que amaba, y lo menos que puedo hacer es vengarlo para que descanse en paz.

—¿Vais a creer a esta bruja? —pregunta a la muchedumbre, que la mira ahora con desconfianza—. Ha matado a mi hijo, y ahora quiere

acabar conmigo.

—Karen MacLean —alzo la voz para silenciarla—, te condeno a muerte por los asesinatos de mi padre y de Kael. Espero que ardas en el infierno por todo lo que has hecho en esta vida.

Aprieta con fuerza los puños, veo en su mirada el momento exacto en el que comprende que no hay nada que pueda decir o hacer para cambiar mi sentencia. Ella va a morir hoy, no por mi mano como hubiera querido, pero al fin vengaré a mi familia.

—Debí atravesar tu corazón aquella noche —sisea, escucho jadeos —. Debí acabar con el bastardo de tu padre mucho antes —continúa destilando odio—. Ya que mi destino era la muerte, al menos, debería haberlos hecho sufrir más.

—Karen. —El anciano que la ha defendido con tanto fervor la observa incrédulo—. ¿Qué has hecho?

—Lo que debía —exclama—. Ninguno teníais valor para cambiar las cosas, y yo jamás tuve paciencia —se alza de hombros y comienza a reír como desquiciada. —. Tuve que soportar ver penar a mi esposo por su adorada Julieth, al menos, me merecía que mi hijo fuera el líder de los MacLean.

—¡Has perdido el juicio! —brama enfurecido—. Nos has mentido a todos.

—No te equivoques —rebate con fervor—. Hice lo que ninguno se atrevió a hacer. Todos sois unos malditos cobardes —escupe a los pies del hombre que hasta hace unos momentos la defendía

—¿Necesitáis escuchar más? —interrumpo cansado, el silencio es la respuesta de mi gente—. Karen MacLean, te sentencio a morir en la horca por traición y asesinato.

El silencio reina en la sala tras mi sentencia, nadie vuelve a salir en su defensa, ni siquiera su hijo, que ha escuchado todo en un apartado rincón con la mirada gacha. Lo lamento por él, puede que ahora todos seamos adultos, pero no puedo evitar recordarlo siendo un niño tímido, temeroso, que nos seguía a Morrigan y a mí por todas partes.

En poco tiempo ha perdido a su padre, a dos de sus hermanos y ahora debe ver morir a su madre, una zorra sin corazón, pero madre, al fin y al cabo.

Capítulo 17



Deirdre

*T*ras la sentencia, después de que la estúpida de Karen se haya delatado a sí misma, nadie tiene los arrestos para seguir defendiéndola. Observo cómo Elvin contiene el llanto agachando la mirada cuando descubre realmente de lo que es capaz su madre,

dándose cuenta de que va a morir haga lo que haga porque se lo merece por todo el daño que ha hecho.

Espero que esa bruja estalle en cualquier momento, sin embargo, se mantiene con la dignidad de una reina incluso después de confesar sus fechorías. Es Thomas el encargado de sacarla al patio, todos los presentes le seguimos para comprobar que todo está preparado. De reojo, miro a Kylian, que se mantiene impasible con sus grandes manos tras la espalda, su mirada no trasmite nada, su ceño fruncido es lo único que delata su descontento por no poder matarla de otra manera.

—¿Crees que habrá problemas? —susurro a mi hermano, que se encuentra tras de mí.

—No —niega sin dudar—. Todos han escuchado cómo ella lo ha reconocido. No creo que nadie sea tan estúpido como para retar a tu esposo.

Escucho cómo Kylian gruñe mirando a mi hermano de reojo, dejando muy claro lo que opina de ser mi marido; aunque la ceremonia todavía no se ha llevado a cabo, para John ya estamos unidos al igual que lo estuve con Kael. Al recordar al hombre con el que me uní hace pocas semanas, un nudo se instala en mi garganta, pues llegué a sentir afecto por él; era joven, con toda la vida por delante y no merecía morir como lo hizo.

Es Thomas el encargado de pasar la soga por el cuello de la mujer que se mantiene impasible, a pesar de que va a morir en breve. Busco a su hijo, no lo encuentro y me tenso ante la posibilidad de que cometa alguna estupidez, como intentar salvarla muriendo en el proceso, ya que no dudo de que Kylian acabará con él por desobedecerle.

—¿Dónde está Elvin? —pregunto a Morrigan, esta mira buscando a su hermano menor con preocupación—. ¿Crees que dará problemas?

—Espero que no —murmura—. Si no, hoy perderé otro hermano.

Contengo el aliento cuando el *laird*, con un simple gesto de asentimiento, da la orden, y Thomas obedece. El cuerpo de Karen cae y no tiene la suerte de partirse el cuello en el proceso, por lo que comienza a luchar por respirar, no es agradable de ver, pero tampoco lo fue ver cómo Kael moría envenenado. El silencio reina en el patio,

donde solo se puede escuchar el crujir de la soga y la lucha por respirar de la mujer que batalla por continuar con vida, son pocos los minutos que tarda en dejar de moverse, y tras unos cuantos más, su cuerpo ya sin vida se balancea por inercia.

Jadeo y me cubro la boca impresionada cuando Elvin hace acto de presencia, me doy cuenta de que Kylian da un paso al frente a la espera de lo que vaya a hacer; sin embargo, solo se acerca al cuerpo sin vida de su madre y con su propia espada corta la cuerda para cogerla en brazos. La gente se aparta a su paso mientras él solo mira al frente hasta que se adentra en el castillo.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —cuestiona el *laird* incrédulo.

—Deja que al menos la entierre, hermano —dice Morrigan con tristeza.

—No en tierra MacLean —rebate con fervor—. Esa maldita bruja es capaz de atormentarnos incluso desde el mismísimo infierno.

—No me digas que crees en esos cuentos de viejas —se burla mi hermano, ganándose una mirada asesina por su parte.

—¿Quién te ha dado vela en este entierro? —espeta—. Habla solo cuando se te pregunte.

—Entonces no lo haría nunca —se encoge de hombros, dedicándole una de sus sonrisas burlescas—. Reconócelo —insta—. ¿Acaso me hablarías por iniciativa propia?

—Ni muerto —escupe—. Solo escucharás de mí ordenarte que te largues de Duart.

—Basta —exclamo harta de su discusión—. Parecéis niños —amonesto.

—No me des órdenes —replica, pasando por mi lado—. Hablaré con Elvin. —Le sigo para detenerlo.

—No creo que sea lo más adecuado —le digo—. Deja que la llore. Puede que la odiaras y con justa razón, pero es su madre, le dio la vida.

—Dudo que haya hecho algo más que eso —rebate, soltándose de mi agarre—. No te metas en mis decisiones, Inglesa

—Deja de llamarme así —exijo molesta—. Soy tu esposa.

—Todavía no —recalca entre dientes—. Y no lo eres por decisión propia. Solo eres una carga más que he heredado y de la que me desharé en cuanto me sea posible.

—Puede que un día te tragues tus palabras —siseo.

—No en esta vida —dice convencido, se marcha dejándome furiosa y frustrada.

—Es un hueso duro de roer, hermanita. —Escucho a mi hermano llegar hasta que se posiciona a mi lado—. Eso ya lo sabías.

Suspiro porque no puedo negarlo. En momentos como estos, creo que soy una estúpida que vive solo de sueños absurdos, sin embargo, nunca he sido de las que se rinden.

—Deberías marcharte. —Veo cómo niega, frunzo el ceño—. No deberíamos tensar la cuerda, John.

—No lo haré hasta que MacLean se una a ti —replica con cabezonería—. No confío en él.

—Puede que sea malhumorado y nos odie, pero sabes que es un hombre de palabra —le recuerdo.

—Pero no fue él quien la dio, Deirdre —corrige, cruzándose de brazos—. Lo siento, pero no pienso marcharme hasta que seas su esposa.

Asiento sabiendo que he perdido esta batalla, no dará su brazo a torcer. Además, aunque odio que no me haga caso, sé que lo hace por mi bien. Nadie puede negar que mi hermano me adora por encima de todas las cosas como yo a él.

—¿Cómo se ha tomado madre que no regrese? —pregunto, rueda los ojos—. Mal, supongo.

—Sabes que ella no estaba de acuerdo en enviar a su única hija a las Tierras Altas —asiente mientras me pasa un brazo sobre mis hombros—. Según ella, plagadas de salvajes —susurra, haciéndome reír.

—Disculpad que os moleste. —Ambos nos giramos para ver a Morrigan tras nosotros—. Me preguntaba si la estancia de tu hermano se va a alargar mucho, el mío, como sabéis, no está muy contento por ello. Aun así, me ocuparé de que su estancia en Duart sea confortable.

—Puedes decirle que, hasta que no se casen, no pienso marcharme —habla John—. Tal vez así se dé prisa, ¿no crees?

—Lo que crea da igual —replica algo cohibida—. Hablaré con él. Cuanto antes acabemos con esto, mejor, Kylian no es un hombre paciente.

—No hace falta que lo jures —farfulla—. No sé cómo lo soportas.

—Cuidado, inglés. —Abro los ojos por la forma en la que habla a mi hermano, un hombre que le dobla el tamaño—. No oses hablar mal de mi *laird* en mi presencia.

—Vaya —silba, alzando las manos en son de paz—. La gatita tiene uñas.

—Si me disculpáis. —Se marcha dejándome sorprendida.

—Deja a Morrigan —ordeno, llamando su atención de nuevo—. Ha pasado por mucho, no necesita que un patán como tú juegue con ella.

—¿Por quién me tomas? —pregunta ofendido.

—Por un hombre que ha yacido con más de la mitad de las mujeres de la frontera —respondo, caminando hacia la sala—. Lo digo en serio, John.

Escuchamos un fuerte estruendo sobre nuestras cabezas, nos miramos preocupados antes de que él desenvaine su espada y salga corriendo escaleras arriba, no sin antes darme su acostumbrada orden.

—No me sigas. —Como siempre, desobedezco, lo escucho gruñir—. No sé por qué me molesto.

—¡Debería matarte a ti también! —brama Kylian—. Así terminaría con su mala sangre.

Llegamos a la alcoba del más joven de los MacLean para comprobar que ambos están enzarzados en una pelea que, obviamente, gana el mayor de ellos. Karen yace sobre el lecho de su hijo, dejándome saber que el muchacho estaba velándola hasta poder enterrarla.

—Solo he pedido que me dejes enterrarla al lado de padre —gruñe, intentando esquivar los golpes—. Es su esposa.

—No se merece estar al lado de él —sisea, empujándolo de nuevo —. No la quiero en mis tierras, no volveré a repetirlo.

—Eres un maldito bastardo —grita cuando está a punto de salir por la puerta tras empujar a mi hermano—. Ni siquiera me dejaste enterrar a Bran.

Grito asustada cuando desenvaina su espada, por lo que actúo sin pensar, me posiciono entre los dos para evitar que cometa un error del que se arrepentirá después.

—Apártate —sisea—. Deja que termine con esto. Lo está pidiendo a gritos.

—Baja la espada, Kylian —le pido—. En realidad, no quieres hacer esto, no a Elvin.

—Es como ellos —gruñe sin apartar los ojos de su hermano menor, que se limpia la sangre del labio.

—No lo es —rebato—. Cálmate.

Mi mano se posa en su antebrazo, que tiembla ante la furia contenida, sus ojos bajan hasta la zona que estoy tocando y la observa lo que me parece una eternidad, finalmente se da media vuelta y sale de la alcoba como alma que lleva el diablo.

—No sé si quieres morir o eres estúpido, muchacho —riñe John—. Sabes que no se merece ser enterrada junto a los demás y, aun así, le exiges poder hacerlo.

—Les he fallado —farfulla—. A ellos porque jamás los apoyé y he visto como eran asesinados ante mis ojos, y a Kylian por no poder serle leal.

—Si no le fueras leal, hubieras participado en todos los planes de tu madre —rebato, intentando darle algo de paz en toda esta tormenta —. ¿Me equivoco?

—Hace años que dejaron de intentarlo —escupe—. Al principio, me golpeaban cuando no hacia lo que ellos querían, después ni siquiera eso. He sido el desplazado en ambos bandos.

Siento muchísima lástima por él. Imagino lo que debe haber sido vivir en una batalla campal por el poder entre estos muros, siendo un estorbo para su madre y hermano por negarse a hacer lo que esperaban de él y desplazado por sus otros hermanos por desconfianza.

—Y, aun así, los has defendido —cuestiona John ceñudo—. Has intentado salvarla sabiendo que no lo merecía, ahora pides que se le

dé un descanso digno cuando tampoco lo merece. Es hora de que elijas en quién vas a depositar tu lealtad, muchacho.

—Kylian jamás confiará en mí —susurra, mirando el cadáver de su madre—. ¿De que servirá que le jure lealtad?

—Hazlo —insisto—. Puede que te sorprendas.

Bufa y rueda los ojos, sin embargo, he logrado ver en ellos el miedo que siente a no ser capaz de convencer a su hermano, a seguir siendo un desplazado en su propio hogar. No va a ser fácil conseguir que Kylian confíe en él, deberá ganárselo con sudor y sangre si desea que su *laird* lo tome en cuenta.

—Tendré que marcharme de Duart —murmura para sí—. No quiero seguir viviendo de esta manera, y no hay forma de que Kylian olvide de quién soy hijo. No es capaz de comprender que compartíamos el mismo padre.

—Tampoco te sirvió mucho en el pasado a ti —recuerdo sin querer mortificarlo más, pero creo que es necesario que también entienda por qué su hermano no dará su brazo a torcer con facilidad.

—¿De verdad lo crees? —cuestiona con una sonrisa extraña que me pone los pelos de punta, se gira y aparta su vestimenta para mostrar una espalda llena de cicatrices, jadeo cubriendo mis labios al imaginar el dolor que debió sentir—. Kylian no es el único con heridas permanentes, solo que las de él son más visibles.

—Y, aun así, ¿intentaste salvarla? —pregunta mi hermano incrédulo —. O eres más tonto de lo que pensaba, o un loco.

—Fue Bran —rebate—. Era mi hermano el encargado de torturarme, y, aun así, nunca cedí a sus demandas, por lo que creo que merezco un poco de confianza por parte de Kylian.

Capítulo 18



Kylian

*E*se mocoso ni siquiera me ha rozado una sola vez.
«¿Se puede saber en qué demonios estaba pensando nuestro padre para no enseñarle nada?». Aunque Elvin no era su sucesor, siempre se nos enseña a pelear para ser capaces de defender a nuestra gente.

—Y, aun así, se ha enfrentado a mí —susurro para mí mismo, deteniéndome antes de descender las escaleras—. Debe haber perdido el juicio —farfullo, mirando hacia atrás—. Y yo también.

Vuelvo tras mis pasos y escucho voces cuando estoy llegando a la alcoba de la mujer que más he odiado, permanezco inmóvil al escuchar a Elvin revelar algo que para mí es nuevo, desconocía que hubiera sido maltratado por su madre o hermano. Imaginaba que no se llevaban del todo bien porque él no tiene la maldad que ellos tenían, sin embargo, por mi mente jamás pasó la posibilidad de que fuera torturado por su propio hermano. Aprieto los puños deseando volver a acabar con ese bastardo, toda su vida me despreció y en cierta manera incluso podía comprenderlo, pero que le hiciera daño a su propia sangre, es incomprensible para mí, ya que antes me cortaría un brazo que dañar a Morrigan.

—¿Por qué nunca me dijiste nada? —pregunto, entrando a la alcoba, los ingleses me miran sorprendidos, Elvin con desconfianza—. Voy a dejar que entierres a tu madre, pero fuera de mis tierras y es mucho más de lo que debería hacer, lo sabes.

—¿Cuándo debí decírtelo, Kylian? —cuestiona—. ¿Cuándo éramos niños? ¿Cuándo te fuiste? —interroga molesto—. No voy a seguir suplicando por ella. Puedes estar tranquilo.

—Si necesitas ayuda, pídeselo a alguno de los hombres —concedo de nuevo al verlo tan joven, tan abatido y solo—. Cuando hayas acabado, quiero que vengas a hablar conmigo, decidiremos qué es lo que deseas hacer.

De nuevo, me marcho sintiendo que he hecho lo correcto. No me sorprende escuchar cómo alguien sale tras de mí, ruedo los ojos sabiendo de quién se trata, ya que he aprendido a reconocer su

manera de caminar. Me detengo porque, si no termino con esto, me seguirá por todo Duart.

—¿Y ahora qué, *sassenach*? —pregunto sin volverme, sintiendo su presencia en mi espalda—. ¿No he actuado como esperabas de mí?

—Ahora sí —responde tras un breve silencio en el cual la escucho suspirar—. Si deseas que mi hermano marche a su hogar, debemos casarnos…

—No me lo recuerdes —espeto—. Encárgate de que todo esté dispuesto para mañana.

—¿Mañana? —exclama, moviéndose hasta que la tengo delante de mis ojos—. Pero Kael acaba de morir y…

—Ni la menciones —vuelvo a interrumpir impaciente—. Si pudiste unirte con Kael poco después de la muerte de mi padre, bien lo podemos hacer ahora que esa zorra no era nadie.

—Sin embargo, soy una viuda —rebate, alzando el mentón, encontrando su mirada con la mía, no suelo permitirme perderme en la profundidad de sus ojos azules—. ¿Qué pensaran de mí?

—¿Debe importarme? —me cruzo de brazos, algo brilla en su mirada, es tan sencillo conseguir enfurecerla que se convierte en un juego—. Mientras no estés preñada de mi hermano…

—Jamás intentaría engañarte con algo así. —Ahora es su turno—. Ya te dije que nunca llegamos a compartir el lecho.

—Pero eso los demás no lo saben —escupo—. Aunque eso no es lo que realmente importa, porque no pienso ponerte un solo dedo encima —sentencio con la intención de seguir mi camino, debería haber sabido que no lo iba a dejar pasar. Su mano se posa en mi antebrazo—. Suéltame —ordeno con frialdad.

—No —replica—. ¿Eres consciente de que un matrimonio no lo es hasta que está consumado? —pregunta—. Debemos convivir durante un año y…

—Menos —interrumpo—. Me importa poco, Inglesa. Si consiento esto es porque ahora no puedo permitirme una guerra con los tuyos. Mi clan es inestable y debo velar por ellos. Tú solo eres una carga que debo soportar por un tiempo, pero no significa que vayas a ser mi mujer.

—¡No puedes hacer eso! —exclama frustrada—. Eso no es lo que se espera de nosotros.

Entrecierro los ojos y me deshago de su agarre, que dura demasiado, tanto que noto esa zona de mi piel arder. La desconfianza hace mella en mí, la observo con suspicacia, intentando descubrir sus motivos ocultos para tanta insistencia.

—Espero que no me hayas mentido —siseo—. Si estás preñada, no pienso hacer pasar al bastardo de mi hermano por mío.

—No miento —replica ofendida—. ¿Cómo puedo demostrarlo?

—Solo hay dos formas —respondo—. Una sería comprobar por mí mismo que eres virgen, algo que no pienso hacer, otra es que pasen los meses y tu vientre no crezca.

Se cruza de brazos y yo me marcho raudo, escapando de su mirada, ya que en ella he podido ver un atisbo de dolor, maldigo porque no debería importarme, me niego a que lo haga. Cumpliré con lo que se espera de mí para que los Lindsay no vengan hasta aquí a reclamar nada, pero en cuanto el tiempo estipulado termine, pienso enviar a la Inglesa al lugar del que nunca debió salir.

Thomas me encuentra y me comunica que los ancianos del clan quieren reunirse conmigo para hablar de todo lo ocurrido, imagino que aquellos que le eran leales a Karen ahora quieren cambiar de bando ante el giro de acontecimientos con el que no contaban.

—Si por mí fuera, la mitad de ellos saldrían de Duart de una patada en el culo —rezongo, dejándome caer en mi asiento, pasándome la mano por el cabello, sintiendo un dolor de cabeza casi insoportable—. Supongo que no puedo hacerlo, ¿cierto?

—Si quieres preservar la paz, no —responde mi amigo lo que ya sé —. Tu deber es ese, Kylian. Sé que estás tan acostumbrado a las batallas que no piensas antes de actuar, pero debes ser consciente de que, a partir de ahora, tus actos tendrán consecuencias en muchas personas.

—Maldita sea —escupo—. No voy a ser un buen *laird.*

—Serás el mejor —sentencia—. Confío en ti, hermano. Sabrás guiar a tu gente y protegerás cada vida con la tuya propia, no me cabe la menor duda. Recuerda que he estado a tu lado en el campo de

batalla durante años, y has protegido a los tuyos con tu propia sangre.

—Haz que pasen —suspiro—. Acabemos con esto de una vez, así también anunciaré mi unión con la Inglesa.

Asiente y sale para hacer entrar a seis hombres que me vieron crecer y, aun así, a mí regreso soy para ellos poco más que un forastero. Me pregunto qué pasará ahora por sus cabezas viéndome sentado donde antaño lo hacían mi padre o Kael.

—Gracias por recibirnos —dice el firme defensor de la zorra que todavía yace entre estos muros—. Creo necesario disculparme, muchacho. —Alzo una de mis cejas sorprendido, mas no digo nada a la espera de que continúe—. Nos hemos dado cuenta de que fuimos engañados como estúpidos —niega con la cabeza y agacha la mirada avergonzado.

—Lo que quiere decir mi hermano… —Giro un poco mi cabeza para mirar al hombre que habla, parece el más joven de todos—. Es que creemos que es necesario pedir disculpas por dudar de tu palabra, deseamos jurarte lealtad.

—¿Por qué? —pregunto—. No necesito disculpas que no sean sinceras, y mucho menos que me juréis una lealtad que no sentís.

—Pero… —dice el mayor contrariado, alzo mi mano para que guarde silencio.

—Puedo comprender que no me queráis como *laird* de los MacLean —replico—. No deberías ser yo quien estuviera aquí sentado, pero debo honrar tanto a mi padre como a mi hermano.

—Lo entendemos —se apresura a decir otro—. Muchacho, no dudamos de que serás muy capaz de guiar al clan.

—¿No lo hacéis? —cuestiono sin dar mi brazo a torcer—. ¿Desde cuándo? Hace pocas horas descubristeis que la bruja a la que protegíais con tanto celo había sido la culpable de las muertes de su esposo y de mi hermano. ¿Miento?

—No —niegan—. Por eso rogamos tu perdón, muchacho. Somos demasiado mayores para ser desterrados.

—No había pensado en ello —me acaricio el mentón donde una barba incipiente raspa la palma de mi mano—. No voy a desterraros porque no habéis amenazado mi vida ni la de los míos. Espero que

en el futuro no confabuléis en mi contra —advierto, de nuevo, niegan asustados—. Bien. Ya que estamos reunidos debo anunciar mi unión con la Inglesa.

—¿Perdón? —cuestiona el más mayor—. ¿Con la viuda de Kael?

—Sí —reafirmo—. Su hermano me ha dejado claro que los Lindsay quieren que se cumpla lo acordado, no importa con qué MacLean —termino con burla.

—Supongo que es acertado. —Con un simple gesto, afirmo—. No podemos permitirnos una guerra ahora mismo. ¿Quién en su sano juicio querría que su hija se despose con dos hermanos?

—Siempre lo digo, los ingleses son inmorales —replica otro—. Lamento que debas pasar por este trance, muchacho.

—Solo será el tiempo estipulado —sentencio—. No tengo ningún deseo de casarme y mucho menos con una inglesa, con una mujer que no he elegido yo.

—Recuerda que, como *laird*, debes tener hijos que continúen tu linaje —intercede otro.

—Desde luego, no con la *sassenach* —niego—. Cuando lo crea necesario, yo mismo buscaré una mujer del clan o de algún clan aliado.

Doy por terminada la reunión algo más tranquilo sabiendo que no están pensando en revelarse contra mí, puede que después de acabar con el mal que ha podrido Duart durante tantos años todo vuelva a la normalidad, a ser lo que fue cuando mi madre vivía.

—Mantenlos vigilados —le pido a Thomas, mirando por la ventana, viendo cómo cada uno sigue su camino—. Dudo que creen problemas, pero no podemos confiarnos.

—Lo haré —asiente—. ¿Algo más? —pregunta.

—Llama a mi hermana —respondo—. Dile que venga.

Sigo contemplando a través de la ventana cómo los demás continúan con su vida mientras la mía de nuevo va a dar un giro inesperado con el que no contaba. Mi intención siempre fue marcharme de aquí, sin embargo, ahora me encuentro atado para siempre a Duart, un lugar que ya no considero mi hogar, además de que debo hacerlo casado con una mujer que odio.

—¿Querías verme, hermano? —La llegada de Morrigan interrumpe mis pensamientos, la observo caminar hasta quedar frente a mí—. ¿Algo te preocupa?

—Todo —reconozco—. Pero no te he llamado para cargarte con mis problemas, solo para pedirte que te encargues de lo necesario para que mañana pueda unirme a la Inglesa.

—Deirdre —corrige ceñuda—. ¿Mañana?

—Cuanto antes, mejor —suspiro—. ¿De qué sirve alargarlo? Debo tolerarla durante un año, al menos, su hermano se irá y no tendré que soportar su presencia hasta que vuelva para recogerla.

—Haré lo que me pides —consiente—. Al menos, trátala con respeto, Kylian.

Bufo y ruedo los ojos ante su petición. Me conoce, por lo que no comprendo por qué demonios me pide algo que sabe que no puedo dar. Se marcha para preparar lo necesario, aunque le he dejado claro que no quiero nada fastuoso, ni que todo el clan se reúna como la vez anterior. Comienza a oscurecer y mi paz solo se ve perturbada por la llegada de los ingleses junto a Morrigan para la cena, las horas han pasado sin que me diera cuenta por estar inmerso en mis pensamientos, intentando superar esa sensación de asfixia ante el inminente futuro que se me presenta por delante.

—¿Todo bien? —cuestiona Thomas, el último en entrar al salón—. ¿Kylian?

—Sí —asiento molesto cuando la Inglesa se sienta a mi lado—. ¿Qué crees que haces? —siseo.

—Sentarme a cenar —responde como si nada—. Este siempre ha sido mi sitio, es el tuyo el que ha cambiado.

Comienzan a servir la cena, por lo que decido guardarme lo que tengo que decirle. Debo aprender a controlarme si quiero mantener la cordura estos meses y no matarla en el proceso. Puedo sentir la mirada de su hermano sobre mí como si esperara un estallido por mi parte, no pienso darle tal placer.

Capítulo 19



Deirdre

*M*e doy cuenta de lo tenso que está a mi lado, sus manos con los nudillos blancos por apretar con fuerza el cuchillo con el que corta la carne de su plato. De reojo, soy consciente de que John no deja de mirarlo, por debajo de la mesa le lanzo una patada que le hace gruñir y dedicarme una mirada asesina, con un simple gesto le dejo saber

que no me asusta y que quiero que detenga lo que sea que le esté pasando por la cabeza.

—¿Todo listo para mañana, Morrigan? —le escucho preguntar—. Si es a primera hora, mejor, así nuestro invitado podrá partir sin demora hacia su hogar. Un hombre tan importante como él no debería perder el tiempo entre salvajes —apostilla con ironía.

—Créeme, MacLean, nada es más importante para mí que el bienestar de mi hermana —replica mi hermano con aparente tranquilidad—. No hace falta que te preocupes por mí.

—¿Qué pensará el clan? —le pregunto algo preocupada, no he podido evitar pensar en ello desde que hace unas horas me lo comunicó, pero tenía la esperanza de que alguien lo hiciera recapacitar—. Hace poco que he enterrado a Kael…

—No es mi problema —interrumpe—. El tiempo corre, y no quiero a tu hermano y su gente en Duart. O nos casamos mañana o no lo hacemos, tú decides.

—Como gustes —farfullo, intentando controlar mi ira—. Acabemos de una vez con esto.

—Por una vez, parece que estamos de acuerdo en algo, Inglesa —asiente tras beber de su copa.

Los nervios comienzan a invadirme al darme cuenta de que mañana debo volver a casarme, pero esta vez con alguien que me detesta, que no se ha tomado la molestia de conocerme como hizo su hermano antes de juzgarme y sentenciarme. Puede que sea mi culpa porque guardo secretos que todavía no han de ser revelados, y ahora más que nunca temo que llegue ese momento, conozco a mi futuro marido, y si no logro ganarme su corazón para cuando los descubra, me enviará lejos sin dejarme explicar mi postura.

—Me retiro —anuncio—. Hasta mañana.

Solo recibo respuesta de mi hermano y de Morrigan, que me observa con preocupación. Al entrar en mi alcoba, dejo salir el aire que estaba conteniendo durante la cena, paseo por la estancia intentando calmarme y sabiendo que esta noche será imposible dormir al pensar que mi futuro se vislumbra lúgubre y solitario una vez más. La primera vez lo hice por mi familia, por mi clan, ahora

solo mi hermano y yo sabemos la verdad, una que todavía no puede salir a la luz.

—Solo necesito un poco de tiempo —susurro mientras deshago mi trenza y cepillo mi cabello con fuerza—. Y un milagro.

Me desnudo y me meto en el lecho enorme para mi menudo cuerpo, deseando dejar de sentirme tan sola en una tierra extraña. Gracias a Kael, los MacLean comenzaban a aceptarme, puede que a partir de mañana vuelvan a odiarme, ya que no lograrán comprender por qué me caso de nuevo con su *laird*. Puede que me vean como una forastera oportunista, de nuevo tendré que demostrar mi valía para no tener que soportar las miradas de desprecio cada vez que salga del castillo.

Cierro los ojos con la esperanza de conseguir dormir un poco para tener un aspecto decente mañana, pero no paro de dar vueltas en el lecho, buscando una postura cómoda e intentando que mi mente deje de atormentarme. Finalmente, creo que el cansancio me vence no mucho antes del amanecer, por lo que, cuando Morrigan irrumpe en mi estancia seguida de varias criadas, gruño cubriéndome con la manta para seguir durmiendo.

—Levántate, perezosa —dice mientras da órdenes a las muchachas del servicio—. Si haces esperar a mi hermano, es capaz de suspender la boda.

Me levanto como un resorte, consiguiendo que se ría a carcajadas por mi reacción. Me meto en la tina con el agua demasiado caliente para mi gusto, mas no voy a quejarme por ello. Mi cuñada me ayuda a lavarme el cabello, una vez limpia, salgo para utilizar el mismo vestido que la vez anterior, algo que detesto pero que no puedo remediar.

—¿Quieres que trence tu cabello? —pregunta, sonriendo solicita.

—No —niego, pensativa, acariciando la tela de mi falda—. Lo dejaré suelto.

—La verdad es que no entiendo por qué lo ocultas —replica—. Es hermoso.

—La costumbre —me encojo de hombros—. Debería salir, tu hermano debe estar furioso, y si le hago esperar, solo empeorará su ánimo.

—Seguro —asiente—. Es mejor no darle motivos para soportar sus gruñidos —bromea—. A veces pienso que lo llaman Lobo porque suele parecer más animal que persona.

Sé que pretende hacerme reír y aligerar el ambiente, sin embargo, la larga noche que he pasado sin casi poder dormir y los nervios que atenazan mi estómago no me lo permiten. Tampoco puedo decirle que el apodo que le han dado a su hermano es más que merecido, ella no lo ha visto en plena batalla, no sabe de lo que es capaz por proteger a los suyos y a su patria.

—Imagino que lo que ha vivido ha forjado su carácter —murmuro, jugueteando con mi cabello por los nervios—. No seas tan dura con él.

—No lo soy —se defiende—. Créeme, lo amo, es mi hermano mayor, siempre fue mi héroe, la persona en la que me refugiaba cuando más asustada estaba. Y por eso mismo sé que lo único que necesita es amor. —La miro sorprendida—. Necesita a alguien que lo ame con todo el corazón, que le sea leal hasta la muerte, que sea su compañera y confidente, ¿podrás ser tú esa mujer? —cuestiona.

—No lo sé —reconozco en voz baja—. Seguramente, tu hermano no me lo permita.

—No te rindas con él —me pide, cogiendo mi mano entre las suyas, en sus ojos brilla una súplica que me parte el corazón—. No lo abandones tú también…

Somos interrumpidas por unos fuertes golpes en la puerta. Esta se abre para dar paso a mi hermano, Morrigan suelta mi mano muy despacio y a mí no me pasa desapercibida la mirada de apreciación que le dirige a John. El miedo me invade y siento la necesidad imperiosa de hacer que se marche de Duart antes de que le rompa el corazón a mi cuñada.

—MacLean me está poniendo de los nervios —dice, mirándome enfadado—. Mueve el trasero, hermana. —Escucho el jadeo ahogado de Morrigan ante su brusquedad—. Quiero salir de aquí cuanto antes o le romperé los dientes.

—Creí haber dejado claro que no hablara mal de mi *laird* en mi presencia —espeta Morrigan—. ¿En Inglaterra no existen los modales?

—Créeme, princesita. —Me tenso porque mi hermano va a atacar—. Soy mucho más educado que tú o los de tu familia. Pero tu hermano saca lo peor de mí, puede que me vea obligado a permitir que mi hermana se case con él, pero no tengo porque aguantarlo yo.

—Pues márchate —replica sin amilanarse, es increíble, ya que la he visto encogerse por mucho menos cuando su marido estaba presente —. Nosotros tampoco queremos ingleses en Duart. —John alza una ceja con cinismo y me señala sin pronunciar palabra—. Tu hermana es la excepción, se ha ganado un hueco entre los MacLean.

—Vaya por Dios —exclama, alzando las manos hacia el cielo, como si ese hecho fuera una calamidad—. Deja de meterte en conversaciones ajenas o creeré que quieres llamar mi atención.

Mi cuñada enrojece hasta la raíz del cabello, dejando claro que, por desgracia, no es inmune a la belleza de mi hermano. Debería estar más que acostumbrada a estas reacciones, pero no creo que jamás pueda comprenderlas y mucho menos aceptarlas de buen grado.

—Ni en tus mejores sueños —sisea furiosa—. Voy a decirle a Kylian que bajarás de inmediato, te aconsejo que no le hagas esperar más, no sirve de nada retrasar lo inevitable —me dice, pasando por mi lado como una exhalación, dejando claro que está furiosa y avergonzada a partes iguales.

—Nada lo es —interviene de nuevo mi terco hermano—. Si Deirdre decide no casarse, no pienso obligarla. —Me doy cuenta de que el fervor con el que me defiende la sorprende, después da paso al dolor, creo que incluso soy capaz de saber lo que piensa. Kylian no hizo nada parecido en su día, siento mucha pena por ella.

Se marcha sin decir una sola palabra ante las últimas de John, él observa cómo se cierra la puerta dejándonos de nuevo solos. Carraspeo para llamar la atención, y aunque me mira, lo hace con el ceño fruncido, cosa que solo aparece en su rictus cuando le molesta algo y no encuentra una solución inmediata para resolver el problema que lo atormenta. No puedo evitar preguntarme por qué siempre ataca a mi cuñada, a pesar de que le he advertido en varias ocasiones para que deje de hacerlo.

—Sé que me estoy repitiendo, pero si no te lo pregunto por última vez, no podré vivir en paz. —Sonrío con tristeza—. ¿Estás segura?

Sabes que no me importa desafiar a nuestro padre, a nuestro clan o al de los MacLean, y mucho menos a tu futuro marido…

—Es mi decisión —asiento, acercándome hasta él para abrazarlo—. Salgamos de aquí —apremio—. Comienzo a escuchar alboroto en el salón —bromeo para intentar controlar mi nerviosismo.

—Lo que tengo que hacer por amarte demasiado —suspira, ofreciéndome su brazo—. Acabemos con esto.

Capítulo 20



Kylian MacLean

Cuando al fin aparece, me obligo a no apreciar su belleza. No me pasa desapercibido que utiliza el mismo traje que cuando se unió con mi difunto hermano. Gruño por lo bajo porque la sonrisita de imbécil que adorna el rostro de su hermano me exaspera. Mientras avanza con mi futura esposa, me mira como si fuera conocedor de algún secreto que desconozco, y eso me enfurece, por no hablar de verme obligado a desposarme con la viuda de mi hermano, a la que detesto.

—Acabemos con esto de una vez —mascullo cuando llegan a mi lado, le arrebato el brazo para que se quede junto a mí, no me pasa desapercibido cómo el rubio se tensa y maldice, ni cómo su hermana, con un simple gesto, lo calma—. No tengo todo el día… —apremio.

—Eres el colmo del romanticismo —ironiza mi futuro cuñado alejándose.

—Qué ganas tengo de que salga de mis tierras —siseo sin que me importe que la mujer que tengo al lado me escuche—. ¿Segura de esto? —Bajo la mirada para encontrar la suya.

—Eres la segunda persona que me pregunta lo mismo —sisea—. Hago lo que debo hacer para conservar la paz entre nuestra gente, por lo que no vuelvas a cuestionarme, seguramente, no lo harías si fuera un hombre.

—Si ese fuera el caso, no estaría a punto de casarme —espeto, mirando al frente.

La ceremonia es corta porque así lo he ordenado y por supuesto no hay celebración. Primero, porque mi hermano debe estar revolviéndose en su tumba; segundo, porque no siento que haya que hacerlo. El silencio tras terminar me deja saber que esperan de mí algo, miro a mi alrededor, luego a la que ya es mi esposa, me hace un pequeño gesto, frunzo el ceño porque no sé qué demonios quiere.

Lo que hace a continuación me deja tan sorprendido que no soy capaz de reaccionar. Se coge a mi *kilt,* se alza de puntillas y posa sus labios en los míos. Me tenso, gruño furioso por no apartarla de inmediato y por reaccionar cuando no debería, mis manos se posan en sus hombros y la aparto.

—Eso no era necesario —mascullo, mirándola furioso al ver que me sonríe complacida—. No vuelvas a hacerlo.

Guardo silencio cuando lo que más me gustaría es lanzar unos cuantos gritos porque su hermano se acerca para felicitarnos, Morrigan también, pero más comedida, como si supiera exactamente lo que estoy pensando. La poca gente que ha querido ser testigo de esta charada también se acerca a darnos sus buenos deseos, después, poco a poco van saliendo.

—Ya he cumplido con las exigencias de tu clan —le digo al hombre que murmura junto a mi esposa—. Puedes salir de mis tierras.

Me mira con seriedad lo que parece una eternidad, al fin asiente para posar de nuevo la mirada sobre su hermana, y como parece que están despidiéndose, me alejo un poco, no porque quiera darles privacidad, sino porque no soporto tanto sentimentalismo. Veo de reojo cómo se abrazan. ¿Cuándo fue la última vez que abracé a alguien por iniciativa propia? Creo que a mi llegada y porque Morrigan se lanzó contra mí, además, verla después de tantos años fue un golpe demasiado fuerte, fui consciente de todo lo que me había perdido por no estar a su lado.

—Deja de mirarlos ceñudo —amonesta Thomas, no me había dado cuenta de que lo estaba haciendo—. Es lógico que se despidan, no te está traicionando de ninguna manera.

—Para traicionarme, me tendría que ser leal —resuelvo—. Siendo inglesa ya sabes donde dejan sus lealtades.

—Hablar contigo es como golpear un muro —replica—. Espero que abras los ojos a tiempo, hermano. Tu odio te ciega, te impide ver lo bueno que te rodea porque estás demasiado ocupado reviviendo el pasado una y otra vez.

—No sabes de qué demonios hablas —siseo y le lanzo una mirada de advertencia—. Thomas, nos conocemos desde hace años, ¿cuántas veces te hablé sobre mi pasado? —cuestiono cruzándome de brazos a la espera de su respuesta.

—Ninguna. —Asiento complacido—. Eso no significa nada. —Me tenso y ruedo los ojos—. En tu mente sigues atrapado en esa maldita noche donde toda tu vida cambió para siempre. Revives el dolor, la soledad, la traición, envenenando tu mente y tu alma.

—¿Quién te ha pedido opinión? —escupo, y me complace observar cómo el inglés se aleja, tan ensimismado estaba en la discusión con mi mejor amigo que no me he dado cuenta del momento en el que ha salido por la puerta del castillo para montar sobre su caballo—. Al fin algo bueno —celebro con sinceridad—. Esperemos que los meses pasen rápido y me permitan ver marchar también a la *sassenach.*

—¿Qué piensas hacer con ella? —pregunta, lo miro sin comprender —. Sabes que tienes que consumar quieras o no. —Gruño, negando con la cabeza—. Demonios, Kylian. Tu esposa es una mujer hermosa, no va a ser un gran sacrificio. Nunca has tenido problema para yacer con una mujer, no olvides que estás hablando conmigo.

Precisamente por ello debería saber que no soy como los demás, no me siento cómodo con el contacto, ni con tener una mujer bajo mi cuerpo mirándome, no puedo olvidar mi aspecto, por lo que he aprendido que lo mejor para mí es poseerlas como un animal. Siempre con su consentimiento, pero sin que ellas puedan verme, y una vez saciado mi deseo, no permito que me toquen, mucho menos dormir juntos, aprecio mi espacio y mi libertad, y ahora siento como si me hubieran arrebatado ambas.

—¿Puedo retirarme? —Me giro sorprendido, Deirdre se encuentra muy cerca de nosotros, espero que no haya escuchado nada de nuestra conversación—. Imagino que no habrá celebración y lo cierto es que no me apetece ver a nadie en este momento.

—¿Estás teniendo un berrinche, Inglesa? —pregunto, alzando mi ceja sana—. Harías bien en recordar quién manda en Duart, ya que este comportamiento tan infantil no va a servirte de mucho.

—¿Puedo, o no? —insiste, mirando al frente, me crispa los nervios.

—Desaparece de mi vista —escupo, asiente y se marcha con la espalda muy recta y la cabeza alta como si no acabara de echarla del salón.

—Muy educado por tu parte —amonesta mi amigo—. No empiezas muy bien este matrimonio.

—Claro que no —replico—. Te recuerdo que en poco más de un mes se ha casado con dos MacLean. Y sabes muy bien por qué lo he hecho, maldita sea. ¿No tienes nada mejor que hacer?

—No —se ríe—. Me encanta ver que eres humano, créeme que muchas veces lo he dudado. No sabes qué va a pasar, y eso te pone nervioso. Nunca te he visto así, ni siquiera en las peores batallas, por lo que creo que voy a disfrutar mucho viendo como luchas contra tu mujer.

—Solo salen estupideces por tu boca —le digo harto—. No necesito pelear con ella, y en el caso de que lo hiciera, ¿quién crees que ganaría? —pregunto irónico.

Doy media vuelta para alejarme mientras escucho las carcajadas de mi amigo. No me detengo hasta que no llego a los establos, me aseguro de que Black está bien, peino su pelaje, le doy de comer y decido salir a cabalgar para intentar templar mi ánimo. Si me quedo en Duart un minuto más, la sensación de encierro puede que me haga cometer alguna locura. Espoleo a mi animal para salir del establo, y no me detengo hasta que pierdo de vista la fortaleza, hasta que casi he llegado a las montañas lejanas que nos rodean, vuelvo la cabeza para darme cuenta de la distancia recorrida. El viento golpea con fuerza, aparto mi cabello de mi rostro y observo a mi alrededor preguntándome como demonios voy a vivir aquí cuando no lo reconozco como mi hogar.

Capítulo 21



Deirdre MacLean

A través de mi ventana, veo cómo mi esposo sale cabalgando veloz de Duart como alma que lleva el diablo. Puede que no todos lo sepan porque debes conocerlo bien para notarlo, pero sé que se siente un prisionero en su propio hogar. Salió de él dispuesto a no regresar y

ahora se encuentra con que no puede marcharse porque debe ocupar el lugar que no era suyo hasta hace unos días.

Guardo varios secretos, y uno de ellos es que conozco a Kylian mucho más de lo que pueden imaginar. La primera vez que lo vi, apenas era una mocosa que lo único que sabía era que se suponía que debía odiar a los escoceses que llegaban a la frontera para masacrar a los míos. Al crecer, comprendí que no todo es blanco o negro, he luchado junto a mi hermano por mi patria y mi clan sin que nadie más que él lo supiera y me siento orgullosa de ello. Aunque dudo que mi esposo opine lo mismo si algún día descubre quién soy realmente.

Mi hermano me ha enseñado todo lo que sé, y me veo obligada a ocultar ahora mismo; si los MacLean supieran que soy capaz de defenderlos mucho mejor que algunos de sus guerreros, no dudo que me desterrarían con gusto por traidora. ¿Qué ocurrirá cuando todo se descubra? Sé que Kylian no me perdonará nunca, mas tengo unos meses por delante para traspasar esa muralla de hielo que rodea su corazón para que me ame, lo necesito, y no por temor a sus represalias, sino porque yo le entregué el mío aquella vez en la que siendo niña me salvó; no vio en mí a una inglesa, solo a alguien indefenso, por lo que caí rendida a los pies del Lobo MacLean y juré casarme con él cuando creciera, lo he cumplido, pero puede que pague muy caro mi ambición, rezo porque no sea así.

No me aparto de la ventana hasta que lo veo regresar tiempo después, ya ha oscurecido, me arreglo con rapidez para que me encuentre en el salón a su llegada. No soy lo bastante rápida, mi esposo entra en el momento que desciendo las escaleras, me detengo a medio camino por la intensidad que desprende su mirada, pero hay otro motivo que me deja sin aliento, me parece ver que, por primera vez desde mi llegada a Duart, me observa como un hombre a una mujer.

—Esposo —saludo, intentando que mi voz se escuche firme—. ¿Has tenido un buen paseo?

—¿Ahora me espías? —masculla, adentrándose en el salón—. *Whisky* —demanda—. Voy a necesitarlo —le escucho murmurar mientras me acerco con cautela.

—Somos los primeros —intento entablar una conversación sabiendo que es un hombre parco en palabras—. ¿Crees que Elvin bajará a cenar?

—Si no lo hace, no es problema mío —replica mientras le sirven, no me pasa desapercibido cómo la sirvienta lo mira y cómo lo hace él, me tenso porque los celos hacen acto de presencia de inmediato. Con Kael, todo fue muy fácil, ya que no despertaba sentimiento alguno en mí—. No soy ni su madre ni su padre, si quiere matarse de hambre…

—Es tu hermano menor —rebato, intentando mantenerme serena, sin embargo, la mirada que le lanzo a la muchacha parece surtir efecto porque sale del salón rauda y avergonzada—. Junto con Morrigan, eres su única familia. Ha perdido a sus padres y hermanos en pocos días, ¿sabes cómo debe sentirse? —cuestiono.

—Lo sé muy bien —golpea la mesa con su copa—. Perdí a mi madre siendo un niño, poco después a mi padre, aunque vivió muchos años más, por último, perdí mi clan, mi hogar…

—Deja de escudarte en eso y, al menos, muestra algo de compasión por el pobre muchacho.

—No es un niño, puede que sea el menor, pero hace tiempo que dejó de serlo —rebate—. Es el momento de que se comporte como un hombre. Si desea luchar por el clan, estaré encantado de entrenarlo, no sé en qué pensaba mi padre al no hacerlo —termina mascullando.

—¿Qué planes tienes? —pregunto interesada, me mira pensativo.

—¿Por qué tendría que decírtelo? —cuestiona—. Mujer, no tengo por qué darte explicación alguna. No sé si tu padre y hermano han sido demasiado indulgentes contigo, pero de mí no esperes el mismo trato. De hecho, sería mejor que te mantuvieras alejada de mí lo que reste de tu tiempo en Duart.

—No pienso hacerlo —replico, alzando el mentón, dejando claro que no voy a dejarme intimidar, veo que mi respuesta no le gusta—. Soy tu esposa, la señora de Duart, y todo lo que suceda entre estos muros me incumbe.

—No me retes —sisea, lanzándome una mirada acerada que haría que el hombre más valiente saliera corriendo, sin embargo, me

mantengo en mi lugar, retroceder significaría darle poder sobre mí—. No soy Kael y harías bien en no olvidarlo, *sassenach.*

—Mi nombre es Deirdre —exclamo harta de que siempre se refiera a mí respectivamente—. Recuérdalo.

—¿Quieres que te encierre en tu alcoba? —amenaza furioso—. No colmes mi paciencia —alza la voz justo en el momento en que Morrigan hace acto de presencia. Veo cómo niega con la cabeza, como si su hermano no tuviera solución.

—Kylian —amonesta—. ¿Podríamos tener una velada en paz? —cuestiona mientras me sonríe—. No le hagas caso, Deirdre. Es un cascarrabias de cuidado —intento esconder la risa, pero a los ojos de mi esposo no pasa desapercibido, ya que lo escucho maldecir.

—No empieces tú también, hermana —dice, bebiendo de nuevo—. No creo que esto sea soportable ni con todo el *whisky* de las Highlands —masculla, mirando el fuego que crepita en la gran chimenea que preside el salón—. ¿Has dado la orden para que nos sirvan?

—Eso debe hacerlo la nueva señora de Duart —replica mientras toma asiento, me mira a la espera de una respuesta.

—Hace horas que di la orden de que ha esta hora estuviera todo listo —anuncio con tranquilidad—. ¿Crees que no soy capaz de llevar tu hogar, MacLean?

—No creo que seas capaz de nada más que de molestarme con tu presencia —sisea de vuelta al ver que no puede atacarme de otra manera.

—Ya basta, Kylian —alza la voz—. Puede que te hayas visto forzado a esta unión, pero no olvides que ella también. He pasado por lo mismo que tú y no hice berrinche alguno, esto es vergonzoso.

Agacho la mirada en el momento que las criadas entran con la cena, no me gusta pensar que hayan podido escuchar cómo la hermana menor del nuevo *laird* le ha reprendido como si fuera un niño. No me cabe la menor duda de que debe estar furioso, y no puedo culparlo, Morrigan no debería haberle dicho nada, aunque agradezco tener una aliada entre estos muros.

La cena trascurre en silencio, la tensión crece por momentos, tanto que me remuevo inquieta en mi asiento, miro de reojo a mi esposo

que come con ganas, pero sigue bebiendo, no dudo que tolere bien el alcohol y, aun así, no puedo evitar preocuparme.

Thomas entra poco después y ambos comienzan a hablar en voz baja mientras el segundo al mando da buena cuenta de lo que ha sobrado. Como suponía, Elvin no ha bajado y me pregunto cuánto llevará sin probar bocado, puede que su hermano no se preocupe por el muchacho, pero yo no puedo evitar hacerlo. Al fin y al cabo, somos familia y quiero ayudarlo, no solo por él, sino por Kylian. Es un hombre orgulloso y sé que no dará su brazo a torcer por mucho que quiera un acercamiento con su hermano menor.

—Si me disculpáis, voy a retirarme —anuncio, sintiéndome fuera de lugar, a pesar de que Morrigan ha hablado conmigo durante la velada —. Buenas noches.

Me siento observada, pero no me giro para ver quién de los tres me sigue con la mirada. Sobre todo, porque si no es Kylian, voy a sentirme muy desilusionada, esta noche se supone que debería ser especial. Cuando Kael no me reclamó, no me importó, al contrario, fue un alivio porque siempre soñé con entregarme al hombre que amo. Y, sin embargo, ahora todo es distinto, ya que no me desea como mujer por lo que represento. En momentos como estos, detesto no ser lanzada para meterme en su lecho y conseguir consumar nuestra unión.

Capítulo 22



Kylian MacLean

La observo marchar con paso decidido, un suspiro cercano me llama la atención, mi hermana me lanza una mirada dejando claro que no le gusta mi comportamiento, como se ha asegurado de decir alto y claro.

—Estarás contento —dice, cruzándose de brazos—. La has hecho sentir tan incómoda que prefiera esconderse en su alcoba.

—Mejor para mí —replico—. Morrigan, no vuelvas a meterte en mi matrimonio —le advierto molesto por su intromisión—. Deja que me encargue de mis propios asuntos.

—No lo estás haciendo bien, amigo mío —intercede Thomas, dando buena cuenta de su pata de conejo—. Deja de luchar contra tu esposa.

—No lo hago —rebato—. No le doy la suficiente importancia como para malgastar mi tiempo. Solo es un medio para conseguir un fin, he cumplido con lo que mi padre prometió porque no me puedo permitir ahora una guerra en la frontera.

—Algo sabio que sale por tu boca —aplaude mi amigo—. Pero, como te he dicho antes, a mí no me importaría que me casaran con una belleza como lo es tu esposa.

—Cierra la boca —amonesto, no me gusta que diga esas cosas—. ¿Quieres que te obligue a casarte, hermano? —cuestiono, sonriendo ante la idea, y me mira horrorizado, consiguiendo que me carcajee ante su reacción.

—Muérdete la lengua —exclama.

—Hombres… —masculla mi hermana levantándose—. Si me perdonáis, creo que voy a retirarme yo también. —Asiento—. Por cierto, Kylian, por favor, habla con Elvin mañana.

Se marcha, doy buena cuenta de mi jarra mientras pienso en su petición. No es la primera que me lo dice, la Inglesa ha hecho hincapié en eso también y, aunque sé que debería hacerlo, no sé qué demonios decirle. Las palabras no son suficientes para consolarlo y no puedo decirle que lo siento mucho cuando he sido el responsable de la muerte de su hermano y madre.

—¿Qué planes tienes? —pregunta mi amigo, sacándome de mis cavilaciones, le miro y me observa con seriedad, ha perdido todo rastro de diversión—. El invierno se acerca y pronto nos quedaremos aislados.

—Debemos asegurarnos de que hay bastantes provisiones; si no las hubiera, nos encargaremos de ello —asiente—. Lo importante es que la gente no pase hambre cuando lleguen las nieves. Después, aunque no me guste, debo reunirme con los mayores para saber a qué atenerme, necesito estar al tanto de si en estos años nos hemos ganado más enemigos.

—Mientras tú te encargabas de tu familia, he podido averiguar cosas —informa y le miro atentamente—. Tu padre mantuvo la paz. —No puedo evitar suspirar aliviado—. A pesar de que Bran se ganó una fama de guerrero dentro del clan, y si lo hubiera dejado no dudo que ahora estaríamos en graves problemas, pudo contenerlo con ayuda de Kael.

No puedo evitar sentirme culpable, hui de mi hogar porque me era impensable permanecer bajo el mismo techo que la mujer que me había destrozado la vida. Pero, inmerso en mi dolor, no pensé en los problemas que dejaba atrás, en que mi padre cada año era más viejo, y en que lo dejaba solo en compañía de lobos hambrientos de poder.

—Puede que tu hermano mayor no quisiera ocupar el puesto que le correspondía por derecho, y que no fuera un guerrero tan fiero como lo eres tú, pero hubiera sido un gran *laird*. —Asiento, dándole la razón—. Sabía de diplomacia y es algo de lo que tú careces. Has crecido en el campo de batalla, eres hombre de actuar y no de palabras o pactos, y eso puede ser un problema a la larga.

—¿Crees que no lo sé? —cuestiono ofuscado—. Siempre supe que Kael sería mejor líder que yo.

—No he dicho eso —se defiende—. Serás un magnífico *laird* para los MacLean cuando seas capaz de templar tu carácter y olvidar los demonios que te torturan.

—Eso jamás sucederá, y mucho menos mientras siga en este maldito lugar. —Miro a mi alrededor, este salón es como una mazmorra para mí, el fuego que crepita en la chimenea me recuerda

demasiado que hace años entre estás paredes mis alaridos de dolor fueron escuchados por todos los que aquí vivían—. Mataría a Kael con mis propias manos por hacerme esto —muerdo las palabras con rabia apenas contenida. Me duele su pérdida, aunque los demás no sean capaces de verlo.

—¿Te has parado a pensar que tu matrimonio puede ser muy ventajoso y que por eso tu padre consiguió ese pacto con los Lindsay? —pregunta, frunzo el ceño—. Piénsalo, puede que los detestes porque son de las Lowlands y por su sangre inglesa, sin embargo, puedes beneficiarte de ambas partes.

—Explícate —le exijo mientras me cruzo de brazos dispuesto a escucharle.

—Tu cuñado es el barón de Dudley desde que murió su abuelo —continúa—. Y será el *laird* de su clan en cuanto muera su padre, aunque, por lo que sé, ya se encarga prácticamente de todo. Podrías tener apoyo tanto de su parte escocesa como de su parte inglesa.

—¿Te has vuelto loco? —exclamo incrédulo—. Jamás aceptaré nada que venga de esos malnacidos. Pareces olvidar que llevamos años luchando contra ellos en la frontera.

—Son asaltantes de poca monta —corrige—. No son una amenaza para nuestra patria, solo manteníamos el control. No dudo que a nuestro rey le complacerá saber que puedes mantener la paz entre ambos países, ¿qué me dices? —sonríe como si hubiera encontrado un gran tesoro—. El gran Lobo MacLean puede mantener la frontera en paz con la ayuda de su cuñado…

—¿Y cómo pretendes que logre semejante cosa? —pregunto con ironía—. Te recuerdo que no nos llevamos bien, no soporto su altanería.

—A quién me recuerda… —le gruño porque no me parezco a ese imbécil en absoluto—. Tu esposa —le miro sin comprender—. Si ella está contenta, le hablará bien a su hermano de ti…

—No me gusta lo que insinúas —interrumpo—. No juego con las mujeres, no es mi estilo, mucho menos mentir…

—No tienes por qué hacer tal cosa —golpea la mesa con su puño frustrado—. Solo darle una maldita oportunidad. Tienes que casarte algún día y tener hijos, maldita sea. Deja de ser tan obtuso, ella

puede darte eso y una estabilidad política que ninguna mujer de tu clan va a proporcionarte.

—Cada vez que la veo, me recuerda quién es —siseo—. Por no decir que, cuando escoja una esposa, me gustaría que no fuera la viuda de mi hermano mayor.

—¿Eso es lo que te molesta? —se carcajea, me siento tentado a darle un puñetazo que lo tumbe en el suelo, no sería la primera vez —. La muchacha ya te ha explicado que no la tocó…

—¿Y debo creerla? —me burlo—. Dime, amigo mío, ¿qué crees que piensa mi gente ahora mismo? —cuestiono—. Seguro que piensan que está preñada de Kael y que debo hacerme cargo de su bastardo.

—Sal de dudas —señala con la cabeza las escaleras que me llevarían a sus aposentos—. Eso te está carcomiendo, ¿verdad? —gruño por toda respuesta para dar un buen sorbo a mi bebida—. Solo hay una manera y lo sabes.

—Puedo esperar para ver si su vientre se hincha —rebato—. No pienso ponerle un dedo encima —termino por mascullar, aunque una voz en mi cabeza no ha dejado de torturarme desde hace un tiempo con la idea de hacerlo.

No soy ciego, puede que mi cara sea la de un monstruo, pero mis ojos están perfectamente. Puede que sea inglesa, que deteste lo que representa, sin embargo, no se puede negar lo evidente, y su belleza es algo que no puedo cuestionar. Su cabello rubio algo rizado que suele llevar recogido, sus ojos tan azules como un cielo de verano, su tez pálida sin ninguna marca o cicatriz y un cuerpo que, aunque menudo, no tiene nada que envidiar a una mujer mucho más voluminosa.

—¿Y si no lo hace? —parpadeo regresando a la realidad—. Entonces se hablará de que el gran Kylian MacLean no es capaz de preñar a su esposa, se cuestionará tu hombría, ¿estás preparado para eso?

No lo había pensado porque he estado demasiado ocupado luchando contra todo y todos a mi alrededor. Incluso contra ella y lo que me hace sentir, no me gusta y por ello necesito que se mantenga lo más alejada de mí como sea posible. Me mantengo en silencio pensando en lo que me ha dicho mi mejor amigo, siempre he tenido en cuenta sus consejos al igual que él hace lo mismo conmigo, pero

esta vez hacerlo me asusta. Yo que no le temo a nada, al menos no a ninguna persona, porque si algo puede hacerme perder el control es el fuego no controlado. Conseguí sentarme al lado de la lumbre tras muchos años de lucha, y, aun así, siempre estoy alerta, al dormir nunca dejo velas cerca de mí, y por supuesto, nada de dagas o espadas al rojo vivo. No entiendo por qué divago, miro hacia las escaleras, sé lo que se espera de mí, de nosotros en realidad.

—Puede que tengas razón —me levanto tambaleante.

Capítulo 23



Deirdre

*M*e cambio y escojo un camisón al azar sabiendo que no voy a ser visitada por mi esposo, ya que me lo ha dejado muy claro. Me siento frente al fuego mientras peino mi cabello, mis pensamientos me llevan lejos de aquí, justo hasta el salón donde lo he dejado bebiendo como si no hubiera un mañana. Me pregunto por qué siente esa

necesidad justo hoy, el día de nuestra boda, sé que no es un bebedor empedernido, y no puedo evitar cuestionarme qué es lo que pasa por su cabeza para hacerlo justamente hoy.

—¿Qué importa? —susurro—. No va a venir, por lo que su estado de embriaguez no es cosa mía.

Intento convencerme a mí misma de que no me importa no consumar mi unión con él, cuando es todo lo contrario, no es solo un deber para mí, aunque Kylian MacLean lo ignore por completo, mantenerme a distancia como me ha ordenado no es una opción que contemple, pero me pregunto cómo debo abordarlo, ya que un paso en falso puede ser fatal.

Me sobresalto cuando la puerta se abre, por instinto, cojo la pequeña daga que siempre llevo conmigo, regalo de mi querido hermano. Al darme cuenta de que se trata de mi esposo, la escondo tras mi espalda, me pongo nerviosa no por su presencia en mi alcoba, sino porque si ve lo que sostengo entre mis manos, tendré que dar muchas explicaciones.

—¿Te he asustado? —pregunta con un deje de burla en su voz y un brillo extraño en su mirada.

—Estás borracho —mascullo molesta, nunca me han gustado los hombres que se emborrachan cada noche como si fuera casi una obligación—. ¿Sucede algo? —pregunto, intentando disimular para esconder la daga que podría descubrir lo que por el momento deseo ocultar.

—¿Qué podría pasar? —cuestiona sin perder esa sonrisa que me pone los pelos de punta, cierra la puerta—. Que conste que he intentado resistirme, Inglesa —hace una mueca—. Pero entre todos me han convencido de que sería más ventajoso demostrarle a mi gente que no soy un eunuco.

Abro los ojos sorprendida, intento descifrar algún gesto que me permita saber qué demonios piensa en realidad. No le tengo miedo, sin embargo, su presencia consigue que mi alcoba parezca cada vez más pequeña.

—No estoy segura de entenderte… —comienzo a decir—. Tal vez mañana podamos hablar con más calma y…

—No necesitamos hablar, Inglesa —interrumpe—. Solo consumar la unión como tan ansiosa parecías hace unas horas, ¿has cambiado de opinión, o me has mentido?

—Yo no miento —exclamo ofendida, intento obviar mi voz interior que me dice que sí lo hago y mucho—. Ni tampoco he cambiado de opinión, lo que sucede es que me has tomado por sorpresa. Por no decir que no me gusta la idea de que debas emborracharte para compartir el lecho conmigo.

—No he venido a dormir —se carcajea mientras comienza a desnudarse como si no sintiera ningún pudor por quedar desnudo frente a mí—. Para lo que tengo en mente, ni siquiera necesito que estés en el lecho —continúa con la broma.

—¿No pretenderás tratarme como a una vulgar ramera? —se detiene y alza su rostro para mirarme—. Soy tu esposa.

—¿No me digas que esperabas caricias y palabras de amor? —Comienzo a enfurecerme ante su actitud—. Si es lo que deseas, no lo conseguirás jamás de mí.

—¿Y cómo pretendes hacerlo? —cuestiono, intentando que mi voz no tiemble, no quiero que piense que tengo miedo, o que me siento nervioso.

—Ven aquí, súbete el camisón y dame la espalda —jadeo, impresionada, ante su frialdad—. Haz lo que te digo —se impacienta, miro su pecho desnudo, su kilt todavía sujeto en la cadera oculta su hombría.

—No pienso hacer eso —alzo el mentón—. Ni soy una ramera, ni una yegua de cría para que me montes como un animal.

—No me cuestiones —sisea—. Siempre lo he hecho así.

—¿Por qué? —pregunto incrédula. No tengo experiencia, sin embargo, he escuchado cosas por boca de los hombres de mi hermano.

No responde y veo cómo está dispuesto a salir por la puerta, huirá solo porque ahora mismo se siente vulnerable y el gran Kylian MacLean no puede serlo. Por lo que actúo con rapidez, me acerco hasta él, y me lanza una mirada de desconfianza que podría haberme hecho reír si no estuviera tan asustada de perderlo.

Perder esta oportunidad no es una opción para mí, puede que esté nerviosa por lo desconocido, pero no pienso dejarlo pasar. Quizá mi esposo jamás vuelva a poner un pie en mi alcoba por iniciativa propia. Cojo su rostro entre mis manos y poso mis labios en los suyos, se tensa ante mi contacto, pero no me aparta como hace unas horas, por lo que decido ser un poco más audaz. Mi lengua intenta buscar la suya, ante el primer roce, me estremezco, puedo apreciar el sabor del *whisky* en su boca.

Un gruñido gutural rasga su garganta, sus manos se aferran a mis caderas y profundiza el beso con fiereza, aunque no me pasa desapercibida su torpeza, por lo que no puedo evitar preguntarme si es que no tiene mucha experiencia, pero ¿cómo sería eso posible? Dejo de pensar cuando me acerca a su cuerpo y puedo sentir la evidencia de su deseo, no puedo evitar sentirme complacida al saber que soy capaz de despertar tal sentimiento en mi esposo, un hombre que me ha detestado desde la primera vez que nos vimos.

Me empuja con cuidado, pero a la vez con decisión, camino hacia atrás sin dejar de besarlo, mis manos ahora se pierden en su cabello negro como el carbón, me aferro a él como si mi vida dependiera de ello. Cuando mis piernas chocan contra el lecho, me sorprende porque se aleja y me da la vuelta para que mi espalda quede contra su pecho, me cuesta reaccionar porque mis sentidos se encuentran embotados por el deseo, y cuando lo hago, ya ha comenzado a subirme el camisón.

—Te he dicho que así no, Kylian —exclamo, luchando para que me suelte, gimo cuando una de sus manos se pierde entre mis piernas.

—No te quejes —susurra con la voz ronca—. Me deseas…

—Pero así no —alzo la voz y se detiene, se aleja y me giro con rapidez—. No te vayas —le ordeno frustrada cuando me doy cuenta de lo que pretende hacer. Le cojo de la mano y le insto a que se siente sobre el lecho—. ¿Qué es lo que te preocupa? —murmuro mientras acaricio su pecho, sisea, su piel se eriza a mi paso.

—No quiero que me mires —escupe—. ¿Me deseas igual ahora? —cuestiona mordaz mientras se señala la maldita cicatriz.

Me doy cuenta de que las palabras no van a servir de nada, por lo que tomo acción, me siento a horcajadas sobre él y devoro su boca

de nuevo. Al no tener experiencia, me dejo guiar por las sensaciones que dominan mi cuerpo, me mezo sobre él porque, cada vez que lo hago, el placer me recorre de pies a cabeza. Kylian gime, mis manos recorren su espalda sudorosa, me quito el camisón quedando desnuda ante él sin que me importe lo más mínimo. Sus ojos se oscurecen cuando recorre mi piel con sus manos, parece deleitarse y le dejo porque disfruto de sus caricias, parece que no se da cuenta de que está haciendo lo que había jurado que jamás haría.

Sé lo que debo hacer, así que, mientras sigue acariciándome, y en el momento en que su boca atrapa uno de mis pezones y lanzo un grito por el latigazo de placer que recorre mi espalda, con una de mis temblorosas manos busco su miembro, sisea contra mi piel, lo guío hasta mi entrada y me dejo caer para que entre en mi ser sabiendo que va a doler.

Jadeo mordiendo el hombro de mi esposo, que gruñe ante la fuerza con la que lo hago. Sus manos se posan ahora en mis caderas, aprietan, pero no duele, me concentro en esperar a que mi cuerpo se acostumbre al tamaño de Kylian. Su miembro parece crecer más en mi interior, me muevo sin poder evitarlo, es mi momento de volver a gemir cuando nuevas sensaciones se hacen presentes.

—Quiero moverme —murmuro contra su cuello, aspirando su aroma a hombre.

—Hazlo de una maldita vez —masculla como si estuviera siendo torturado.

Lo hago primero lentamente, con torpeza, porque no estoy segura de cómo debo hacerlo, sin embargo, muy pronto mi cuerpo vuelve a tomar el control y los gemidos de mi esposo me encienden todavía más. Cuando el dolor desaparece, necesito moverme con más rapidez, buscando un alivio para el placer que se acumula en mi interior. Tiemblo, pero no me detengo, Kylian alza sus caderas para salir a mi encuentro consiguiendo que llegue a lo más hondo, todo se torna una locura, más rápido, más fuerte, más profundo.

Cuando estallo, lo hago gritando su nombre sin que me importe que alguien pueda escucharme. Me siento inundada por su simiente mientras lo escucho mascullar algo que no logro comprender. Su boca

se pierde entre mis pechos, sus manos aprietan mi trasero y se queda en mi interior temblando.

—Maldita sea —lo escucho susurrar jadeante, intento normalizar mi respiración, aunque la contengo cuando le escucho preguntar—. ¿Quién te ha enseñado esto?

Alzo la cabeza para mirarlo, su rostro empapado en sudor, sus labios hinchados, sus ojos oscurecidos, aunque ahora no sé si por el deseo o por la furia que parece embargarlo.

Me levanta saliendo de mi interior con brusquedad, gimo dolorida y lo miro acusadora, intentando ocultar lo dolida que me siento ante su velada acusación.

—Nadie —espeto—. ¿Crees que no escucho a los hombres de mi hermano? ¿Que no he oído hablar a las criadas en mi hogar?

—No te has comportado precisamente como una virgen —continúa con mordacidad mientras se levanta, le observo sin pudor, sin poder creerme que algo tan grande haya estado dentro de mí.

—Si miras hacia abajo —señalo su miembro todavía erecto—. podrás ver la prueba.

Obedece y frunce el ceño al verse manchado con mi sangre, alza la mirada para encontrar la mía, no debería importarme lo que piense, pero que dude de mi honor no me ha gustado en absoluto.

—Estoy esperando una disculpa, esposo —replico, cruzándome de brazos, sus ojos descienden hasta mis pechos, vuelvo a reaccionar, aunque ahora mismo estoy furiosa—. ¿Todavía cuestionas mi virginidad?

Capítulo 24



Kylian

No puedo obviar la prueba que tengo ante mis ojos. La Inglesa decía la verdad, nunca yació con mi hermano ni con hombre alguno. Mi miembro manchado con su sangre lo demuestra sin lugar a duda, no me gusta equivocarme en mis juicios, porque eso me obliga a replantearme en qué más habré errado.

—No —respondo como si me estuvieran arrancando una muela—. Al menos, en esto no mentías.

—Hasta que lo reconoces —exclama con sorna, mis ojos no pueden abandonar sus pechos—. Al menos, puedo estar tranquila de que no vas a seguir acusándome de promiscua.

—Cúbrete, maldita sea —mascullo, intentando controlar mi deseo.

Lo hace rodando los ojos, parece que no siente pudor por su desnudez, y no es que moleste a la vista, todo lo contrario. No quiero que se lleve una impresión equivocada, por culpa de Thomas, miles de dudas asaltaban mi mente embotada por el *whisky*, por lo que para acallar las voces necesitaba averiguar lo que había intentado que no me atormentara. Una vez vestida con su camisón, intento alejar los pensamientos pecaminosos que podrían hacerme perder el control.

—Qué pudoroso —espeta—. Te recuerdo que el que se ha empezado a desnudar has sido tú.

—He terminado lo que he venido a hacer —replico con frialdad, una que estoy muy lejos de sentir—. Ahora nadie podrá cuestionar ni mi hombría ni tu virtud.

—Cuánta caballerosidad —sigue atacándome y comienza a sacarme de quicio—. ¿Debería agradecértelo, esposo?

—No me llames así —ordeno, me recuerda demasiado lo que acaba de suceder entre nosotros, se ha acercado demasiado a mí y, como temía, me hace replantearme demasiadas cosas—. No creas que porque ahora sé la verdad puedes hacer lo que te plazca —le advierto mientras frunce el ceño sin comprender—. Ni se te ocurra encamarte con otro.

—¿Y tú? —cuestiona—. ¿También tienes prohibido encamarte con otra?

—No tengo por qué darte explicaciones —respondo, veo que no le gusta mi respuesta—. No olvides tu posición.

—Soy tu esposa a todos los efectos —rebate con fervor—. ¿Crees que permitiré que tengas amantes?

—¿Permitirme? —me carcajeo, ya que piensa que tiene algún poder sobre mí, que puede detenerme si decido hacer o deshacer a mi antojo—. ¿Recuerdas que esto es solo un acuerdo que termina dentro de unos meses? —cuestiono.

—Exijo lo mismo, Kylian —alza el mentón cuando doy varios pasos hacia el lecho—. Si yo te soy fiel durante lo que dure esta unión, debes hacer lo mismo.

—Soy un hombre —exclamo—. No entiendo por qué estamos manteniendo esta conversación —mascullo frustrado, miro la puerta dispuesto a salir por ella para terminar con este sinsentido.

—Y yo una mujer —rebate, se levanta para quedar frente a mí—. Si a lo que te refieres es que tienes necesidades, como has visto, puedo cubrirlas. —Alzo mi ceja buena—. No necesitas buscar a nadie más, ¿acaso no has quedado satisfecho, esposo? —pregunta, bajando la voz, y cuando su mano se mueve hacia mi pecho, me tenso, tentado estoy a dar varios pasos hacia atrás, pero no quiero que crea que le temo a lo que puede hacerme sentir.

—Basta —ordeno entre dientes, pero no la detengo, su caricia enciende mi sangre—. ¿Estás dispuesta a dejar que te tome como y cuando desee? —pregunto, mirándola a los ojos, no aparta la mirada.

—No me conoces —sonríe con tristeza—. Pero pronto aprenderás.

—¿Qué demonios significa eso? —pregunto desconcertado, lejos de responder, veo cómo se alza de puntillas dispuesta a besarme, la detengo, si vuelve a hacerlo, temo no ser capaz de seguir alejado de ella—. Ahora será bajo mis condiciones, ¿aceptas?

La veo debatirse entre el deseo, la desconfianza y algo más que no sé definir. Cuando finalmente asiente, no me detengo a pensar más, le doy la vuelta y la dejo con el pecho sobre el colchón, no lucha, se deja hacer, sin embargo, no me siento bien. Mis manos acarician sus muslos temblorosos hasta perderme entre ellos para asegurarme de que quiere esto tanto como yo. Gimo al empaparme con su esencia, no me desnudo del todo, solo debo alzarme mi *kilt* y hacer lo mismo

con su blanco camisón para adentrarme en ella. Resuello cuando mis manos se aferran a sus caderas mientras las suyas lo hacen a las mantas que todavía recubren el lecho. Se retuerce pidiendo más y se lo doy, dejo de contenerme para permitir que los sentidos me guíen hasta alcanzar mi liberación y la suya. Todo es demasiado rápido, pero cuando siento la necesidad de dejarme caer sobre ella para abrazarla, actúo de nuevo movido por el miedo y me aparto como si su contacto me quemara la piel. Me mira sobre su hombro molesta, tarda en reaccionar, como si sus piernas no la sostuvieran y, por un momento, temo haber sido demasiado brusco.

—Si esto es a lo que acostumbras, debo decirte, esposo, que, aunque he disfrutado, no me gusta ser tratada como una ramera. —Bufo por sus palabras—. ¿Es mucho pedir alguna palabra o gesto de cariño?

—¿No me digas que te acabas de enamorar? —me burlo ante su petición, sus palabras escuecen.

—No seas estúpido —espeta con voz temblorosa, su mirada me rehúye—. ¿Por qué de este modo? —pregunta, sé muy bien a lo que se refiere.

—Ya te lo he dicho —mascullo—. No me gusta que me miren.

—Yo lo he hecho —rebate—. Te he acariciado, puedo besar cada centímetro de esa maldita marca a la que le permites dirigir tu vida.

—No hago eso —grito sorprendiéndola—. No vuelvas a decir algo semejante.

Me doy media vuelta y por fin salgo de la alcoba de la que se supone ya debería haber salido hace mucho. Vuelvo a bajar las escaleras porque necesito aire fresco, su olor está impregnado en mi piel, no me detengo hasta llegar a una de las orillas del río, donde me desnudo y me sumerjo a pesar del agua helada. Eso consigue templar mi deseo, que parece que todavía no se ha visto satisfecho. Nunca me he considerado un hombre de grandes pasiones, el yacer con una mujer era algo físico, una necesidad que, cuando se tornaba muy acuciante, debía aliviar, nada más.

Al llegar al patio después del chapuzón, me detengo, alzo el rostro al cielo lleno de estrellas, la luna en lo alto parece ser testigo mudo de mis quebraderos de cabeza. No estoy seguro de cuánto tiempo

trascurre cuando decido que es momento de entrar de nuevo al castillo y dormir unas cuantas horas.

Al entrar en mi alcoba, soy más consciente que nunca de lo fría y solitaria que es. Muy distinta a la de la mujer con la que me he visto obligado a desposarme, el fuego encendido alumbra la estancia, me despojo de la ropa y me tumbo en el lecho dispuesto a dormir para que termine este maldito día de una vez. Como imaginaba, no soy capaz de conseguirlo porque no dejo de recordar lo vivido con la Inglesa, me siento un perdedor por caer en sus redes no una, sino dos veces, cuando había jurado no tocarla con total convicción.

—Maldición —exclamo, golpeando las almohadas con saña—. ¿Cómo se supone que vamos a pasar los próximos meses bajo el mismo techo?

Lo que más me enfurece es que mi cuerpo parece desearla ahora muchísimo más que antes, a pesar de estar saciado. No quiero darle ese poder sobre mí, mucho menos que lo sepa, o estaré perdido, solo una mujer en mi vida lo tuvo y por ello pudo destrozarme. Acaricio mi cicatriz, y todavía me estremezco, no por el dolor, sino por la sensación que produce en mi mano.

—Maldita zorra —mascullo con odio—. Espero que esté ardiendo en el infierno.

Capítulo 25



Deirdre

*C*uando se marcha dejándome sola después de lo sucedido entre nosotros, me siento en el lecho sin poder creerlo. Todavía soy capaz de sentir sus manos sobre mi cuerpo o escuchar sus gemidos, incluso sentirlo en mi interior. Me levanto como un resorte, jamás imaginé que sería así, que yo podría olvidar cualquier pudor y tomar el control de la situación. No me arrepiento de lo que he hecho porque era algo

que necesitábamos ambos, no podía entregarme la primera vez tal y como él cree necesitarlo, y debía demostrarle varias cosas en el proceso.

La primera de ellas es que su maldita cicatriz no me importa, la segunda que le deseo, que para mí yacer con él no es una obligación con la que debo cumplir, y la tercera que hay más maneras de concebir un hijo. Sé por qué ha venido en mi busca, necesita herederos, pero también probar a su gente que es un hombre capaz de tenerlos, además de que su esposa era virgen.

—Y ahora me pregunto qué hará. —Me asomo a la ventana para observar la noche cerrada—. ¿Mañana intentará apartarme, o me permitirá un acercamiento?

Esa incertidumbre es la que puede terminar por volverme loca. Sé lo que quiero, lo que espero de mi esposo, pero temo no ser capaz de conseguirlo en los meses que me quedan para permanecer en Duart. Camino a paso lento hasta mi lecho y me tumbo, cierro los ojos y dejo que lo sucedido entre nosotros vuelva a mi mente, no puedo evitar sonreír como una estúpida porque, a pesar de los malentendidos y de que Kylian es un terco, mi primera vez ha sido maravillosa porque ha sido con él, con el hombre que mi corazón eligió hace años.

***

A la mañana siguiente, me levanto como nueva, algo dolorida porque ninguno de los dos fue precisamente delicado, pero no me importa. Saber que soy la mujer de Kylian compensa cualquier pequeña molestia.

Mientras me visto con uno de mis mejores vestidos, uno de color azul claro que resalta el color de mis ojos, no puedo evitar acariciarme el vientre ante la idea de que en mi interior ya esté creciendo un bebé.

—Adelante —digo en cuanto escucho unos suaves golpes en la puerta, Morrigan entra sonriente—. Buenos días —saludo contenta.

—Vaya —exclama acercándose—. Estás radiante. —Ambas reiremos —. Anoche…

Asiento por toda contestación, ella aplaude entusiasmada para abrazarme después como si hubiera conseguido una proeza. Luego

me observa con detenimiento, como si estuviera buscando golpes, y el alma se me cae a los pies pensando que para ella eso es algo normal, pero no quiero que crea que su hermano sería capaz de hacerle algo así a una mujer.

—No me hizo daño —suspira aliviada—. Tu hermano jamás utilizaría su fuerza para dañarme, Morrigan. Debes tener más confianza en él.

—Sé que el Kylian con el que crecí jamás lo haría —replica avergonzada, apenada—. Sin embargo, cuando Karen le desfiguró la cara, cambió por completo, ha estado fuera de Duart la mitad de su vida y me entristece decir que apenas lo conozco.

—Ahora podéis recuperar el tiempo perdido —le digo, intentando levantarle el ánimo—. Mi esposo puede que no sea el hombre más cariñoso, pero no me hizo daño, Morrigan, y disfruté de cada momento.

Alza la cabeza sorprendida, frunzo el ceño porque no sé a qué viene tanta sorpresa por mi comentario. Sé que las mujeres, incluso las casadas, no suelen hablar de asuntos de alcoba, pero nunca he seguido las normas sociales y por eso mi madre siempre solía reprenderme.

—¿Disfrutaste? —cuestiona ceñuda—. ¿No hubo dolor?

—Sí lo hubo, pero fue efímero comparado con el placer —explico, entendiendo por fin que, aunque ha estado casada, jamás ha gozado en el lecho.

—No lo comprendo —murmura, mirando al vacío, como si su mente estuviera muy lejos de aquí.

—Algún día sabrás de lo que hablo —intento animarla, reconfortarla, pero al mirarme, veo una firme resolución.

—Jamás volveré a casarme —sentencia—. Y sé que mi hermano no me obligará a ello.

No insisto porque soy conocedora del daño tan grande que su matrimonio obligado ha hecho en ella. La abrazo, se deja hacer, pero no durante mucho tiempo. Al separarse, parece más serena y entera, me maravilla cómo tanto Morrigan como su hermano son capaces de reponerse tan rápido de cualquier contratiempo que los desestabilice. Luchan con ferocidad incluso contra sus propios demonios, sin

embargo, me gustaría poder liberar no solo a mi esposo, sino a su hermana también, del yugo de los recuerdos que los atormentan.

—¿Bajamos? —cuestiona—. Estás preciosa, seguro que Kylian no podrá apartar sus ojos de ti.

—No digas eso —le reprendo mientras salimos de mi alcoba, no puedo evitar enrojecer ante el pensamiento de volver a verle después de lo ocurrido anoche entre nosotros—. No sé cómo comportarme…

—Perderás la vergüenza en poco tiempo —resuelve—. No es propio de ti —añade sorprendida, sonríe con picardía, y la imito—. Seguro que Kylian no sabe qué hacer contigo, no dudo que lo habrás sorprendido.

—Creo que sí —susurro cuando ya estamos cerca del salón—. Al menos, lo intenté.

—¿Qué demonios…? —Golpeo su brazo para que baje la voz mirando a nuestro alrededor, me moriría de vergüenza si alguien nos escuchara hablando sobre este tema—. Reconozco que no esperaba que fuera en tu busca…

—¿Qué hacéis cuchicheando aquí en medio? —Ambas gritamos sobresaltadas, mi esposo se encuentra detrás de nosotros ceñudo, cruzado de brazos, dejando ver su pecho y músculos en todo su esplendor.

—Maldita sea, hermano —amonesta Morrigan—. ¿Pretendes matarnos? —Le veo alzar su ceja sana—. ¿Cómo consigues moverte con tanto sigilo con lo grande que eres? —cuestiona, entrando en la sala donde todo está dispuesto para comer y reponer fuerzas para todo el día.

—Práctica —responde, encogiéndose de hombro, pasa por mi lado como si no existiera, mi corazón golpea con fuerza—. ¿Cómo crees que he sobrevivido en la frontera? —Ante esa mención, me tenso.

—¿Vas a quedarte ahí? —Parpadeo y miro a mi cuñada, que me mira extrañada ante mi comportamiento—. ¿No tienes hambre?

—Sí —exclamo con demasiado brío, Kylian entrecierra los ojos y me mira por primera vez, me siento a su lado intentando tranquilizarme.

—¿Qué demonios te pasa? —sisea—. Parece que has visto un fantasma.

—Buenos días a ti también, esposo —murmuro sirviéndome, lo miro de reojo, no le ha gustado mi saludo.

—No empieces algo que no vas a poder terminar —advierte—. ¿Tienes todo controlado? —Lo miro sin comprender ante el cambio brusco de conversación—. En el castillo, Deirdre —aclara con impaciencia.

«Me ha llamado por mi nombre, no Inglesa, ni *sassenach*», pienso maravillada, sonrío de oreja a oreja y por ello recibo una mirada de fastidio, pero no me podría importar menos ahora mismo.

—Todo está en orden —respondo al fin—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque necesito saber que no tengo frentes abiertos en mi propio hogar —replica—. Si escuchas o ves algo raro, infórmame de inmediato —ordena.

—Kylian, debes relajarte —intercede su hermana—. Nadie en Duart osaría retarte, todos tienen claro que eres el *laird* por derecho. Sobre todo, desde que Karen confesó antes de morir…

Capítulo 26



Kylian MacLean

*V*erla después de lo ocurrido anoche no es fácil. Por lo que me comporto como se espera de mí. Ya que, si pensaba que entre nosotros iba a cambiar algo, debo dejarle desde el principio muy claro que no es así.

Morrigan, de nuevo, opina cuando no se lo he pedido, comienza a exasperarme su mala costumbre, no sé si mi padre se lo permitía, pero a mí desde luego es algo que me saca de quicio. Sobre todo, porque estoy hablando con mi esposa, que es la que a partir de ahora debe ocuparse de Duart por mucho que no confíe en ella. Lo que no sabe es que pretendo ponerla a prueba; si falla, no le van a gustar las consecuencias.

—No importa lo que creas saber, Morrigan —replico—. Mantén siempre los ojos bien abiertos.

—¿Crees que si me entero de algo en tu contra no voy a decírtelo? —Miro a la Inglesa, parece ofendida, me sorprende que haya descubierto mi plan tan rápido, eso me deja saber que es muy lista—. ¿Debes probar mi lealtad, mi señor? —cuestiona.

—¿La tengo? —pregunto de vuelta—. De ti solo sé que eres fiel y leal a tu familia, al fin y al cabo, por eso estás aquí.

—No sabes nada —rebate con fiereza, me parece que ha palidecido, Morrigan la mira preocupada—. Ni te imaginas por qué dejé que mi padre decidiera por mí, por lo que te agradecería que no volvieras a dudar de mi lealtad para contigo.

Se levanta y sale del comedor con la espalda erguida y sin mirar hacia atrás. El suspiro de mi hermana llama mi atención una vez pierdo de vista a mi mujer. Morrigan me observa como si fuera estúpido, pero también con un deje de tristeza, espero a que hable, pues no es una mujer que se mantenga callada, expresa sus opiniones con demasiada frecuencia para mi gusto.

—¿No puedes darle una oportunidad? —pregunta en voz baja—. Es una buena muchacha, es culta, educada y hermosa, ¿crees que puedes encontrar a alguien mejor?

—Pareces olvidar que es inglesa —me burlo—. No sé si podría o no haber encontrado algo mejor, después de todo, no muchas mujeres

querrían desposarse conmigo. —De nuevo señalo lo obvio—. Pero al menos me hubiera gustado escogerla yo, no que me fuera impuesta.

—No sé en qué mundo has vivido hasta ahora, pero en nuestro círculo nadie se casa por amor, Kylian —amonesta—. Lo hacemos por obligación, al menos, las mujeres. Servimos de intercambio para nuestros padres o hermanos. —Me tenso—. Y vosotros no tenéis un destino mejor, eres el *laird* y tienes más obligaciones que ninguno.

—He vivido en una guerra constante, Morrigan —espeto ofendido—. Lamento muchísimo que tu matrimonio haya sido un infierno, puedes creerme cuando te digo que siempre me sentiré culpable por no haber estado aquí para impedir semejante desatino. Pero no dudes que mi vida ha sido también un infierno, he empuñado una espada desde antes de los catorce años, con quince ya mataba a mis enemigos sin que me temblara el pulso…

—Detente, por favor —me pide temblorosa—. Lamento todo por lo que has pasado, hermano. Me hubiera gustado estar a tu lado para compartir tu carga, pero tú decidiste aquel día marchar y dejarnos a todos atrás, incluso ahora no nos permites acercarnos lo suficiente a ti como para hacer mella.

—No necesito ayuda de nadie —mascullo—. Solo necesito lealtad, poder estar tranquilo en Duart, mantener la paz para los MacLean.

—¿No quieres amor? —cuestiona dudosa—. El mío ya lo tienes, te he amado desde que nací y nada de lo que hagas o digas va a cambiar ese hecho, Kylian.

—Eso es distinto —me alzo de hombros—. Eres mi hermana.

—Bran también lo era y nos odiaba, a mí me toleraba a duras penas —rebate con tristeza—. Lo que me recuerda que debes hablar con Elvin. Antes de bajar, he ido a su alcoba, pero no me ha abierto la puerta, temo que haga cualquier estupidez y lo cierto es que no podría soportar perder a nadie más.

—Hablaré con él, ¿de acuerdo? —aseguro mientras me levanto—. Sin embargo, no puedo prometer que consiga algo, siempre me va a ver como el asesino de su madre y hermano.

—El tiempo puede curarlo todo. —Me regala una sonrisa—. Por favor, dale algo que hacer. Nunca se ha sentido útil porque Bran se encargaba de hacerle pensar que no valía para nada.

No me gusta escuchar eso, de nuevo, no puedo evitar preguntarme por qué mi padre y Kael dejaron que le hirieran de esa forma, aunque no sé de que me sorprende si tengo el recordatorio constante en mi rostro de lo que eran capaces. Subo las escaleras pensando en qué demonios le puedo decir para intentar arreglar la situación. Mis palabras no van a cambiar el hecho de todo lo sucedido en los últimos días.

—Abre la puerta, Elvin —digo, golpeándola por tercera vez sin obtener respuesta—. No me hagas tirarla abajo —alzo la voz, comenzando a enfurecerme ante su desobediencia.

—Mi señor —me giro para ver a una de las criadas, parece muy joven y está asustada—. Su hermano lleva sin salir de la alcoba desde que enterró a su madre.

—¿Nadie lo ha visto? —pregunto—. Maldito mocoso.

Decido que no voy a perder más el tiempo, de una patada a la puerta, la abro para ver que la alcoba prácticamente está en penumbra, la lumbre son brasas que no dan suficiente calor, y el olor es nauseabundo.

—Elvin —exclamo, buscándolo porque no se encuentra en el lecho —. ¿Dónde demonios estás? Cuando te pille, voy a darte una tunda que no vas a olvidar en tu vida —mascullo, tropiezo con algo, miro hacia abajo y veo el cuerpo inerte de mi hermano pequeño—. ¡Elvin! —me arrodillo a su lado y lo zarandeo.

Busco alguna herida, pero muy rápido me doy cuenta de que no tiene nada, al ver el vomito a su lado y el olor a *whisky*, entiendo que está borracho, ha bebido hasta perder la conciencia.

—Voy a matarte —siseo, lo levanto del suelo porque está frío como un muerto—. ¡Morrigan! —grito, escucho como alguien corre, no tarda en entrar acompañada de mi esposa.

—¿Está muerto? —grita aterrada—. Elvin…

—Está borracho —corrijo enfadado—. Que preparen la tina y que vengan a limpiar esta pocilga, el hedor es insoportable.

—Yo me encargo. —Deirdre sale de la habitación con paso decidido.

Morrigan intenta despertarlo, pero no creo que lo consiga. Miro a mi alrededor; cosas rotas, tiradas por el suelo, soy un buen observador y

veo cómo sus nudillos están llenos de heridas, por lo que no me cabe la menor duda de que ha roto todo a puñetazos.

—¿Ha hecho esto alguna vez? —pregunto a mi hermana preocupado.

—No —responde mientras sigue intentando que reaccione—. No suele beber, imagino que solo intentaba mitigar el dolor con el *whisky.*

Algunas criadas entran y empiezan a limpiarlo todo, otras se encargan de llenar la tina con agua caliente. Lo que debería hacer es lanzarlo al lago de agua helada, de esa manera, seguro que conseguiría despertarlo. Una vez todo está limpio, les pido que salgan porque de lo demás pienso encargarme yo mismo, con mis propios métodos.

Lo desnudo sin que reaccione, lo cojo en brazos y lo lanzo dentro, me preparo por si ni siquiera de ese modo reacciona, no quiero ahogarlo. Suspiro aliviado cuando comienza a maldecir y a buscar el culpable, al verme, me mira furioso, pero no me intimida en absoluto, porque tiene unas ojeras, un color de piel, que da lástima.

—¿Qué demonios, Kylian? —grita, aferrándose a la tina para no hundirse.

—Agradece que el agua está caliente —replico entre dientes—. Debería haberte despertado a golpes —añado, apretando los puños —. Si vuelves a hacer algo así, lo haré.

—No espero nada menos de ti —responde irónico—. ¿Ahora ni siquiera puedo beber, *laird*?

—¿Hasta perder el sentido? —pregunto del mismo modo—. No, si quiere matarte, hazlo de un modo más honorable.

—¿Por qué no me ahorras el trabajo? —pregunta—. Al fin y al cabo, se te da muy bien.

—Podría hacerlo, mocoso estúpido —sentencio, intentando no demostrar que sus palabras duelen, entiendo que jamás le he demostrado amor, me fui cuando era demasiado pequeño, y, aun así, de los hijos que mi padre tuvo con esa perra, Elvin, sin yo quererlo, ocupó un lugar en mi maltrecho corazón—. Te espero abajo. No me hagas subir a por ti.

Camino hasta salir al patio exterior, veo cómo Thomas ya está con los hombres, me saluda y le devuelvo el gesto, a pesar de la preocupación que me embarga ahora mismo. Me conoce demasiado bien, por lo que no tarda en acercarse, se posiciona a mi lado contemplando cómo los más jóvenes siguen las órdenes que les ha dado.

—¿Qué te perturba? —pregunta en voz baja—. ¿Anoche no fue bien con tu esposa?

Por un pequeño lapso, me había olvidado de esos momentos compartidos con Deirdre. Niego porque no quiero hablar de ese tema con él, para mí fue algo completamente distinto a lo vivido hasta ahora y no me siento preparado para expresarlo en voz alta, es mejor intentar olvidarlo.

—Elvin —mascullo—. He ido en su busca para hablar con él como me había pedido Morrigan en varias ocasiones, estaba en su alcoba borracho como una cuba, había destrozado los muebles, su aspecto era penoso.

—Lo está pasando mal —asiente como si lo comprendiera—. Imagino que lo habrás reprendido. —No espera respuesta por mi parte—. Ese muchacho no necesita eso en este momento, Kylian. Siente que ha fallado a la mujer que le dio la vida y que ha traicionado a todos sus hermanos de un modo u otro.

—Tendrá que vivir con ello —resuelvo—. Estoy esperando que baje, lo he dejado dándose un baño porque apestaba. Voy a darle tantas tareas que al caer la noche estará tan cansado que no podrá ni pensar en estupideces.

—¿Puedes ser algo más comprensivo? —pregunta mi amigo—. No todos son como nosotros, el muchacho no es tan fuerte como tú, maldición.

—¿Sugieres que deje que se mate bebiendo? —cuestiono furioso—. No voy a permitirlo, si para ello debo comportarme como un bastardo sin sentimientos con él, lo haré.

—Quieres a tu hermano menor —exclama mi amigo, gruño, pero no lo desmiento, ¿qué ganaría con eso?—. Has luchado contra ello, mas no puedes darle la espalda a Elvin, ¿verdad? Detestas que sea hijo de esa perra y, aun así, deseas protegerlo y salvarlo de sí mismo.

—Cierra el pico —siseo, no me gusta que la gente sea capaz de ver más allá de lo que deseo mostrar.

—Te conozco, hermano —palmea mi hombro sonriente—. Sé que no eres un bastardo sin sentimientos, tienes un corazón; congelado, pero lo tienes. Solo debes dejar que los demás se encarguen de liberarte de todo el dolor que cargas en tu ancha espalda.

—Ya estoy aquí. —Ambos nos giramos sorprendidos porque no le hemos escuchado llegar, entrecierro los ojos rezando para que no haya escuchado nuestra conversación, en su rostro no veo nada que me permita saberlo—. ¿Qué debo hacer?

—¿Sabes montar? —pregunto de vuelta, Thomas nos observa a ambos algo preocupado, mi hermano asiente—. Bien, nos acompañaras.

Camino hacia las cuadras seguido de mi mejor amigo y del pequeño descarriado. Una vez los tres hemos montado nuestros caballos, encabezo la marcha en silencio, pensando cómo puedo abordar este problema de la mejor manera posible, de mí depende que Elvin sea un buen hombre o se pierda en la oscuridad como lo hizo Bran casi desde su nacimiento.

—¿Padre no te entrenó? —pregunto, mirándolo de reojo, él solo observa a nuestro alrededor.

—No —responde suspirando—. Bran se encargó de convencerlo de que era conveniente que no lo hiciera, ya que no tenía madera de guerrero —masculla avergonzado—. Como ves, no soy tan grande y fuerte como tú o él —ruedo los ojos—. Me parezco más a Kael…

—Tonterías —masculla Thomas—. Chico, ¿crees que Kylian nació con esos músculos? —Le miro hastiado por sus tonterías—. Eso es fruto de años de entrenamiento, recuerdo que éramos más jóvenes que tú cuando nos ponían a levantar pedruscos para construir muros.

—Creí que erais guerreros —frunce el ceño, mirándome en busca de una explicación—. Manejas la espada como nadie que conozca, incluso mucho mejor que Bran.

—Deja de compararlo conmigo —mascullo—. Me molesta sobremanera. Empuñé mi primera espada con diez años, no era capaz de sostener su peso —río al recordarlo—. Padre no quería que

me entrenaran porque sabía que, en el momento que fuera capaz de defenderme, saldría de Duart, sin embargo, no pudo impedirlo.

—Se me da mejor el arco —informa, Thomas le sonríe como si quisiera darle ánimos, me hace un gesto para que haga lo mismo—. ¿No te hace falta un arquero?

—Me hace falta que mi hermano sea un guerrero como se espera de los MacLean —rebato—. Cuando acabemos contigo, serás tan bueno como nosotros.

—¿De verdad? —cuestiona mientras sus ojos parecen iluminarse como dos luceros—. ¿No vas a desterrarme?

Thomas se adelanta para dejarnos un poco de privacidad. Intento buscar las palabras correctas para expresarme adecuadamente y que no quede ninguna duda para el futuro, no soy un hombre de palabras, sino de acción, y verme en esta situación me pone muy nervioso.

—Elvin, no voy a desterrarte de Duart. —Lo escucho suspirar—. Hice lo que debía, puede que ahora no lo veas, que nunca llegues a entenderlo y me guardes rencor hasta tu ultimo aliento. Sin embargo, no puedo echarte de tu hogar, no quiero hacerlo, por lo que te pediría que no me dieras motivos para cambiar de opinión.

—No soy estúpido, Kylian —replica—. Sé muy bien que ambos merecían morir, aunque no por ello duele menos. No te guardo rencor. —Le miro sorprendido—. Hiciste lo que Kael no pudo. ¿Crees que no sentí rabia cuando vi cómo moría ante mis ojos?

El dolor en su voz es palpable, Kael era el mayor y estoy seguro de que intentó protegerlos lo mejor que pudo. Ahora que está muerto, me pesan muchísimo los años que no pasamos juntos, las conversaciones que nunca tuvimos y el no haber podido salvarlo, ese hecho se hace más real con cada día que trascurre tras su muerte.

—Duart tiene demasiados demonios para todos —murmuro pensativo—. Para Morrigan, al igual que para Kael, siempre fue una cárcel de la que no podían escapar, para ti…

—También lo fue —interrumpe—. Pero estaban ellos, estaba padre y en muchas ocasiones compensaba todo lo demás…

—Lamento haberos dejado solos —abre los ojos sorprendido—. Pero, si me hubiera quedado, estoy seguro de que todo esto habría

pasado mucho antes. No había forma humana de que tu madre y yo conviviéramos bajo el mismo techo sin que uno de los dos resultara muerto. Padre no iba a tomar ninguna decisión, por lo que tuve que hacerlo yo.

—¿Te arrepientes? —cuestiona en voz baja.

—No —niego con sinceridad—. No me arrepiento en absoluto.

Capítulo 27



Deirdre

*V*eo cómo salen de Duart a caballo y me pregunto hacia dónde demonios se dirigen. Aprieto mis manos con nerviosismo, temo por Elvin, aunque espero que Thomas sea capaz de controlar a mi esposo si llega a necesitarlo.

—Deja de preocuparte —dice mi cuñada a mi lado—. Kylian no va a hacerle ningún daño a Elvin. Si quisiera, ya lo hubiera matado, pero el pequeño MacLean siempre ha sido una debilidad para mi hermano.

—Es hijo de Karen —le recuerdo dudosa—. Bran…

—Bran era un bastardo —interrumpe con frialdad—. Me duele en el alma porque también compartíamos la misma sangre, pero, desde que nació, dio muestras de ser igual de ladino que su madre. Elvin no, él es como padre, y eso es lo que le hace diferente.

—Puedo darme cuenta —asiento, dándole la razón—. Sin embargo, no sé si podrá olvidar que Kylian tiene las manos manchadas con la sangre de su hermano y de su madre.

—Tendrá que hacerlo —se encoge de hombros—. Nunca fue tonto, entenderá que mi hermano hizo lo que debía como *laird*. Acabó con Bran por asesino y porque si llegaba al poder el clan se hubiera ido al infierno, y mató a Karen por todas sus fechorías. Créeme, en muchas ocasiones deseaba ser yo quien derramara su sangre, pero soy demasiado cobarde…

—No lo eres —me lanza una mirada escéptica—. Estoy diciendo la verdad, no muchas mujeres sobrevivirían a lo que tú, el miserable que tuviste por marido se merece estar ardiendo en el infierno.

—No dudo que esté allí —bromea—. No me gusta pensar en el pasado, recordarlo duele más que haberlo vivido, ¿sabes? Porque llega el arrepentimiento, la furia contra mí misma por no haber escapado a tiempo de semejante purgatorio.

—Estoy segura de que sanarás, que conocerás un hombre que te hará comprender que no todos son iguales. —Me sonríe con tristeza mientras niega—. Veremos qué sucede.

—No te preocupes por mí, ni por Elvin —se aleja de la ventana—. Estará bien, cuando regresen, no dudo que Kylian habrá solucionado el problema y podremos continuar hacia delante.

La sigo porque quedarme a mirar esperando el regreso de los hombres no es una opción. Debo ocuparme de varias cosas, entre ellas, algo que no ha dejado mi mente desde aquella noche en la que murió Kael.

—¿Sabes dónde queda la cabaña de la curandera? —pregunto, me mira extrañada.

—¿Te encuentras mal? —parece preocupada—. ¿Kylian te hizo daño anoche?

La insto para que se calle porque justo pasan unas criadas por nuestro lado, las muchachas se quedan mirando y cuchichean, maldigo porque dentro de nada correrá por todo Duart que mi esposo me ha hecho daño.

—Morrigan —reprendo preocupada—. ¿No sabes mantener la boca cerrada?

—No las había visto —se defiende mordiéndose el labio inferior—. ¿Crees que me han escuchado?

—Como para no hacerlo —me quejo—. Como llegue a oídos de Kylian, va a matarme…

—No te preocupes por eso —intenta tranquilizarme—. Dime para qué quieres a la curandera.

—Quiero hablar con la mujer que amaba Kael —corrijo—. ¿No crees que merece ayuda por nuestra parte? Él así lo hubiera querido.

—Vamos. —La sigo, salimos del castillo, y tras pasar varias cabañas, llegamos a una bastante destartalada, recuerdo que la vieja fue asesinada por Bran—. Diane —llama mientras toca la puerta entornada—. ¿Diane? —vuelve a insistir.

Un mal presentimiento me embarga, por lo que actúo sin pensar, abro la puerta y la penumbra casi no me permite ver más allá. El interior de la pequeña casita se nota que ha sido desatendido durante días, un sollozo llama nuestra atención, y no dudamos en adentrarnos.

Al fondo, en un camastro, se encuentra la muchacha que había robado el corazón al antiguo *laird.* Me acerco con tiento para no asustarla, ya que parece tan inmersa en su dolor que no nos ha escuchado. Cuando llego a su lado, no soy capaz de ver su rostro, pues lo tiene cubierto con sus manos.

—Diane —susurro, arrodillándome a su lado, ella se sorprende y aparta las manos para mirarme—. ¿Estás enferma? ¿Por qué no nos has avisado?

—Mi señora —exclama azorada, intenta levantarse, pero parece estar tan débil que no es capaz de conseguirlo—. ¿Qué hace aquí? ¿Se encuentra mal?

—No he venido por eso —replico—. Estaba preocupada por ti, lamento no haber venido antes…

—¿Qué te sucede, Diane? —pregunta Morrigan—. ¿Podemos ayudarte?

—No —niega con gran pesar—. Nadie puede hacerlo porque no me podéis devolver a Kael. No es posible que el padre de mi hijo vuelva a la vida para conocerlo, ¿verdad?

Morrigan y yo nos miramos sorprendidas, pronto esa sorpresa se torna tristeza absoluta porque padre e hijo no se conocerán jamás.

—Dios mío —susurra conmocionada mi cuñada—. Mi hermano nos ha dejado un hijo…

—Que a ojos del clan será un bastardo —masculla Diane—. ¿Creeis que quiero eso para mi bebé?

—¿No estarás pensando en regresar a tu clan? —pregunta Morrigan, horrorizada ante tal posibilidad—. Es un MacLean.

—No lo es —rebate—. Kael no estaba casado conmigo, nadie en este clan lo va a reconocer como su hijo y lo sabéis.

—No lo permitiré —intervengo—. Hablaré con mi esposo, nadie se atreverá a decir nada de ese niño.

—Sois un poco ilusa, mi señora —dice levantándose—. Su esposo será el primero que verá a mi hijo como un problema, como una amenaza, ya que es hijo de Kael y, por ende, podría ser su sucesor…

—¿Vas a marcharte? —pregunto—. ¿No vas a darnos siquiera una oportunidad?

—Aquí ya no me queda nada —replica—. Pero me encuentro tan mal que no he sido capaz de levantarme. Puede que lo haga una vez dé a luz, en nueve meses pueden ocurrir muchas cosas y volver con mi familia con un bebé…

—No lo aceptarán, y lo sabes. —Morrigan de nuevo—. Aquí, al menos, Kylian podrá protegerlo.

—O mandar matarlo. —Jadeo ofendida ante la acusación—. Lo siento —se disculpa avergonzada—. Tengo tanto miedo, me duele tanto su pérdida…

Solloza de nuevo sin importar que estemos presentes, se estremece con tanta violencia que temo que sea peligroso para el bebé, incluso

para ella, ya que, en vez de parecer una mujer embarazada, parece enferma, no creo que sea capaz de dar a luz.

—Tienes que tranquilizarte —intento calmarla—. Vendrás a Duart y cuidaremos de ti, lo demás ya vendrá, iremos cruzando puentes una vez lleguemos a ellos.

—Por favor —suplica—. Si el *laird* se entera…

—Por el amor de Dios —exclamo, perdiendo la paciencia—, mi esposo no es un asesino de niños —defiendo con fervor—. No le pondrá una mano encima, aunque sea hijo de Kael, sabes bien que no es ninguna amenaza para él.

—Ni yo quiero que lo sea —rebate—. Estoy segura de que, si estuviera vivo, no querría que su hijo lo fuera. Siempre odió sus obligaciones para con su clan porque jamás fue libre.

—Entonces, todo está resuelto —espeta Morrigan—. Recoge lo que necesites, te vienes con nosotras. No pienso dejarte aquí sola, necesitas ayuda y te la ofrecemos de buen grado.

Nos observa por lo que parece una eternidad hasta que, finalmente, comienza a recoger varias cosas. Lo cierto es que no tiene muchas pertenencias que guardar, así que en poco tiempo está lista para partir. Salimos de la cabaña y no da ni un solo vistazo hacia atrás, como si no le importara dejar su hogar, imagino que, después del asesinato de su abuela, no se siente cómoda allí.

—Deja que sea yo quien hable con mi esposo —le aconsejo—. No dejes que su carácter te amedrente, ¿de acuerdo?

—No lo haré —asiente algo preocupada, noto que parece fatigada y eso que no hemos caminado mucho.

Al entrar al patio, vemos que los hombres han regresado, ellos desmontan en el momento que nos ven; Kylian frunce el ceño, Thomas nos mira expectante y Elvin lo hace con miles de preguntas en sus ojos.

Capítulo 28



Kylian MacLean

Las veo llegar con la amante de Kael, por lo que sé de antemano que nada bueno puede salir de esto. Espero a que lleguen hasta nosotros en completo silencio, y al hacerlo, la nieta de la antigua curandera no alza la mirada del suelo, mi hermana y esposa parecen preparadas para la batalla.

—Tenemos que hablar —anuncia Morrigan—. Entremos, hermano, todavía no es el momento de que la noticia llegue a los demás.

Las sigo intrigado, los tres lo hacemos. Una vez en el salón, Diane se sienta por insistencia de mi esposa. Me doy cuenta de que parece un alma en pena, eso es lo que puede causar el amor del que tanto hablan, ¿qué sentido tiene sufrir tanto?

—Diane está embarazada —anuncia mi esposa, Elvin exclama asombrado mirándome de reojo, Thomas se mantiene impasible cruzado de brazos—. Por supuesto, no es necesario que diga que es de Kael.

No dudo que, si Bran estuviera en mi lugar, ya estaría ideando la manera de acabar con la muchacha y su bebé, sin embargo, yo no puedo obviar que en su interior crece un ser que lleva mi sangre, no pude salvar a su padre, pero lo protegeré a él sin importar las consecuencias.

—Está preocupada por tu reacción, esposo —amonesta la Inglesa, me doy cuenta de que no he abierto la boca y que todos me miran a la espera de mi sentencia—. ¿Puedes tranquilizarla, por favor?

—El hijo de Kael será tratado como tal, aunque no estuviera casado contigo —le digo, veo cómo suelta el aire que estaba conteniendo y cómo las lágrimas empañan sus mejillas—. Todos aquí sabemos a los problemas que te vas a enfrentar, Diane, ¿estás preparada para ello?

—Había pensado marchar con mi familia —susurra—. Pero, si llego con un hijo sin un marido que me respalde, van a repudiarme, vaya donde vaya, mi hijo y yo estamos solos.

—Eso no es cierto —rebato con firmeza—. Duart es vuestro hogar a partir de hoy, quien ose cuestionar su concepción se las verá conmigo. No pude proteger a Kael, pero lo haré con su hijo hasta mi último aliento.

—Gracias, mi señor —solloza emocionada—. Muchas gracias.

—Te dije que mi esposo es un hombre justo —exclama Deirdre, sorprendiéndome, otra estaría molesta ante tal contratiempo, después de todo, ese bebé que crece en el vientre de la curandera puede ser el futuro *laird* MacLean—. Ven, prepararemos tu alcoba.

Las mujeres se marchan una vez resuelto el problema. Al menos, eso creen ellas, porque para mí va a ser otro escollo en el camino. Mi hermano se sienta frente al fuego, parece todavía demasiado sorprendido para decir una sola palabra.

—¿Eres consciente de lo que has hecho? —pregunta Thomas preocupado—. Si esa muchacha da a luz un niño, tu puesto frente al clan…

—Nunca quise ser *laird* —interrumpo, alzando una de mis manos para pedirle silencio—. ¿Qué sugieres que haga? —cuestiono—. ¿Quieres que la destierre? Mi hermano la amaba y se hubiera casado con ella, pero se vio obligado a cumplir con sus obligaciones como me ha tocado hacer a mí. No voy a darles la espalda, si eso en el futuro significa dejar de liderar el clan, que así sea.

—En momentos como este, me alegro de que Bran no consiguiera su propósito —la voz de Elvin se escucha apenas como un susurro—. Él la hubiera matado para quitarse el problema de encima sin dudarlo.

—Por el momento, que esto no salga de aquí —ordeno, ambos asienten—. Cuando su vientre crezca, daremos la noticia…

—¿Y qué dirás cuándo te pregunten la razón de por qué vive en el castillo? —pregunta Thomas—. Sé que quieres protegerla, que sientes que es tu deber, pero temo que todo esto te perjudique…

—Que así sea —vuelvo a repetir—. Mi deber es protegerlos, Thomas.

—¿Y si intentas casarla? —Miramos a Elvin como si se hubiera vuelto loco—. ¿Qué? —pregunta—. Podría ser una solución…

Lo miro intentando averiguar de donde ha sacado semejante locura, acaso…

—No me mires así —exclama—. No me interesa en absoluto. Es mayor que yo, por el amor de Dios, y es la mujer de Kael —su mueca de asco nos hace reír y suspiro aliviado.

—Pues yo no puedo ocupar su lugar —intento bromear—. Ya tengo suficiente con una de sus mujeres como para ocuparme de las dos.

—Hablas como si nuestro hermano hubiera sido un putero —replica —. Y no lo fue, estoy seguro de que solo amó a Diane en toda su vida, recuerdo la primera vez que la vio, yo fui testigo, la observó de una manera que supe que algo había cambiado en él para siempre.

—No creo que la muchacha aceptase casarse con nadie —digo, sentándome yo también—. ¿No la habéis visto? Parece que está consumiéndose día a día sin él.

—Tendrá que reponerse si quiere ser capaz de traer a su hijo al mundo —replica Thomas, le miro porque no es propio de él ser tan frío—. La idea de Elvin no es tan descabellada. Si está casada, siempre podemos decir que el hijo es…

—No —interrumpo de nuevo—. Ese bebé es un MacLean, sangre de mi sangre, y será reconocido como tal. Deja de preocuparte, maldita sea.

—Pues entonces reza para que ese mocoso sea una niña —espeta para dar media vuelta y salir del salón como alma que lleva el diablo.

—Maldito imbécil —siseo enfadado porque no comprendo su comportamiento, siempre ha sido muy protector conmigo, sin embargo, actúa como un estúpido.

Miro hacia las escaleras preguntándome si las mujeres ya habrán instalado a nuestra nueva invitada. La familia crece, a pesar de que muchos han caído en muy poco tiempo. De nuevo, me pregunto por qué demonios tenía que morir Kael, era joven y tenía mucho por vivir, nunca conocerá a su hijo, el odio que siento por sus asesinos se entrelaza con el dolor de su pérdida.

—Sé lo que debes estar pensando —murmura Elvin, mirando el fuego—. Odias a Bran y a mi madre por arrebatarle la vida a Kael, por su culpa, ese bebé nacerá sin un padre que lo proteja… —su voz se rompe.

—De nada va a servir lamentarnos. —La llegada de nuestra hermana nos sorprende y me salva de tener que responderle, ya que no me gusta mentir—. Kael no está y es algo que no podemos cambiar por mucho que lo deseemos.

—¿Dónde está la muchacha? —pregunto.

—Con tu esposa —responde sin dilación—. Estaba ayudándola a darse un baño.

—Bien —asiento—. No quiero que le falte de nada. ¿Tiene ropa?

—Apenas unos harapos —replica—. Pero no hace falta cambiarlos, le dejaré algo mío, no tardará en engordar y entonces sí tendremos que hacerle un par de trajes, ni los míos ni los de Deirdre le valdrán.

—Haced lo que creáis conveniente. —Asiente complacida—. Pero que no le falte de nada. Me gustaría que, si necesita ayuda con algo respecto al clan, hablara directamente conmigo, ¿de acuerdo? Dile que no debe temerme, he dado mi palabra de que cuidaré de ambos y pienso cumplirlo.

—Lo sabe —sonríe—. Le has quitado un peso de encima, por miedo no había pedido ayuda, a pesar de encontrarse muy mal. Está débil, pero espero que en unas cuantas semanas consigamos que recupere el peso que ha perdido.

Me levanto y subo las escaleras, no sé por qué siento la necesidad de ver a mi esposa, no hemos tenido ni un momento a solas y, aunque en nuestro primer encuentro tras lo ocurrido anoche no he sabido cómo comportarme, necesito hablar con ella. Una de las últimas puertas del pasillo se abre y aparece, algo despeinada y sudorosa, se queda inmóvil al verme, cierra la puerta despacio y camina hacia mí sin dejar de observarme.

—¿Sucede algo? —pregunta frente a mí—. He dejado a Diane durmiendo. Dios mío —exclama, acariciándose la espalda—, parece que no pesa, pero no ha sido fácil lavarla.

—Es más grande que tú —replico, me lanza una mirada poco halagüeña—. No lo digo como una ofensa —aclaro—. Eres menuda, eso es todo.

—Gracias por hacerme ver lo obvio, esposo —replica con sorna—. ¿Me buscabas para eso? —pregunta, pasando por mi lado molesta, la detengo aferrando su brazo sin ejercer toda mi fuerza, ambos miramos ese punto de unión, alza los ojos interrogante.

—Deja de hacer eso —espeto—. No te estaba comparando con ella, ni digo que sea malo que seas menuda, maldita sea.

—¿Te gusta que lo sea? —Su mentón roza apenas mi barbilla y, aun así, es capaz de hacer tambalear todas mis creencias—. ¿Esposo…?

—su voz enronquecida sacude mi cuerpo.

—¿Qué te propones? —pregunto furioso por cómo respondo a ella —. No sé a qué demonios juegas, pero no lo hagas conmigo.

—Pensé que… —balbucea avergonzada—. ¿Qué tengo de malo, Kylian?

—No sé de qué hablas —la suelto y doy media vuelta para marcharme—. No veas algo que no existe, mujer.

—Has venido a buscarme tú —su grito detiene mis pasos, la miro sobre mi hombro—. ¿Qué es lo que querías de mí?

Suelto una maldición al verla tan hermosa; cuando se enfurece, sus ojos parecen refulgir, sus mejillas se sonrojan recordándome la noche anterior cuando lo hicieron por otro motivo completamente distinto. Me acerco con rapidez y atrapo sus labios sorprendiéndola, sin embargo, no tarda en responderme con la misma ferocidad con la que devoro su boca. Siento que necesito más, por lo que la empujo con cuidado hasta la pared más cercana para poder sentir su cuerpo contra el mío, sus manos se pierden en mi cabello, gime cuando muerdo su cuello, alzo la mirada y veo cómo tiene los ojos cerrados, los labios hinchados por mi ataque y sus mejillas arreboladas, y eso lo he causado yo. Cuando sus párpados se abren de nuevo, sus ojos azules están tan oscurecidos que parece que contienen una tormenta en su interior, ambos nos observamos jadeantes, la siento temblar aferrada a mi cuerpo dolorido por el deseo insatisfecho.

—Esposo… —Sé lo que me pide.

—No me mires así —le pido entre dientes, sintiéndome muy frustrado—. No deberíamos hacer esto.

—¿Por qué? —cuestiona deseosa, su cadera se mueve contra la mía, por lo que lanzo un gemido como si estuviera siendo torturado.

—No seré suave —mascullo—. Voy a marcharme y tú no vas a detenerme.

Se abraza a mí, termino claudicando sin que tenga que suplicarme. La cojo en brazos hasta llevarla a su alcoba en un último pensamiento coherente; si fuera otra, la hubiera poseído contra la pared, y puede que hace unos días lo hubiera hecho, pero ahora no me siento capaz. Sin embargo, una vez dentro de la estancia, no soy capaz de llegar al lecho, la apoyo contra la pared mientras me rodea

las caderas con sus piernas como si entendiera lo que necesito sin necesidad de palabras.

Mi mano se pierde entre nuestros cuerpos para guiarme hasta su interior. Grita y me quedo quieto temiendo haberle hecho daño, pero cuando comienza a moverse, soy yo quien gime y dejo caer mi rostro contra su hombro para comenzar a poseerla sin tregua. Sus uñas arañan mi espalda, aunque no podría importarme menos, no siento el dolor, estoy preso del deseo más absoluto. Cuando la escucho gritar mi nombre y siento cómo me aprieta en su interior, me vacío gimiendo sin poder evitarlo, a pesar de que muerdo mis labios con saña para acallarme. Mi esposa se aferra a mí mientras se estremece, escucho cómo susurra algo, pero no estoy seguro de lo que dice y ni siquiera soy capaz de moverme para mirarla.

—¿Puedes sostenerte? —pregunto cuando me recompongo un poco.

—No lo sé —murmura contra mi cuello sudoroso, comienza a temblar y alzo su rostro asustado para ver que está riéndose—. Dios mío, esposo, vas a matarme…

La observo incrédulo ante su reacción, le aparto sus piernas de mis caderas con cuidado y la ayudo a posarse sobre el suelo, sus manos se aferran a mis antebrazos como si temiera caerse desplomada en el suelo. Como hombre, no puedo más que sentirme orgulloso y satisfecho de ser capaz de satisfacerla.

—Mujer —digo, recomponiendo mi ropa—. Tú si vas a volverme loco. No puedo hacer esto a plena luz del día, haces que me olvide de mis responsabilidades.

—¿Soy peligrosa, esposo? —pregunta risueña mientras intenta arreglarse el cabello.

«Muchísimo», pienso asustado, no lo digo en voz alta, por supuesto, pero el saberlo no ayuda en lo más mínimo. ¿En qué maldito momento he permitido que ocurra esto? ¿Cómo he pasado de odiarla, de detestar su simple presencia, a desearla de tal manera que pierdo el sentido? No puedo responder nada, así que salgo de la habitación sin pronunciar palabra, sin importarme cómo pueda sentirse ella. Los demonios comienzan a martillear en mi cabeza con demasiada fuerza como para poder pensar con claridad. Salgo al

patio exterior mirando a mi alrededor, necesito hacer algo para dejar de pensar, por lo que, cuando me doy cuenta de que los más jóvenes están entrenando, decido que es buen momento de enseñarles algo que nunca puedan olvidar.

—¿Dónde está Elvin? —pregunto a mi amigo—. Es hora de que empiece su entrenamiento.

—¿Ahora? —me mira extrañado—. Kylian, no creo que…

—¡Elvin! —bramo, ya que me doy cuenta de que no va a responderme, mi hermano menor no tarda en aparecer, seguramente, solo estaba observando—. Coge una espada —ordeno, desenvainando la mía.

—¿Por qué? —cuestiona algo nervioso, no lo hace en voz muy alta porque sabe demasiado bien que no permitiré que me desafíe delante de los nuestros—. ¿Contra ti?

—¿Por qué no? —pregunto sonriendo—. ¿Qué mejor que te enseñe yo?

—Pensé que no tendrías tiempo y…

—Menos cháchara —interrumpo—. Presta atención, chico. Jamás pierdas de vista a tu enemigo porque te puede costar la vida.

Ataco con ferocidad, demasiada para su poca experiencia, consigue esquivarme de milagro. Escucho cómo Thomas me grita para que me detenga, pero no lo hago, mi hermano repele otro golpe, eso solo me enfurece más de lo que ya estoy. Alzo la espada sobre mi cabeza con una sola mano para asestar un mandoble, aparece otra espada que golpea contra la mía mientras aparta a Elvin de un empujón.

—¿Qué demonios crees que haces, imbécil? —le grito a mi amigo, quien se ha inmiscuido.

—¿Eres consciente de que estás luchando contra tu hermano? —pregunta sin inmutarse por mi furia—. Por el amor de Dios, ¿te has vuelto loco?

Capítulo 29



Deirdre

*S*e marcha sin responderme después de mirarme como si me hubieran salido dos cabezas. ¿Cómo puede poseerme de esa manera y darme la espalda cuando todo termina? Todavía siento mis piernas temblorosas, soy capaz de percibir su aroma en mí y sentirlo en mi

interior, sin embargo, parece que para mi esposo lo ocurrido no ha significado nada más allá de un alivio meramente físico.

No puedo evitar pensar en que tal vez he hecho algo mal, tal vez no le gusta que tome la iniciativa o que deje ver mi deseo por él. Sé que pocas mujeres lo hacen y no son muy bien vistas ante los demás. ¿Tendría que hablar con Morrigan? No, ella no ha tenido buenas experiencias en el lecho…

—¡Diane! —exclamo al tiempo que salgo de mi alcoba y me dirijo a la suya sin recordar que la he dejado dormida por el cansancio acumulado, abro la puerta—. ¡Necesito tu ayuda! —lanza un gritito mientras se incorpora parpadeando muy deprisa—. Lo siento.

Mira hacia mí sorprendida, cierro la puerta algo avergonzada, pero ya que la he despertado y que no puedo esperar, no pienso perder la oportunidad.

—¿Ha sucedido algo? —pregunta, pasando una de sus manos por el cabello para alejarlo de la cara—. ¿He dormido mucho?

—Lo cierto es que no —hago una mueca—. Es que no sé a quién acudir. —Ahora que debo hablar, la vergüenza me lo impide, aprieto mis manos—. Cuando mi esposo y yo… —suspiro frustrada.

—Ven, siéntate a mi lado —pide comprensiva, lo hago—. ¿Es doloroso? —Niego—. ¿Entonces…?

—Lo que quiero saber es si crees que a los hombres no les gusta que tomemos la iniciativa. —Me mira sorprendida, poco después, sonríe negando con la cabeza.

—Supongo que se resisten un poco al principio, al menos, si tu esposo se parece en algo a Kael.

—Entonces, ¿es normal que después del acto se marche sin más? —Veo cómo frunce el ceño—. No lo es, ¿verdad?

—Vamos a ver. —Me doy cuenta de que está intentando encontrar las palabras adecuadas para no hacerme daño y se lo agradezco en silencio—. Tu esposo no es un hombre de trato fácil, demasiados demonios. —Asiento, dándole la razón—. Imagino que no es cariñoso, pero, al menos, no te hace daño en el lecho, ¿me equivoco?

—No —exclamo de inmediato—. Nunca me ha hecho daño. Es cuidadoso a su manera. No es un salvaje que solo se preocupe de su propio placer ni me ha obligado en ningún momento.

—Eso es bueno —sonríe, dándome ánimos—. He escuchado muchas cosas que te helarían la sangre, pero si el *laird* te trata bien, es un buen comienzo. Debes comprender que él no estaba preparado para casarse por obligación con alguien que no conocía y que además ya había sido esposa de su hermano mayor.

—Debes saber que Kael jamás me tocó —aclaro de inmediato, ella no pierde la sonrisa, por lo que me doy cuenta de que ya lo sabía, de que nunca dudó de su hombre—. Hasta anoche era virgen.

—Lo sé —coge una de mis manos, las suyas están frías—. ¿Qué te preocupa realmente, Deirdre?

—Quiero que me abrace, que no me aleje en cuanto sale de mi interior —me lamento, agachando la mirada—. Lo que más ansío es su amor.

—No me digas que te has enamorado con el poco tiempo que has estado en Duart. ¿Por qué del hermano más complicado? —cuestiona incrédula, puedo sentir su mirada sobre mí mientras me debato entre contarle la verdad o no.

—Lo amo desde hace años. —Escucho cómo jadea sorprendida, al fin la miro—. Lo conocí en la frontera.

—Dios mío —susurra conmocionada—. Pero él no te conoce…

—No me ha reconocido porque la primera vez era apenas una niña —confieso—. Y, cuando crecí, siempre nos hemos encontrado cuando yo voy vestida diferente. —a miro de reojo para darme cuenta de que ha perdido su sonrisa y de que su preocupación es evidente—. Mi hermano es un Border Reivers, y yo soy, o era, su segunda al mando desde que cumplí los quince años.

—¿Eres consciente de lo que te hará si llega a enterarse? —pregunta con frialdad—. ¿Cómo habéis podido hacer algo así?

—Fueron nuestros padres —intento excusarme—. Sabíamos que el viejo *laird* estaba enfermo, pero no tanto, por lo que tenía la esperanza de que Kylian regresara a su hogar y poder…

—¿Hacer qué? —interrumpe enfadada—. ¿Pensabas casarte con Kael y seducir a su hermano? ¿Cuál era tu plan? —cuestiona.

—¡No lo sé! —alzo la voz—. Solo pensé que tendría la oportunidad de conocerlo como Deirdre y no como una salteadora de caminos.

—¿Se puede saber por qué hacíais semejantes tonterías? —continúa interrogando—. Maldita sea, sois nietos de un barón inglés, hijos de un *laird*, no teníais necesidad de robar.

—Hubo un tiempo en el que sí —reconozco apesadumbrada—. Nuestro clan pasaba por malos momentos, al estar en la frontera, somos odiados por ambos países. —La miro suplicando para que entienda—. Tú no sabes lo que es no ser aceptada en ningún bando —intento defenderme—. Siendo la Bruma de la Frontera, me sentía…

—¿Eres tú? —alza tanto la voz que le cubro la boca para acallarla, temiendo que la hayan escuchado—. Tienes que marcharte de Duart antes de que Kylian se entere porque te matará.

—No sí ya está enamorado de mí —rebato, me mira como si hubiera perdido la cabeza, y lo cierto es que comienzo a pensar que tal vez lo he hecho—. Es lo que siempre he querido, pero estando ambos en la frontera, no podía hacer nada, me sentía atada de pies y manos. Cada vez que nos enfrentábamos…

—Estás loca —acusa—. ¿Dices amarlo y te enfrentabas a él?

—¿Crees que Kylian se quedaba de brazos cruzados? —cuestiono—. Es el mejor guerrero que he conocido, incluso mejor que mi hermano. Teníamos que defender nuestras tierras, a nuestra gente.

—Quieres que te ame cuando has derramado la sangre de los suyos… —niega, mirándome con lástima—. Lo tenías difícil por ser medio inglesa, pero ahora lo tienes todo en contra. Te aconsejo que mandes llamar a tu hermano y salgas de aquí mientras todavía conserves la cabeza sobre tus hombros.

—No —exclamo con fervor—. Obtendré su amor o la muerte. Pero no pienso rendirme, he conseguido varios meses a su lado y no pienso desperdiciar esta oportunidad.

—¿Eres consciente de que me has convertido en tu cómplice? —pregunta entre dientes—. ¿Qué crees que nos hará a mí y a mi hijo si se entera de que sabía todo y mantuve la boca cerrada?

—Nunca te delataré —le prometo—. Si no consigo mi cometido y termino perdiendo la vida por ello, de mis labios jamás saldrá una palabra sobre lo que hemos hablado hoy aquí.

—¿Kael lo sabía? —pregunta con desconfianza, mi silencio la hace maldecir—. Maldito idiota…

—Lo comprendió —defiendo—. ¿No puedes hacer tú lo mismo?

—Puedo comprender cómo te sientes, aunque no sé que viste en él. —Sonrío sin poder evitarlo, porque parece que solo yo soy capaz de ver más allá de su aspecto—. Pero no lo que has hecho para llegar hasta aquí.

—No te preocupes por mí. —Alza una de sus cejas—. Si no consigo enamorarlo, me iré —me encojo de hombros—. Nadie podría asociar a Deirdre Lindsay con la Bruma de la Frontera.

—¿Seguro? —pregunta desconfiada—. ¿Estás segura de que no hay manera de que tu esposo descubra quién eres realmente?

Capítulo 30



Kylian

—Es tu maldita culpa —acuso a mi amigo mientras lanzo la espada a mis pies, los demás se marchan dejándonos solos—. Tú me convenciste para que yaciera con ella y ahora…

—¿Has estado a punto de matar a tu hermano porque no eres capaz de aceptar que tu esposa no te es indiferente? —cuestiona entre dientes, está furioso—. ¿Has perdido la poca cordura que todavía conservabas, Kylian?

—No tengo nada que aceptar —bramo sin que él dé un paso atrás —. ¿Qué clase de mujer suplica por más? —Veo cómo abre los ojos sorprendido mientras yo no puedo parar de mascullar—. Una ramera, eso es lo que es. Puede que fuera virgen, pero no se comporta como tal y…

—¡Kylian! —grita silenciándome, lo miro como si quisiera matarlo e intento controlar mi respiración—. Cierra la boca, maldita seas.

Me hace un gesto brusco para que mire tras de mí, sé lo que me voy a encontrar antes de girarme. Morrigan, en compañía de la Inglesa, me mira como si fuera el mismísimo demonio, mientras que la rubia no es capaz de alzar la mirada, parece mortificada y, por primera vez en muchísimo tiempo, me siento como un patán.

—Hermano, cuando creo que no puedes sorprenderme más… —masculla enfadada—. ¿Cómo has podido…? —no termina de hablar porque Deirdre sale corriendo, mi hermana la llama a gritos—. Arregla esto de inmediato —ordena para salir tras mi esposa.

—¿Por qué demonios no me has avisado? —acuso a Thomas, que observa cómo desaparecen dentro del castillo.

—No sabía que ibas a insultar a tu esposa —me mira decepcionado —. Tienes una mujer a tu lado que ve más allá de lo bastardo que puedes llegar a ser. —Me tenso ante su insulto—. Una que te desea como tú mismo has reconocido, y tienes que meter la pata como lo has hecho. Felicidades, amigo mío, creo que has conseguido lo que tanto querías. Dudo que quiera saber algo más de ti.

Se marcha dejándome solo, golpeo una pequeña piedra que se encuentra a mis pies lanzándola lejos. Si no me encontrara entre las

cuatro paredes de este maldito castillo, gritaría hasta dejarme la garganta en carne viva. ¿Por qué demonios tenía que salir?

—Y, ahora, ¿qué hago? —me pregunto a mí mismo, sabiendo de antemano la respuesta, mas nunca me he disculpado con nadie, y empezar a hacerlo con mi esposa impuesta es como una patada en la entrepierna—. Sabía que sería un maldito problema desde el día que puso un pie en Duart.

Con paso decidido, vuelvo al interior, no espero encontrarla en el salón, por lo que no me sorprende hallarlo vacío. ¿Dónde se mete todo el mundo?

Ni Elvin, ni Morrigan o mi esposa se encuentran en la planta baja, frunzo el ceño porque ya es casi la hora de comer, veo a una de las criadas y le pregunto, pero la pobre muchacha casi no es capaz de hablarme con claridad.

—Desaparece de mi vista —mascullo—. Que traigan la comida. Si los demás no tienen apetito es cosa suya…

—Sí, mi señor —se marcha corriendo, antes de que desaparezca, le ordeno a voz en grito que traiga *whisky.*

—Al infierno con todos —siseo, sentándome al frente de la gran mesa que se encuentra vacía.

—Veo que nada te quita el apetito, hermano —es el saludo que recibo por parte de un Elvin, aparentemente, calmado—. Buena la has hecho…

—Cállate —espeto, bebiendo de mi copa—. O puede que me sienta tentado a terminar lo que he empezado contigo, te lo advierto, chico, no estoy de humor.

—No lo pongo en duda —rebate—. Después de todo, parece que no eres capaz ni de respetar a tu esposa. —Me tenso ante la acusación y me pregunto cómo se ha enterado tan rápido—. No me mires así, ya se habla por toda la aldea.

—Malditas viejas chismosas —mascullo, dejando la copa con un golpe seco que resuena en la sala—. Deberían meterse en sus propios asuntos.

—Que su *laird* llame ramera a su propia esposa es motivo suficiente para comentar semejante desatino —argumenta sin perder su aparente tranquilidad—. Después de todo, Deirdre es su señora,

muchos ya le tienen aprecio porque ha sabido ganarse a la gente, algo de lo que tú todavía no puedes presumir.

—¿Quieres ocupar el puesto? —cuestiono irónico—. Seguro que lo harías mucho mejor. Sobre todo, porque no eres capaz de alzar una maldita espada sobre tu cabeza.

—Ni loco —exclama—. No podría vivir con la presión constante. Eso te lo dejo a ti, hermano —alza su copa con una sonrisa burlona que me encantaría borrar de un plumazo.

—Podemos comenzar a comer. —La llegada de Morrigan es como un vendaval helado—. Ya he dado la orden para que sirvan algo más que *whisky*.

—¿Dónde está mi esposa? —pregunto.

—¿No creerías que iba a comer contigo? —rebate con ironía mal fingida—. Se le revolverían las tripas, sus palabras, que no las mías —añade sentándose.

Maldigo entre dientes enfureciéndome por su desafío, sabe muy bien que hacer algo semejante es algo que no debería dejar pasar por alto.

—Maldita mujer —estallo—. Eso me pasa por casarme con alguien que no quería —alzo la voz enfurecido—. Tendría que haberlos enviado al infierno, ¿desde cuándo los MacLean tememos a unos simples ingleses?

—Los Lindsay tienen buenas conexiones en la frontera —replica Elvin—. ¿Ya has olvidado lo que se vive allí? —cuestiona con seriedad.

—No oses hablar de lo que no llegarías ni a imaginar, mocoso —gruño—. Nunca he necesitado ayuda alguna de ningún clan fronterizo y no lo hubiera necesitado ahora. Lo que pasa es que sois unas viejas temerosas, padre fue demasiado permisivo y solo buscó la paz a cualquier precio, uno que estoy pagando yo.

—Estoy harta de tus lloriqueos —grita Morrigan sorprendiéndome—. No eres el único en esta mesa que te has sacrificado por un bien mayor, Kylian. Al menos, asume tu parte de culpa, hermano, sabes que lo que has dicho de tu esposa es asqueroso incluso hasta para ti, pero tu maldito orgullo te impide levantar el trasero de esa silla y subir para disculparte.

—No tenía por qué haberme escuchado. —Sé que es una defensa estúpida.

—Eres increíble —ríe sin ganas—. Eres capaz de dar buena cuenta de tu comida como si la mujer con la que te has casado y con la que pareces disfrutar en el lecho no estuviera en su alcoba llorando después de escuchar cómo su esposo grita a los cuatro vientos que es una ramera. —Me tenso por sus palabras.

—No he dicho eso —rebato al verme acorralado—. Solo he dicho que… —Cierro los ojos, aprieto el puente de mi nariz con mi mano—. Morrigan, no quería insultarla —termino susurrando derrotado—. En mi mente no logro comprender por qué no le repugno, por qué es capaz de responder ante mi cuerpo con tanto fervor como lo hago yo.

—¿Por qué no debería? —cuestiona un poco más calmada—. Eres su marido, cualquier hombre estaría encantado.

—Otro hombre no está marcado como un monstruo —escupo, mis hermanos se miran a los ojos con pesar.

Capítulo 31



Deirdre

No puedo dejar de llorar al recordar las palabras llenas de desprecio por parte de mi esposo cuando creía que no lo podía escuchar. Saber que me ve como una ramera por mi forma de responder ante él me destroza por dentro, me siento sucia, como si no fuera digna.

¿Por qué no puede darse cuenta de el motivo por el cual me siento así a su lado? ¿Debería sincerarme? Al menos, si pierdo el cuello, terminaré con esta maldita agonía que ya dura demasiado.

Escucho gritos en la planta inferior, no dudo que Morrigan le esté reclamando por su comportamiento, pero no pienso bajar para interferir. Ahora mismo no me importa nada más que mi maltrecho corazón y mi orgullo, que ha sido pisoteado; a estas alturas, todos en la aldea deben saber que su señora es una ramera a ojos de su *laird*.

—Debí hacer caso a John y marcharme de este maldito lugar —susurro, compungida, mirando hacia el techo, y así me encuentro cuando la puerta se abre. Al darme cuenta de quién se trata, me giro para darle la espalda y dejar muy claro que no deseo hablar, y mucho menos mirarlo a la cara.

—Sé que estás despierta —masculla—. Deirdre, mírame —apremia entre dientes al no obtener respuesta por mi parte—. Es una orden, mujer.

Me giro con lentitud, sin molestarme en intentar borrar el rastro de las lágrimas que él mismo ha causado. Percibo una pequeña mueca por su parte, aparta la vista por unos instantes, como si le avergonzara, pero me da igual, no soy yo la que ha escupido toda esa basura por la boca.

—No tengo nada que decir, mi señor —replico, dándome la vuelta de nuevo con la esperanza de que se marche tan rápido como ha llegado.

Jadeo cuando su mano se posa sobre mi hombro para dejarme tendida de espalda en el lecho con él casi encima de mí. Sus ojos negros parecen refulgir, como si en su interior danzaran llamas, nos retamos con la mirada, sin embargo, no estoy dispuesta a perder esta batalla.

—Pues yo sí —murmura con voz enronquecida—. No pienso que seas una ramera. —Bufo porque no creo ni una de sus palabras—. No he conocido ninguna mujer que me responda como tú, ¿de acuerdo? —estalla con rabia.

—¿Y por ello debo ser insultada? —susurro dolida—. Juro que no volveré a hacerlo. ¿Eso te complace más? Si estoy encinta, al menos,

te daré un heredero; si no, podré volver a mi hogar en cuanto se cumpla el plazo.

No parece complacido por mis palabras, pero no tengo otras. Mantendré el firme propósito de apagar el deseo y el amor que siento por él, jamás he rezado con tantas ansias por conseguir semejante cosa.

—No, no estoy de acuerdo —responde al fin, le miro sorprendida—. No quiero que te mantengas alejada de mí. Necesito volver a experimentar lo que sucede cuando ambos nos olvidamos de todo lo que nos separa.

—Eso lo haces tú, no yo —rebato, frunce el ceño—. Cuando me entrego a ti, lo hago sin reservas porque no dejo que lo que somos se interponga en mi camino.

—¿Por qué lo haces? —inquiere—. ¿Qué esperas conseguir?

—¿De verdad piensas que soy una ramera que espera recibir algo a cambio? —siseo furiosa—. Que tú estés acostumbrado a tratar con ellas no significa que todas seamos iguales.

—Baja a comer —ordena—. No esperes una reacción por mi parte porque intentes matarte de hambre.

—Jamás voy a dejarme morir por un hombre, aunque ese seas tú —frunce el ceño, no lo comprende, y lo que es peor, no está preparado para hacerlo.

—Tienes tanto orgullo como un MacLean —termina diciendo, no me pasa desapercibido el hecho de que no se ha alejado de mí, puedo sentir el calor que desprende su cuerpo—. ¿No morirías por mí, Inglesa?

Me estremezco ante esa pregunta hecha con tanta frialdad, me entristece no poder decir en voz alta mi verdad, que sería capaz de dar mi vida por la suya. No cree en el amor porque nunca lo ha visto, mucho menos se cree merecedor de ese sentimiento por su aspecto, de nada serviría que le dijera que para mí su cicatriz no existe, no la veo, no me importa.

No me doy cuenta de que estoy llorando de nuevo por todo lo que podría ser y se me escapa entre las manos, hasta que Kylian, con su pulgar, borra una de mis lágrimas en un gesto tan tierno por su parte

que mi corazón parece querer salir de mi pecho para postrarse a sus pies.

—No merezco tus lágrimas —susurra observándome, sus ojos descienden hasta mis labios, mi respiración se entrecorta, mis pezones se marcan tras mi camisa, y mi piel parece erizarse—. Ni esto tampoco…

Sus dedos acarician mis pechos haciéndome gemir, cierro los ojos avergonzada recordando sus palabras, por lo que mis manos se posan en su pecho desnudo para empujarlo, pero al sentirlo temblar, no encuentro el valor suficiente.

—Perdóname. —Abro los ojos asombrada, no puedo creer que el gran Kylian MacLean esté disculpándose, mucho menos conmigo—. Lamento lo que he dicho, lo que he hecho y también lo que estoy por hacer.

—¿Qué quieres decir con…? —no puedo terminar la frase porque su boca reclama la mía. Pero no como las veces anteriores, ahora lo hace lentamente, como si quisiera saborear el momento, su lengua no reclama, sino que busca la mía como si estuviera pidiendo permiso.

Debería apartarlo, es lo que me grita mi orgullo herido, por el contrario, mi corazón y mi cuerpo gritan lo opuesto, que no lo deje ir, que intente una vez más traspasar la coraza de hielo que lo recubre para llegar hasta lo más profundo de su ser, porque es la única manera de salvarlo incluso de sí mismo. Lejos de hacerlo, mis manos se aferran a sus hombros, claudico y no me importa hacerlo, porque, por primera vez, siento que es distinto, que en pocas horas algo ha cambiado.

Esta vez hacemos el amor, no se esconde, no me rehúye. Nos miramos en todo momento, sus ojos no abandonan los míos mientras se pierde en mi interior hasta que, cuando alcanzo el éxtasis, soy yo la primera en cerrar los ojos y perderme en la avalancha de sensaciones que recorren mi cuerpo. Se deja caer sobre mí sudoroso y jadeante, como no se aparta, de inmediato lo abrazo y doy gracias a Dios en silencio por este milagro.

—¿Por qué no te repugno? —le escucho susurrar mientras se aparta lentamente, siento frío, por lo que me arriesgo a que me aparte, ya

que me acurruco contra él. Lejos de hacerlo, me abraza contra su costado, veo una cicatriz y la acaricio con mi dedo pensativa.

—Te lo he dicho en muchas ocasiones —murmuro—. No veo lo que tanto condiciona tu vida, esposo. Para mí no existe esa cicatriz, o al menos no es muy distinta a esta —sigo descubriendo viejas heridas que dejan muy claro que lleva años luchando en uno de los lugares más peligrosos.

—Creo que nunca llegaré a entenderlo —replica, alzo la mirada para encontrar la suya—. Eres muy hermosa y podrías tener a un hombre que no pareciera…

Lo silencio moviéndome con rapidez y cubriendo su boca con la mía. Mis pechos desnudos contra el suyo, no creo que pueda acostumbrarme a lo que siento a su lado, sus manos se aferran a mis caderas.

—¿Quieres que cada vez que digas alguna estupidez te bese? —pregunto, intentando bromear para borrar esa sombra de sus ojos—. Porque puedo hacerlo y no me importa dónde nos encontremos.

—Desvergonzada —se ríe y me deja con la boca abierta por su cambio, creo que nunca lo había visto hacerlo, y mi corazón ha dado un vuelco—. Sé que serías capaz de ello y de mucho más.

—Vuelve a hacerlo —le pido, frunce el ceño sin comprenderme—. Vuelve a reírte —lo zarandeo, haciendo que una nueva sonrisa tire de sus labios—. Me gusta —sonrío de vuelta.

—Eres muy rara —niega, intentando ocultar que soy capaz de conseguir que sus ojos brillen un poquito—. Mis hermanos tienen que estar preguntándose qué demonios hacemos. —No parece muy preocupado porque no se levanta de la cama.

No digo nada porque no encuentro algo adecuado que decir. No puedo evitar sentirme un poco avergonzada por pensar en lo que deben estar pensando de mí, después de todo, Morrigan ha sido testigo de lo sucedido y ahora me encuentro entre los brazos de su hermano, saciada después del placer que me ha proporcionado.

—¿En qué piensas? —pregunta ante mi silencio.

—En lo que deben estar pensando ahora mismo. —No me gusta mentir si no es necesario.

—¿Te arrepientes? —cuestiona, lo noto tensarse mientras espera mi contestación.

—Por supuesto que no —replico de inmediato—. ¿Qué debo hacer o decir para que confíes un poco en mí?

Lo escucho suspirar, veo cómo cierra los ojos, por lo que vuelvo a apoyar mi rostro en su pecho para escuchar su corazón.

Capítulo 32



Kylian

Mi intención al entrar en la alcoba de mi mujer no era la de acabar en su lecho. Solo quería reafirmar mi posición en el castillo sin que nadie pudiera volver a cuestionarla. Sin embargo, sus lágrimas me han hecho ver que tengo el poder de hacerle daño y, aun así, se entrega mí sin reservas, por lo que es mucho más valiente que yo.

Ese pensamiento me ha desarmado por completo. No he podido evitarlo, y la verdad es que tampoco quiero, estoy tan cansado de luchar contra lo que se supone que no debo sentir. Lo he hecho desde la primera vez que la vi y supe que era la esposa de Kael, por aquel entonces era fácil mantenerme a distancia y no olvidar de dónde proviene, aunque ahora eso ya no me importa, no sé en qué momento dejó de hacerlo, pero esa es la realidad.

—He confiado en pocas personas en mi vida —comienzo a decir en voz baja—. Y algunas de ellas me han traicionado de la peor manera.

—¿Por ello no vas a darme siquiera una oportunidad? —insiste de nuevo—. ¿Qué debo hacer para merecer ese honor, Kylian? Esa distancia que insistes en mantener con las personas que te rodean solo te trae soledad y amargura.

—En el campo de batalla estás solo —replico pensativo, recordando los años que he pasado rodeado de muerte y desolación—. Solo Thomas cuidaba mi espalda y yo la suya.

—Me alegro de que encontraras a alguien en quien poder apoyarte —replica sin dejar de acariciarme—. ¿No crees que ha llegado la hora de que permitas a los demás hacer lo mismo? Tienes a tu hermana, a tu hermano, a mí…

—Cuando hasta tu propio padre te traiciona, es muy difícil volver a confiar —rebato—. Llevo tanto tiempo viviendo de la misma manera que no conozco otra cosa.

—Déjame que te lo muestre —me pide, volviendo a alzar su rostro para mirarme, en sus ojos veo una súplica que de nuevo no creo poder obviar—. Después de todo, tenemos varios meses por delante, Kylian. ¿Por qué vivir en una batalla constante?

—Si me fallas, no podré perdonarte —es casi como un gemido lastimero—. No importa cuánto supliques, te sacaré de mi vida sin

mirar atrás, Deirdre.

¿Es miedo lo que veo en sus ojos azules? No me da tiempo a profundizar en ese pensamiento, pues se lanza contra mí, me abraza dándome las gracias una y otra vez, le devuelvo el gesto volviendo a reír. Creo que lo he hecho más veces en este rato juntos que en los últimos años, ese es el efecto que esta pequeña muchacha que tengo entre mis brazos produce en mí.

—¿Bajamos? —pregunta cuando se calma—. Deben pensar que somos unos desvergonzados, pero en algún momento tendremos que dar la cara.

Se levanta sin esperar respuesta por mi parte, dejándome ver su desnudez. Aprecio sus curvas, ya que, a pesar de ser menudo, tiene un cuerpo creado por los dioses que consigue volverme loco sin proponérselo siquiera. Se viste con rapidez sin que mis ojos pierdan detalle, con pereza la imito para salir de la alcoba en la que gustoso me quedaría encerrado de por vida, al menos, entre estas cuatro paredes, consigo olvidarme de todo lo demás.

—Creíamos que os habíais matado —bromea Elvin, Morrigan le da una colleja que lo hace quejarse—. Por lo que veo, todo ha quedado solucionado. —Su sonrisa pícara no deja lugar a dudas de que, a pesar de su juventud, sabe muy bien lo que ha ocurrido entre nosotros—. Por favor, Deirdre, no vuelvas a enfurecerlo o acabará matándome.

—Cierra el pico. —Vuelvo a sentarme en mi lugar—. No quiero ni una broma más —le advierto.

—¿Todo bien? —escucho que mi hermana le pregunta a mi esposa.

—Perfecto. —Me giro para verla sonreír—. Lamento lo sucedido.

—No eres tú quien debe disculparse. —Morrigan me mira—. Hermano…

—No sigas —interrumpo—. Mi esposa y yo ya hemos hablado, es con la única que debía hacerlo.

—Bien —termina mascullando—. Entonces, si me disculpáis…

Se levanta y se marcha, Elvin, tras excusarse, hace lo mismo, ellos, por supuesto, ya han comido porque esperarnos hubiera sido una estupidez.

—No está contenta. —Miro a mi derecha, mi mujer la observa preocupada, y por mi parte, comienzo a dar buena cuenta de lo que todavía conservo en mi plato, no me importa que esté frío—. ¿Debería hablar con ella?

—No —sentencio—. Lo sucedido es cosa nuestra, Deirdre. Puedo comprender que se preocupe tanto por ti como por mí, pero debe aprender a mantenerse al margen.

Suspira y comienza a comer, lo hacemos en silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos. No estoy seguro de cuáles son los suyos, desde luego, los míos giran en torno a ella y a la promesa que le he hecho. No puedo dejar de preguntarme si no estaré cometiendo un error que después pagaré muy caro, el último me desfiguró el rostro, pero la muchacha de cabellos dorados y ojos azules que tengo al lado es capaz de partirme el corazón si se lo permito.

—Vuelves a estar serio. —Parpadeo un par de veces antes de mirarla, no me había dado cuenta de que no me quitaba los ojos de encima—. ¿Qué parece atormentarte? ¿A qué le temes?

—A sufrir —respondo incluso antes de darme cuenta, gruño por semejante estupidez—. Olvida lo que he dicho.

—Sigues sin confiar en mí. —No es una pregunta—. Espero que llegue el día en que lo hagas. Yo confío en ti, ¿sabes? Lo hacía incluso cuando me odiabas más que ahora, nunca dudé de que, llegado el caso, me protegerías.

—Yo no necesito que me protejas, Deirdre —replico—. Dudo que pudieras hacerlo.

—No me subestimes —sonríe como si conociera un secreto—. Puedo protegerte de ti mismo, *laird* —susurra, acercándose a mi oído.

Trago saliva con fuerza porque el simple hecho de susurrarme consigue que me estremezca, doy un sorbo grande a mi vaso intentando aliviar mi sed. Vuelve a comer como si no hubiera pasado nada, la observo de reojo y parece tranquila, por lo que decido que puedo vengarme más tarde.

—De nuevo estás sonriendo. —Me sorprende que se dé cuenta, porque ni yo era consciente—. No sé que estás tramando, pero siempre que te haga feliz, a mí también.

No replico, ya que sería darle demasiada información, debo esperar que caiga la noche, ¿en qué momento me he convertido en un hombre de apetitos insaciables? No me reconozco y, aunque me asusta como el infierno, quiero saber qué puede depararme el destino si me dejo llevar. Durante muchos años, me he ceñido a varias reglas muy rígidas que me han mantenido seguro bajo mi punto de vista, sin embargo, creo que ha llegado el momento de permitir que la Inglesa sentada a mi lado sea un soplo de aire fresco y puro, que sea mi luz en la oscuridad.

—Tengo varias cosas que hacer —se levanta dispuesta a marcharse, por instinto, la detengo cogiendo su mano, siento su mirada sobre mí esperando una explicación a mi comportamiento—. Kylian…

—Si alguien te molesta o sucede algo que escape de tu control, búscame de inmediato, y si no me encuentras, acude a Thomas o Elvin —mastico el muslo de pollo que me queda en el plato.

—No va a pasarme nada —rebate—. No voy a salir de Duart. ¿Desde cuándo te preocupa mi seguridad?

Su pregunta es como un latigazo, el resquemor del golpe escuece porque es una realidad que ninguno de los dos podemos obviar. La miro finalmente, ella parece sorprendida, no le he dado siquiera lo mínimo que merece una esposa, impuesta o no.

—Me preocupo ahora —respondo escueto—. ¿Lo harás? No me desobedezcas en cuestiones de seguridad.

—Puedo defenderme… —comienza a decir, pero calla, asiente—. Lo haré, no debes preocuparte.

La suelto y la observo salir del salón, me ha sorprendido que no siguiera discutiendo, es como si se hubiera dado cuenta de que no era sensato hacerlo o como si me ocultara algo. No quiero seguir dudando, la desconfianza es un veneno que corre raudo, dejando solo rabia y odio.

—Kylian. —Thomas entra con paso rápido—. Debemos ocuparnos de unas cosas antes de que caiga la noche.

—¿Qué sucede? —pregunto preocupado.

—Uno de los muchachos que vigilan las lindes dice haber visto a varios hombres merodeando, he supuesto que querrías que nos encargáramos nosotros.

—Por supuesto —espeto, cogiendo mi espada—. ¿Quiénes han sido tan imbéciles para poner un pie en tierras MacLean? —cuestiono mientras salimos al exterior.

—¿Vamos nosotros solos? —pregunta, asiento—. Los caballos ya están preparados.

—Me conoces demasiado bien —replico montando—. Guíame.

Salimos de Duart a galope y no nos detenemos hasta llegar donde se supone que han sido visto a los forasteros. Según me cuenta Thomas, el muchacho que los vio no reconoció los colores, algo que no es extraño, ya que, cuando pretendes pasar desapercibido, lo mejor es no llevarlo para no incriminar a todo un clan. También puede ser que no pertenezcan a ninguno o hayan sido desterrados, sea como sea, no los quiero por mis tierras, eso solo ocasionará problemas.

—Solo veo pisadas —digo tras inspeccionar los alrededores—. Sea quien sea, no es un buen rastreador.

—No creo que hayan venido de lejos porque no lo han hecho por mar —replica mi amigo mirando el horizonte—. Por lo que creo que deben ser de algún clan cercano.

—Según mis hermanos, mi padre mantenía la paz con todos —murmuro pensativo.

—¿Tal vez los Campbell? —cuestiona, le miro—. Después de todo, mataste al esposo de tu hermana.

—Se lo merecía —gruño al recordar que era un traidor que además maltrataba a Morrigan—. Les devolví el cuerpo, podría habérselo dado a las fieras para que se alimentarán.

—Lo sé, sin embargo, era hijo, hermano… —se encoge de hombros —. Creo que deberíamos estar pendientes.

—Aumentaremos la vigilancia —asiento—. Que las mujeres no salgan fuera de la fortaleza o del poblado sin acompañante que pueda defenderlas. No esperaba este contratiempo —maldigo frustrado—. Cuando todo parece ir bien y encuentro un poco de calma…

—No te preocupes —dice, palmeando mi hombro—. Puede que no sea nada. Si quisieran atacarnos, ¿por qué esperar tanto?

—Puede que no se atrevieran y ahora la rabia los ciegue —rebato—. Si vienen, les estaré esperando. Terminarán como lo hizo el único Campbell que fue tan estúpido como para creer que podía vencer a un MacLean.

Volvemos al castillo en silencio, muy atentos por si vemos o descubrimos algo que nos sea de ayuda. Cuando estamos a punto de entrar, Thomas habla, me parecía demasiado extraño que no lo hiciera.

—Supongo que te has disculpado con tu esposa. —Le miro de reojo, y asiento—. Bien. Vas mejorando, hermano —bromea, ruedo los ojos exasperado—. En otro tiempo, no lo hubieras hecho; como suponía, la Inglesa es una buena influencia para ti.

—Calla de una vez —replico—. Pareces muy preocupado por un matrimonio que tiene fecha de inicio y de final, amigo mío.

—En estos meses pueden pasar muchas cosas, Kylian —dice enigmáticamente—. Tengo la esperanza de que no cometas otro error, y que permitas que tu esposa permanezca a tu lado, que formes una familia y seas feliz por fin.

—Crees en los cuentos de hadas todavía —me burlo para no reconocer que esa idea ya ha pasado por mi cabeza, incluso me he imaginado con un bebé entre mis brazos—. Veremos qué nos depara el futuro, es demasiado incierto para mi gusto.

—Sé que te gusta tenerlo todo bajo control, pero cierta muchacha rubia no te lo permite, y por eso le temes.

—No le tengo miedo —siseo, mirándolo molesto—. Deja de decir tonterías, Thomas.

Hemos llegado al patio, desmonta riendo y se marcha para llevar a ambos caballos hasta las cuadras. Entro al castillo intentando ocultar la preocupación que siento por no saber quién demonios ronda por mis tierras y con qué propósitos. Si fuera alguien con honor, se hubiera presentado ante mí para solucionar las cosas como lo hacemos aquí, de frente, para luchar hasta la muerte si es necesario. Pero que se oculten me deja claro que atacarán por la espalda, que intentarán dañar lo que más me importe para que el golpe sea mortal.

Capítulo 33



Deirdre
Varias semanas después…

*M*ontar a caballo ha sido una de mis pasiones, una que me ha hecho sentir libre, ya que la sensación del viento golpeándome el rostro mientras mi cabello danza tras mi espalda es como si estuviera volando. A mi lado, Morrigan parece disfrutarlo tanto como yo, al

principio, en cuanto hemos salido de Duart, se ha puesto algo nerviosa, pero le he asegurado que no hay nada que temer, estamos en tierras MacLean, nadie en su sano juicio atacaría a mi esposo, pues todos saben a quién se enfrentan. Aun así, durante estas últimas semanas, Kylian ha estado bastante preocupado, por lo que no se nos permitía salir de la fortaleza sin escolta. Hoy me he hartado y he desobedecido su orden, lidiaré después con las consecuencias.

—No deberíamos alejarnos tanto —vuelve a decir mientras observa a su alrededor, como si esperara que alguien saliera de entre los árboles—. Tengo un mal presentimiento, Deirdre.

—¿Sobre qué? —Ahora sí presto atención porque creo firmemente en los malos augurios—. ¿Desde cuándo?

—Desde que hemos salido del castillo —responde asustada—. Te lo he dicho, puede que solo sean imaginaciones mías, pero me siento acechada. Recuerda que, aunque mi hermano es temido, tiene enemigos.

—Nadie de las Lowlands viajaría hasta aquí —intento rebatir para tranquilizar mi corazón, que late desbocado, ahora también mantengo los ojos bien abiertos y una de mis manos busca mi daga, si tuviera mi arco…—. Regresemos.

—No es eso lo que temo —replica mientras damos media vuelta—. Kylian se ganó enemigos cuando mató a mi esposo. ¿Crees que no me pareció extraño que nadie reclamara lo sucedido? Los Campbell jamás se hubieran quedado de brazos cruzados en el pasado, al principio pensé que la fama de Kylian los había disuadido, pero…

—Debiste decírmelo antes —reclamo—. No nos hubiéramos alejado de la fortaleza, tu hermano va a matarme —me lamento preocupada.

—Si llegamos con vida a Duart —masculla—. Dios mío —exclama, llamando mi atención, miro hacia donde lo hace ella y lanzo una maldición cuando varios hombres salen de entre los árboles—. Malditos cobardes…

—Estupendo —gruño al verme superada en número y sin mi arco, con la daga necesito estar demasiado cerca de mi atacante—. Corre —apremio, espoleando a mi caballo—. Nuestra única posibilidad es llegar al castillo, no te detengas pase lo que pase.

Nuestros caballos recorren la distancia que nos separa de Duart veloces como el viento, escucho el silbar de las flechas, los malnacidos nos están disparando a traición a dos mujeres indefensas y desarmadas. Cuando veo los muros de la fortaleza, silbo con todas mis fuerzas para llamar la atención de los vigías, vuelvo a hacerlo porque necesito que mi esposo salga a nuestro encuentro, no creo que lleguemos sanas y salvas al interior, y tampoco pretendo dejarles entrar.

—¡Kylian! —grito todo lo fuerte de lo que soy capaz, su hermana hace lo mismo, casi sollozo cuando el portón se abre y mi esposo, a la cabeza acompañado por Thomas y unos cuantos hombres más, se dirigen hacia nosotras—. Gracias a Dios —exclamo.

—No te detengas, Deirdre —apremia mi cuñada cuando reduzco la velocidad, estamos en campo abierto con los MacLean al frente y los Campbell por la retaguardia—. No podemos rendirnos, mi hermano viene a nuestro rescate.

—Sigue hacia delante —le grito mientras doy media vuelta para plantar cara a los cinco hombres que nos han perseguido como a perros—. No pares.

—Deirdre —grita aterrada, aun así, obedece, dejándome sola ante el enemigo.

Los cinco hombres que nos han perseguido como perros se detienen sorprendidos, uno de ellos, el que supongo es el líder, no pierde su estúpida sonrisa de dientes podridos ni siquiera viendo que mi esposo viene a mi encuentro. Cuando se posiciona a mi lado a lomos de Black, puedo sentir su mirada furibunda sobre mí, sin embargo, no despego los ojos de nuestro enemigo, algo que me enseñó mi hermano y que en más de una ocasión pagué con sangre en la frontera.

—¿Cómo osáis poner un pie en mis tierras y atentar contra mi esposa y mi hermana? —brama Kylian, desmontando de su montura —. Por ello vais a morir.

—¿Creías que ibas a matar a Robert y que no habría consecuencias? —pregunta el que parece el líder, incluso veo algún parecido con ese bastardo.

—Habéis tardado meses para cometer semejante estupidez —se jacta—. ¿No era lo suficiente importante?

—Cierra la boca, miserable bastardo —ladra furioso—. Era mi hermano mayor y lo mataste como a un perro.

—Lo era —sentencia mi marido—. Por lo tanto, murió como tal, no sé por qué os molestáis tanto —inquiere con ironía—. Me aseguré de que lo que quedaba de ese despojo llegara a vuestras tierras.

—Vais a morir —ruge, es el primero en atacar, todos hemos desmontado, por lo que Kylian me aparta, los hombres me dejan tras ellos para protegerme.

Le juré a mi hermano que no descubriría mi secreto y no lo haré, a no ser que vea peligrar la vida de mi gente. Quedarme de brazos cruzados mientras veo cómo luchan a muerte me está volviendo loca, pero no puedo hacer nada sin antes sincerarme con mi esposo o estaré condenando mi matrimonio ahora que por fin veo una posibilidad real para nosotros dos.

—¡Kylian! —grito cuando me doy cuenta de que uno de esos cerdos va a atacarlo por la espalda mientras lucha contra el hermano de Robert. No lo pienso y corro hasta él, me lanzo para desestabilizarlo con mi peso.

Me levanto con agilidad empuñando la daga, la rata que ha intentado matar a mi hombre por la espalda se levanta desorientado, y cuando ve que se trata de una mujer, la rabia brilla en sus ojos, tiene sed de sangre, pero no le voy a dar la satisfacción de conseguir ni una gota de la mía.

—Voy a destriparte, zorra —sisea.

Todo pasa muy deprisa, ataco tal y como me enseñó John, me lanzo al suelo mientras mi daga corta uno de sus muslos, sé dónde debo cortar para infligir el mayor daño posible. Lo que no sabe este miserable es que va a desangrarse como un cerdo, recibo una patada que me lanza al suelo, gimo por el dolor en el costado, pero me levanto en el momento en que va a asestar el golpe mortal, soy yo quien atraviesa su estómago.

—Creo que no vas a conseguirlo —murmuro mientras me mira incrédulo con un rictus de dolor en el rostro—. Púdrete en el infierno

—lo empujo, cae al suelo retorciéndose y con sus manos intenta cubrir su herida.

—¿Quién demonios eres? —me tenso, me coge con brusquedad por el brazo para girarme y quedar cara a cara. La furia hace que sus ojos parezcan dos llamas ardientes, el rictus contraído, los dientes apretados y jadeante, ahora mismo estoy frente al Lobo MacLean—. Habla —exige zarandeándome.

—Kylian —intenta intervenir Thomas—. Cálmate, hermano. Deja que se explique.

Me doy cuenta de que todos los Campbell yacen muertos, bañando con su sangre la tierra que nos rodea. Por salvarle he dejado al descubierto mi secreto, ahora no hay nada que pueda decir más que la verdad que he intentado ocultar a toda costa, sabiendo que al hacerlo estoy sentenciándome.

—No te metas —sisea—. Encárgate de estos despojos —escupe sin dejar de mirarme—. Marchaos —ordena.

Ninguno de los dos vuelve a hablar hasta que los hombres no se alejan lo suficiente como para estar seguros de que nadie va a escucharnos. No aparto los ojos de mi esposo con la esperanza de que sus rasgos se suavicen, que suceda un milagro que me permita explicarle que nunca he querido hacerle ningún mal, solo me enamoré y mi vida anterior con la que tengo ahora no eran compatibles.

—Te lo voy a preguntar otra vez… —su voz suena mortalmente fría —. ¿Quién eres? Y no me digas que una tímida flor inglesa —se burla —. Jamás lo has sido, pero lo que acabo de ver me demuestra que eres una farsante.

—Mi hermano me enseñó a defenderme —replico con voz temblorosa de quien se sabe descubierto—. Sabes mejor que nadie que la frontera…

—Mientes —brama, sobresaltándome, me suelta y se dirige al cuerpo inerte, el único que han dejado—. ¿Crees que no la reconocería? —me muestra mi daga, cierro los ojos derrotada—. Todo este tiempo… —maldice, suelta un alarido que resuena entre las montañas que nos rodean.

Está sufriendo y yo soy la única responsable, me acerco con paso vacilante y poso una mano en su espalda. Se aparta de inmediato, como si mi contacto le repugnara, su mirada me hace retroceder asustada.

—Jamás vuelvas a tocarme —escupe—. Tu hermano es el maldito Longbow, ¿verdad?

—Kylian, por favor, deja que te explique —balbuceo a punto de romper a llorar.

—¡Me has mentido! —grita una vez más—. Confié en ti y durante meses me has ocultado que tu hermano es un maldito Border Reivers con el que he peleado innumerables ocasiones, que ha matado a mis hombres, y lo peor es que eres uno de ellos —escupe a mis pies—. ¿Eres la famosa Bruma, esposa? —cuestiona con ironía.

—Si te lo hubiera dicho, jamás te habrías casado conmigo —rebato, sintiéndome impotente—. Maldita sea, me enamoré de ti apenas siendo una niña…

—¿Amor? —interrumpe carcajeándose—. ¿Me estás diciendo que me amabas tanto que aceptaste un matrimonio por poderes con mi hermano mayor?

—Sé lo que puede parecer, pero si dejas que me explique… —Vuelve a interrumpirme, lanzando la daga a mis pies, queda clavada a centímetros sin que me haya rozado.

—No pienso escucharte —sentencia, mi corazón se desgarra—. En cuanto lleguemos a Duart, recogerás tus pertenencias y mis hombres te llevarán hasta la frontera.

—¡No! —Mis manos se posan sobre su pecho, me empuja y me tambaleo hacia atrás—. Todavía queda un mes para que se cumpla el plazo, y si me dejas hablar, podemos…

—Si no te callas, voy a matarte —sisea con tanta furia que no dudo que sea verdad—. No puedo ni mirarte a la cara, mucho menos escuchar tus embustes. Te lo dije, te advertí que no me mintieras, que no me traicionaras, y has sido la peor de todas.

Sollozo dejándome caer de rodillas ante él para suplicar si es necesario por su perdón. Mis ojos no son los únicos que se empañan, los suyos también brillan por las lágrimas contenidas. ¿Qué demonios he hecho?

—Lo sé. —El llanto casi no me deja hablar—. Tienes que creerme, nunca quise hacerte daño. ¿No te diste cuenta de que, aunque nos enfrentáramos en la frontera, nunca te atacaban a ti? Los hombres de mi hermano tenían órdenes de no hacerlo.

—¿Debo darte las gracias? —pregunta entre dientes, sus puños se aprietan a sus costados como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano para controlarse—. Habéis matado a muchos de los míos. Lo he visto con mis propios ojos, por lo que no esperes ninguna merced por mi parte ni para ti ni para tu hermano.

—No, por favor —me levanto de inmediato—. No le hagas daño. Él no quería prestarse a esto, fue mi padre el que arregló el matrimonio con Kael sin que yo lo supiera; cuando me enteré, era demasiado tarde, y cuando te vi… —muerdo mi labio con tanta saña que puedo sentir el sabor de mi propia sangre—. No podía irme.

—Que Kael muriera te vino muy bien, ¿verdad, zorra retorcida? —masculla—. ¿Lo mataste tú?

—Por supuesto que no —exclamo incrédula—. Lo apreciaba, era un buen hombre. Nuestro matrimonio hubiera acabado pasado un año porque ni él me amaba a mí ni yo a él, pero nunca hubiera atentado contra su vida.

—No te hizo falta porque el imbécil de Bran hizo el trabajo sucio —replica—. Me pregunto en cuántas cosas más me habrás mentido —murmura, dándose la vuelta para dirigirse a su caballo—. Monta de una maldita vez o te dejo aquí; si lo hago, ni siquiera podrás entrar en Duart a por tus cosas, y por supuesto no tendrás protección hasta la frontera. Aunque parece que no la necesitas, ¿verdad, Bruma?

Seguir intentando que me escuche es una batalla perdida, por lo que obedezco derrotada, sale a galope sin esperarme para asegurarse de si lo sigo o no. Puedo sentir la maldita daga que me ha sentenciado en mi muslo, donde normalmente la escondo siempre que salgo del castillo. No me arrepiento de haberle salvado la vida, aunque ello signifique haber acabado con la mía.

Al llegar a Duart, Morrigan nos espera en el patio muy nerviosa. Al verme llegar manchada de sangre, cubre con sus manos temblorosas su boca ahogando un gemido. Su hermano pasa por su lado como un

vendaval, a pesar de sus preguntas, y corre hasta mí mientras Kylian a voz en grito va dando órdenes.

—¿Qué ha pasado? —pregunta preocupada—. ¿Esta sangre es tuya? —Niego, conmocionada, mientras camino a paso lento—. ¿Por qué has hecho semejante locura? Podrían haberte matado… —recrimina cuando entramos al castillo.

—Hermanita, estás hablando con la Bruma de las Highlands —se carcajea mi esposo con una jarra de *whisky* en la mano y los ojos como dos pozos negros—. Sabía que podría con un par de esos bastardos.

Mi cuñada me mira sin comprender, su ceño se frunce y agacho la mirada. Comienzo a temblar, siento un frío que me cala hasta los huesos y temo que no me abandone jamás. Me abrazo a mí misma buscando algo de calor porque sé que no voy a obtenerlo de ningún MacLean, antes de que acabe el día, todos me odiarán.

—¿Qué quiere decir mi hermano, Deirdre? —pregunta inquieta.

—Nos ha mentido —no deja que hable, no me permite explicarle a mi amiga mi versión—. Su hermano es el líder de los Border Reivers en la frontera, y mi esposa es su perro faldero.

—No lo soy —exclamo ofendida—. Soy su segunda al mando, me lo he ganado.

—Y estarás orgullosa —escupe con asco—. Sube a por tus cosas o te vas sin ellas, no me hagas repetirme.

Me muevo por inercia, siento como si mi cuerpo no me perteneciera. Mientras subo las escaleras muy despacio por miedo a desplomarme, me detengo en cuanto escucho la voz de Morrigan.

—¿Por qué? —pregunta desde abajo—. ¿Por qué lo has hecho? —Es la primera que lo hace, que se molesta en querer saber mis motivos.

—Si te refieres a por qué he salvado a tu hermano, a pesar de que eso me sentenciaba, la respuesta es porque lo amo demasiado como para quedarme de brazos cruzados mientras lo mataban ante mis ojos —respondo sin girarme a mirarla—. Si te refieres al motivo por el cual mentí, llevo haciéndolo años, ¿crees que mis padres lo saben? —pregunto irónica, me giro para mirarla, veo la decepción en su semblante—. No vine para casarme con Kylian, por lo que no pensé

que debería ocultarlo durante tanto tiempo, porque nunca creí que me quedaría más de un año en Duart.

—¿Le amas? —cuestiona dolida—. No se engaña a quien dices querer, Deirdre.

No respondo porque nada de lo que diga o haga va a cambiar el hecho de que soy culpable de lo que me acusan. Doy media vuelta y continúo caminando hasta mi alcoba. Al entrar, todos los recuerdos de lo vivido entre estas cuatro paredes me golpean con la fuerza de una avalancha, tanto que al cerrar la puerta me dejo caer apoyándome en ella. Rompo a llorar desgarrada ante el futuro que tengo por delante, a mi mente llega la mirada de desprecio de Kylian y me acurruco en el suelo como si fuera una niña pequeña, me estremezco sin poder evitarlo, lo que tanto temía ha sucedido. Le conozco y no va a darme una segunda oportunidad, para él soy igual o peor que su padre o hermano, se ha sentido traicionado por mí y no lo olvidará jamás.

Demasiado tarde recuerdo la advertencia de John, en muchas ocasiones me dijo que era una locura lo que planeaba, que por mucho que consiguiera enamorar al Lobo MacLean, mi traición iba a sentenciarme y que ni siquiera él podría ayudarme. ¿Cómo se supone que debo abandonarlo sin mirar atrás?

Me levanto con rapidez cuando escucho unas pisadas que reconozco de inmediato, me da tiempo solo para apartarme y que la puerta no me golpee, pero sí lo hace contra el muro, produciendo un ruido ensordecedor.

—¿Qué demonios crees que haces? —inquiere, mirando a su alrededor—. Te quiero fuera de Duart ahora mismo, mis hombres ya están preparados, no sigas retándome, traidora.

—Nunca te he traicionado —susurro, gira el cuello tan bruscamente para mirarme que temo se haya hecho daño—. Desde que me casé contigo, te he sido leal, incluso mucho antes, si no eres capaz de verlo…

No puedo continuar hablando porque, en un par de zancadas, llega hasta mí, su mano rodea mi cuello sin problemas, y cuando creo que va a apretar con fuerza para ahogarme, no lo hace. Nos miramos a los ojos por lo que me parece una eternidad, yo con una súplica

silenciosa, incluso con anhelo por lo perdido; él, sin embargo, lo hace con furia, con rabia y resentimiento, pero también con una decepción tan grande que me siento impotente, si al menos me dejara consolarlo.

—Fuera de mi vista —sisea, soltándome al fin—. ¿Recoges, o te saco así? Tú decides si quieres marcharte con algo de dignidad o como la perra rastrera que eres.

—Me voy —suspiro, intentando recomponer un poco mi dignidad—. Si algún día quieres escucharme, estaré esperando.

—No cuentes con ello, perra —escupe, no debería sorprenderme, ya que su furia no le permite pensar con claridad—. ¿Crees que eres alguien importante para mí? Te soportaba porque era lo que debía hacer, sin embargo, tú has cavado tu propia tumba y me has liberado antes de tiempo, solo por eso no he acabado con tu miserable vida.

Cierro los ojos, ¿cómo voy a sobrevivir después de esto?

Capítulo 34



Kylian

La escucho contener un sollozo mientras asiente y pasa por mi lado.

Abre el arcón y comienza a guardar varias cosas, entre ellas, también descubro que tiene escondido un maldito arco. ¿Cómo demonios he podido ser tan estúpido? ¿Quién iba a pensar que la que parecía una florecilla inglesa incapaz de matar ni a una mosca resultaría ser una salteadora de caminos de la peor calaña?

—Dile a tu hermano que, como se le ocurra poner un pie en mis tierras reclamando por no haber cumplido el pacto al que llegó mi padre, no le va a dar tiempo ni de abrir la boca —replico furioso—. Una de mis flechas le atravesará el corazón.

—No causará problemas —la escucho murmurar—. Te lo prometo.

—Tus promesas no valen nada —increpo—. ¿Crees que voy a fiarme de ti? Sin embargo, sabes que mi palabra es ley; si juro que lo mataré en cuanto ponga un pie en tierras MacLean, sabes que lo haré.

—Por supuesto —masculla—. El gran Kylian no miente jamás, y sus promesas son sentencias a muerte —añade irónica, se vuelve para mirarme cuando parece que ya ha terminado—. Lo que queda en los arcones supongo que lo quemarás, ¿sería demasiado pedir que al menos se lo dieras a Diane?

—¿Crees que quiero alguna maldita cosa que me recuerde tu estancia aquí? —grito—. Muévete de una vez.

Salgo de la alcoba porque permanecer más tiempo aquí dentro me hará perder la razón, pensar que unas horas antes hemos compartido el lecho con la pasión que nos caracteriza y ahora me encuentro con que todo ha sido una maldita mentira, el no saber por qué y qué se propone, y lo peor de todo es el dolor agudo que siento en el pecho por su traición.

Me sigue cabizbaja, a paso lento, como si quisiera retrasar todo lo posible su partida cuando sabe que es una pérdida de tiempo, está acabada desde el momento en que decidió mentirme, a sabiendas de lo que pienso sobre ello. Le pedí lealtad, ni amor ni sentimientos estúpidos, y no ha sabido dármelo, ¿por qué cometí de nuevo el error de permitir que alguien se acercara a mí? Me golpearía a mí mismo

con gusto por semejante desatino, a Thomas y Morrigan por impulsarme a ello cuando estaba más que dispuesto a dejar pasar los meses sin acercarme a la mujer que me habían impuesto, pero no, bajé la guardia y lo voy a pagar con creces.

Al llegar al patio exterior, Thomas, Elvin y tres hombres más están preparados para acompañarla a la frontera, aunque le he dicho a mi hermano que no es necesario, ha insistido, por lo que le he hecho prometer a mi mejor amigo que le cuidará las espaldas en mi ausencia, ya que todavía no es lo suficientemente bueno defendiéndose. Espero que no surjan problemas, porque como por su culpa muera alguno de mis hombres, pienso arrasar todo su maldito clan.

—Ya sabes lo que hacer, Thomas —le digo a mi amigo—. Llévala hasta la frontera, ni se te ocurra cruzarla, una vez allí, no es asunto mío lo que le suceda.

—Kylian, sabes muy bien que es un lugar peligroso —intenta hacerme entrar en razón.

—Es su territorio, amigo mío —me jacto, llamando la atención de la gente que se ha reunido a nuestro alrededor—. La Bruma puede defenderse hasta llegar a su clan o irse al infierno por lo que a mí respecta.

—Kylian… —la escucho susurrar, la miro con desprecio—. Sé que me odias, pero debes creerme cuando te digo que te amo desde hace mucho.

—Sácala de mis tierras —ordeno a Thomas, esa es mi única respuesta para su declaración, y doy media vuelta, a pesar de sentir su mirada sobre mí—. ¡Ahora! —bramo cuando no escucho que nadie se mueva.

Entro de nuevo porque no puedo ver cómo se marcha, me encierro en mi alcoba con varias jarras de *whisky*, pretendo beber hasta perder el sentido, sin embargo, antes de hacerlo, rompo todo lo que alcanzan mis manos. La mesa y las sillas, varios arcones, no me detengo hasta que mis nudillos se encuentran en carne viva y sangrando, poco después, mis manos comienzan a hincharse, pero no siento dolor porque uno mucho más profundo me ha dejado entumecido para todo lo demás.

—Maldita seas, Deirdre —mascullo, sentado en el suelo, mirando al fuego—. Mil veces maldita —añado con rabia—. Has hecho que… —no puedo decirlo en voz alta sin sentirme como un imbécil.

Alguien toca la puerta con tiento, estoy tentado a mandar al demonio a quien sea, pero Morrigan entra, se queda inmóvil al ver el destrozo que me rodea, sonrío ante su gesto descompuesto. Me mira preocupada, camina despacio hacia mí y se arrodilla a mi lado mientras la miro desconfiado.

—¿Puedo darte un abrazo? —pregunta con suavidad.

—No —estallo, levantándome como un resorte; si me toca, si me demuestra un poco de afecto en estos momentos, me romperé en mil pedazos que temo no ser capaz de recomponer después—. No soy un niño, Morrigan. No voy a morirme porque esa perra haya jugado conmigo.

—Kylian… —dice apenada—. No tienes por qué cargar con esto tú solo, nos ha mentido a todos.

—Pero yo he sido el estúpido que ha cometido el error de enamorarme —bramo desgarrado, el dolor es tan intenso que no me importa que mi hermana me vea llorar.

Al verme en semejante estado, se acerca y, a pesar de mi negativa, me abraza, y aunque me tenso, no me suelta, llora conmigo, no entiendo muy bien por qué, pero lo hace. Dejo que intente consolarme, a pesar de que no consigue que el dolor, la vergüenza y la sensación de haber permitido que se riera de mí en mis narices desaparezcan.

—Llora, hermano —me dice una y otra vez—. No es malo hacerlo.

***

Las horas pasan, vuelvo a estar solo porque le he pedido a Morrigan que me deje en paz, sé que he pagado con ella mi frustración, pero no necesito escuchar palabras vacías que no van a aliviar cómo me siento. Estoy borracho como una cuba, no sé en qué momento he decidido que era buena idea recorrer los pasillos de Duart hasta llegar a la alcoba de mi esposa, al entrar, incluso, puedo apreciar su aroma impregnado en cada rincón. Me encierro y recorro la estancia permitiendo que lo vivido entre estas cuatro paredes llegue a mi mente. Durante estos meses, hemos pasado horas aquí

dentro, desnudos en el lecho, gozando o simplemente hablando de todo y de nada. Doy una patada al arcón de donde antes ha cogido sus pertenencias, este, al caer al suelo, se abre dejándome ver varias prendas, pero también un pequeño cuadernillo, me agacho para cogerlo. No tardo en darme cuenta de que parece un diario. Por las fechas, tiene varios años y me pregunto por qué demonios no se lo ha llevado consigo, y al llegar a la última página, veo que también está escrita, por lo que supongo que ya no es importante.

No debería hacerlo, pero comienzo a leer desde el principio, a pesar de que en mi estado de embriaguez me cuesta incluso mantener los ojos abiertos o pensar con claridad.

Hoy le he vuelto a ver…

¿Cómo es posible que una persona cambie el rumbo de otra? Me lo he preguntado muchas veces desde el momento en que mi corazón decidió que solo pertenecería a un hombre, a Kylian MacLean. Sé que no tengo oportunidad alguna, ya que incluso somos de bandos opuestos, pero hasta lo que antes me parecía de justicia, ahora soy capaz de verlo desde otra perspectiva diferente. Mi hermano y yo comenzamos a luchar por defender nuestro hogar, y él también lo hace, no es distinto a nosotros y lo respeto por ello.

Lanzo el diario contra la pared más lejana al sentir una rabia que me ciega por completo, ¿cómo se atreve a hablar de mí como si me conociera? ¿Por qué demonios se cruzó en mi camino? ¿Por qué ella? Demasiadas preguntas para las que no obtendré respuesta, ya que no le he permitido explicarse. Me tumbo en el lecho porque me siento muy cansado, mis manos duelen, mi cabeza duele y mi corazón se siente como si lo hubieran partido por la mitad, solo quiero dormir y olvidarme de todo.

Abro los ojos cuando escucho la llegada de unos caballos y el sol alumbra mi rostro. Miro a mi alrededor para darme cuenta de que me encuentro en la alcoba de Deirdre, intento recordar cómo llegué hasta aquí, no me cuesta demasiado conseguirlo, maldigo por mi estupidez y salgo raudo hacia el patio para ver quién ha llegado. Como imaginaba, se trata de Thomas y los demás, los hombres se marchan a sus hogares, mi hermano y mi amigo entran al salón con el semblante demasiado serio.

—Tienes las manos destrozadas —es el saludo de Elvin—. ¿No piensas curarlas? Diane podría hacerlo…

—No pienso molestarla por semejante tontería —respondo sentándome—. Lleva unos días en cama porque no se ha sentido bien, no he querido importunarla con todo lo sucedido, aunque no dudo que nuestra hermana la haya puesto al corriente.

—Con los gritos que dabas ayer —cuestiona Thomas—, dudo que haya alguien en toda la isla que no te escuchara.

—¿Tienes algo que decirme, amigo? —pregunto con frialdad—. Veo que has vuelto con ganas de pelea y estoy más que dispuesto a dártela.

—Por supuesto —responde riendo—. Tienes que sacar toda esa furia que te está carcomiendo por dentro. Es lo que siempre haces, Kylian, destruyes a tu paso como una maldita tormenta.

—¿Qué demonios te pasa? —cuestiono, dando un puñetazo en la mesa, siseo por el dolor que me recorre hasta el antebrazo.

—¿Qué te pasa a ti? —exclama—. Has desterrado a tu esposa sin siquiera escucharla, maldito alcornoque.

Me levanto lanzando la silla lejos por el ímpetu con el que lo hago, jadeo iracundo, que sea capaz de defender a esa harpía ante mí cuando el agraviado he sido yo me enfurece sobremanera. Thomas, por supuesto, no da un paso atrás, Elvin nos observa preocupado, por el rabillo del ojo veo cómo Morrigan, en compañía de Diane, entran en la sala.

—¿A cuántos de los nuestros han matado, Thomas? —pregunto, intentando tranquilizarme—. ¿Cuántas veces hemos estado a punto de morir por su mano?

—¿Por la de los Border? —cuestiona irónico—. Que yo recuerde, hace mucho de eso. Ahora entiendo muchas cosas que tú has pasado por alto porque el resentimiento te ciega.

—Sí —asiento carcajeándome—. Debe ser eso. Te recuerdo que incluso el día que partimos de la frontera nos enfrentamos a ellos, esa perra tuvo la osadía de ponerme su maldita daga en el cuello.

—Ciertamente, podría habértelo rebanado sin problemas —responde, le gruño—. Pero no lo hizo, al contrario, dio un paso atrás cuando supo que te dirigías a Duart para despedirte de tu padre.

—Que magnánima —me burlo—. Te recuerdo que ella no da las órdenes, lo hace el bastardo de su hermano. ¿Qué opinaría su padre si supiera que su hijo es un vulgar ladrón?

—Dáselo y a ver qué pasa —se encoge de hombros—. John es un barón de pleno derecho, y *laird* en cuanto muera su padre, aunque te moleste reconocerlo, tiene el mismo poder que tú.

—No me compares con esa rata —exclamo—. No quiero que vuelvas a nombrarlos en mi presencia, ¿queda claro? —pregunto, mirando a todos los presentes—. El pacto con los Lindsay ha terminado, y si no están de acuerdo, ya saben lo que puede pasarles. No pondré un pie en la frontera a no ser que busquen problemas.

—Queda un mes para finalizar dicho pacto —interviene Elvin—. Algo que pareces olvidar. Pero no debes preocuparte, Deirdre dijo que se encargaría de decirle a su padre que había sido decisión suya el regresar.

—Por supuesto —espeto—. Decirle que la he echado de Duart como la perra que es le haría dar demasiadas explicaciones. Ella sabe bien lo que puede ocurrir si se les ocurre poner un solo pie en mis tierras.

—Eres muy estúpido si piensas que su hermano va a dejarlo pasar —replica Thomas—. Sin embargo, siempre puedes cumplir la promesa de atravesarle el corazón. Eso conseguiría que la muchacha que se fue de aquí ayer destrozada por fin pudiera odiarte con todas sus fuerzas.

Se marcha dejándome con la palabra en la boca. No logro comprender en qué momento he pasado a ser el culpable en esta historia cuando he sido el agraviado sin ninguna duda. Miro a mi hermano esperando que me informe de cómo ha ido el viaje hasta la frontera, se sienta sin mirarme, como si estuviera agotado, puede ser el caso, ya que, por lo poco que han tardado, no han debido detenerse en ningún momento.

—¿Qué esperas que te diga? —pregunta, alzando la mirada al fin—. No hemos llegado a la frontera —frunzo el ceño sin comprender—. Paramos a descansar y Deirdre decidió seguir su camino sola.

—¿Habéis permitido semejante locura? —espeto incrédulo—. Mis órdenes fueron claras, Elvin. Llevarla hasta la maldita frontera.

—Te recuerdo que dijiste que, si moría, no iba a importarte —rebate —. ¿Temes tener problemas con los Lindsay si ella no regresa?

—Pueden irse al infierno —mascullo—. Me habéis desobedecido.

—Pues encuéntrala tú, es tu esposa, hermano —replica con parsimonia—. No es la mía la que vaga sola por media Escocia.

—Si le sucede algo… —comienzo a decir entre dientes, se levanta con ímpetu.

—Será tu culpa, no la nuestra. —Se marcha, al igual que Thomas, sin mirar atrás.

—Maldito mocoso —mascullo—. ¿Tienes algo que decir, hermana? —cuestiono, ya que se ha mantenido en silencio.

—Que veremos muy pronto al barón —replica ceñuda—. No va a dejarlo pasar y lo sabes, y no podrás matarlo porque la has puesto en peligro, Kylian.

—Sabe cuidarse muy bien —rebato, intentando que el temor que comienzo a sentir no me domine—. Ayer mató a un hombre sin despeinarse —añado irónico.

—Lo sabremos en poco tiempo —intercede Diane, alzo mi ceja—. Si no regresa a casa, su hermano vendrá a buscarla, y si lo hace, vendrá a matarte. —Sonrío. De un modo u otro, Morrigan tiene razón. El inglés volverá.

—Espero que no —replico—. No estoy de humor para soportarlo.

Ahora soy yo el que salgo de la sala y voy en busca de mi caballo, lo monto y salgo a galope, ni siquiera Thomas me detiene, solo necesito alejarme para pensar sin ver las caras de mi familia o escuchar sus acusaciones. ¿Qué demonios les ha dicho para volverlos en mi contra?

—Maldita bruja —siseo—. Debí terminar esto a mi modo.

Capítulo 35



Deirdre

*L*os hombres MacLean no están contentos con este viaje, sus rostros lo demuestran y sus gruñidos cada vez que intento mantener una conversación, por lo que cuando nos detenemos para que los caballos descansen, decido que es el momento de seguir sola. No estoy lejos de la frontera, conozco estos lares como la palma de mi mano, y

aunque es arriesgado para una mujer sola viajar por ellos, pienso hacerlo, es el momento de separarme para siempre del clan que ya siento como mío.

—En cuanto los animales descansen un poco, regresad a Duart —ordeno a Thomas, que se atraganta, pues estaba bebiendo, y me mira como si me hubiera vuelto loca—. Puedo cuidar de mí misma, si no, no estaría en esta situación, ¿no crees?

—¿Por qué demonios le has mentido? —pregunta al fin, lo estaba esperando desde el momento en que cruzamos el portón de la fortaleza—. ¿Cómo llegaste a ser la Bruma?

—Todo comenzó como una manera de demostrarme a mí misma que era mucho más que una damisela inglesa —sonrío con tristeza—. Mi hermano solo pretendía enseñarme lo básico para que fuera capaz de ponerme a salvo en una situación de peligro si él no estaba a mi lado. Tú mejor que nadie sabes lo que es vivir en la frontera. —Asiente—. Pero quise más, y descubrí que era Longbow. Primero me enfurecí, no entendía por qué quería arriesgar su vida por una causa que no era suya.

—Es lógico que tu hermano quisiera defender a su gente —dice Elvin, no me había dado cuenta de que también escuchaba atento nuestra conversación.

—¿Y por qué yo no podía hacer lo mismo? —pregunto, mirando a ambos—. Ya, porque soy una mujer —añado furiosa—. Creo que he demostrado de lo que somos capaces si recibimos el entrenamiento necesario, hoy he salvado a mi esposo, Kylian estaría muerto de no ser por mí.

—¿Y eso lo resuelve todo? —cuestiona de nuevo Thomas—. ¿Crees que porque le has salvado la vida él debe perdonar tu traición?

—No —niego, a sabiendas de que no es motivo para que lo haga—. Pero tenía la esperanza de que, a estas alturas, me amara lo suficiente como para ser capaz de perdonar mi pasado. Dejé de ser una Border Reivers en el momento en el que me casé con él. Uní mi vida a la suya, le entregué mi lealtad y mi hermano sabía que no regresaría a mi hogar a menos que Kylian no me quisiera a su lado.

—Maldita sea —exclama—. Tú eras la única que podía salvarlo. Le animé a que te diera una oportunidad y lo único que has hecho es

reafirmar su creencia de que no existe el amor, la lealtad. ¿Sabes lo que me costó que confiara en mí cuándo nos conocimos? —cuestiona —. Más de un año, y tras salvarle el trasero muchas veces —se aparta la camisa enseñando su pecho mucho más velludo que el de mi marido—. ¿Veis esta cicatriz? —se señala un costado, asiento—. Me la hice salvándole el pellejo, apenas éramos unos niños jugando a ser hombres.

—Lo lamento. —Intento no volver a llorar, me siento seca por dentro de tanto hacerlo—. Si pudiera cambiar mi pasado, lo haría, o no, porque gracias a no ser la típica mujer que todos esperan de mí pude conocer al amor de mi vida, soy lo que soy gracias a él. Vivía para verlo, para escuchar sus proezas…

—Dios mío —murmura Elvin—. ¿Cómo pudiste casarte con Kael?

—No lo decidí yo —grito—. Cuando me enteré, mi padre ya se había encargado de todo, a pesar de que mi hermano intentó detenerlo. Recordad que ni siquiera sabía que ya estaba casada por poderes, maldita sea.

—Lo recuerdo —dice Thomas, le miro parpadeando con rapidez para alejar las lágrimas—. También recuerdo cómo te miraba Kylian cuando creía que nadie se daba cuenta. Llamaste su atención desde el principio, pero, aunque tiene una confianza plena cuando se encuentra en combate, en lo referente a los sentimientos, sobre todo, a los que puede aspirar, se convierte en un niño asustadizo, en un animal herido que ataca antes de que lo ataquen a él.

—Sabía a lo que me enfrentaba —replico—. Nunca le he temido, mi único miedo era que sucediera esto, que me alejara de su lado sin darme la oportunidad de explicarme, aunque eso no cambia el hecho de que soy culpable. Sin embargo, no le oculté mi pasado por un plan oculto o porque quisiera traicionarlo de ninguna manera, ni mi hermano me lo hubiera pedido porque es algo ignominioso para él, ni yo lo hubiera aceptado porque mi lealtad siempre fue para Kylian, incluso cuando no era mi esposo.

—Muchas veces me pregunté por qué los Border Reivers nunca lo hirieron de un tiempo a esta parte —replica pensativo—. Fue por ti…

—Tenían órdenes de repeler vuestros ataques, pero jamás dañarlo —asiento—. Lamento los hombres que cayeron, pero también

perdimos a los nuestros. Y si te das cuenta, no fueron muchos una vez mi hermano asumió el mando. No lo sabéis, pero los salteadores que controlaban esa zona antes que nosotros fueron los que más escoceses mataron, no nosotros, porque John sabía lo que Kylian significaba para mí.

—¿Por qué no le has dicho esto? —acusa, pasando una de sus manos por el cabello revuelto—. ¿Eres consciente de que lo cambia todo?

—A sus ojos nada lo hará. —Limpio una lágrima traicionera que desciende por mi mejilla—. Le he mentido, he traicionado su confianza, soy culpable de ello y nada de lo que pueda decirle cambia ese hecho. Es hora de que regrese a casa…

—¿Y qué piensas hacer? —pregunta Elvin—. Ya eres una MacLean, nuestra gente te ha aceptado como su señora.

—En cuanto se enteren de lo sucedido, me odiarán tanto o más que tu hermano —me encojo de hombros—. Supongo que más temprano que tarde, Duart tendrá una nueva señora.

—Parece que no lo conoces —masculla—. No creo que vuelva a casarse a no ser que se vea obligado a ello. No estoy loco, maldita sea, sé que siente algo por ti.

—Ojalá lo hubiera conseguido —susurro—. Ahora ya es demasiado tarde y debo aprender a vivir sin él. En cuanto llegue a mi hogar, no dudo que mi padre volverá a intentar casarme, pero le recordaré la promesa que hizo a mi hermano.

—¿Pasarás tu vida sola? —cuestiona Elvin—. Sabes que Kylian no vendrá a por ti…

—Lo sé —sonrío, sintiéndome desolada—. Pero sí, prefiero pasar mi vida sola que con alguien a quien no amo. No podría soportar que otro hombre me tocara después de conocer lo que es la pasión en los brazos del hombre amado.

—No te condenes tan rápido, Deirdre —interviene Thomas—. Eres demasiado joven, vive una vida plena. El tiempo lo cura todo, olvidarás a Kylian y… —se detiene al verme negar.

—Le he amado desde que era casi una niña y moriré haciéndolo —sentencio convencida de que ni el paso del tiempo conseguirá arrancarlo de mi corazón—. Ya hemos hablado suficiente, lamentarse

no sirve de nada. —Los miro agradecida porque me hayan acompañado hasta aquí—. Nuestros caminos deben separarse. Regresad a Duart, no os preocupéis más por mí, ya no soy responsabilidad vuestra.

—No podemos dejarte —rebate Thomas—. Nuestras órdenes son…

—Que me sacarais de tierras MacLean —interrumpo—. Ya estamos lejos. No hace falta que os arriesguéis acercándoos a la frontera. ¿Podrías hacerme un favor? No he podido despedirme de Diane. —Algo cambia en su rostro, no me pasa desapercibido—. ¿Puedes decirle que lo siento mucho? Espero que la vida la trate mejor en el futuro y que tenga un bebé sano y fuerte.

—Se lo diré —asiente no muy convencido de hacerme caso—. Sigo pensando que te estoy condenando a muerte.

—No me pasará nada, estoy segura de que en breve me encontraré con los hombres de mi hermano —replico, restándole importancia—. Está oscureciendo… —apremio.

—Creo que deberíamos pasar la noche aquí y emprender el regreso al amanecer —dice Elvin—. Al despertar, si no has cambiado de opinión, te dejaremos marchar.

—Sea —asiento—. Descansemos.

Cierro los ojos sabiendo que no voy a poder dormir, las lágrimas de nuevo hacen acto de presencia en cuanto recuerdo lo sucedido, cuando la realidad me golpea con la fuerza de un mazo. Hace unas horas compartía el lecho con el hombre que amo, mi esposo me hacía el amor como cada noche, sin embargo, esta me encuentro a la intemperie camino a un hogar que ya no siento como mío.

Intento ahogar mis sollozos para que los hombres no me escuchen, me siento tan avergonzada por hacer que salgan de sus casas y arriesguen sus vidas por mí que me gustaría poder desaparecer de la faz de la Tierra. Cuando siento una mano en mi hombro, me sobresalto, miro hacia atrás para encontrarme con Elvin, que me mira con lástima, lo último que necesito es que alguien me muestre un poco de compasión, me rompo en mil pedazos y me arrojo a sus brazos, me recibe en ellos intentando darme un consuelo que no soy capaz de lograr.

—No llores más —me pide apesadumbrado—. Puede que mi hermano algún día recobre el buen juicio. —Me río entre sollozos, sabiendo que eso jamás ocurrirá—. Vas a enfermarte si sigues así, Deirdre.

—¿Cómo se supone que voy a vivir sin él? —Es la pregunta que más he formulado en mi mente y que me aterraba decir en voz alta porque lo hace todavía más real—. Con cada milla que recorro, es como si me arrancaran la piel a tiras.

—No se merece que le ames así —replica su propio hermano, me separo ceñuda, no me gusta en absoluto su comentario—. El amor debería ser motivo de dicha, no de sufrimiento, y tú llevas años padeciendo por él.

—¿De parte de quién estás? —increpo, alejándome un poco más—. Es tu hermano y tu *laird*, Elvin. No merezco que tomes partido por mí porque soy la culpable.

—Sé muy bien quién es —responde—. También sé que eres culpable de ocultarle algo que sabías que lo alejaría de ti para siempre, pero no de amarle, y eso es lo que Kylian necesita. Desde que murió su madre, no creo que nadie lo haya querido incondicionalmente, ni siquiera mi padre, y fue algo que no pudo perdonar.

No volvemos a hablar, me vuelvo a tumbar y dejo que el cansancio me venza para perderme entre el sueño y la vigilia, soñando con lo perdido y rememorando lo vivido a su lado. Despierto cuando todavía no ha despuntado el sol por completo, los hombres duermen, subo a mi caballo con sigilo, y al girarme, descubro que Thomas me observa acostado, y sin moverse ni decir una palabra parece que nos comunicamos. Asiento a modo de despedida, hace lo mismo, es lo último que veo antes de indicar a mi caballo que comience a moverse despacio para no llamar la atención.

Me alejo de los MacLean, cuando estoy lo suficientemente lejos, espoleo a mi montura para que galope a más velocidad, tomo atajos que pocos conocen con la esperanza de llegar a mi hogar sin tener que pelear con nadie. Soy buena, pero no tanto como cree Kylian, y en inferioridad numérica, no podría vencer por mucho que lo intentara. Muy a mi pesar, me quito el tartán que he llevado con

orgullo durante estos meses, por estos lares no es seguro que sepan que soy la esposa del *laird* más temido de las Tierras Altas. Cubro mi cabello y rostro con una capa de color marrón intentando pasar desapercibida, rezando por encontrarme pronto con alguno de los hombres de mi hermano y sentirme a salvo entre alguien conocido que no me odie.

Me tenso cuando me doy cuenta de que me están siguiendo, me falta muy poco para llegar a las tierras de mi familia, por lo que vuelvo a espolear a mi caballo para ponernos a salvo. Las flechas comienzan a pasar por mi lado, en menos de dos días, han intentado matarme dos veces, un hecho que me enfurece. Quisiera poder devolver el ataque, pero no puedo manejar el caballo y utilizar mi arco, al menos, no de espaldas. Silbo de una manera determinada para pedir auxilio, es la llamada de socorro que me enseñó John hace mucho tiempo y que jamás he tenido que utilizar hasta ahora. Es como revivir lo sucedido en Duart, con la diferencia de que ahora Kylian no está para salir a mi rescate, suspiro aliviada cuando hombres de mi hermano aparecen delante de mí con su líder a la cabeza, gimo al sentir algo clavarse en mi espalda y lucho por no caer del caballo mientras el bramido de John se escucha por todo el valle.

Aunque hago todo lo posible por seguir despierta, caigo del caballo perdiendo el conocimiento, y mi último pensamiento es que al menos he llegado a casa, pero jamás volveré a ver a mi esposo, en mi corazón siempre lo consideraré así.

***

—Pequeña. —Lucho por abrir los ojos—. Mírame, por favor…

Mis párpados pesan y siento un dolor insoportable en la espalda y la cabeza. Cuando lo consigo, veo a mi hermano llorando, por lo que no dudo que debo estar a las puertas de la muerte. Alzo mi mano como puedo para acariciar su rostro, no me había dado cuenta de lo que le echaba de menos hasta este momento.

—Aguanta —me apremia—. Llegaremos pronto a casa y…

—No llores —le pido—. Estoy bien.

—Maldita sea, Deirdre —exclama furioso—. ¿Qué demonios hacías sola? ¿Dónde está tu esposo?

Simplemente niego intentando no llorar yo también, y entiende sin necesidad de palabras que lo que tanto habíamos temido se ha hecho realidad. Me abraza contra él, cierro los ojos de nuevo sintiéndome en casa, John siempre ha sido mi lugar seguro, al menos, hasta que entregué mi corazón al Lobo MacLean.

—Te pondrás bien —susurra contra mi cuello—. Y mataré a ese maldito.

—Ni se te ocurra —mascullo dolorida—. Júrame que, pase lo que pase, no le tocarás, no te acercarás a Duart jamás.

—Deja de hablar como si fueras a morir, Deirdre —ordena aterrado —. No pienso enterrarte, hermana. Ese será tu deber, tú debes enterrarme a mí, soy el mayor y… —Su cuerpo tiembla contra el mío.

—Te quiero, hermano. —Con las pocas fuerzas de las que dispongo, le abrazo—. Te he echado mucho de menos.

—Ya estás en casa, conmigo —dice meciéndome—. Eres fuerte, vas a curarte y muy pronto la Bruma de la Frontera estará haciendo de las suyas.

—No —niego con firmeza—. La Bruma debe morir —me mira incrédulo—. Ella me ha arrebatado mucho más de lo que me ha dado. Y debe morir, aquí y ahora.

—La echaré de menos a mi lado —bromea—. Pero es hora de que seas libre, hermanita, te lo has ganado.

—Sí —le doy la razón, sabiendo que jamás seré libre por completo —. Es hora de dejar todo atrás y comenzar de nuevo.

—Madre estará encantada de escuchar eso —continúa bromeando —. Ambos te han echado mucho de menos, incluso padre se arrepintió de su decisión de unirte con los MacLean.

Intento sonreír para tranquilizarlo, pero me siento demasiado cansada. Vuelvo a sumergirme en la oscuridad que parece llamarme a gritos. Soy consciente de que nos movemos, después lanzo un alarido cuando me arrancan la flecha, y la nada me envuelve. Hasta que sin saber cuánto tiempo ha trascurrido, las llamas del infierno me abrasan el cuerpo, incluso me veo rodeada de ellas mientras frente a mí, a lo lejos, veo cómo Kylian me observa sonriente, como si disfrutara de mi sufrimiento.

Capítulo 36



Kylian MacLean
Algunos meses más tarde…

—Se acercan jinetes —anuncia Thomas, le miro desde mi asiento—. Lindsay.

—Maldito cabrón, tardaba demasiado —mascullo, levantándome como un resorte, me tambaleo, aunque todavía es temprano, el *whisky* ha hecho efecto en mí.

—Déjale hablar —replica deteniéndome—. Tengo un mal presentimiento. Deja que explique por qué viene ahora hasta aquí, han pasado meses, no creo que venga a reclamar nada.

Lo aparto con brusquedad y salgo al patio en el momento en el que John desmonta de su caballo, uno de los hombres le tiende un bulto pequeño tapado totalmente con un tartán con mis colores. Morrigan, a mi lado, jadea, la miro extrañado, no me pasa desapercibido el aspecto demacrado del barón inglés.

—Juré a mi hermana que no te mataría. —Extraña forma de saludar —. Y también le prometí antes de que perdiera la conciencia que traería el cuerpo de su hija para ser enterrado junto a sus antepasados.

Mi hermana solloza, no soy capaz de moverme o pronunciar palabra, me cuesta comprender de qué demonios habla, por lo que es Morrigan quien baja las escaleras para recibir el pequeño bulto de manos del inglés. Se gira para mirarme con lástima evidente, y como sigo sin ser capaz de dar un paso al frente, sube de nuevo hasta llegar a mí.

—Su nombre es Alina MacLean —informa el que fue mi cuñado—. Ese es el nombre que eligió su madre.

—¿Mi hija? —balbuceo—. Ella está…

—Nació muerta —termina, ya que no soy capaz—. Era demasiado pequeña para sobrevivir, mi hermana hizo todo lo posible por mantenerla en su interior, pero estuvo demasiado enferma después de sus heridas y…

—¿Heridas? —interrumpe Elvin, no sé en qué momento ha llegado.

—El día de su llegada fue atacada cuando estaba a punto de cruzar nuestras tierras, aunque llegué hasta ella, ya le habían lanzado una

flecha por la espalda que casi le atravesó de parte a parte —explica con frialdad. No puedo mirarlo, solo observo el pequeño cuerpo que sostiene Morrigan—. Conseguimos mantenerla con vida, pero quedó muy débil por la pérdida de sangre y la calentura. Ni siquiera sabíamos que estaba encinta, ni ella tampoco.

—Dios mío. —Diane, con mi sobrina en brazos, llega hasta Morrigan —. Pobre niña…

—Mi hija —repito de nuevo mientras mi mano temblorosa aparta la tela, y cuando veo su carita pálida, algo se rompe en mi interior, caigo de rodillas lanzando un alarido de dolor—. Mi hija… —no soy capaz de repetir nada más.

Alguien me abraza, reconozco el aroma de Morrigan, llora conmigo desconsolada. Debe de ser un castigo por ser un mal hombre, ¿por qué la vida sigue arrebatándome las personas que más amo?

—He cumplido con la petición de mi hermana. —Miro a John sin verlo en realidad—. Debo regresar, quiero estar a su lado por si tampoco consigue sobrevivir. Espero que seas un hombre de honor como insiste en decir y entierres a mi sobrina donde pertenece.

—Lo haré —sentencio—. Gracias.

—No me lo agradezcas, MacLean —escupe con ira apenas contenida—. Agradécele a la mujer que se debate de nuevo entre la vida y la muerte, si por mí fuera, la hubiera enterrado junto a los míos, puesto que no mereces ser su padre. Maldigo la hora en que mi hermana puso sus ojos en ti, maldito seas por no ser capaz de ver que como ella te ama jamás nadie lo hará. Espero que ardas en el infierno. —Escupe a sus pies antes de subir de nuevo a su caballo y dar la orden a sus hombres para partir.

Lo hacen raudos, dejando una estela de polvo tras de ellos. Me levanto con ayuda de Thomas y Elvin, abro mis brazos para que mi hermana me entregue al pequeño ser que ni siquiera sabía que existía, sangre de mi sangre.

Subo las escaleras y me encierro en la alcoba que ocupaba Deirdre cuando vivía aquí, dejo el pequeño cuerpo de Alina sobre el lecho y me arrodillo a su lado pidiéndole mil veces perdón mientras los sollozos me desgarran por dentro.

—Mi pequeño ángel —susurro—. Lo siento muchísimo.

No estoy seguro de cuánto tiempo trascurre, solo sé que oscurece y permanezco en la misma posición, no siento dolor ni en las rodillas ni en ninguna otra parte de mi cuerpo, salvo en mi corazón destrozado por la pérdida. ¿Por qué? ¿Por qué ha sido mi hija quién ha pagado las consecuencias de los actos de su madre y mi furia?

—No es justo —siseo—. Debí ser yo, si alguien debía morir, tendría que haberme llevado a mí.

—Hablar solo no la va a traer de vuelta. —Me giro para ver a Thomas—. Soy el único que se ha atrevido a abrir esa puerta —señala la entrada a la alcoba—. Kylian, esto no te hace bien, ¿por qué no dejas que compartamos tu dolor?

—Es mi hija —mascullo, mirando de nuevo el pequeño cuerpecito inerte—. Nadie puede comprender cómo me siento, maldita sea, ni siquiera intentes hacerme creer semejante locura.

—Sufro por ti, por Deirdre y por esa pequeña que no ha podido vivir, crecer y conocer a su familia. —Sus palabras, de nuevo, me rompen—. ¿Todavía no comprendes que te quiero como un hermano?, ¿que tu sufrimiento es el mío?

—Es mi culpa —susurro, mirándolo atormentado—. La eché de Duart como un perro, se fue sola para no poneros en peligro y durante estos meses jamás pidió ayuda, no llamó por mí, debe odiarme con sobrados motivos.

—Si fuera así, no le hubiera pedido a su hermano que trajera al bebé —rebate—. Podría haberte ocultado el hecho de que habíais tenido un hijo juntos y nunca te hubieras enterado.

—Incluso ahora no sé si está muerta —murmuro, mirando a la nada —. ¿Qué hago, Thomas? —pregunto asustado, perdido.

—¿Quieres saber qué es lo que haría yo? —cuestiona sorprendido, asiento—. Enterraría a mi hija junto a los míos tal y como lo ha pedido su madre, después me subiría a mi maldito caballo y recorrería las millas que me separan de la frontera lo más rápido posible rezando para encontrarla con vida. De hacerlo, me quedaría a su lado hasta que fuera capaz de viajar y la traería de vuelta.

—No puedo hacer eso —espeto—. Deirdre no querrá regresar y no voy a obligarla. No se merece eso después de lo que le hice y de todo lo que ha pasado.

—Se merece que el hombre que ama vaya a por ella y la traiga de vuelta a donde pertenece —insiste—. ¿Cómo es posible que dos personas que se aman tanto no puedan estar juntas?

—Porque soy un maldito bastardo que corrompe todo lo que toca —grito—. Destruyo cuanto se atraviesa en mi camino, no sé querer, ¿crees que no volveré a hacerle daño?

—Ella también te lo hizo a ti. —Tiene razón, sin embargo, no creo que se pueda comparar con mis acciones y lo que han ocasionado—. Te mintió y tú reaccionaste como muchos lo hubieran hecho, sobre todo, con tu pasado. Tendréis que aprender a perdonar para poder avanzar, y así al menos tener la posibilidad de tener un futuro juntos.

—Me conformaría con saber que sigue viva —digo, cerrando mis ojos para controlar el llanto—. No pido nada más. No tengo derecho a hacerlo.

—Eres un maldito cabezota —espeta—. Y un cobarde —semejante insulto me hace reaccionar y giro mi cabeza para mirarlo ofendido—. No me importa si te enfadas, Kylian, eso no cambiará la realidad.

—¿Y cuál es según tú? —cuestiono entre dientes—. Ya que pareces saber cómo me siento, incluso qué es lo que pienso.

—Te aterra que te dé la espalda —responde sin dudar—. Tu mayor miedo es que no quiera regresar contigo, que tu comportamiento haya matado su amor por ti, y prefieres quedarte en Duart compadeciéndote de ti mismo, haciéndole creer que no es importante para el gran Kylian MacLean.

—No sabes nada, maldito seas. —Me levanto del suelo, mis rodillas duelen, pero no más que mi corazón—. ¿Crees que no me encantaría correr hasta ella y suplicarle que me perdone? Pero, sobre todo, le diría que no se rinda, que no deje este mundo creyendo que no tiene nada por lo que vivir. La abrazaría tan fuerte contra mi pecho que incluso la misma muerte tendría que acabar conmigo para que le permitiera apartarla de mi lado.

—Por favor, amigo mío —pide en voz baja, mirando hacia el lecho donde descansa mi hija—, hazlo por esa pequeña personita que no ha podido vivir. Se merece que allá donde esté pueda ver que sus padres son felices.

—Dios mío —murmuro, apoyando mis manos sobre la mesa porque siento que no soy capaz de sostener el peso de mi cuerpo sobre mis temblorosas piernas—. ¿Por qué ha sucedido esto…?

—He venido hasta aquí por una razón —le miro sin comprender—. Morrigan, cuando ha cogido a la niña, ha visto que había una carta entre el tartán. Ella no sabía si dártela en este estado o no, pero creo que es lo único que puede hacerte reaccionar y darte cuenta de que de nuevo cometes un error que puedes pagar por el resto de tu vida.

Me la tiende y se marcha dejándome solo de nuevo, me siento y comienzo a leer con temor de lo que pueda descubrir.

Kylian, si estás leyendo esto, significa que no lo he conseguido y que no he podido mantener con vida a nuestro bebé, un motivo más para que me odies tanto como lo hago yo. Te juro que he luchado todo lo que he podido para que la naturaleza y el destino no me arrebataran al pequeño ser que no sabía que ya crecía en mi vientre al marchar de Duart.

En los momentos en los que la calentura casi me consume, rezaba para que aparecieras por la puerta para llevarme lejos de todo el sufrimiento que estaba arrasando con mi cuerpo, pero no lo hiciste. No te culpo, no lo sabías, escribo estas líneas para suplicarte que entierres a nuestro hijo junto a los tuyos, pues es un MacLean, es mi única petición. Si sobrevivo, no volveré a pedirte nada, salvo que no caiga en el olvido y que le pongas flores para que se sienta querido; si no lo logro, prometo cuidarlo mejor allá a donde vayamos.

Deseo que seas feliz, que tu vida sea plena y encuentres alguien a quien amar y que te ame como yo no supe hacerlo. Perdóname por ser una egoísta que solo quería estar a tu lado a cualquier precio. Lamento muchísimo haberte mentido, sin embargo, mi pasado no lo podía cambiar igual que tú no podrías hacerlo con el tuyo, nuestro destino siempre fue estar en bandos opuestos, aunque mi lealtad siempre fuera para ti.

Te amo, Kylian, y siempre lo haré.

Deirdre MacLean.

Mis sollozos deben escucharse por todo el castillo, sacuden mi cuerpo con fuerza, leer su carta ha terminado de destruirme, pero mi

amigo tenía razón, ha sido el empujón que necesitaba para hacer lo correcto. Ahora soy capaz de verlo, después de leer lo que piensa, y cómo ha debido sentirse mientras luchaba por su vida y la de nuestra hija completamente sola, creyendo que, aunque me llamara, no acudiría a su lado.

Daré sepultura a mi hija hoy mismo y partiré raudo hacia la frontera con la esperanza de llegar a tiempo al lado de mi esposa. Nunca he suplicado por nada en mi vida, pero por Deirdre lo haré, le suplicaré de rodillas si es necesario para que me perdone y vuelva a mi lado. Solo con ella creo que pueda ser capaz de sobrellevar el hecho de que acabo de perder a una hija, perder al amor de mi vida ahora mismo no es una opción.

Con esa firme decisión, salgo de la alcoba en la que me había encerrado huyendo del mundo para encontrar a mi hermana, necesito su ayuda, no me encuentro en disposición de hablar con mi gente, sin embargo, me gustaría que mi hija fuera acompañada por ellos mientras recibe sepultura. Por supuesto, Morrigan, a pesar de que puedo ver que también está afectada, se encarga de disponerlo todo y regreso al lado de mi bebé intentando reunir el coraje que sé que voy a necesitar para enterrarla.

¿Qué padre está preparado para semejante trance? Nunca pensé en serlo porque he vivido para la guerra durante demasiado tiempo, el destino decidió darme un regalo maravilloso para arrebatármelo de la manera más cruel. La pena se mezcla con la rabia y la ira, ya que, si alguien era inocente en esta historia, ese es el pequeño ángel al que debo despedir.

—Descansa en paz, pequeña —susurro observándola—. Algún día volveremos a vernos.

Capítulo 37



Deirdre

—He hecho lo que me has pedido. —Mi hermano me habla desde los pies de mi lecho, a pesar de lo mal que me siento, le regalo una sonrisa de agradecimiento—. Es lo último que pienso concederle a ese bastardo, hermana —me advierte—. Y no solo lo hago por ti, sino por la memoria de mi sobrina.

Asiento sin fuerzas, la pérdida de sangre en el parto ha empeorado mi debilidad. Llevo desde que llegué en el lecho que ocupé desde que era una niña y he perdido la esperanza de ponerme en pie algún día, lo cierto es que ya no me queda nada por lo que luchar. Estos últimos meses lo hice por la pequeña vida que crecía en mi interior, hice todo lo posible para que el embarazo llegara a término sabiendo que era casi imposible, rezaba todos los días porque sucediera un milagro que me permitiera salvar a mi bebé.

—Hijo, Deirdre no necesita esto ahora mismo —interviene mi madre, quien no se ha separado de mí en ningún momento—. Acaba de perder a su hija…

—¿Crees que para mí ha sido fácil, madre? —cuestiona furioso, sé que el dolor y la rabia por verme en semejante estado hablan por él —. Es mi hermana la que veo consumirse, la que ha estado al borde de la muerte durante demasiado tiempo. He tenido que llevar entre mis brazos el pequeño cuerpo inerte de mi sobrina hasta los MacLean.

—Por favor —murmuro—. No discutáis por mí. Me gustaría descansar…

—Mira lo que has hecho —recrimina—. Duerme un poco, hija mía. Te traeré un buen caldo en cuanto esté listo.

La veo salir de la alcoba, sin embargo, John no se mueve, giro mi cabeza con lentitud porque hasta eso me cuesta para mirarlo. Suspira apesadumbrado y se mueve con rapidez para llegar a mi lado, coge mi mano entre las suyas.

—Odio verte así mientras ese malnacido sigue con su vida —masculla—. Si alguien debía morir, ese era él.

—No digas eso —ordeno con toda la firmeza de la que dispongo—. ¿No te das cuenta de que cada vez que dices esas cosas me duele? Él no disparó esa maldita flecha, ni me envió sola, John. Fue mi maldita decisión y yo he pagado las consecuencias.

—Maldita sea, Deirdre —exclama—. Debí impedirte cometer semejante locura porque sabía que, si descubría quiénes éramos en realidad, no habría poder sobre la Tierra que pudiera detener su furia.

—Era el destino. —Aprieto su mano—. Aspiré demasiado alto, no he nacido para ser la esposa de Kylian MacLean, ni para ser madre, ni… —el dolor me hace enmudecer, las lágrimas vuelven a bañar mis mejillas porque, aunque intento ser fuerte y seguir adelante, no creo ser capaz de lograrlo.

—Ni se te ocurra rendirte. —Le miro sorprendida, lo escucho gruñir —. Te conozco mejor que tú misma, te he visto crecer hasta convertirte en la mujer que eres ahora, y la Bruma no se rendiría.

—No me llames así —escupo—. Ese nombre me ha arrebatado demasiado. En un tiempo me dio libertad, pero ahora la sola mención me hace odiar la mujer que fui.

—Puedo entenderlo —asiente—. Sin embargo, no voy a dejarte marchar, no me pidas eso —me ruega, sus ojos incluso parecen humedecerse—. Tienes que vivir, no puedo perderte, ¿lo entiendes?

—Ahora no soy capaz de imaginar una vida después de esto —reconozco, mis párpados pesan y parece darse cuenta—. Estoy demasiado cansada.

—Solo necesitas reponerte —apremia—. En poco tiempo volverás a montar conmigo.

—Entonces tendrás que dejarme dormir —intento bromear, asiente.

—Después vendré a verte de nuevo y espero que hayas comido todo lo que madre ponga en tu plato —advierte como buen hermano mayor.

Se marcha y, una vez se cierra la puerta, puedo dar rienda suelta a mi tormento. Todavía siento el cuerpo dolorido después de dar a luz, la partera incluso me dijo que era muy probable que nunca más pudiera tener hijos. Para intentar salvar a Alina, tuvo que hacer cosas que me dolieron como nada antes lo había hecho. En ese momento no me importó porque se trataba de la vida de mi bebé, sin embargo, de nada sirvió, era demasiado pequeña como para sobrevivir porque no había crecido con normalidad. Por todos los intentos, me desgarré por dentro, incluso juraría que pude sentirlo. Para mí fue como una sentencia de muerte, porque sé de muchas mujeres que mueren desangradas, aun así, sigo aquí, cuando nadie pensaba que iba a lograrlo.

Durante esas horas y las posteriores, recé en silencio porque Kylian apareciera para darme su apoyo, para decirme que todo iba a salir bien y que volveríamos a Duart. Aquella tierra salvaje que he aprendido a amar, aquí ya no me siento en mi hogar, en realidad, ya no siento que pertenezca a ningún lugar.

***

Los días pasan demasiado despacio, y como todos temían, la fiebre ha regresado. Incluso respirar se ha vuelto algo casi imposible, mi cuerpo se siente demasiado pesado y, aunque ya no sangro, no soy capaz de reponer fuerzas. Mi familia cree que me he rendido, y lo cierto es que el único pensamiento que se repite en mi mente es que no tengo nada por lo que vivir, lo cierto es que hace mucho que dejé de temer a la muerte.

Abro mis ojos cuando me parece escuchar demasiado alboroto, no es lo normal en un día cualquiera. No puedo evitar preocuparme por si sucede algo malo y no soy capaz de ayudar a mi familia, las voces van en aumento, incluso intento incorporarme sin éxito cuando me parece escuchar la de Kylian.

—¡Exijo ver a mi esposa! —llega alto y claro a mis oídos, ¿estaré soñando?

—No es tu mujer, maldito bastardo —exclama mi hermano—. ¿Cómo te atreves a venir aquí? ¿No tienes vergüenza ni honor? Hace dos días que llevé el cuerpo de mi sobrina ante ti, te dije que mi hermana estaba prácticamente muriéndose y no te importó.

—¡Sí lo hizo! —sigue gritando—. Pero debía enterrar a mi hija.

Mi mano aprieta con las fuerzas de las que dispongo la manta que me cubre, intentando que el llanto no vuelva a apoderarse de mí. Al menos, ahora sé que ha cumplido con mi única petición y que Alina descansa donde pertenece, eso me da algo de paz entre tanto tormento.

La puerta se abre sorprendiéndome, en un abrir y cerrar de ojos, lo tengo frente a mí. Parpadeo para asegurarme de que no es ninguna alucinación producida por la calentura, me pellizco por si estoy soñando, y cuando me doy cuenta de que realmente Kylian ha venido hasta mí, muerdo mi labio inferior, que ha comenzado a temblar por

la emoción, sin embargo, no soy capaz de controlarme y rompo a llorar cubriendo mi rostro.

—No llores —se apresura a decir mientras se sienta a mi lado y aparta mis manos. A través de mis lágrimas, veo su rostro más delgado que la última vez que lo vi, con ojeras e incluso diría que pálido—. Ya estoy aquí.

—¿Tú también has estado enfermo? —pregunto como una estúpida.

—No —niega, acariciando mi mejilla, intentando borrar el rastro de llanto—. ¿Qué se supone que estás haciendo, Deirdre MacLean? —pregunta, frunzo el ceño—. Tu madre me ha dicho que no estás luchando por reponerte, ¿pretendes rendirte?, ¿es eso? —sigue cuestionando sin darme opción a responderle—. ¿Vas a actuar como una cobarde?

Aparto su mano de mi cara furiosa, ¿cómo puede decirme semejante cosa? Me observa esperando mi respuesta, pero lo cierto es que, por primera vez desde que salí de Duart, la rabia me domina, por lo que no soy capaz de articular palabra alguna.

—¿Has venido hasta mi casa para insultarme? —pregunto al fin—. ¿Vienes hasta aquí para insinuar que soy una cobarde? ¿Cómo demonios te atreves? —termino gritando, tras tal estallido, jadeo en busca de aire.

Cuando lo veo sonreír, me convenzo de que debe haber perdido por completo la razón, o es que realmente estoy viviendo una pesadilla de la que no logro escapar.

—Eso es lo que quiero ver —exclama—. Tienes que vivir, esposa.

Abro los ojos como platos y boqueo como un pez por cómo me ha llamado. Durante estos meses, daba por hecho que, al haberme repudiado y echado de Duart, nuestro matrimonio había terminado, aunque para mí jamás lo había hecho y sabía que siempre iba a verlo como mi esposo.

—Estás loco —mascullo sin lograr entenderle—. Vuelve a Duart, Kylian. Ya has dicho lo que has querido. Tu presencia aquí no es necesaria.

—Ya has oído a mi hermana, MacLean —la voz de John hace que miremos hacia la puerta—. Ella tampoco te quiere aquí.

—Cuando me vaya, Deirdre vendrá conmigo. —Jadeo al escucharlo, mi hermano gruñe furioso—. ¿Crees que he venido hasta aquí para irme con las manos vacías? He venido a llevar a mi esposa a donde pertenece. Es la señora de Duart y debe estar a mi lado.

—No pensabas lo mismo hace unos meses cuando la echaste como a un perro —rebate—. Le prometí que no te mataría, pero, demonios, me lo estás poniendo muy difícil.

—Basta —exclamo casi sin fuerzas—. Dejad de discutir. —Ambos me miran avergonzados al darse cuenta de lo que están haciendo—. Kylian, vuelve a Duart; John, déjale en paz.

—Por supuesto que regresaré —asiente—. Pero contigo a mi lado, así que necesito que te recuperes lo antes posible. —Escucho a mi hermano maldecir—. Como sabes, un *laird* no puede estar demasiado tiempo fuera de su hogar.

—¿Sabes acaso por lo que ha pasado estos últimos meses? —Mi esposo mira a John—. ¿Quieres que te muestre la cicatriz de la flecha que la postró en esa cama? —Me tenso ante tal posibilidad—. ¿O prefieres que te diga que la partera tuvo que desgarrarla para conseguir parir a tu hija?

No me pasa desapercibido que Kylian palidece más si eso es posible. Si pudiera levantarme de esta cama, correría a su lado por miedo a que se desmaye. Cuando su mirada vuelve a encontrarse con la mía, veo el tormento en sus ojos oscuros, sus puños se aprietan con fuerza en sus costados, incluso juraría que tiembla. Me enfurece lo que está haciendo mi hermano con él, por lo que, a pesar de lo sucedido entre nosotros, no puedo evitar defenderlo.

—Detente de una vez. —Me mira sorprendido, ya que no esperaba que lo atacara a él—. No es justo lo que estás haciendo, hermano. Por favor, déjanos solos.

—Si decides perdonarlo es que estás completamente loca —espeta, sus palabras me duelen—. Si sales de esta casa para irte con él, haré de cuentas que no existes para mí —jadeo horrorizada cuando pensaba que no podía hacerme más daño—. No pienso volver a pasar por esto, Deirdre.

Da un portazo que me estremece, no puedo creer que me haya dicho cosas tan crueles, nunca me había insultado y mucho menos

amenazado con darme la espalda, al contrario, siempre ha sido mi mejor amigo, mi confidente, mi protector y quien me permitía hacer todas las locuras que se me pasaban por la cabeza con él a mi lado para protegerme.

—No se lo tengas en cuenta. —Miro al hombre que tengo a mi lado —. Cuando uno está enfadado, dolido o asustado, dice cosas que no siente realmente. —Eso no me reconforta en absoluto—. Tu hermano tiene miedo de perderte, Deirdre.

—Yo nunca le hubiera dicho algo tan hiriente —musito todavía sin poder creer lo que ha sucedido, mis ojos buscan los de Kylian—. Jamás me había hablado así, yo… —guardo silencio para no llorar, estoy harta de hacerlo.

—Estoy seguro de que te pedirá perdón en cuanto se dé cuenta de lo que ha hecho —sentencia, sentándose a mi lado.

—¿Cómo estás tan seguro? —pregunto.

—Porque, si no lo hace, pienso partirle las piernas —replica con seriedad, por lo que me deja saber que no es ninguna broma—. No dudes que lo haré, te ha hecho daño, no voy a dejarlo pasar.

—Tú lo has hecho en innumerables ocasiones —rebato, aprieta la mandíbula porque no puede negarlo—. Eres la persona que más daño me ha hecho, Kylian.

—¿Quieres que le deje darme una paliza? —pregunta, dejándome con la boca abierta—. ¿Que le permita matarme?

—¡No! —exclamo horrorizada—. ¿Has perdido el juicio? —cuestiono.

—¿Qué tengo que hacer, Deirdre? —inquiere—. Dímelo y lo haré. Estos meses sin ti… —niega como si no fuera capaz de encontrar las palabras adecuadas—. Puede que no me creas, pero reaccioné de ese modo porque tu traición me destrozó.

Comienzo a llorar al ver la sinceridad en su mirada, en su voz. Pensé que todo se debía a su orgullo, a que una inglesa, como el solía llamarme, le había mentido y ante su gente podría verse como alguien débil, fácil de engañar. Sin embargo, ahora no puedo evitar preguntarme por qué parece tan mortificado, por qué su apariencia ha cambiado tanto, como si me hubiera echado tanto de menos como yo a él.

—Nunca quise hacerte daño —musito, sé que esas palabras no sirven de nada, que no cambian el hecho de que sí soy culpable, pero es mi única verdad—. Solo quería estar a tu lado. Cuando me informaron de mi matrimonio con Kael —niego al recordar cómo me sentí ese día—, me estaban robando mi futuro, mi oportunidad de conseguir que tú formaras parte de él, aunque era casi un imposible, como solía repetirme John.

—¿Y si no hubiera vuelto a Duart? —pregunta—. ¿Si no te hubieras visto obligada a ese matrimonio…?

Capítulo 38



Kylian

*E*spero su respuesta con impaciencia, lo cierto es que llevo demasiado tiempo preguntándomelo y creí que jamás llegaría a obtener una respuesta. Me mira durante lo que parece una eternidad, la escucho suspirar antes de que me responda.

—Si tú y yo hubiéramos continuado aquí, en la frontera… —Asiento para animarla a seguir—. Hubiera hecho cualquier cosa para captar tu atención.

—¿Como Bruma? —cuestiono, la veo negar sonriendo con una tristeza que me parte el alma—. ¿Como Deirdre?

—Como mujer —replica, frunzo el ceño sin comprender—. Creo que hubiera hecho cualquier cosa por ti, incluso convertirme en tu amante.

Sus palabras me golpean con fuerza porque me dejan ver que su amor, ese del que tanto he dudado, era tan grande como para arriesgarse a perder su posición por estar a mi lado, sin importar nada más. ¿Alguien antes ha estado dispuesto a hacer algo semejante por mí? Puedo contar con los dedos de una sola mano las personas en las que puedo confiar, y solo una de ellas me ha demostrado con creces ser merecedora de ello, y ese es Thomas.

—Lo hubieras hecho, ¿verdad? —suspiro, sintiéndome incómodo—. El destino es curioso. —Me mira en silencio—. Quiso que fuéramos dos personas de bandos opuestos, enfrentados, pero obligados a convivir como marido y mujer…

—Podría haberme negado, ¿sabes? —No debería sorprenderme—. Mi padre no es tan tirano, acababa de enviudar, por lo que no me forzaría jamás a un nuevo matrimonio. Pero John supo que era mi única oportunidad, y no dudé en aprovecharla.

—Estaba demasiado cegado por mi pasado —mascullo furioso conmigo mismo—. Demasiados años rodeado de muerte, de guerra, rumiando el odio que sentía hacia mi madrastra.

—Entiendo que tu pasado ha sido duro. —Mira mi cicatriz, una que ya no me molesto en tratar de ocultar—. Pero no debería dejar que siga condicionando tu vida, lo ha hecho durante demasiado tiempo, le has dado un poder a esa mujer que no merecía. Ya no está, de

alguna manera has obtenido venganza, y lo más importante, vengaste a los tuyos.

—Te he fallado a ti, fallé a Kael y a mi padre —enumero—. No es que haga honor a mi nombre —intento bromear, ella no ríe—. El gran Lobo MacLean no fue capaz de salvar a su hermano, ni a su padre, y mucho menos a su esposa.

—Fue mi decisión —interviene, la veo bostezar—. Si mi destino es este…

—No lo es —interrumpo porque no quiero escucharla—. Tu lugar es a mi lado, por eso no pienso permitir que te rindas, esto termina hoy, Deirdre. Vas a comer, a reponer fuerzas, y en cuanto seas capaz de montar, vendrás conmigo.

—Seguramente, no podré tener más hijos, Kylian. —Otro mazazo, y no por mí, sino por ella, sé lo importante que es para una mujer ser madre—. Aunque no hubiera sucedido nada entre nosotros, no puedo ser tu esposa, necesitas una mujer que pueda darte descendencia.

—No vuelvas a decir eso jamás —espeto, sorprendiéndola por mi ferocidad—. Me importa poco si nunca tenemos hijos. —Abre la boca para decir algo, pero la interrumpo de nuevo—. Te necesito a ti más que al aire que respiro. —Sus ojos vuelven a humedecerse—. Creo en los milagros porque tengo frente a mí a uno, por lo que puede que algún día volvamos a ser padres, pero eso no me importa; si no sucede, los hijos de Morrigan o Elvin pueden seguir mi legado.

—No lo entiendes —rebate—. Como ha dicho mi hermano, la partera tuvo que… —cierra los ojos como si el simple hecho de recordarlo le causara dolor—. Dijo que sería casi imposible que volviera a concebir.

—Siento mucho que hayas tenido que sufrir tanto —me lamento emocionado, poso mi frente sobre su vientre con mucho cuidado, y cuando una de sus manos se pierde en mi cabello, sollozo—. Y no estaba a tu lado. Sé que soy un miserable bastardo, pero no puedo imaginar mi vida sin ti —no puedo continuar hablando y ella parece entenderlo porque nos quedamos en silencio durante mucho tiempo, deja que me desahogue sin que su mano detenga sus caricias.

***

—Se ha dormido —escucho que susurra, ¿con quién estará hablando?—. No lo despiertes.

—Esto es el colmo. —Esa maldita voz, ¿cómo no me voy a despertar? Sin embargo, no hago nada que pueda advertirles de que les estoy escuchando—. Deirdre, no dejes que te embauque.

—John —espeta con firmeza a pesar de no alzar la voz—. Espero que llegue el día en el que vea cómo te enamoras de una mujer tan profundamente que no te importe nada más que estar a su lado.

—Muérdete la lengua —escupe de una manera tan exagerada que debo contener la risa para no ser descubierto—. ¿Crees que voy a perder mi orgullo por una mujer?

—Lo harás, y espero estar presente para verlo porque te recordaré estas palabras y las anteriores —termina siseando—. ¿Debo perdonarte lo que me has dicho antes y no puedo perdonar a mi esposo?

—No es lo mismo —intenta—. Maldita sea, Deirdre, no he pasado tanto miedo en mi vida como en estos últimos meses, y que estés pensando en darle una nueva oportunidad al causante de todo esto es algo que no logro comprender.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que ambos sabíamos cómo reaccionaría al enterarse de mi mentira? —pregunta—. Por el amor de Dios, John, hemos sido enemigos durante años, ¿cuántas veces nos enfrentamos a él? Ha venido hasta aquí a pesar de que le he fallado.

—Solo tú podrías enamorarte del enemigo —amonesta—. Y encima del hombre más cabezota, orgulloso y con mal carácter que ha nacido en Escocia.

—No se elige a quién amar —responde casi en un susurro—. Algún día lo entenderás.

—Estupendo —muerde la palabra—. ¿Qué debo decirles a nuestros padres? Se preguntan por qué nuestro invitado no ha bajado todavía…

—Diles que mi esposo estaba cansado del viaje —replica sin darle importancia—. Hablaré con ellos cuando me sienta con fuerzas. Por favor, asegúrate de que no causen problemas, no puedo con más, John.

—Te amo demasiado —le escucho suspirar, sus pasos se alejan, pero antes de marcharse, hace lo que llevo esperando desde que me he despertado—. Lo siento mucho, no sentía nada de lo que estaba diciendo, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, pero eso no significa que duela menos —responde, poco después, la puerta se cierra muy despacio—. Ya puedes abrir los ojos, esposo. —Me incorporo sorprendido.

—¿Desde cuándo sabes que estoy despierto? —pregunto, la veo sonreír.

—Desde que ha llegado —responde—. ¿Creías que no iba a notar el cambio en tu respiración?

—Cuando creo que no puedes sorprenderme más… —replico, negando incrédulo mientras una tenue sonrisa se dibuja en mis labios —. Debería bajar para hablar con tus padres. A mi llegada, lo único que me importaba era llegar hasta ti.

—No van a molestarnos —rebate—. Pero sí —asiente, dándome la razón—. Parece mentira, ni siquiera os conocéis.

—Eso voy a remediarlo de inmediato. —Me levanto y arreglo la ropa, que se encuentra arrugada—. ¿Cómo son?

—Me aman. —Frunzo el ceño sin comprender—. Por lo que no creo que te lo pongan muy fácil. Pero estoy segura de que sabrás lidiar con ellos, después de todo, has salido victorioso de peores batallas.

—No con mis suegros —rebato—. Descansa un poco.

Lo que más deseo es besarla, pero temo su reacción, puede que se aparte y no podría soportarlo. Al menos, me habla y me ha permitido permanecer a su lado, es un gran avance teniendo en cuenta que esperaba ser arrojado del hogar de los Lindsay sin contemplaciones. No me merezco menos siendo realistas y sinceros, puede que hace unas semanas yo no les hubiera dado tan buen recibimiento, por eso no me he enfrentado a John, porque soy consciente de que está en todo su derecho de recriminar mi comportamiento y sus consecuencias.

Salgo de la alcoba y bajo las escaleras esperando encontrar a mis suegros con facilidad. A la primera que veo es a su madre, se parecen, aunque el color del cabello sea distinto.

—Creo que antes no me he presentado… —comienzo a decir ante su escrutinio.

—Sé muy bien quién eres, guerrero —interrumpe—. Eres el Lobo MacLean, el esposo de mi hija y padre de mi nieta.

—Lo soy —asiento—. Kylian MacLean. Me gustaría hablar con usted y su esposo, somos familia, y creo que debo varias explicaciones.

—Mi hija no nos ha dicho qué es eso tan grave que hizo para que la repudiaras —se cruza de brazos—. Por lo que no entiendo qué demonios hace aquí, *laird.* ¿Busca problemas?

—Si espera que traicione a su hija contándole lo sucedido entre nosotros es que no me conoce —replico sin amilanarme por su actitud—. Es algo que queda entre ella y yo. He venido por Deirdre, para que vuelva a su hogar.

—Ya está en su hogar —rebate, alzando la voz—. ¿Cree que voy a dejar que vuelva a ese lugar dejado de la mano de Dios? —cuestiona —. Lo hice una vez porque así lo decidió mi esposo, pero esta vez tendrá que matarme para que mi hija vuelva a salir de aquí, mucho menos con alguien como usted.

—Basta, Cecily. —La llegada del padre de mi esposa nos interrumpe, su firmeza la hace guardar silencio, a pesar del gesto de furia apenas contenida que me recuerda demasiado a su hija—. Deja que hable con el *laird* MacLean.

—La última vez que te dejé hacer tu voluntad, mi hija llegó medio muerta —espeta—. Te dije lo que sucedería, te advertí que los esposos escoceses no son como los ingleses —añade entre dientes—. ¿Qué más necesitas para darme la razón?

—Muchacho. —Miro al hombre—. Sígueme.

Obedezco en silencio mientras escucho a la mujer maldecir en gaélico, no puedo evitar sonreír porque no cabe la menor duda de que pertenece a las Highlands, ya que el fuego de esas tierras salvajes, como las llaman muchos, corre por sus venas al igual que por las de mi esposa. Ambas muy distintas al hombre que camina delante de mí con las manos a la espalda y con aparente tranquilidad. Llegamos a lo que parece una sala pequeña, cierra la puerta y me indica que me siente; no lo haría, pero debo respetar a mi anfitrión si quiero que me permita llevarme a su hija.

—Cuando hice el pacto con tu padre, tenía varios motivos de peso para creer que sería ventajoso para ambos clanes. —Asiento, comprendiendo sus argumentos—. Había escuchado que tu hermano era un buen hombre, con honor, y que sería el próximo *laird* de los MacLean.

—Kael era el mejor —le doy la razón—. Mucho más que yo, eso no lo puedo rebatir, ni quiero hacerlo. Sé muy bien que mi hermano era un hombre de honor, leal y hubiera sido un buen esposo para su hija. Sin embargo, debo decirle que ninguno de los dos se amaba, él ya había entregado su corazón a otra mujer, la cual me ha dado una sobrina, y Deirdre ya me amaba a mí… —guardo silencio de golpe al darme cuenta del error que acabo de cometer.

—Chico, no te calles ahora —se ríe—. ¿Piensas que no sé lo que hacen mis hijos? —Abro los ojos sorprendido—. ¿Por qué crees que la envié lejos? Imponerme solo hubiera servido para que se rebelara todavía más y para que su hermano la protegiera mientras continuaba con sus locuras. Hice la vista gorda sabiendo que mi hijo la protegería con su vida, y que estando juntos, no tenía nada que temer.

—Reconozco que jamás pensé que acabaría casado con la famosa Bruma —replico con tiento—. No me lo tomé bien. —Asiente con seriedad—. Mis órdenes fueron que se le acompañara hasta la frontera para garantizar su seguridad, no es una excusa, sé que el único culpable soy yo. Es algo con lo que tendré que vivir hasta el día que me muera, pero con ella a mi lado.

—¿Ella te acepta? —pregunta tras un largo silencio—. No pienso obligarla a hacer nada que no quiera. Ha pagado un alto precio, es mi hija y quiero para ella la felicidad que hasta ahora no ha encontrado.

—Fuimos felices —espeto convencido de ello—. Durante unos meses, lo fuimos. —Recuerdo nuestras conversaciones, paseos a caballo y nuestras noches de pasión—. Y me esforzaré porque vuelva a ser así.

—Creí que la perderíamos —susurra, mirando por la ventana que se encuentra a nuestra izquierda—. Sin embargo, cuando supo que estaba encinta, luchó como una fiera para mantenerlo con vida. —Cierro los ojos—. Todos sabíamos que sería imposible que ese bebé

sobreviviera, pero ella estaba convencida de que lo podía lograr. Cuando no fue así, supe que ya no había nada que la atara a esta vida. —Mis puños se aprietan sobre mis muslos—. Si tú eres lo único que puede hacer que mi hija viva, que así sea.

—Gracias —exclamo sorprendido, aliviado y muy agradecido—. Le prometo que Deirdre será la mujer más feliz de las Tierras Altas.

—Muchacho, no hagas promesas que no podrás cumplir. —Frunzo el ceño—. Me conformo con saber que la amas lo suficiente como para venir hasta aquí. Sé muy bien quién eres, Lobo MacLean, el más terco, orgulloso y con mal carácter de tus hermanos. Sin embargo, decidiste correr por ella, estabas dispuesto a suplicar, ¿verdad? —Asiento sin dudarlo—. Esa es la diferencia, si te hubieras puesto frente a mí exigiendo sobre el futuro de Deirdre, ella no se hubiera movido de mi casa.

—Entiendo —murmuro—. ¿Crees que ella querrá venir conmigo? Antes no me ha quedado muy claro.

—No se te da bien manejar este tipo de situaciones —se carcajea—. Chico, mi hija es igual que mi esposa, así que deberás armarte de paciencia. No siempre será fácil, en muchas ocasiones vas a querer retorcerle su precioso cuello, sin embargo, no podrás vivir sin ella como ya has podido comprobar.

—No hay de mi esposa que quiera cambiar —reconozco con una sonrisa—. Me enamoré de ella, aunque luché con todas mis fuerzas para impedirlo. Deirdre también tendrá que lidiar con mi carácter, con la presión de ser la señora de Duart y mi esposa, con todo lo que eso conlleva.

—Creo que estará más que preparada para ello. —En su voz puedo escuchar el orgullo y el amor que siente por su hija menor—. En cuanto a mi hijo y mi esposa, déjamelos a mí. Deirdre todavía no puede viajar y lo sabes. —Asiento—. Imagino que no podrás estar mucho tiempo lejos de Duart…

—No me iré de aquí sin ella —interrumpo con firmeza—. He dejado a cargo a mis hermanos y a mi segundo al mando, confío en ellos, y con todo el respeto, podría irse todo al infierno que no me movería de aquí sin mi mujer.

—Bien dicho, MacLean —aplaude el mayor de los Lindsay—. Creo que es lo primero sensato que escucho salir de tu boca. Una lástima que no pensaras así hace seis meses, ¿no te parece?

—John —advierte su padre, me levanto de mi asiento—. Basta.

—No creas que me quedaré de brazos cruzados de nuevo, padre —exclama furioso—. ¿Cómo puede permitir que sea Deirdre quien elija si marcha o se queda? —cuestiona, alzando la voz—. Sabe de sobra que se irá con él.

—Hijo, has cuidado de ella desde su nacimiento, es hora de que dejes que otro ocupe tu lugar —replica—. Se aman, y eso no vas a poder cambiarlo. Si le obligo a irse sin ella, tu hermana será desdichada toda su vida. Temo que, sin Kylian a su lado, no sea capaz de superar la pérdida de su hija. Él es su fortaleza, y si todavía no te has dado cuenta es que eres más estúpido de lo que creía.

—¿Fortaleza? —cuestiona riendo—. La única vez que la dejé en sus manos tuve que ver cómo una flecha casi le atraviesa el corazón —brama—. Uno que ya tenía destrozado porque este bastardo se había encargado de ello —sisea con ganas de abalanzarse sobre mí, no me cabe la menor duda.

—Solucionemos esto de una maldita vez —espeto, llamando su atención, deja de mirar a su padre para centrarse solo en mí—. ¿Quieres golpearme? —pregunto.

—Me gustaría atravesarte con mi espada —sisea, me río, eso lo enfurece más.

—Podrías intentarlo, por supuesto.

—¿Crees que no podría? —inquiere, dando un paso hacia mí—. Ha sido mi hermana quien te mantuvo a salvo todos estos años, no te engañes —sisea para que solo pueda escucharlo yo.

—Salgamos, estoy harto de escucharte, imbécil —pierdo los estribos cuando se pone en duda mi destreza—. Tu hermana no estaba conmigo cada vez que debía jugarme la vida en el campo de batalla —gruño, pasando por su lado.

—Dejad de decir estupideces. —El padre de mi esposa nos sigue al patio—. Si Deirdre se entera de esto…

—Pienso acabar con esto de una vez, padre —sentencia su hijo silenciándolo—. No te metas.

Los dos empuñamos nuestras respectivas espadas, comenzamos la batalla en completo silencio, solo se escucha el entrechocar de nuestros aceros, la gente comienza a llegar para ser testigo mudo de nuestra pelea. No nos guardamos nada, combatimos con toda la furia que llevamos dentro. Yo por la culpabilidad que me sigue carcomiendo por dentro; John porque sabe que soy el responsable de lo sucedido.

—¡Kylian! —el grito de mi esposa me hace bajar la guardia y pago las consecuencias.

Capítulo 39



Deirdre

En el momento que mira hacia mí, sé que John va a hacerle daño. Grito, pero es demasiado tarde. El filo de la espada de mi hermano corta la carne de su costado, al ver la sangre, me horrorizo, mi esposo se lleva la mano a la herida mientras lanza una mirada furibunda a su atacante.

—¡Detente, John! —bramo horrorizada—. Como vuelvas a atacarle, no volveré a hablarte jamás.

Ambos jadean furiosos, querría correr hasta Kylian, pero levantarme de la cama al escuchar el alboroto me ha costado la vida misma, incluso ahora siento que no soy capaz de sostenerme en pie.

—¿Qué haces levantada, mujer? —pregunta mi marido sin hacer caso a la sangre que mana entre sus dedos—. Vuelve a la cama antes de que caigas desplomada.

—Estás herido —replico—. Sube de inmediato para que puedan curarte —ordeno—. ¿En qué demonios pensabas, Kylian MacLean? —pregunto.

—En callarle la bocaza a tu hermano —lo escucho gruñir—. Me has distraído, esposa —amonesta, abro los ojos ofendida—. Ahora ya no habrá quien lo calle.

—Puedes apostar por ello —se jacta John, que no parece para nada preocupado—. Deirdre, vuelve a la cama —repite la orden de mi esposo—. No me obligues a subir…

—No le hables así ni la amenaces —advierte Kylian, dejándonos a los dos con la boca abierta.

—¿Por qué?, ¿solo tú puedes tratarla como un perro? —rebate mi hermano empujándole, Kylian devuelve el gesto, a pesar de estar herido.

—Basta —grito con todas mis fuerzas, siento que me estoy mareando, comienzo a escuchar los gritos desde muy lejos, no estoy segura de cuánto tiempo trascurre, solo sé que cuando ya no aguanto más y estoy a punto de golpearme contra el suelo, alguien me sostiene—. Kylian, ¿cómo…?

—Por Dios, mujer —exclama temblando y casi sin poder respirar—. Vas a matarme. Pensé que no llegaría a tiempo.

—Pero has tenido que correr, y tu herida… —mascullo, intentando que todo deje de dar vueltas a mi alrededor—. No me levantes —grito cuando me alza y me deja en la cama—. Sigues sangrando —sollozo—. Deja que te curen, Kylian.

—Lo haré si me prometes que no volverás a levantarte —me dice pálido y sudoroso—. ¿Lo juras, Deirdre?

—Sí, sí —asiento—. Lo prometo, pero deja que te curen, maldita sea.

—Cálmate, en tu estado no es bueno —replica en el momento en el que alguien entra en mi alcoba; la curandera, seguida de mi madre, que trae lo necesario para curarlo—. Si dejan las cosas, puedo…

—Túmbate al lado de mi hija, guerrero —interrumpe con firmeza—. Sé que si te hago salir de esta alcoba es capaz de arrastrarse para llegar hasta ti.

Observo cómo obedece porque no hacerlo sería una pérdida de tiempo, se tumba con cuidado porque debe dolerle horrores. Cuando la curandera aparta su camisa, queda al descubierto una herida mayor de lo que pensaba, creo que ha desgarrado más la carne al subir corriendo las escaleras y cogerme en brazos, jadeo horrorizada al ver el desastre en su costado, sé que no va a ser fácil coserlo y lo que la mujer va a decir antes de que abra la boca.

—Una herida muy fea —musita la mujer más mayor mirando a su señora—. Lo mejor sería cerrarla en vez de coser.

—¡No! —exclamamos mi esposo y yo a la vez.

—O la coses, o lo hago yo, pero no vas a acercarme una maldita daga al rojo vivo —gruñe aterrado ante esa idea, incluso intenta levantarse, pero le detengo. Vuelve a tumbarse con un suspiro, pero muy tenso, miro a las mujeres con desconfianza, quienes se han mantenido en silencio desde su estallido. Seguramente, piensen que he perdido el juicio o que está loco, ninguna de las dos cosas me importa lo más mínimo, solo yo sé por qué ha reaccionado así.

La cura es dolorosa, veo cómo aprieta los dientes para no emitir ningún sonido, mi mano busca la suya para que sepa que no está solo. La curandera hace su trabajo en completo silencio, cuando comienza a suturar, lo escucho contener el aliento intentando retener el dolor, pero, de nuevo, se mantiene en completo silencio.

—Esto ya está —dice al fin—. Va a quedar una cicatriz bastante fea, la herida es demasiado irregular como para hacer algo mejor que esto.

—No me importa —responde indiferente, parece completamente agotado—. Gracias.

Se marchan y cierra los ojos como si ya no pudiera más. Puedo darme cuenta de que lleva mucho sin dormir, ha adelgazado. Ahora que lo tengo a mi lado medio desnudo, queda en evidencia lo que ya sospechaba. ¿Tan mal lo ha pasado por mi ausencia? Entonces, ¿por qué no ha venido antes por mí?

—No vuelvas a enfrentarte con John —susurro—. Junto a mi padre sois los hombres que más amo, cuando os dañáis, también me estáis haciendo daño a mí.

—Deirdre, si hubiera querido rebanarle el pescuezo, lo hubiera hecho —murmura medio adormilado.

—Lo sé —dejo un suave beso en su pecho ahora desnudo—. Por ello te doy las gracias. Lo has hecho por mí, sé cuánto odias a mi hermano.

—Si mantuviera la boca cerrada, podría tolerarlo —rebate, conteniendo la risa, por el contrario, no puedo evitar reírme ante semejante comentario.

—Kylian, ¿qué vamos a hacer? —pregunto, sintiéndome muy perdida. Siento cómo se tensa, gira su cabeza hacia mí y abre sus pesados párpados, en sus ojos veo también miedo y dudas.

—¿Qué quieres hacer tú? —cuestiona en voz baja—. No voy a llevarte obligada a Duart. Quiero que regreses porque así lo desees, porque quieras estar conmigo. Sé que pedirte algo semejante me convierte en el hombre más egoísta del mundo, pero…

—Yo también fui egoísta cuando intenté olvidar mi mayor secreto para estar contigo sin importar las consecuencias —interrumpo—. Creo que eso nos convierte en una buena pareja —intento bromear.

—O en un par de locos. —Oculto mi rostro en su pecho tratando de que no vea la enorme sonrisa que se dibuja en mis labios—. ¿Eso es un sí, o un no? Las dudas me están volviendo loco.

—Duerme, Kylian —respondo—. Deja que lo piense, necesito estar segura de que esto es lo mejor para ambos. No deberíamos precipitarnos, ¿no crees?

Lo escucho gruñir y su mano envuelve mi cintura con cuidado, poco a poco, me doy cuenta de que su respiración es más pausada, se ha dormido, pensé que jamás volvería a estar cerca de él, mucho menos volver a compartir una cama y verlo dormir plácidamente. Cierro mis

ojos disfrutando de su cercanía, de su olor y su abrazo, como si quisiera asegurarse de que no me voy a mover de su lado, como si temiera que, al despertar, todo fuera un sueño o yo hubiera decidido que no lo quiero junto a mí.

Saber que Kylian puede sentirse vulnerable, tanto como yo, me conmueve y me sorprende a partes iguales. Creo que ha cambiado mucho, y me gusta pensar que he sido yo la causante, porque entonces significaría que, al menos, todo no lo he hecho mal, que aunque mentí y pretendí vivir junto a él con la esperanza de que mi pasado no interfiriera en mi futuro, conseguí que saliera algo bueno de nuestro tiempo juntos, a pesar del dolor y del precio tan alto que hemos tenido que pagar para estar de nuevo unidos. No soy estúpida, sé muy bien que es más que probable que mi esposo no hubiera venido por mí si no fuera por la pérdida de nuestra hija.

¿Puedo vivir con ese hecho? ¿Tengo realmente razón al pensar así? No quiero que esas dudas me carcoman por dentro; si regreso a su lado, tiene que ser con la seguridad de que ambos estamos juntos porque nos amamos, porque el amor que sentimos es más grande que todo lo demás.

—Deja de pensar —masculla sorprendiéndome. Le miro para descubrir que no ha abierto los ojos—. Duerme un poco.

Me sorprende cómo me conoce, tal vez, tan bien como yo le conozco a él. Vuelvo a acurrucarme y dejo que el cansancio me lleve lejos, sabiendo que, al despertar, el hombre que nunca he dejado de amar seguirá a mi lado.

***

Una caricia en mi rostro me despierta. Al abrir los ojos, Kylian me observa con tanto amor en su mirada que no puedo evitar emocionarme. Le sonrío, me devuelve el gesto sin dejar de tocarme y, cuando acerca su rostro lentamente hacia mí, no me aparto, no quiero hacerlo porque ansío sus besos, volver a sentir sus labios sobre los míos me estremece de pies a cabeza. Mis manos se pierden en su cabello oscuro mientras disfruto de su sabor y cercanía; cuando se detiene, gimo quejándome por perder su contacto, escucho su risa apenas contenida.

—¿Por qué te has detenido? —pregunto temblorosa, me observa con deseo.

—Debes recuperarte —dice, besando mi frente con ternura infinita —. Perdóname por olvidar durante un instante tu convalecencia.

—Kylian —replico me mira expectante—. ¿No iras a pasarte toda la vida pidiéndome perdón por cada cosa que hagas? —cuestiono casi con horror—. No tienes por qué ir con tiento en todo momento, me enamoré de ti, de tu forma de ser y carácter, no quiero que cambies.

—Te recuerdo que estamos aquí por mi maldito comportamiento —rebate, incorporándose, y siento frío ante su lejanía—. ¿De verdad quieres que vuelva a ser ese tipo de hombre?

—Quiero que seas tú —corrijo—. Con tus virtudes y defectos, como yo tengo los míos. Pareces olvidar que te mentí, que estaba dispuesta a seguir haciéndolo por estar a tu lado. —Se tensa, sé que es algo que le ha dolido profundamente y parece estar más que dispuesto a obviarlo—. No quiero que me disculpes porque haya estado a punto de morir, ni porque hayamos perdido a nuestra hija.

—Detente, Deirdre —ordena—. No sirve de nada remover el pasado. ¿Por qué no puedes mirar hacia delante? —cuestiona, mirándome sobre su hombro.

—Porque de nada vale avanzar si no has sido capaz de sanar lo sucedido —respondo con suavidad, mi mano se posa sobre su hombro—. ¿No te das cuenta? Llevas años sufriendo por algo que no pudiste superar en su momento, ¿quieres condenar a nuestro matrimonio por no hablar con franqueza?

—¿Quieres franqueza? —Se gira para encararme, para quedar frente a frente, asiento temiendo lo que está por venir, pero es más que necesario si quiero estar segura de que mi regreso a Duart será para siempre—. Me destrozaste el maldito corazón, al menos, lo que quedaba de él. —Intento no llorar por el tormento que demuestran sus palabras, su mirada—. Una vez te dije que nada me dolió tanto como esto —se señala la cicatriz—. Pues lo superaste. —Mis labios tiemblan y mis ojos se humedecen—. Lloré como un niño —reconoce avergonzado, agacha la cabeza—. No sabes cómo dolía, al principio, el odio que creía sentir me ayudaba a seguir adelante, pero conforme

pasaban los días y tu ausencia crecía, se convirtió en algo casi insoportable.

—Lo siento tanto —cubro mi rostro mortificada—. Mi esperanza siempre fue que te enamoraras de mí tanto que fueras capaz de perdonarme —reconozco entre susurros—. Fui una egoísta, mis padres no saben el motivo, pero John sí, y parece olvidarlo para echarte toda la culpa. Soy una mujer adulta que tomó sus propias decisiones, afectaron a otros y debo cargar con esa culpa.

—Y yo debo cargar con la mía. —Lo miro—. Sí estaba enamorado de ti, lo estoy, Deirdre. Aunque no me creas, te amaba incluso entonces, y por eso dolió tanto; si no me importaras, mi reacción hubiera sido la misma, con la gran diferencia de que hubiera sido capaz de dejarte atrás.

—Lamento mucho haberte hecho llorar. —Acaricio su rostro, su mentón cubierto por un poco de barba oscura que raspa mi palma—. Jamás podré perdonarme por ello. Pero debes creer que no te oculté mi pasado para traicionarte porque mi lealtad hacia ti viene de mucho tiempo atrás. Sabes por qué lo hice, y repetirlo mil veces no cambiará el hecho de que no debí hacerlo.

—Ahora entiendo que, si lo hubiera sabido, ni siquiera te habría permitido casarte con Kael —reconoce—. ¿Sabes? —pregunta, sonriendo con nostalgia, mira al frente como si estuviera recordando —. La primera vez que te vi, pensé que eras la mujer más hermosa que había visto jamás, pero saber que estabas en Duart para desposarte con mi hermano me molestó muchísimo.

—Por no decir que soy inglesa —añado riendo, rueda los ojos—. Enterarme de que te dirigías a tu hogar cuando yo estaría allí como prometida de Kael fue algo duro de aceptar.

—Fuiste tú la que nos dejaste ir —susurra recordando—. A Thomas y a mí… —Asiento.

—Tenías que estar al lado de tu padre, no podía retenerte más, aunque sabía que sería la última vez que estaríamos frente a frente como la Bruma y el Lobo MacLean. Ante ti y todos, debía ser *lady* Deirdre Lindsay.

Capítulo 40



Kylian

La sinceridad con la que estamos hablando consigue sanar poco a poco las heridas producidas por los engaños, el orgullo y el dolor. Sentir su mano acariciando mi mejilla me calma, me produce un sentimiento de ternura infinita, un sentimiento que he experimentado poco en mi vida, ya que en el campo de batalla no hay cabida para ella.

—Me gustaría que de hoy en adelante solo fuéramos Deirdre y Kylian MacLean —replico, su sonrisa se hace más grande—. Marido y mujer, ¿qué te parece?

—Siempre serás mi esposo sin importar qué suceda. —La abrazo porque mantenerme alejado no es una opción—. No importa que uno de nosotros ya no esté, o que estemos lejos, nada cambiará ese hecho en mi corazón.

—¿Por qué dices eso? —pregunto asustado, no me gusta lo que sus palabras pueden llegar a significar.

—Significa que sigo estando enferma, Kylian. —Me aparto solo un poco para mirarla—. Y que no sé si me recuperaré, siquiera si volveré a ser la de antes, ¿de verdad quieres una esposa enfermiza?

—Te quiero a ti —sentencio—. Vas a reponerte y, en cuanto puedas viajar, nos iremos a Duart. Allí el aire puro de las montañas y el mar te ayudarán, y me encargaré de que engordes, daremos grandes paseos a pie y a caballo —enumero con rapidez para convencerla, para impedir que dude.

—Suena muy bien —susurra contra mi cuello, mi piel se eriza y mi cuerpo se estremece—. Te amo, Kylian.

Cierro los ojos agradecido por escuchar de nuevo esas dos palabras que tanto significan para mí. Pensé que jamás volvería a dedicármelas, que había perdido la oportunidad de compartir mi vida con la única mujer que he amado. Sin embargo, parece que el destino me tenía reservada otra oportunidad que no pienso dejar pasar.

—Te amo, Deirdre —musito, es raro pronunciarlas, pero liberador a la vez—. Hoy y siempre.

***

Los días pasan con lentitud para mí, pero ver cómo poco a poco mi esposa recupera las fuerzas compensa todo lo demás. Me encargo de que coma y descanse, lo cierto es que hago prácticamente lo mismo porque la herida de mi costado ha dado varios problemas, como dijo la curandera, es una zona bastante mala y se ha abierto un par de veces, cada cura ha sido peor que la anterior, pero no pienso decir nada porque estoy deseando marcharme de aquí.

Es curioso porque he vivido casi la mitad de mi vida en la frontera, aun así, nunca la sentí como mi hogar, y no me importaba porque no pertenecía realmente a ningún lugar. Pero ahora estoy deseando volver a Duart junto con mi esposa y los míos para disfrutar de todo lo que la vida nos quiera obsequiar. No dudo que habrá momentos duros, difíciles, pero con ella a mi lado podré superarlos; sin pretenderlo, se ha convertido en mi roca, consigue mantenerme sereno y en paz, una que no recordaba sentir desde la muerte de mi madre.

—¿En qué piensas? —Me giro hacia el lecho, yo me encuentro frente a la ventana mirando el exterior—. Te conozco demasiado bien, esposo. Estás deseando salir de aquí…

—Esperaré lo que haga falta —interrumpo—. ¿Cómo te encuentras? —pregunto para desviar su atención.

—Igual que la última vez que me lo preguntaste esta mañana —bromea, ruedo los ojos ante su respuesta—. Estoy mucho mejor, Kylian. No creo poder montar a caballo, pero mi padre nos puede dejar una carreta y…

—Sabes que es demasiado peligroso —vuelvo a interrumpir—. Si nos atacan… —mascullo—. Maldición, mujer, soy bueno, pero no podría hacer nada con un grupo y tendría que estar preocupado por ti. No pienso ponerte en peligro.

—Puede acompañarnos mi hermano. —El ofrecimiento sé que no viene por parte del barón—. Él y sus hombres pueden ayudarnos, y lo sabes.

—No me lo recuerdes —murmuro—. ¿Cómo demonios voy a permitir que me ayuden las mismas personas con las que llevo años enfrentándome, Deirdre?

—¿Puedes olvidar que formaba parte de ellos, pero no que John lo es? —pregunta con tiento—. No es tu enemigo.

—Déjame que lo dude, esposa —rebato—. Todavía tengo un tajo en el vientre que me recuerda la hospitalidad de tu hermano. ¿Se supone que para llegar sanos y salvos a mi hogar debo dejar que los Border Reivers me escolten? Como Thomas los vea, le va a dar un ataque —termino mascullando.

—No hace falta que nos acompañen a Duart —replica—. Pueden quedarse a medio camino. Esposo, quiero volver a casa. —Me giro con rapidez porque esa petición, dicha de esa manera, todavía no había salido de sus labios hasta ahora—. Me gustaría ver a Morrigan, Elvin, Thomas, Diane y a su bebé…

No me pasa desapercibido el dolor escondido tras terminar de hablar, tanto para ella como para mí será difícil ver a mi sobrina sin recordar a nuestra hija. Más o menos, tendrían la misma edad si el destino no nos la hubiera arrebatado. Me siento a su lado y cojo su mano, ahora ya no está fría, incluso podría jurar que ha engordado un poco. Nos miramos a los ojos comunicándonos sin necesidad de palabras, los dos compartimos el dolor por la pérdida, la culpabilidad y el pesar por no poder tenerla con nosotros.

—Hablaré con tu hermano si eso es lo que quieres. —Me regala una sonrisa que bien vale todo lo que pueda suceder después—. Siempre consigues salirte con la tuya, mujer.

—No siempre —hace un mohín muy gracioso que deja ver lo joven que es todavía—. Intenta no acabar a puñetazos con John, por favor —me pide mientras le doy un suave beso.

Me levanto y me dirijo hacia la puerta con paso apresurado, cuanto antes termine y pueda dejar todo solucionado, mucho mejor, no me gusta dejarla sola mucho tiempo, aunque sé que su madre la visita y hablan durante horas.

—Kylian. —Me detengo con la mano en el pomo de la puerta, miro sobre mi hombro—. Te amo.

—Y yo a ti —respondo, todavía no soy capaz de acostumbrarme a las muestras constantes de afecto, aunque cada día intento esforzarme por demostrarle cuánto me importa. Como ahora, que soy

capaz de pedir ayuda al hombre que ha intentado matarme hace apenas unos días y que sé que me odia con justa razón.

Al entrar al salón, no encuentro a nadie. Frustrado, paso una mano por mi cabello preguntándome dónde demonios puede estar. Justo cuando doy media vuelta dispuesto a salir, aparece ante mí con su acostumbrada sonrisa adornando su apuesto rostro, ahora me doy cuenta de que comparten rasgos ambos hermanos.

—¿Me buscabas? —pregunta, cruzándose de brazos—. Veo que estás mucho mejor…

—Como ves, no pudiste matarme —replico—. Tu hermana quiere partir, pero, como ambos sabemos, cruzar la frontera en su condición todavía no es posible. Insiste en que si tu padre nos deja una carreta…

—Otra de sus locuras —interrumpe bufando—. Que tú le sigas la corriente no es lo mejor para ella, MacLean. Prefería cuando la ignorabas y despreciabas, al menos, no alentabas sus despropósitos.

—Lo primero que he hecho ha sido negarme. —Asiente—. Sin embargo, tu hermana piensa que tú y algunos de tus hombres podríais acompañarnos.

—¿No te molesta que los Border Reivers te cubran las espaldas? —cuestiona con sorna—. Qué despropósito, *laird* —continúa riendo.

—¿Vas a crecer alguna vez, John? —Pierde la sonrisa y me mira mortalmente serio—. No solo eres barón, sino que, cuando tu padre ya no esté, deberás guiar a tu clan, ¿crees que podrás continuar jugando a ser un bandido?

—Cuida tus palabras, MacLean —advierte entre dientes—. Puede que en esta ocasión te ensarte con mi espada y al infierno con las consecuencias.

—Si tienes tantas ganas de dejar de verme todos los días como yo cuando estabas en Duart, nos ayudarás —sentencio—. Solo hasta pisar tierra MacLean si así lo quieres.

Paso por su lado, pero me detiene, su mano se aferra a mi antebrazo con rabia, alzo la mirada para encontrarme con la suya, nos retamos por lo que parece una eternidad.

—Suelta a tu cuñado, John —la orden por parte de su madre me sorprende, a ambos—. Me alegro de verte levantado, guerrero,

aunque no esperaba menos.

—No hablarás en serio, madre —exclama, me suelto de su agarre con un brusco tirón—. ¿Se te ha olvidado el estado en el que traje a Deirdre?

—Por supuesto que no —dice con convicción—. Pero tampoco puedo olvidar la mirada perdida, el semblante de tristeza que no cambió hasta que este hombre apareció. ¿Quieres volver a verla de ese modo? No me cabe la menor duda de que en estos momentos tu hermana ya estaría muerta, porque se estaba dejando morir, John Lindsay —espeta.

—¿Se supone que debo ayudarle a llevársela? —cuestiona, le miro sorprendido ante el deje de dolor en su voz, teme perderla.

—No es tuya —rebate—. Deirdre ama a MacLean y él a ella. —John masculla una maldición—. ¿Crees que como madre me es fácil dejarla marchar? ¿No verla cada día? La llevé nueve meses en mi vientre y la he criado hasta convertirla en la mujer que es hoy.

—Puede venir a verla cuantas veces quiera —intervengo, sintiéndome como un ladrón por robarles su bien más preciado—. Incluso pasar una temporada en Duart…

—No puedo dejar a mi esposo por tanto tiempo, muchacho —niega con tristeza—. Solo te pido que la cuides, que la ames y protejas hasta el fin de tus días.

—Lo juro —sentencio, esperando que sepa que mi palabra es ley—. No volveré a defraudarla.

—¿Cuándo demonios quieres partir? —Miro a John, aunque él no lo hace y su cuerpo está completamente en tensión. Me doy cuenta de que ama tanto a Deirdre como para dejarla marchar de nuevo sabiendo que es lo que ella más desea—. Lo dispondré todo.

—Cuanto antes —respondo—. ¿Podría preparar el equipaje de Deirdre? —pregunto a mi suegra, esta asiente intentando contener la emoción—. La vez anterior sé que se quedaron muchas de sus cosas aquí, pero me gustaría que ahora fuera diferente.

—Comprendo. —Se marcha dejándonos solos de nuevo.

—Mi madre no superará la partida de mi hermana, no esta vez. —Agacho la mirada—. La primera sabíamos que era muy probable que

regresara, solo la loca de Deirdre tenía la esperanza de que todo saliera bien.

—Tráela a Duart —ofrezco de nuevo—. Las puertas de mi hogar siempre estarán abiertas para vosotros.

—Jamás pensé escuchar semejante ofrecimiento saliendo por tu boca, MacLean —exclama incrédulo, no puedo evitar reír, siempre tiene que estar comportándose como un crío—. ¿La cuidarás? ¿Mandarás llamarme si sucede algo? —Veo el temor en sus ojos tan parecidos a los de mi esposa.

—Lo haré, no temas —respondo, intentando darle algo de paz—. Ya no soy el mismo, espero que algún día me creas.

—Hasta un ciego podría verlo —inquiere—. Hace meses no hubieras puesto un pie aquí voluntariamente, a no ser que fuera para destruir el castillo hasta los cimientos.

No puedo rebatir sus palabras porque ambos sabemos que es cierto. Lo hubiera hecho sin que me temblara el pulso, sin remordimientos de conciencia, porque el odio y resentimiento me cegaban, me tenían prisionero, era como vivir en una mazmorra donde no entraba la luz del sol. Hasta que llegó ella, mi salvadora, mi esposa.

—Nunca hubiera imaginado que algo así ocurriría en mi vida —reconozco—. Pero pienso darle las gracias todos los días, hasta mi último aliento, créeme. En cuanto todo esté dispuesto, avísame, lo mejor sería partir al alba, e intentar no hacer noche en el camino, no con Deirdre convaleciente.

—Ten un poco más de fe en mí y en mis hombres —le escucho decir mientras comienzo a subir las escaleras para volver junto a ella—. No va a pasar nada, quien ose atacarnos acabará muerto.

—Creo que ya sé por qué no nos gustamos. —Lo miro sobre mi hombro—. Tú y yo somos más parecidos de lo que queremos admitir.

Me mira horrorizado y subo las escaleras carcajeándome por su gesto. Dios mío, si hace unas semanas me hubieran dicho que podría ser tan feliz, no les hubiera creído. Es curioso cómo la vida de una persona puede cambiar de un momento al otro, de sentirme el hombre más desgraciado antes de llegar aquí a sentir que todo vuelve a cobrar sentido.

—¿Qué te ha dicho? —En cuanto abro la puerta, no me da tiempo siquiera a entrar a la alcoba—. No te quedes callado —apremia, está bastante nerviosa.

—Todo ha ido bien —la tranquilizo, y suspira dejándose caer sobre los almohadones—. Lo dispondrá todo y pronto podremos marcharnos como tú quieres.

—Y tú necesitas —añade—. Puede que no seas consciente, pero yo lo veo, tú perteneces a esa tierra, los has negado durante muchos años, mas Duart es tu hogar y permanecer lejos no te hace ningún bien. Por no decir que un *laird* debe estar junto a su gente.

—Eres muy sabia. —Aprieto despacio su naricita haciéndola reír—. ¿Por qué no descansas? —Entrecierra los ojos y me río ante su mirada—. Entiendo, estás harta de estar en la cama.

—Sí —espeta enfurruñada—. Cada día me siento más repuesta, pero todos insistís en que permanezca en el lecho.

—¿Has olvidado lo enferma que has estado, mujer? —cuestiono—. Cuando llegué, no eras más que piel y hueso, Deirdre. Nadie podrá olvidar que has estado muy cerca de la muerte en dos ocasiones, permite que te cuidemos.

—Odio sentirme débil —murmura—. Nunca he estado postrada en cama tanto tiempo. Me siento como un lastre que te ata aquí y te impide estar donde debes.

—Estoy a tu lado por eso, es aquí donde quiero estar —sentencio—. No te preocupes más, en cuanto podamos viajar, lo haremos.

Asiente sin estar muy conforme, pero no le queda otra, preparar nuestra partida necesita tiempo, no pienso cometer la locura de salir de aquí sin que todo esté cuidadosamente planeado. Venir hasta la frontera no ha sido un problema porque venía solo y, después de tantos años, sé por dónde debo ir, cómo esconderme y, en el caso de tener que luchar, no debía preocuparme de la seguridad de nadie. Aunque reconozco que en el estado en el que llegué, si me hubiera visto envuelto en una emboscada, morir no me preocupaba en absoluto. No dejaba nada atrás, Thomas y mis hermanos seguirían con su vida, Deirdre también, aunque de distinta forma, ya que no soporto la idea de que sin mi llegada ella hubiera muerto.

—¿Qué pasa por tu mente atormentándote? —Su pregunta me hace olvidar mis malos pensamientos, me siento a su lado, ella apoya su cabeza en mi hombro—. Todavía tienes que aprender a dejar de vivir en el pasado, esposo. Por suerte, puedo ayudarte en eso.

Capítulo 41



Deirdre

*A*l fin marchamos hacia Duart casi dos semanas después de la llegada de Kylian.

La despedida con mis padres no ha sido fácil, ya que todos sabemos que esta vez no pienso volver, siempre lo supe, mi sitio es al lado de mi esposo. Le he prometido a mi madre que le escribiré a

menudo, y que espero su visita muy pronto, me gustaría que conocieran a mi gente y mi hogar, que pudieran ver lo feliz que soy para que no me recuerden con tristeza. Para que olviden a esa Deirdre que llegó moribunda y que a punto estuvo de morir de pena.

No voy a mentir, no es sencillo lidiar con la pérdida de un hijo, Kylian lo hace en silencio, sé muy bien cuando piensa en Alina. Se queda mirando a la nada, muchas veces por la ventana, su semblante se torna serio y en sus ojos el brillo de la pena hace mella. Por mi parte, lloro muchas veces cuando todos están dormidos, en silencio para que nadie me escuche, aun así, mi esposo me abraza, aunque esté dormido, sabiendo que necesito ese gesto casi como respirar.

—¿Preparada? —pregunta John—. Creo que esto ya lo he vivido… —masculla, asegurándose de que está todo bien atado a la carreta.

—Lista —respondo contenta, tanto que alza la mirada, y aunque no me devuelve la sonrisa, ya no veo esa reticencia del principio—. Va a ser un viaje más largo de lo acostumbrado, deja de fruncir el ceño, a este paso no vas a casarte nunca.

—Cierra la boca, hermanita —reprende—. Intenta mantenerte callada y oculta lo mejor posible, la carreta ya llama demasiado la atención y es una tentación para los asaltantes de caminos.

—Como si tú no fueras el líder de los Border Reivers —apunta mi esposo, pasando por detrás, lo murmura demasiado bajo como para que alguien más lo escuche, aun así, John le mira como si quisiera golpearlo.

—Tendría que haber acabado con él hace años. —La carcajada que brota de lo más profundo del pecho de Kylian es la única respuesta que obtiene por su parte a su provocación—. ¿No había otro? —me pregunta mortificado.

—Muchos. —Mi marido gruñe—. Pero mi corazón lo eligió a él.

Rueda los ojos, baja la tela que cubre la carreta y me deja completamente aislada. Me acomodo entre las mantas y los almohadones que han puesto para mí y me preparo para viajar de nuevo hacia las Tierras Altas. Como no puedo marcharme sin mirar atrás, cuando comenzamos a avanzar, muevo un poco la piel que me oculta y veo a mis padres de pie, uno al lado del otro, observando cómo nos alejamos lentamente. Mi padre con un brazo sobre los

hombros de su mujer, intentando infundirle el coraje suficiente para que me deje marchar, sabiendo que es ley de vida, debo seguir mi propio camino, aunque este me aleje de ellos.

Los saludo por última vez preguntándome cuándo nos volveremos a ver, mi madre alza su mano temblorosa para devolverme el gesto mientras con la otra se cubre los labios, imagino que intenta contener el llanto porque sabe que a mi padre no le gusta verla llorar. Me duele causarles este pesar, pero si me quedo, la que poco a poco se irá marchitando soy yo. Una lágrima cae por mi mejilla cuando vuelvo a mi posición, quedando de nuevo oculta, intento no llorar porque no quiero que nadie dude de que esto es lo que deseo, pero no por ello es menos doloroso dejar atrás a las personas que me dieron la vida.

Quiero llegar a Duart para verlos a todos. Morrigan, Diane, Thomas y Elvin. Pero también para poder visitar la tumba de mi pequeña, para decirle que lo siento muchísimo, que hubiera dado mi vida por la de ella con gusto, quiero llevarle flores y saber que, aunque no esté a mi lado, puedo tenerla presente de alguna manera. Creo que siempre me preguntaré el porqué; hoy por hoy, no entiendo por qué debía morir, incluso he llegado a sentirme furiosa con Dios por llevársela. Cuando eso ocurre, recuerdo lo que me dijo mi madre cuando ni siquiera tenía fuerzas ni para respirar, esas palabras me dieron un poco de paz y aliento cuando lo daba todo por perdido.

—Alina no era tuya —me dijo con cariño mientras pasaba un paño de agua fría sobre mi frente hirviendo de fiebre—. Era un regalo demasiado hermoso como para vivir en este mundo corrompido por la guerra, la codicia y la maldad. Debes pensar que, allá donde esté, es feliz, y te ve, pequeña. Tu hija no querría verte así, por lo que debes luchar y reponerte para que ese ángel se sienta orgulloso de la madre que tiene.

Desde ese momento, decidí ser fuerte, valiente, para que mi Alina se sienta orgullosa de mí.

El tiempo trascurre, las millas de distancia entre el hogar de mi infancia y yo crecen, el pesar en el corazón aumenta, pero no hace tambalear mi decisión, sé que estoy tomando el camino correcto.

—¿Estás bien, esposa? —Ruedo los ojos porque es la tercera vez que me lo pregunta.

—Ya te he dicho que sí —respondo asomándome—. Kylian, deja de preocuparte por mí. Voy a tomar una pequeña siesta, ¿todo bien por ahí fuera?

—Perfecto —asiente, mirándome desde la altura de su caballo—. Descansa.

—Id más rápido —le pido—. Parecéis un par de viejas, a este paso, vais a matar a los hombres de aburrimiento.

—¿Crees que la carreta aguantaría? —pregunta con sorna—. No tengas prisa, sabías que el viaje iba a ser más largo que de costumbre.

—Déjame mi arco. —Frunce el ceño—. Dile a John que me lo dé, no tengo agilidad, pero mi puntería no ha cambiado.

—Ocúpate de reponer fuerzas, maldita sea, mujer —masculla, mirando de reojo a mi hermano, quien no pierde detalle de la conversación, echa su brazo hacia atrás y sonrío cuando me tiende lo que he pedido—. Eso no ayuda —reprende.

—Hacer un viaje en carreta tampoco —se encoge de hombros—. MacLean, si somos atacados, necesitaremos todas las manos de las que dispongamos, y seamos sinceros —sonríe complacido—, conozco pocas personas que tengan tan buena puntería como la Bruma.

No puedo evitar reír cuando le escucho gruñir, pero no dice nada más. Me acomodo de nuevo con mi arco al lado y cierro los ojos dispuesta a dormir. No mentía cuando he dicho que quería descansar, ya que no he dormido muy bien por los nervios del viaje porque, por mi culpa, los estoy exponiendo a más peligros de los necesarios.

***

Despierto porque la carreta no se mueve, frunzo el ceño extrañada, me asomo para descubrir que no ha anochecido, por lo que no sé por qué se han detenido. Kylian no se ha alejado, pero observa a su alrededor como un halcón, los hombres de mi hermano no parecen estar cerca, silbo bajito para llamar su atención, se gira de inmediato mientras maldice y se acerca a paso rápido.

—Mantente ahí —sisea—. Nos están siguiendo. No quiero que te muevas ni hagas ningún sonido escuches lo que escuches, ¿me entiendes? —pregunta entre dientes.

—¿Pretendes que me quede quieta si os masacran? —cuestiono ofendida y aterrada a partes iguales.

—No exageres —escupe—. Seguramente, John ya se habrá encargado. Si llegan hasta aquí, me encargaré.

—Parece que no me conoces, esposo —replico—. No te distraigas. —Alza su ceja sana ofendido—. Te cubriré las espaldas.

—He sobrevivido sin ti, mujer —sisea—. No hables —ordena cuando escuchamos un ruido.

Se aleja poniéndose en posición de ataque, busco mi arco y lo preparo para disparar en cuanto vea aparecer a cualquier malnacido que sea tan imbécil como para atacarnos. Ahora me siento mucho más culpable, ya que tenía la esperanza de que el viaje lo hiciéramos sin sobresaltos, era pedir demasiado, en estos tiempos tan convulsos, los asaltantes aprovechan para hacerse con grandes botines.

Maldigo cuando cinco hombres aparecen en el claro, me asusto al no ver a mi hermano por ningún lado. Sin embargo, no puedo dejar que el miedo me domine porque debo actuar con rapidez, estiro mi arco y lanzo la primera flecha, los malditos se ven sorprendidos, ya que piensan que Kylian está solo. Mi flecha atraviesa a uno de ellos que cae al suelo con un gemido ahogado, dos se abalanzan contra mi hombre, que los repele son problema, apunto de nuevo y mato a otro, el quinto se da cuenta de que me encuentro escondida en la carreta y corre para acabar conmigo, tan cegado está por la furia que no es consciente hasta que es demasiado tarde de que mi marido ha terminado con sus compinches y lo intercepta acabando con su vida con rapidez.

—Te dije que estuvieras quieta —reprende—. Maldita sea, ¿dónde está tu hermano?

—Búscale —le pido preocupada, jamás me hubiera dejado sola sabiendo que Kylian está en inferioridad—. Si le han herido…

—No voy a dejarte sola —exclama en el momento en el que John y varios de sus hombres aparecen—. ¿Dónde demonios estabas? —le grita mientras mi hermano observa los cuerpos inertes de nuestros asaltantes—. Se supone que ibas a impedir que llegaran aquí.

—Eran muchos —se defiende—. Deirdre, ¿estás bien? —pregunta, limpiando su espada manchada de sangre—. Os dije que no era

buena idea, no me echéis la culpa a mí.

—Estoy bien —respondo con rapidez—. Dejad de pelear, maldita sea. Tenemos que seguir, quedarnos aquí es peligroso, algo que parece que estáis olvidando.

—Tiene razón —escupe mi hermano—. En marcha —ordena a sus hombres, los cuento y suspiro aliviada al comprobar que ninguno ha muerto por mi culpa.

Cuando seguimos nuestro camino, intento calmarme, porque el miedo que he pasado por primera vez no creo que se me olvide en mucho tiempo, ahora comprendo a Kylian cuando dice que conmigo a su lado es más vulnerable, dejas de temer por ti mismo para proteger a toda costa a la persona que amas.

No volvemos a detenernos hasta que anochece, no es lo mejor y todos lo sabemos, pero, al igual que la última vez que hice este trayecto, los caballos necesitan descanso y nosotros también. Los hombres se preparan para dormir al raso, espero que Kylian venga conmigo, pero me sorprende cuando se prepara para pasar la noche bajo la carreta, me asomo incrédula.

—¿Qué demonios haces? —pregunto, intentando comprenderlo—. No es necesario que pases frío…

—No voy a meterme ahí dentro —replica acomodándose—. Sentiría que me estoy ahogando. Además, aquí puedo protegerte mejor, duérmete.

Parpadeo varias veces para convencerme de que no lo estoy soñando, este hombre prefiere dormir a la intemperie que a mi lado y no sé cómo tomármelo. Estas semanas no ha abandonado mi alcoba, incluso hemos compartido lecho porque él no se podía mover por la maldita herida, y ahora parece que la idea de compartir un espacio tan reducido conmigo no es de su agrado. No digo nada más porque le conozco, no hay forma humana de convencerlo de que haga algo que no desea hacer, por lo que me acomodo para intentar dormir sabiendo que está cerca, pero no tanto como me gustaría.

Doy varias vueltas, no consigo conciliar el sueño, mucho menos encontrar una postura cómoda. Cuando al fin parece que puedo quedarme dormida, siento cómo alguien se abraza a mí, reconozco a

Kylian sin necesidad de abrir los ojos, sonrío sin poder evitarlo, ya que parece que él tampoco puede estar alejado de mí.

—Buenas noches, esposo —susurro, por respuesta, su mano acaricia mi cintura.

Creo que estoy soñando porque me parece notar cómo volvemos a movernos, abro los ojos de golpe preocupada, vuelvo a estar sola, ¿lo he soñado? Me asomo para comprobar que ya casi amanece, suspiro porque ahora entiendo por qué hemos empezado a avanzar, si no sucede ningún contratiempo, llegaremos hoy a Duart, de hecho, ya estamos en las Tierras Altas, por lo que no estoy segura de hasta qué punto seguiremos acompañados por mi hermano y sus hombres. Me doy cuenta de que tendré que despedirme nuevamente de mi mejor amigo y compañero de aventuras muy pronto, y eso me entristece.

Reconozco el paisaje, las montañas que nos rodean, he aprendido a amar estas tierras y a sentirme parte de ellas como si hubiera nacido aquí. Me pregunto cómo Kylian pudo estar tantos años sin volver, entiendo sus motivos y puede que, si hubiera vivido algo parecido a lo que le sucedió, yo hubiera actuado de igual manera.

—Ya has despertado. —Tan sumida estaba en mis pensamientos y en admirar la belleza salvaje que nos rodea que no me he dado cuenta de que John se ha acercado a la carreta montado en su caballo—. ¿Estás bien? No hemos querido despertarte para que no te sientas cansada o…

—Detente —le pido harta de que me traten como una inútil—. Estoy bien, juro que, cuando llegue a Duart, no pienso meterme en una cama al menos durante un mes.

—Puedes intentarlo —apostilla Kylian, llegando hasta nosotros—. No seas exagerada, mujer.

—¿Cuánto queda? —pregunto para no seguir discutiendo, una debe saber cuándo retirarse a tiempo, y contra los dos unidos por una misma causa no puedo ganar.

—¿No reconoces el lugar? —cuestiona casi ofendido—. Deirdre, faltan apenas unas millas.

—Mis hombres volverán a casa —anuncia John, llamando nuestra atención—. Pero tú tendrás que soportar mi estancia unos días más

—añade, mirando a Kylian con una sonrisa—. Espero disfrutar de la misma hospitalidad de la que has disfrutado en mi hogar, MacLean.

—Te recuerdo que me rajaste como un cerdo —masculla—. Si puedo devolverte el favor…

—Minucias. —Con la mano hace un gesto restándole importancia—. Pero si lo que deseas es volver a perder…

—Detente —ordeno—. Sé lo que estás haciendo, hermano, y no va a funcionar. Deja de sacar de quicio a mi esposo, si vas a quedarte en nuestro hogar, lo respetarás o da media vuelta.

Ambos hombres se miran, mi marido sonríe satisfecho ante mi apoyo y defensa, John, algo contrariado porque durante toda mi vida siempre le he antepuesto, hasta ahora. Kylian se merece toda mi lealtad, no una parte, él ha perdonado mi traición, yo he perdonado su comportamiento, y debemos mirar hacia delante.

Mi hermano se mueve hacia sus hombres, habla con ellos durante unos instantes, parece que les están dando órdenes. Después, tras despedirse de mí con un gesto que devuelvo emocionada, sabiendo que no volveré a verlos, dan media vuelta y emprenden el camino a casa.

—Continuemos —dice al volver a nuestro lado—. Me quedo en la retaguardia.

Kylian asiente y continuamos la marcha, saber que falta poco para llegar, que ya estamos a salvo y que no hemos tenido que lamentar muertes por mis exigencias me quita un gran peso de encima. De ahora en adelante, todo debería ser alegría y gozo por reencontrarnos con las personas que se han convertido en familia. Al fin, poco después, se puede divisar la torre de Duart, tras más de seis meses, regreso al lugar al que nunca pensé volver.

—Espero que no haya sucedido nada en mi ausencia —replica mi esposo—. Aunque dejé claro a Thomas que me buscara en cuanto las cosas se pusieran feas.

—Ve —animo—. Cabalga veloz, yo me quedo con mi hermano, puede enganchar su caballo a la carreta y continuar él guiándola, o incluso yo.

—Mi hermana tiene razón —inquiere—. Ve y asegúrate de que todo está en orden. No quiero meter a Deirdre en la boca del lobo…

Kylian alza su ceja buena, y yo no puedo evitar reír ante la comparación. John, al darse cuenta, bufa y rueda los ojos mientras desmonta, ata su caballo y ocupa el lugar de mi esposo.

—Largo —ordena—. Cuanto antes lleguemos, mejor.

El Lobo MacLean monta a Black, lo espolea y cabalga veloz hasta cruzar el portón de la fortaleza.

—Detente, John —le pido—. Me niego a entrar en Duart dentro de la carreta como si fuera una pusilánime.

—¿Quieres que tu marido me arranque la cabeza? —cuestiona—. Haz lo que quieras, pero date prisa.

Me siento al lado de mi hermano, mis piernas se mueven a causa de los nervios, su mano se posa en mi rodilla derecha para obligarme a parar, le miro de reojo, pero él no ha apartado la vista del frente, esperando cualquier señal de que algo no vaya bien. Un silbido ensordecedor atraviesa el valle llegando hasta nosotros, es la señal de Kylian, todo va bien y podemos entrar sin miedo alguno.

Al hacerlo, no me sorprende que todo el patio esté lleno de gente para recibir a su *laird.*

Kylian se acerca para ayudarme a bajar, los cuchicheos comienzan y no puedo evitar sentirme nerviosa al pensar que tal vez no me quieren de vuelta después de lo ocurrido. Mis piernas tiemblan a pesar de que, a cada lado, tengo a los dos hombres que más quiero, además de mi padre, y que estarían dispuestos a dar su vida por mí. Morrigan, junto Diane y Elvin a lo alto de la escalera, lo observan todo en completo silencio. Por sus gestos, no soy capaz de saber qué es lo que piensan sobre mi regreso. Por primera vez desde que decidí que mi sitio estaba al lado de Kylian, tengo miedo.

Capítulo 42



Kylian

—No estés nerviosa —susurro para que nadie nos escuche—. Nadie va a decir o hacer nada que pueda ofenderte, por la cuenta que les trae.

—No quiero eso —rebate—. No quiero que me acepten por miedo, quiero que lo hagan porque me haya ganado su afecto. ¿Todos saben lo ocurrido?

—No —replico de inmediato mientras veo cómo mis hermanos descienden las escaleras para acercarse a nosotros—. Solo la familia. No pienses cosas que no son, siempre han estado de tu lado, casi desde el principio.

No soy estúpido y puedo escuchar los murmullos de mi gente, aunque he anunciado el porqué de mi marcha y estas semanas fuera de Duart. No ha dado tiempo a mucho más porque debía avisar a John de que todo estaba en orden, tal y como suponía. Thomas jamás me ha fallado y he descubierto que Elvin ha sido una gran ayuda, por lo que comienzo a darme cuenta de que mi hermano pequeño puede ser un gran apoyo para mí en los años que estén por venir.

—Bienvenidos —saluda Morrigan, mira a mi esposa—. Me alegro de verte, Deirdre.

—Hermano —dice Elvin—. Espero que no hayáis sufrido ningún contratiempo en el viaje.

—Lo cierto es que sí, pero con ayuda de John y sus hombres lo hemos podido solucionar. —Mi esposa carraspea a mi lado—. Y con la de Deirdre. —Veo que sonríe orgullosa, mi hermano se ríe.

—Debéis estar agotados —interviene Morrigan de nuevo—. ¿El inglés se queda?

—Sí —responde mi mujer—. Mi hermano pasará unos días con nosotros.

—Por supuesto. —Tras un breve vistazo a mi cuñado—. ¿Quieres que ordene que le preparen una alcoba?

—Te lo agradecería —asiente—. Lo cierto es que de estar en esa maldita carreta me duele todo, pero me gustaría sentarme junto al fuego un poco.

La ayudo a subir las escaleras, pero una vez en lo alto, la detengo porque siento que les debo una explicación a mi gente, ella parece entenderme porque se pone a mi lado, no agacha la cabeza, a pesar del nerviosismo que se apodera de su cuerpo. Todos nos observan con curiosidad, cuanto antes acabemos con esto, antes podremos continuar con nuestras vidas.

—Como sabéis, me casé con *lady* Deirdre por Handfasting*,* para nadie es un secreto que no estaba contento con esto en un principio. —Cojo la mano de mi esposa entre la mía esperando que el gesto no pase desapercibido—. Sin embargo, con el pasar de los meses, la mujer que tengo al lado se ganó mi respeto y mi corazón. Por un malentendido, actué llevado por la rabia y el orgullo, y quienes han pagado un alto precio fueron mi esposa y mi hija, la cual me acompañasteis para darle digna sepultura.

Guardo silencio por si alguien quiere decir algo, veo que muchos asienten, otros miran expectantes a la espera de que acabe mi discurso, por lo que no veo necesario demorarme más.

—Fui a buscarla porque no puedo vivir sin ella. —Veo a alguna mujer llorar emocionada mientras sus esposos las miran sin comprender—. Deirdre ha vuelto para quedarse, para ser mi esposa, la señora de Duart y de los MacLean. ¿Alguien tiene algo que decir? —alzo la voz para que todos puedan escucharme.

Como suponía, nadie dice nada, no es que eso hubiera cambiado mi decisión, pero como señor de los MacLean, mi deber también consiste en escucharlos. Entramos en completo silencio, puedo sentir la tensión todavía en cada músculo del menudo cuerpo de mi esposa, odio que se sienta así porque no la he traído hasta aquí para esto.

—¿Debo pedirle a Diane que te dé algo para los nervios? —pregunto mientras la siento frente al fuego, al lado de su hermano, que nos esperaba en silencio disfrutando de mi buen *whisky.*

—Por supuesto que no —exclama casi ofendida—. ¿Por quién me tomas?

—No mientas, hermanita —se carcajea mi cuñado, ganándose una fiera mirada por parte de la fierecilla que estoy descubriendo que es la mujer con la que me he casado—. Estabas asustada por la posible reacción de la gente. No entiendo el motivo, la verdad.

—Vivir en un lugar donde no se te quiere no es plato de buen gusto, John —replica entre dientes—. ¿Sabes cuánto me costó que me aceptaran?

—No mucho. —La llegada de Morrigan aligera un poco el ambiente —. Pareces olvidarlo, querida. Todo está dispuesto, Diane se había adelantado. —Mira hacia atrás porque la susodicha entra tras ella con mi sobrina en brazos.

Deirdre se levanta emocionada al verlas, se acerca a paso lento, todavía es evidente el daño sufrido en su cuerpo por todo lo sucedido. Las dos mujeres se observan sonrientes, después, sus ojos descienden hacia el pequeño cuerpecito que yace dormido entre los brazos de su madre.

—Es preciosa —escucho que susurra—. ¿Cómo se llama? —pregunta, acariciando su cabecita.

—Helen —responde—. Se parece a Kael, al menos, tiene sus ojos y…

La emoción le impide hablar, parece que entre las dos hay un tipo de conexión que no logro comprender, ya que parece que son capaces de comunicarse sin necesidad de palabras. Diane sufre porque mi hermano no está aquí y jamás conocerá a su hija, mi sobrina crecerá sin su padre al lado, uno que la habría adorado sin lugar a duda.

Deirdre estoy seguro de que no puede evitar comparar al bebé con nuestra hija, pues tendrían casi la misma edad. Lamento que eso vaya a ser siempre un recordatorio constante de lo que nos ha arrebatado la vida, pero es algo con lo que tendremos que aprender a lidiar, rezo porque el paso del tiempo sea benevolente con nosotros.

—¿Está sana? —se interesa con preocupación—. ¿Hubo complicaciones en el parto?

—No —dice de inmediato—. ¿Olvidas que mi abuela me enseñó todo lo que sé? —bromea, intentando que la luz vuelva a los ojos de mi esposa. Diane me mira, y se lo agradezco con un asentimiento—. Todo sucedió sin contratiempos y Helen está muy sana. No puede ser de otra manera teniendo a su padre velando por ella allá arriba.

—Por supuesto —asiente sin dudarlo—. Kael cuidará de su pequeña siempre. No me cabe la menor duda al respecto.

Decido acercarme porque parece a punto de desfallecer, cuando poso mis manos sobre sus hombros, alza su rostro hacia el mío y, aunque intenta sonreír, sé que siente un dolor que comparto con ella por partida doble. Cargo con su sufrimiento y con el mío, y con gusto lo haría para que dejara de atormentarse con algo que no podemos cambiar.

—Deberías descansar. —Juro que la escucho maldecir entre dientes, aunque eso hace que vuelva un poco de vida a sus ojos—. Al menos siéntate.

Obedece de mala gana, frente al fuego consigo que se acomode cuando Morrigan y Diane lo hacen a su lado, mi esposa no tarda en tener a mi sobrina entre sus brazos, y esa estampa termina por destrozarme. Incluso me tambaleo un poco, es John quien me sujeta y por primera vez siento que me apoya, me sostiene, a pesar de nuestro pasado de enemistad.

—Algún día será una madre estupenda —susurro, intentando que el nudo que tengo en la garganta me permita hablar con normalidad—. ¿No crees?

—¿Acaso mi hermana no te ha…? —Asiento—. Menos mal, pensé que otra vez se estaba guardando secretos que terminarían destrozándola.

—Ambos hemos aprendido la lección de la peor de las maneras —replico—. Deirdre me dijo lo que la partera cree, pero estoy convencido de que mi esposa me dará hijos.

—MacLean… —Alzo mi mano para acallarlo, no quiero escucharlo—. Maldito cabezota —masculla soltándome.

—Lo soy —concedo sin avergonzarme—. Confío en mi esposa, confío en el amor y el deseo que nos une, y es imposible que eso no dé frutos. Lo hizo una vez y volverá a suceder.

—Ya he escuchado suficiente —exclama—. Por todos los dioses, escuchar al gran Lobo MacLean hablar así no sé si me agrada o me pone los pelos de punta. Deirdre es mi hermana, pero no creo que ninguna mujer merezca tal devoción.

—Espero que algún día te tragues tus palabras, inglés —Morrigan llama nuestra atención, no nos habíamos dado cuenta de que las mujeres prestaban oídos—. Hombres mejores han caído —me señala

a mí con una sonrisa—. Espero que la mujer de la que te enamores no corra la misma suerte.

—Eso no ocurrirá, escocesa —replica, imitando el tono casi insultante con el que mi hermana lo trata—. De hecho, cuando me case, lo haré con alguien que sea ventajoso para mi linaje. No por sentimientos volubles que solo hacen sufrir a quienes los padecen, ¿verdad, MacLean?

—Siempre has sido un hombre práctico, hermano —interviene ahora mi esposa—. Deja a mi marido en paz —advierte—. No quieras hacerme creer que no puedes amar, cuando me has protegido y te has desvivido por mí toda mi vida. Solo debe llegar la mujer indicada para que derrita ese hielo que recubre tu corazón. Todos tenemos corazas de las que nos desprendemos en el momento y con la persona indicada.

—Eres sangre de mi sangre —rebate—. ¿Cómo no voy a quererte? Te enseñé a caminar, a montar a caballo cuando todavía parecías un pato, eres mi hermana y te adoro. Pero eso no significa que busque en un matrimonio el amor, no lo necesito, me conformo con que mi esposa sepa el lugar que ocupa a mi lado y, por supuesto, me sea fiel.

—¿Y tú? —Mira a Morrigan sin comprender—. ¿Serás fiel?

—¿A ti qué demonios te importa? —Me tenso preparado para intervenir—. ¿Estás interesada en el puesto? He de decirte que no eres ni lo que busco ni lo que necesito.

—John —grita Deirdre, levantándose con brusquedad furiosa—. Discúlpate ahora mismo con mi cuñada —exige—. Se te permite quedarte en su hogar, es una dama, maldita sea, ¿qué te pasa?

—No necesito las disculpas de un perro inglés —escupe Morrigan, levantándose de su asiento con la cabeza alta—. Tengo algunas cosas que hacer, presiento que va a dolerme muchísimo la cabeza esta noche, no me esperéis para la cena.

—¡Mira lo que has hecho! —sigue recriminando—. Ella no tiene por qué irse a ningún lado.

No me pasa desapercibido cómo John la sigue con la mirada, a pesar de los gritos de su hermana, y no puedo evitar pensar que me recuerda mucho a mí después de la llegada de Deirdre a Duart. Mis

ojos siempre sobre ella en silencio, observando cada uno de sus gestos, a pesar de sentir que mi odio crecía por momentos sin explicación ninguna.

—Si vuelves a tratar de ese modo a mi hermana, pienso molerte a golpes. —No gruño, no grito, solo es una amenaza que cumpliré sin dudarlo por un instante si vuelvo a ver el gesto de dolor que Morrigan ha querido ocultar, odio que John tenga el poder de hacerle daño incluso con unas simples palabras.

—Sabía que no era buena idea quedarme —masculla mientras pasa una mano por su rostro con frustración—. Me daré un baño, cenaré y descansaré. Al amanecer, partiré.

Sale del salón dejando a mi esposa sorprendida y furiosa a partes iguales. No sé si sentirme aliviado o no ante su partida, porque está huyendo, no estoy seguro de qué o de quién, pero lo hace tan rápido como lo hice yo en muchas ocasiones.

—No le sigas. —Cojo a mi mujer del brazo con sumo cuidado para detenerla—. No puedes resolver lo que sea que le atormenta.

—Él no es así —susurra acongojada—. Solo le sucede con Morrigan, incluso ella cambia a su alrededor, ¿no te has fijado? —Asiento dándole la razón, pero no quiero decir en voz alta lo que pienso porque temo que al hacerlo mi miedo se haga realidad.

—Debes dejar que ellos solucionen sus problemas. —Ambos nos giramos para mirar a Diane—. Vosotros lo hicisteis.

—¿Qué problemas? —cuestiona extrañada—. ¿Qué es lo que no me habéis contado?

—Nada —se encoge de hombros—. No me hagas caso, deberías darte un baño y descansar antes de la cena.

Se marcha dejándonos solos, suele hacerlo mucho. Dice cosas sin dar explicación y, sin más, se aleja. Incluso en eso se parece a Kael, era un hombre de pocas palabras, pero siempre tenía razón.

—Estoy preocupada. —Miro a mi esposa mientras la abrazo—. ¿Tú no?

—Son adultos —me encojo de hombros—. No interferiré mientras no le haga daño a mi hermana.

—Ya se lo ha hecho —escupe mi fierecilla—. Y si tú no haces algo, yo sí. Es mi hermano, pero no pienso permitir que la trate mal.

—Subamos —indico, intentando calmarla—. Un buen baño te sentará bien.

Obedece mientras continúa murmurando lo patán que es John, una sonrisa se dibuja en mi rostro, lo reconozco, verlo en serios problemas con mi mujer es muy entretenido. Veremos qué sorpresas nos tiene preparados el futuro, sea lo que sea que esté por venir, con ella a mi lado soy capaz de todo. Se ha convertido en mi fuerza, en mi aliento para continuar. Lo que antes veía como una debilidad ahora es mi mayor fortaleza.

Epílogo



Kylian
Un año después…

El llanto de mi bebé rompe el silencio de Duart, que solo se ve interrumpido por los truenos que anuncian una buena tormenta. Me levanto como un resorte de mi asiento sin que ni Elvin ni Morrigan vuelvan a detenerme como llevan haciendo estas últimas horas.

—¡Por fin! —exclamo, echando a correr para llegar hasta la alcoba donde Deirdre lleva horas intentando dar a luz. Entro como una tromba para ver una estampa que me deja inmóvil. En el lecho, sudorosa y con el rostro pálido, pero con una sonrisa enorme, se encuentra mi esposa, sostiene un pequeño bulto que se mueve inquieto mientras gimotea.

—Ven a conocer a tu hijo —dice emocionada, me acerco con pasos vacilantes, temiendo que todo sea un sueño y despierte en cualquier momento devolviéndome a la cruda realidad.

Cuando finalmente lo veo, mis ojos se empañan porque no me pasa desapercibido su parecido conmigo, parpadeo para alejar las lágrimas, pero cuando Diane se marcha para dejarnos solos, no puedo aguantarlas más. Me arrodillo al lado de la cama sin dejar de mirarlo, no puedo creer que algo tan hermoso sea mío, el recuerdo de mi pequeña Alina regresa a mi mente; cómo desearía que ella también estuviera aquí.

—Ella está con nosotros. —Miro a mi mujer, sorprendido, mientras su mano se alza para limpiar mi llanto silencioso—. ¿Te preguntas cómo sé lo que estás pensando? —cuestiona—. Porque he pensado lo mismo en el momento en el que Diane me ha entregado a nuestro hijo, y la he sentido a mi lado en los momentos de flaqueza. Cuando el miedo me ha invadido pensando que no podría lograrlo, que de nuevo iba a perder un hijo…

—Has sido muy fuerte y valiente —replico, dándole un beso en la mano que todavía acaricia mi mejilla—. Sabía que lo conseguirías, no lo dudé ni por un momento. Si alguien puede desafiar incluso a la misma muerte, esa es Deirdre MacLean.

—Cógelo —me apremia, mis manos tiemblan cuando me lo tiende, dudo que sea una buena idea, ya que por fin ha dejado de gimotear,

pero lo cierto es que lo que más deseo ahora mismo es sostenerlo entre mis brazos—. ¿Cómo vamos a llamarlo?

Mientras observo a mi hijo, intento pensar detenidamente para escoger bien el nombre que llevará toda su vida. No lo había pensado, solo rezaba para que todo saliera bien y que ambos pudieran soportar el duro trance, ahora que es una realidad, que tengo un hijo, ni siquiera sé cómo llamarle.

—Imagino que no querrás que se llame como ninguno de nuestros padres. —Niego—. ¿Y como tú? —Lo hago con más ímpetu, se ríe—. ¿Por qué no? —La miro y pierde la sonrisa—. ¿Qué ocurre?

—No quiero que se llame como yo para que no corra mi misma suerte —respondo—. No la de mi padre…

—No tiene por qué pasar nada, no creas en cuentos de viejas —regaña con ternura—. Entonces, ¿llamarlo Kael está fuera de discusión?

—Me gustaría que llevara un nombre que no haya sido usado por ningún familiar —respondo, tras meditarlo, sin despegar los ojos de mi niño, verlo dormir me da una paz que no había sentido antes.

—Pues pensemos… —dice bostezando, la miro para darme cuenta de que apenas puede mantenerse despierta.

—Duerme —aconsejo—. Yo cuidaré de él. Te prometo que pensaré en un nombre adecuado.

Obedece sin rechistar, cierra sus ojos y poco después su respiración me deja saber que ha caído en un profundo sueño. Me levanto y me dirijo hacia el sillón que hay frente a la chimenea para que mi pequeño milagro no pase frío, tomo asiento y continúo observándolo.

—Ian —susurro de repente—. Ian MacLean.

Me gusta, es un nombre con fuerza. No recuerdo ningún antepasado llamado de ese modo, por lo que no sigo pensando más. Mi hijo ya tiene nombre propio, espero que su madre lo apruebe o estaremos en serios problemas.

Durante este año, todo ha sido maravilloso, como vivir un sueño después de una larga pesadilla. No voy a mentir, los primeros meses fueron difíciles porque debíamos aceptar y sanar en la medida de lo posible la pérdida de Alina. Todos los días veía cómo mi esposa caminaba hasta el valle donde descansan mis antepasados para

visitar su tumba, pasaba horas ante ella, unas veces en silencio, otras le hablaba y en todas ellas la seguía para asegurarme de que no hiciera ninguna locura.

Fueron semanas duras, poco a poco, sus visitas se fueron espaciando en el tiempo. Recuerdo una vez que fue para agradecerle el regalo de un nuevo hijo, sus palabras me rompieron el alma y ese día salí de mi escondite para abrazarla porque no podía soportar continuar alejado de ella. Necesitaba consolarla y a su vez que mi esposa me consolara a mí, nos dimos cuenta de que estábamos viviendo el duelo completamente solos cuando era mucho mejor y llevadero hacerlo juntos. Desde ese momento, pudimos avanzar y llegar hasta donde hemos llegado, pudimos vivir y disfrutar del embarazo con gozo y sin remordimientos.

—¿Qué pasa, pequeño? —pregunto cuando comienza a moverse inquieto—. ¿Tienes hambre? —susurro, abre sus ojitos como si me entendiera—. En eso me temo que no puedo ayudarte, tendremos que despertar a mamá… ¿No puedes esperar un poco más?

Su respuesta es un berrido que podría despertar a un muerto, lo miro entre horrorizado y sorprendido, y me levanto con rapidez para llevarlo hasta el lecho. Deirdre, por supuesto, se ha despertado algo sobresaltada, pero cuando se lo tiendo, parece comprender lo que necesita sin necesidad de explicaciones, como si existiera una clase de conexión entre madre e hijo que no logro comprender.

—Ian tiene hambre —susurro, mirando cómo se prepara para amamantarlo.

—¿Ian? —pregunta en voz baja sin mirarme, no pierde detalle de cómo nuestro hijo comienza a succionar—. Me gusta —alza su mirada y me sonríe—. Ian MacLean.

—¿De verdad? —pregunto para asegurarme—. No quiero que pienses que no tomo en cuenta tu opinión…

—Está bien —se apresura a decir—. Me gusta mucho, esposo. Gracias por haberlo cuidado para que pudiera descansar.

—No ha sido mucho —musito—. ¿Te sientes mal? ¿Dolorida?

—Un poco. —No me gusta escuchar eso—. Es normal, Kylian. Acabo de dar a luz y no es nada fácil que algo de este tamaño salga por

donde lo ha hecho. Todo está bien, no me va a pasar nada, te lo aseguro.

—Escucharte gritar ha sido… —niego con la cabeza porque no encuentro las palabras para describirlo—. No sé si quiero pasar por esto de nuevo, esposa.

—Lo haremos si ese es nuestro destino —sentencia—. Deja de pensar en eso y centrémonos en disfrutar de Ian. ¿Tus hermanos lo han visto?

—No —exclamo—. Se me ha olvidado.

Salgo corriendo de la alcoba, no debo ir en su busca porque ambos están esperando en el pasillo hablando bajito. Al verme, no se sorprenden ni me recriminan el no haberles permitido pasar mucho antes.

—Lo siento, yo… —comienzo a decir.

—No te disculpes —dice Elvin—. Lo extraño es que seas capaz de andar y hablar con coherencia después del *whisky* que te hemos dado para que estuvieras tranquilo —bromea, palmeando mi hombro —. Enhorabuena, hermano. Ya nos ha dicho Diane que es un niño sano y fuerte.

—Lo es —replico—. Se parece a mí —hincho el pecho con orgullo.

—Me alegro mucho. —Morrigan me abraza—. Ya era hora de que tu vida cambiara —susurra en mi oido—. Siempre supe que Deirdre sería tu luz en la oscuridad.

—Pasad a verlo —les pido emocionado de nuevo—. Estaba dormido, pero tiene buenos pulmones, en cuanto ha tenido hambre, lo ha reclamado con fuerza.

—¿A quién se parecerá? —continúa bromeando mi hermano menor —. ¡Tienes razón! Se parece a ti —exclama en cuanto lo ve—. Me alegro de verte tan bien, cuñada.

—Gracias —replica—. ¿Qué os parece vuestro sobrino?

—Perfecto —responde Morrigan emocionada—. Completamente perfecto. ¿Puedo cogerlo? —cuestiona.

—Por supuesto. —Deirdre se lo tiende—. Ya ha terminado de comer y ha vuelto a quedarse dormido.

Lo coge con sumo cuidado, como si tuviera mucha experiencia cuando lo cierto es que en Duart, desde el nacimiento de Elvin y

hasta el de Helen, ningún bebé había nacido entre estos muros. Verlo en brazos de mi hermana me produce mucha ternura, porque es una mujer tan llena de amor que muchas veces siento rabia por la suerte que le ha tocado vivir, y rezo porque algún día eso cambie.

—Dejémosles descansar —dice Elvin.

Mi hermana me devuelve a mi hijo y se marcha, no me pasa desapercibido que no me dirige la mirada y me parece extraño, pero me siento tan feliz en estos momentos que no quiero pensar en nada más. Dejo a Ian en la pequeña cuna que yo mismo he hecho a mano con la mejor madera, ahora que ya hemos decidido su nombre, lo tallaré.

Me tumbo junto a mi esposa y la abrazo con cuidado, disfrutando de su calor y cercanía. Permanecemos en silencio, aunque ninguno de los dos puede dormir, supongo que las horas en las cuales he temido por la vida de las dos personas que más amo en el mundo no me serán fáciles de olvidar. Mi cuerpo todavía se siente en tensión y, aunque estoy muy feliz y aliviado, no consigo relajarme.

—¿Qué sucede? —susurra mi esposa, puedo sentir su mirada—. No puedo dormir contigo a mi lado tenso como la cuerda de mi arco —bromea.

—He pasado mucho miedo —reconozco—. Ahora, mi mayor temor es perderos, no le temo ni a la muerte, ni al dolor, solo a un mundo sin mi amada Bruma y mi pequeño Ian.

—No tendrás que vivir en un mundo sin nosotros porque siempre estaremos a tu lado —rebate, y deja un beso en mi pecho, algo que suele hacer muy a menudo—. Deja de pensar en esas cosas. Estamos bien. Ahora, dame un beso, cierra los ojos y duerme un poco.

—Qué mandona —musito, obedeciéndola de buen grado—. Te amo, fierecilla.

—Te amo, Kylian, y siempre lo haré —responde adormilada, yo la imito con una sonrisa en los labios.

Es el principio de una nueva etapa de nuestras vidas que pienso disfrutar a cada paso del camino. Mi luz, mi salvadora, me ha dado el mejor regalo que puede recibir un hombre, y pienso agradecérselo hasta el final de mis días. Agradezco al cielo que la pusiera en mi

camino, porque me ha enseñado lo que es amar y ser amado con todo el corazón.

FIN.

Extra



La celebración por el nacimiento de nuestro primer hijo y mi heredero está en todo su apogeo. Mi gente disfruta de la comida, bebida y baile, ya que todos están contentos por la llegada de un nuevo miembro al clan. Deirdre ríe junto a Diane y varias mujeres más, se le ve feliz, aunque sé que le hubiera gustado que su familia pudiera venir, pero su padre sufrió una caída a caballo y su madre estaba cuidándolo en su convalecencia, y su hermano, desde su última visita hace algo más de dos meses, no ha vuelto por aquí.

No puedo evitar pensar que algo sucedió entre él y mi hermana, desde entonces, ella parece distinta, más encerrada en sí misma que de costumbre, taciturna, incluso diría que melancólica. Me preocupé al principio, pero cuando le pregunté si sucedía algo, me dijo que no y que no debía preocuparme, sin embargo, ahora, viendo cómo camina entre la gente, como si su mente estuviera muy lejos de aquí, no puedo seguir haciendo como si nada.

Me acerco a ella, cuando se da cuenta, se detiene e intenta sonreírme. No me pasa desapercibido que está más delgada, ¿estará enferma y no me ha dicho nada?

—¿Qué haces que no estás con tu esposa, hermano? —pregunta, intentando aparentar una alegría que no siente, sus ojos siempre parecen apagados, incluso más que cuando llegué a Duart.

—Deja de decirme que no pasa nada, Morrigan. —Me mira sorprendida, agacha la cabeza y aprieta sus manos en señal de nerviosismo—. ¿Qué sucede? Desde hace semanas, no pareces la misma, si hay algo que te atormente…

—Estoy embarazada. —Tras su confesión, soy incapaz de reaccionar —. Lo siento mucho, lo siento…

—¿Quién ha sido? —pregunto interrumpiéndola—. Dime el nombre del maldito, Morrigan —ordeno cuando permanece callada, negándose a obedecerme—. Habla —grito, llamando la atención de los que nos rodean

—Esposo… —Miro a Deirdre, que me observa cautelosa acercándose hasta nosotros—. No hagas esto aquí —susurra cuando llega a mi lado, su mano se posa en mi pecho, que sube y baja deprisa—. Entremos.

Morrigan nos sigue acompañada de Diane, que le susurra algo que no logro comprender. Elvin las sigue con el semblante contrito, no sé lo que opina él, pero yo estoy hirviendo de furia al pensar quién puede ser el cerdo que le haya puesto las manos encima a mi hermana.

Al entrar al salón, me giro para encararla a la espera de un nombre, es lo único que necesito en estos momentos. No me mira, me doy cuenta de que muerde su labio con fuerza y, a pesar de que parece tener el apoyo incondicional de Diane, que se ha convertido en una más de la familia por derecho, no parece ser suficiente para que hable, intento no volver a perder la paciencia, pero no me está resultando nada fácil.

—Morrigan… —apremio de nuevo—. Te he dado una orden y todavía espero saber el nombre del malnacido al que debo atravesar con mi espada.

Solloza y mi esposa la abraza lanzándome una mirada poco halagüeña que me deja saber lo que opina de mi comentario, ahora mismo no me importa lo que piense, me importa que el honor de mi hermana ha quedado mancillado. No me importa que sea viuda, a mis ojos siempre será esa niña que me seguía por todos lados.

—¿Cómo esperas que te lo diga si dices que vas a matar al padre de mi hijo? —replica, alzando el mentón, mirándome ahora de frente —. ¿Te has parado a pensar que por eso mismo te lo he ocultado?

—Y porque supongo que el bastardo no quiere hacerse cargo del bebé, ¿me equivoco? —cuestiono entre dientes—. ¿Cómo puedes ser tan imbécil como para dejarte embaucar y…?

—Basta —replica Deirdre—. Deja de culparla —la defiende—. Su único crimen ha sido enamorarse, maldita sea. Dales un voto de confianza, marido.

—¿A ella y a quién más? —Cuando veo cómo también alza el mentón, un mal presentimiento me asalta—. No —siseo, sorprendiéndolas a ambas—. Dime que no ha sido tu maldito hermano.

Ninguna de las dos pronuncia palabra, y maldigo una y mil veces, lanzo una de las sillas que tengo más cerca contra la pared haciéndola añicos. Jadeo intentando calmarme, pero lo veo todo rojo,

solo pienso en salir de Duart para ir en su busca y atravesarlo con mi espada por lo que ha hecho.

—Debes calmarte, Kylian —grita mi esposa para que la escuche—. Por amor de Dios, no estamos hablando de una virgen, Morrigan es viuda.

—¿Por ello puede comportarse como una ramera? —bramo, mi hermana jadea y sus ojos se llenan de lágrimas, camina hacia mí y me abofetea—. Maldita sea.

—Nunca antes había golpeado a mi *laird* —murmura—. Pero nunca pensé que me insultarías, hermano. Eres un maldito hipócrita —acusa—. ¿Pretendes decirme que eras virgen cuando te casaste? —Intento no ruborizarme—. Maldigo a los hombres —escupe para salir corriendo de la sala seguida de Diane.

—¿Tú no dices nada? —cuestiono a Elvin, quien ha permanecido callado—. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —acuso.

—No lo estoy —responde—. Pero ¿te sirve de algo insultar a nuestra hermana o romper sillas? —cuestiona, aprieto los dientes—. El daño ya está hecho, ella espera un hijo de John. Ahora debemos asegurarnos de que ese bastardo cumpla con su deber.

—Estáis hablando de mi hermano —exclama mi esposa—. Él no lo sabe, en cuanto Morrigan hable con él…

—¿Crees que vendrá corriendo para casarse con una escocesa a la que parece odiar? —pregunto con sorna—. Tu hermano es un cerdo que no es capaz de mantener los pantalones subidos.

—No la ha violado, maldita sea —defiende con fervor—. ¿No te has parado a pensar que puede amarlo?

Toda la furia que sentía parece desaparecer por arte de magia, me dejo caer en una silla y miro a la nada impresionado. ¿De verdad mi hermana se ha enamorado de un hombre tan parecido a mí? Cierro los ojos derrotado, sabiendo que va a sufrir más de lo que lo está haciendo ahora, y lo único que he hecho ha sido insultarla y recriminarle su comportamiento. ¿En qué me convierte eso?

—¿Qué he hecho? —murmuro atormentado—. ¿Por qué de él? —le pregunto a mi esposa, que me sonríe con tristeza y se encoge de hombros—. Va a hacerle daño.

—Lo sé —musita, sentándose sobre mis muslos—. Lo peor de todo es que la última vez que estuvo aquí me dijo que estaba pensando en casarse, y hace esto…

—¿Qué debo hacer? —pregunto—. Es mi hermana, Deirdre. No estuve para impedir su primer matrimonio, no quiero que se vea obligada de nuevo a casarse con un hombre que ni siquiera va a respetarla.

—Esposo —suspira mientras pasa sus brazos por mi cuello—, nuestra unión tenía muchas más cosas en contra; mi secreto, tu odio hacía mí…

—No te odiaba —mascullo—. No estamos hablando de nosotros, mujer. Mi hermana está embarazada sin estar casada, maldita sea. ¿Sabes lo que comenzarán a decir en cuánto su embarazo no se pueda ocultar?

—Mandaré llamar a John —sentencia—. Él es responsable de esto y debe solucionarlo.

—No —miramos hacia la puerta y ahí está Morrigan, con los ojos hinchados por el llanto—. ¿Creeis que no lo sabe? Envié una carta y no he recibido respuesta, no necesito a un hombre que no me quiere a su lado. Soy tan responsable como él y me haré cargo de mi hijo.

—¿No ha respondido? —pregunta Deirdre extrañada—. Eso no puede ser… —dice conmocionada—. Tal vez no se encuentre en casa, muchas veces debe ausentarse y…

—No es necesario que lo excuses —interrumpe—. Entiendo que es tu hermano, Deirdre, pero te agradecería que jamás volvieras a nombrarlo en mi presencia. No estoy enfadada contigo por apoyarle, lo entiendo, de verdad, pero no defiendas lo indefendible.

—¿Te has vuelto loca? —Creo que he repetido esa pregunta varias veces—. No puedes criar un hijo sola, ¡te repudiarán! —alzo la voz, iracundo, al pensar en el destino que tiene por delante, uno que ni yo mismo puedo impedir—. Iré a buscar a ese malnacido y lo traeré atado a mi caballo todo el trayecto —mascullo, temblando de furia.

—He dicho que no —grita tan fuerte que incluso las venas de su cuello parecen a punto de estallar—. Si aparece por aquí, yo misma dejaré huérfano a mi hijo.

—No vuelvas a decir eso. —Ahora mi esposa no parece preocupada, sino tan furiosa como lo estamos Morrigan y yo—. No olvides que es mi hermano al que acabas de amenazar. No he tomado ningún bando, Morrigan, pero no me obligues a elegir comportándote como una estúpida. John tiene que hacerse responsable, y si él no viene, Kylian lo traerá o iré yo misma, maldita sea, pero mi sobrino no va a ser un bastardo.

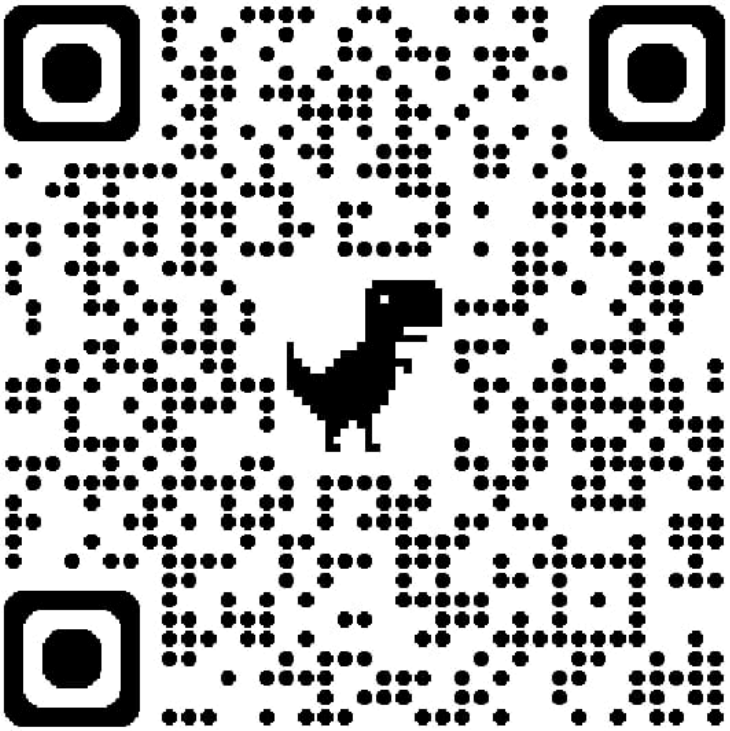
PROXIMAMENTE


JANE MACKENNA
Una Tormenta en las Highlands
Ediciones

Highlands escocesas, 1570. En medio de una tormenta implacable, Morrigan MacLean y John Lindsay, Barón de Dudley, se encuentran atrapados entre el destino y el misterio. Ella, una mujer marcada por los secretos de su pasado. Él, un noble inglés dividido entre dos patrias, que jamás pensó que una escocesa cambiará su vida para siempre. Cuando los vientos de la traición y la incertidumbre soplan con fuerza, ambos deberán enfrentarse a situaciones que pondrán a prueba su valor y su corazón. Mientras las sombras del castillo de Duart revelan verdades ocultas, su relación se transforma en una lucha entre el deber y el deseo.

Llena de acción, intriga y un romance que desafía todas las reglas,
Una tormenta en las Highlands transportará al lector a una época de pasiones intensas y secretos inolvidables.

https://amzn.eu/d
/gvRyKA8



Agradecimientos

Es la primera vez, creo recordar desde que empecé a escribir, que incluyo un extra de lo que podréis encontrar en la próxima entrega de los MacLean. Os confieso que, cuando Kylian cobró vida en mi cabeza y su voz comenzó a susurrarme al oído, no pensé en que podría convertirse de nuevo en varias historias, parece que no soy capaz de escribir libros únicos, no estoy segura de si eso es bueno o no, lo tendréis que decidir vosotras. Una vez más, he terminado de narrar lo que los personajes han querido contar. Como siempre, espero que os haya gustado y durante unas horas hayáis podido adentraros en el castillo de Duart, recorrer sus pasillos y visualizar los maravillosos valles de las Tierras Altas escocesas. Creedme que yo lo he hecho, he disfrutado, sufrido, incluso llorado con algunas escenas, Kylian y Deirdre son muy reales y su sufrimiento era el mío en cada parte del camino.

Como siempre, me despido entregando un poquito de mi corazón en estas páginas, y con nerviosismo por saber si he logrado mi cometido, si habéis llegado hasta aquí, me encantaría saber vuestra opinión; si me dejáis una reseña en Amazon, me sería de muchísima ayuda. Incluso, si queréis, contactad conmigo por redes sociales, estaré encantada de hablar con vosotras, me podréis encontrar con mi seudónimo, Jane Mackenna.

Mil gracias por todo este tiempo a mi lado, por todo el apoyo que recibo por vuestra parte, que es el motor fundamental de que mis dedos no dejen de aporrear las teclas de mi portátil.

¡Nos leemos muy pronto!

Jane Mackenna